

DAVID EDDINGS



# El Castillo de la Magia

CÍRCULO DE LECTORES

# El castillo de la Magia

Para Bibbidie,  
y para Chopper Jack, Jimmy y Eddie,  
amigos íntimos y especiales,  
que me han brindado su apoyo  
desde el comienzo.

# Prólogo

*De cómo Riva Puño de Hierro se convirtió en Guardián  
del Orbe de Aldur y de las desventuras que provocó Nyissa,  
basado en El libro de Alorn y narraciones posteriores.*

Llegó el día en que Cherek y sus tres hijos se dirigieron a Malloreia junto a Belgarath el Hechicero, con la intención de recuperar el Orbe de Aldur, que había sido robado por el malvado dios Torak. Y al llegar a la habitación de la torre de hierro de Torak, donde se escondía el Orbe, Riva Puño de Hierro, el más joven de los hijos, fue el único que se atrevió a coger la grandiosa piedra y llevarla consigo; pues sólo él tenía el alma libre de maldad.

Cuando regresaron al Oeste, Belgarath le asignó a Riva y a sus descendientes la eterna custodia del Orbe con estas palabras:

—Mientras el Orbe esté en tu poder o en el de los miembros de tu linaje, el Oeste estará seguro.

Luego Riva cogió el Orbe y se embarcó con su gente hacia la isla de los Vientos, y allí, en el mismo sitio donde desembarcaban las naves, Riva ordenó levantar una ciudadela con una ciudad a su alrededor que los hombres llamarían Riva. Era una ciudad fortificada, construida para la guerra.

Dentro de la ciudadela levantaron un gran edificio con un trono de piedra negra esculpido en la pared; y los hombres llamaron a este edificio el palacio del rey de Riva.

Luego Riva se durmió profundamente y Belar, el dios oso de los alorns, se le apareció y le dijo:

—¡Mirad, guardián del Orbe! Haré que dos estrellas caigan del cielo y vos las cogereis y las arrojaréis al fuego. Con una forjaréis una cuchilla y con la otra una empuñadura, de modo que las dos juntas formen una espada para proteger el Orbe de mi hermano Aldur.

Cuando Riva se despertó, vio cómo caían dos estrellas, las buscó, las halló en las altas montañas e hizo con ellas lo que Belar le había indicado; pero una vez que lo hubo hecho, se encontró con que no podía unir la cuchilla a la empuñadura.

—¡Mirad! —gritó entonces Riva—. He malogrado mi trabajo, pues la espada y el Orbe no se unen.

—No has malogrado tu trabajo —le dijo un zorro, que se había aproximado a mirarlo—. Coge el Orbe y colócalo en la empuñadura.

Y cuando Riva hizo lo que el zorro le decía, el Orbe se adhirió a la empuñadura, pero la cuchilla seguía sin unirse. Entonces el zorro volvió a aconsejarlo:

—Coge la cuchilla con la mano izquierda y la empuñadura con la derecha y únelas.

—No se unirán, es imposible que lo hagan —dijo Riva.

—Debes de ser muy sabio —dijo el zorro—, si dices que no es posible antes de haberlo intentado.

Entonces Riva se sintió avergonzado; unió la cuchilla con la empuñadura. La primera se hundió en la segunda como una rama que se sumerge en el agua y la espada quedó unida para siempre.

El zorro rió y dijo:

—Coge la espada y golpea la roca que tienes delante.

Riva temía por la cuchilla, pues pensaba que el golpe la rompería, pero de todos modos hizo lo que el zorro le decía. La roca se abrió en dos, y el agua que brotó en su interior formó un río que inundó la ciudad que había abajo. Mucho más al este, en la penumbra de Mallorca, al pérfido Torak se le heló el corazón y se incorporó sobresaltado en su lecho.

El zorro volvió a reír y salió corriendo, aunque luego se detuvo para mirar atrás; y entonces Riva descubrió que era Belgarath con la forma de un gran zorro plateado.

Riva hizo colocar la espada contra la pared de piedra negra que se alzaba detrás de su trono, con la cuchilla hacia abajo y la empuñadura y el Orbe hacia arriba. La espada se hundió en la roca y nadie más que Riva podía sacarla.

Con el paso de los años, los hombres descubrieron que cuando Riva se sentaba en el trono el Orbe ardía en un fuego helado, y cuando cogía la espada y la alzaba, éste se convertía en una gran llama azul.

Un año después de la construcción de la espada, al comienzo de la primavera, una pequeña embarcación que avanzaba sin remos ni velas surcó las oscuras aguas del mar de los Vientos. En el interior de la nave viajaba la doncella más hermosa del mundo. Su nombre era Beldaran, amada hija de Belgarath, que venía a convertirse en la esposa de Riva. Y el corazón de Riva se derritió de amor por ella, tal como había sido previsto desde el comienzo de los tiempos.

En el año que siguió a la boda de Riva y Beldaran, que tuvo lugar para la festividad del Paso de las Eras, nació un niño con la marca del Orbe en la palma de la mano. De inmediato Riva llevó a su hijo a la sala del trono y apoyó su diminuta mano sobre el Orbe. El Orbe reconoció al niño y brilló de amor por él. A partir de entonces, todos los descendientes de Riva tenían en la mano la señal del Orbe, que hacía que éste los reconociera y no los destruyera al tocarlo, pues sólo un miembro del linaje de los Riva podía tocar el Orbe sin peligro. Con cada contacto de una mano infantil, el vínculo entre el linaje de Riva y el Orbe se hacía más fuerte y el brillo de la piedra aumentaba.

Así siguieron las cosas en la ciudad de Riva durante mil años. A veces, naves desconocidas se acercaban a la isla de los Vientos con intención de comerciar, pero los barcos de Cherek, que se ocupaban de defenderla, arremetían contra ellas y las destruían. Con el tiempo, los reyes de los alorns se reunieron y coincidieron en que esos extraños no estaban a las órdenes de Torak, sino del dios Nedra, y acordaron permitir que los barcos cruzaran el mar de los Vientos.

—Es probable que llegue el día en que los hijos de Nedra se unan a nosotros en nuestra lucha contra los angarak de Torak el Tuerto —dijo el rey de Riva a los demás monarcas—. No ofendamos a Nedra hundiendo los barcos de sus subditos.

El soberano de Riva decía la verdad y los reyes de los alorns asintieron, conscientes de que el mundo estaba cambiando. Luego se firmaron tratados con los hijos de Nedra, que encontraban un placer pueril en la firma de pergaminos; pero cuando llegaron al puerto de Riva con los barcos cargados de llamativas baratijas a las que asignaban precios descomunales, el rey de Riva se rió de su estupidez y les cerró las puertas de la ciudad.

Los hijos de Nedra exigieron que su rey, a quien llamaban emperador, forzara las puertas de la ciudad, para poder vender sus mercancías y así fue cómo el emperador envió su ejército a la isla. Permitir que aquellos extraños procedentes del reino que llamaban Tolnedra navegaran por el mar de los Vientos era una cosa, pero dejarlos que desplegaran un ejército ante sus puertas era otra muy distinta. El rey de Riva ordenó que los echaran de la costa de la ciudad y que se destruyeran los barcos que había en el puerto; y así se hizo.

Terrible fue la ira del emperador de Tolnedra, quien reunió a su ejército para cruzar el mar de los Vientos e ir a la guerra. Entonces los alorns, amantes de la paz, se reunieron para tratar de razonar con el furioso emperador y le mandaron decir que si persistía en su actitud se levantarían, lo destruirían a él y a su imperio y arrojarían los restos al mar. El emperador escuchó esta prudente advertencia y abandonó su loca aventura.

Con los años, el rey de Riva se dio cuenta de que los mercaderes tolnedranos eran inofensivos y les permitió construir una aldea en la costa frente a su ciudad para poner en venta sus mercancías. La desesperación de los tolnedranos por vender o comerciar le causaba gracia y le pidió a sus subditos que les compraran algo, aunque nada de lo que vendían tenía ninguna utilidad.

Entonces, cuatro mil dos años después de que el maldito Torak robara el Orbe y abriera una grieta en la tierra, otros extranjeros llegaron a la aldea que los hijos de Nedra habían construido frente a la ciudad. Se llamaban a sí mismos nyissanos y afirmaban que su soberana era una mujer, lo que parecía poco natural a todos los que los oían. El nombre de esta reina era Salmissra.

Llegaron con el pretexto de que traían ricos regalos de su reina para el rey de Riva y su familia. Cuando se enteró Gorek el Sabio, anciano rey del linaje de los Riva, quiso saber más de aquellos hijos de Issa y de su reina y salió de la ciudad y de las murallas a visitar el pabellón de los nyissanos acompañado de su esposa, sus dos hijos, las esposas de éstos y todos sus nietos con la intención de darles la bienvenida y recibir los valiosos regalos enviados por la ramera de Sthiss Tor. El rey rivano y su familia fueron recibidos con sonrisas en el pabellón de los extranjeros.

Entonces los perversos y malditos hijos de Issa atacaron a todos los miembros del linaje de los Riva con lanzas envenenadas, de modo que el menor rasguño significaba la muerte.

A pesar de su edad, Gorek luchó contra los asesinos —no por sí mismo, pues recibió la muerte en sus venas desde la primera estocada—, sino para salvar al menos a uno de sus nietos de modo que su linaje continuara. Así, por desgracia, todos encontraron un destino fatal, a excepción de un niño que huyó y se arrojó al mar. Al verlo, Gorek se cubrió la cara con su capa, gimió y murió apuñalado por los cuchillos nyissanos.

Cuando todo esto llegó a los oídos de Brand, Guardián de la Ciudadela, su ira fue tremenda. Los traidores asesinos fueron vencidos y él los interrogó de uno en uno de un modo que hizo temblar incluso a los más valientes, hasta arrancarles la verdad.

Gorek y su familia habían sido asesinados por orden de Salmissra, reina serpiente de Nyissa.

No había rastro del niño que se había arrojado al mar. Un asesino afirmaba que un búho blanco como la nieve se lo había llevado, pero nadie le creyó, a pesar de que ni los más horribles tormentos hicieron que modificara su confesión.

Luego, Aloria entera se lanzó en una terrible guerra contra los hijos de Issa, destruyeron sus ciudades y sus espadas segaron la vida de todos los que se cruzaron en su camino. Y cuando le llegó la hora, Salmissra confesó que había actuado bajo los órdenes de Torak el Tuerto y de su sirviente Zedar.

Por lo tanto ya no hubo otro rey de Riva ni guardián del Orbe, aunque Brand y otros miembros de su linaje asumieron con reticencia el gobierno de la ciudad. Durante los años siguientes corrían vagos pero persistentes rumores de que el descendiente de Riva seguía vivo en alguna tierra remota; pero los rivanos de capas grises rastrearon el mundo entero en su búsqueda y nunca lo encontraron.

La espada seguía donde Riva la había colocado y el Orbe permanecía incrustado en su empuñadura, pero ahora la piedra estaba siempre opaca y parecía carecer de vida. Y los hombres comenzaron a sentir que mientras la piedra estuviera allí, el Oeste estaba seguro, aunque no hubiera un rey rivano, Tampoco temían que alguien se llevara el Orbe, pues cualquiera que lo tocara moriría al instante, a no ser que perteneciera al linaje de los Riva.

Sin embargo, ya que sus secuaces habían asesinado al rey rivano y guardián del Orbe, Torak el Tuerto comenzó a hacer nuevos planes para la conquista del Oeste. Y después de muchos años avanzó al frente de un ejército de angaraks, dispuesto a destruir a todo el que se le opusiera. Sus hordas saquearon desde Al—garia a Arendia, hasta llegar a la ciudad de Vo Mimbren.

Fue entonces cuando Belgarath y su hija Polgara, los hechiceros, fueron a ver al hombre que actuaba como Guardián de Riva para aconsejarlo y ayudarlo. Brand se dirigió con ellos hacia Vo Mimbren, al frente de su ejército, y en la sangrienta batalla que tuvo lugar ante aquella ciudad, empleó el poder del Orbe para vencer a Torak. Luego Zedar se llevó el cuerpo de su Maestro en secreto y lo escondió, pero toda la sabiduría del discípulo no alcanzó para despertar al dios, y otra vez los habitantes del Oeste se sintieron seguros, protegidos por el Orbe y por Aldur.

Comenzaron a oírse entonces rumores de que un rey rivano, verdadero descendiente del linaje de los Riva, vendría a sentarse en el trono del palacio de Riva. Unos años más tarde algunos decían que las hijas del emperador de Tolnedra debían presentarse en el palacio al cumplir los dieciséis años, para casarse con el rey en caso de que éste apareciera; pero casi nadie creía en aquellas leyendas. Pasaron los siglos y el Oeste seguía tranquilo; el Orbe permanecía oscuro y silencioso en la empuñadura de la espada y se decía que el temible Torak no despertaría hasta el regreso del rey de Riva, lo cual era igual a decir que dormiría para siempre.

Así debería haber acabado la historia. Sin embargo, una historia real no acaba nunca y nada puede estar seguro o a salvo mientras haya hombres malvados haciendo planes para destruirlo o robarlo.

Otra vez pasaron largos siglos, y luego se oyeron nuevos rumores, que esta vez llegaron a preocupar a aquellos que ocupaban los más altos cargos de poder. Se decía que el Orbe había sido robado y que Belgarath y Polgara habían sido vistos otra vez en las tierras del Oeste. En esta ocasión llevaban con ellos a un joven que respondía al nombre de Garion y llamaba abuelo a Belgarath y tía a Polgara, además de un extraño grupo de personas que habían reunido en su viaje a través de los distintos reinos.

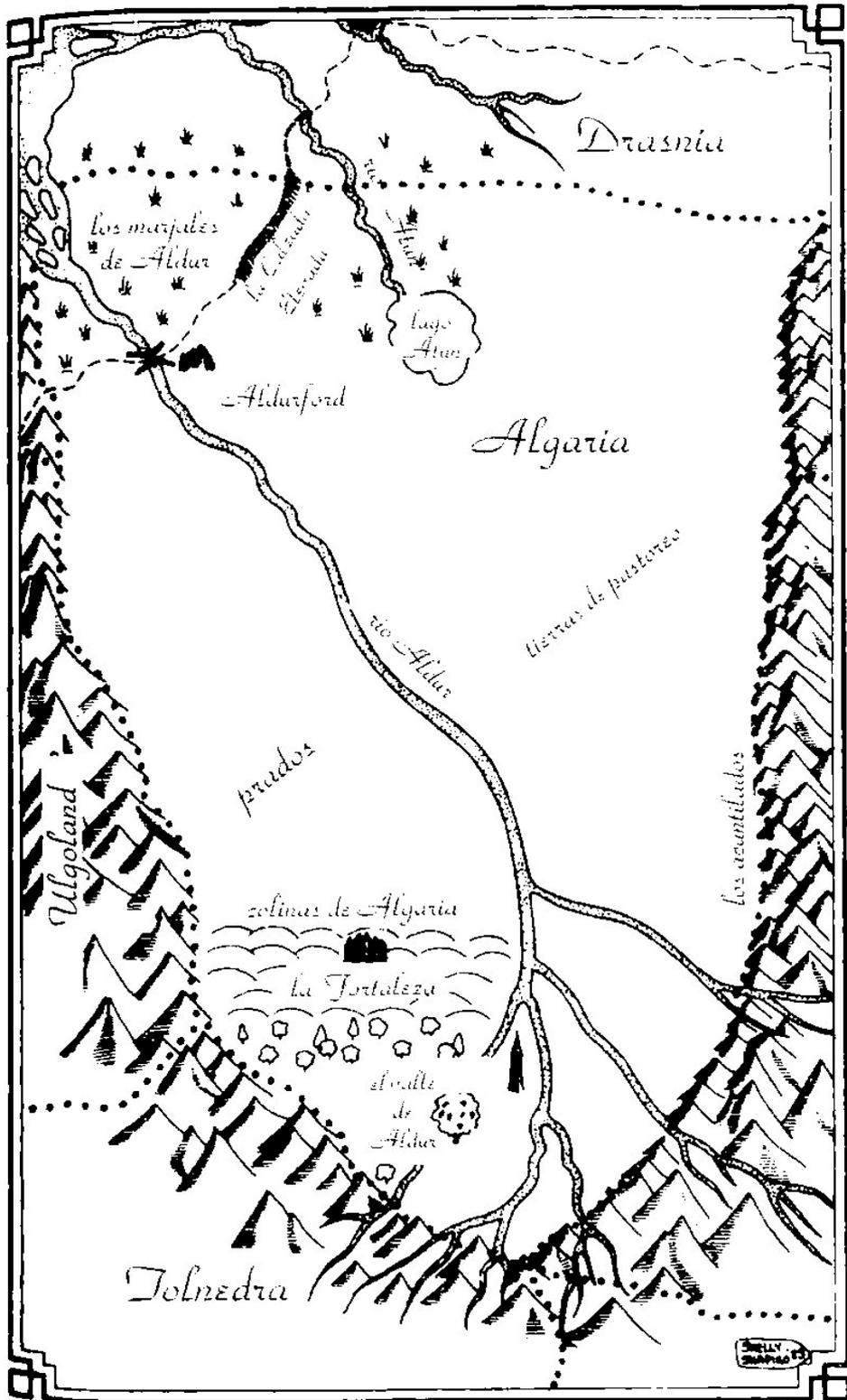
Belgarath convocó a los reyes de los alorn y les comunicó que el apóstata Zedar había robado el Orbe y huía con él hacia el este, presumiblemente para despertar a Torak. El viejo hechicero y sus amigos se dirigieron hacia allí para rescatarlo.

Luego el hechicero descubrió que Zedar se había servido de un niño totalmente inocente para que tocara el Orbe sin riesgos. Pero ahora se dirigían hacia la siniestra y peligrosa guarida de los grolims, sacerdotes de Torak, donde el mago Ctuchik había llevado al niño y el Orbe tras arrancarlos de las manos de Zedar.

Con el tiempo, la misión de Belgarath y sus amigos para recuperar el Orbe se conoció como las Crónicas de Belgarath. El devenir de estas crónicas estaba escrito en la profecía, pero ni siquiera la profecía podía desvelar la conclusión final.

PRIMERA PARTE

Algaria



Ctuchik estaba muerto, más que muerto. La tierra temblaba y gemía con el terremoto que siguió a su destrucción. Garion y los demás huían a través de las sombrías galerías del tambaleante pico de basalto, mientras las rocas se agrietaban o desmoronaban a su alrededor y los escombros llovían de los techos en medio de una total oscuridad. Garion corría y su mente saltaba de una cosa a otra de forma caótica, incapaz de razonar con coherencia ante la magnitud de lo que acababa de suceder. Sentía una necesidad desesperada de huir de allí, y escapaba sin detenerse a pensarlo, sin la menor conciencia de sus actos, con pasos tan automáticos como los latidos de su corazón. Sus oídos parecían ensordecidos por una canción fuerte y exultante que resonaba y crecía en las profundidades de su mente, un sonido que borraba todo pensamiento y lo embargaba de una sensación de increíble sorpresa.

Sin embargo, a pesar de la confusión, era plenamente consciente del contacto confiado de la pequeña mano que tenía cogida en la suya. El niño que habían encontrado en la tétrica torre de Ctuchik corría a su lado con el Orbe de Aldur apretado fuertemente contra el pecho. Garion sabía que era el Orbe lo que llenaba su mente de aquella extraña música. Al subir los escalones en dirección a la torre, era sólo un murmullo, pero cuando entraron en la habitación donde se encontraba el Orbe, la melodía se volvió más fuerte. Más poderosa que la impresión de la tremenda detonación que había destruido a Ctuchik y arrojado a Belgarath por el suelo como un muñeco de trapo, o incluso la gran conmoción, similar a un terremoto, que había seguido a aquel suceso, la canción del Orbe hacía que sus pensamientos se esfumaran.

Mientras corría, Garion intentaba con desesperación poner sus pensamientos en orden, pero la canción se interponía, haciendo que su mente se distrajera con impresiones fortuitas y recuerdos casuales que iban y venían y lo obligaban a huir sin rumbo ni propósito.

El húmedo hedor de las mazmorras de los esclavos llegó de repente desde el otro lado de las oscuras galerías. Como si aquel simple estímulo la despertara, la conciencia de Garion se inundó del recuerdo de otros olores: el aroma cálido del pan recién horneado en la cocina de la hacienda de Faldor; la fragancia a sal que tenía el mar cuando llegaron a Darine, en la costa norte de Sendaria, al comienzo de la búsqueda del Orbe; el hedor de los pantanos y las junglas de Nyissa; el nauseabundo olor de los cuerpos abrasados en los sacrificios del templo de Torak, que en aquellos momentos se agrietaba y se desmoronaba junto a las murallas de Rak Cthol. Pero por extraño que pareciera, el olor que asaltaba con más fuerza su confusa memoria era la cálida fragancia del cabello de la princesa Ce'Nedra.

—¡Garion! —se oyó de pronto la voz de tía Pol en la oscuridad, a escasa distancia de él—. ¡Mira hacia dónde vas!

Y él luchó por escapar de sus fantasías mientras tropezaba sobre una pila de escombros donde se había desmoronado un gran trozo de techo.

Los gritos de horror de los esclavos, cautivos en sus celdas húmedas y frías, crecían a su alrededor, haciendo un macabro contrapunto con los ruidos sordos y las

explosiones del terremoto. Otros sonidos brotaban de la oscuridad; gritos confusos en las voces broncas de los murgos, el ruido irregular y acechante de pies que corrían, el estrépito de las puertas de hierro que se abrían con violencia mientras el enorme pico de basalto se inclinaba, temblaba y se agrietaba en medio de la feroz conmoción. Por las oscuras cuevas corrían oleadas de polvo, un denso y sofocante polvo de roca que les lastimaba los ojos y los hacía toser sin cesar mientras trepaban a gatas por entre los escombros.

Garion alzó con cuidado al pequeño y confiado niño para cruzar un montón de cascotes y el niño, a pesar del caos de ruido y mal olor que los rodeaba en aquella opresiva oscuridad, lo miró a la cara, sereno y risueño. Iba a dejarlo en el suelo pero cambió de opinión: sería más fácil y menos peligroso llevarlo en brazos. Luego se giró para entrar en el pasadizo, pero de repente pisó algo blando y retrocedió de forma abrupta. Escudriñó el suelo y sintió náuseas al descubrir que había pisado la mano de un muerto que asomaba por entre los escombros.

Continuaron su rápido avance a través de las crecientes tinieblas con las oscuras túnicas de los murgos con que se habían disfrazado sacudiéndose entre sus piernas y el aire todavía lleno de aquel denso polvo.

—¡Alto! —gritó Relg. El fanático ulgo alzaba la mano y con la cabeza inclinada hacia un lado, escuchaba con atención.

—¡Aquí no! —le dijo Barak, que aún avanzaba con esfuerzo con el aturdido Belgarath en sus brazos—. ¡Sigue, Relg!

—¡Quietos! —ordenó Relg—. ¡Estoy intentando escuchar! —Luego meneó la cabeza—. ¡Atrás! —rugió, al tiempo que se volvía de prisa y los empujaba—. ¡Corred!

—¡Allí atrás hay murgos! —protestó Barak.

—¡Corred! —repitió Relg—. ¡Esta ladera de la montaña está a punto de desmoronarse!

Mientras volvían atrás, se oyó un nuevo y terrible estrépito. Como en un quejido, la roca se rompió con un prolongado y espeluznante rugir. Un súbito torrente de luz inundó la galería por donde huían: una enorme grieta se abría en la faz del pico de basalto y se ensanchaba de forma impresionante, hasta que un enorme trozo de montaña se tambaleó lentamente y cayó al páramo que se extendía a miles de metros más abajo. El rojo resplandor del sol que acababa de nacer resultaba enegrecedor y hacía desvanecer la oscuridad de las cavernas, y la gran grieta en la faz de la montaña dejaba al descubierto tal vez más de una docena de oscuras aberturas, tanto abajo como arriba, donde las cavernas conducían al vacío.

—¡Allí! —se oyó un grito desde lo alto.

Garion alzó la cabeza. Unos quince metros más arriba sobre el abrupto ángulo de la faz de la montaña, había seis murgos con las espadas desenvainadas junto a la entrada de una cueva, entre olas de polvo. Uno de ellos señalaba a los fugitivos. Pero en ese instante el pico volvió a temblar y otro gran trozo de piedra se separó de la montaña y arrojó a los desesperados murgos al abismo.

—¡Corred! —volvió a gritar Relg, y todos retrocedieron con rapidez hacia la oscuridad del temblequeante pasadizo.

—¡Deteneos un momento! —jadeó de repente Barak, después de que hubieran avanzado varios cientos de metros—. ¡Dejadme descansar! —Y depositó a Belgarath en el suelo, mientras su enorme pecho subía y bajaba agitado.

—¿Puedo ayudaros, señor? —se apresuró a ofrecer Mandorallen.

—No —jadeó Barak—. Puedo arreglármelas; sólo necesito recuperar el aliento. — El corpulento hombretón echó un vistazo a su alrededor—. ¿Qué ocurrió allí atrás? ¿Qué fue lo que causó todo esto?

—Belgarath y Ctuchik tuvieron un pequeño desacuerdo —explicó Seda con un dejo sarcástico—. Al final se les escapó de las manos.

—¿Qué le ocurrió a Ctuchik? —preguntó Barak, quien todavía respiraba con dificultad—. No vi a nadie más cuando Mandorallen y yo entramos a la habitación.

—Se destruyó a sí mismo —respondió Polgara, y se arrodilló a examinar la cara de Belgarath.

—Nosotros no vimos a nadie, mi señora —comentó Mandorallen mientras escudriñaba en la oscuridad con su enorme espada en la mano.

—No quedaba mucho de él —dijo Seda.

—¿Estamos seguros aquí? —le preguntó Polgara a Relg.

El ulgo apoyó su cabeza contra una de las paredes del pasadizo y escuchó con atención. Luego asintió con la cabeza.

—De momento, sí —respondió.

—Entonces detengámonos aquí un rato. Quiero echarle un vistazo a mi padre. Dadme más luz.

Relg extrajo de las bolsas que llevaba atadas al cinturón los dos polvos que producían la luz tenue de Ulgo y los mezcló.

—¿Qué fue lo que ocurrió en realidad? ¿Fue Belgarath quien le hizo eso a Ctuchik?

Ella meneó la cabeza mientras apoyaba sus manos con suavidad sobre el pecho de su padre.

—Por alguna razón Ctuchik intentó hacer desaparecer el Orbe —dijo ella—. Algo lo asustó hasta tal punto que olvidó la primera regla.

Mientras dejaba al niño en el suelo, Garion recordó la fugaz visión de la mente del grolim un instante antes de pronunciar el fatal «¡Desaparece!» que lo había hecho explotar y convertirse en nada. Una vez más pudo vislumbrar aquella única imagen que se había formado en la mente del sumo sacerdote: la imagen de Garion cogiendo el Orbe en una mano. Entonces rememoró el pánico ciego e irracional que aquella visión le había causado a Ctuchik. ¿Por qué? ¿Por qué lo había asustado tanto como para hacerle cometer un error fatal?

—¿Qué le ocurrió, tía Pol? —preguntó convencido, por alguna razón, de que debía saberlo.

—Ya no existe —respondió ella—. Incluso la sustancia que lo formaba ha desaparecido.

—No me refería a eso —protestó Garion, pero Barak ya había comenzado a hablar.

—¿Destruyó el Orbe? —preguntó el hombretón con un dejo de náusea en la voz.

—Nada puede destruir el Orbe —le respondió ella con serenidad.

—¿Entonces dónde está?

El pequeño soltó la mano de Garion y se aproximó confiado al corpulento cherek.

—¿Misión? —preguntó, y le enseñó la piedra redonda y gris que tenía en la mano.

—¡Por Belar! —exclamó Barak y se alejó de la piedra que le ofrecía el pequeño llevándose las manos a la espalda—. Dile que deje de agitarla así, Polgara. ¿Acaso no sabe que es muy peligrosa?

—Lo dudo.

—¿Cómo está Belgarath? —preguntó Seda.

—Su corazón es fuerte —respondió Polgara—, pero está muy cansado. Esa pelea casi acaba con él.

El terremoto terminó con un largo y estrepitoso temblor y el silencio se hizo opresivo.

—¿Ha terminado? —preguntó Durnik mientras miraba a su alrededor con nerviosismo.

—Tal vez no —respondió Relg bajando la voz hasta convertirla en un susurro—. Un terremoto suele durar bastante más tiempo.

—¿De dónde salió? —preguntó Barak con la vista fija en el niño, también en voz baja.

—Estaba en la torre con Ctuchik —le dijo Polgara—. Es el niño que crió Zedar para que robara el Orbe.

—No tiene aspecto de ladrón.

—Y no lo es. —Polgara miró con seriedad al niño rubio—. Alguien tendrá que cuidarlo —observó—. Hay algo muy extraño con respecto a él. Cuando bajemos me ocuparé yo, pero ahora tengo la mente demasiado confusa como para hacerlo.

—¿Será por el Orbe? —preguntó Seda con curiosidad—. He oído que produce efectos extraños en las personas.

—Tal vez sea eso. —La voz de Pol no sonaba muy convencida—. Vigílalo, Garion, y no dejes que pierda el Orbe.

—¿Por qué yo? —preguntó casi sin pensarlo. Ella le dirigió una mirada fulminante—. Muy bien, tía Pol —agregó consciente de que era inútil discutir con ella.

Desde algún lugar en la oscuridad llegó un murmullo de voces roncadas y guturales.

—¡Murgos! —susurró Seda de repente mientras se llevaba la mano a la daga.

—¿Cuántos? —le preguntó Barak a tía Pol.

—Cinco —respondió ella—. No..., seis. Uno está rezagado.

—¿Hay algún grolim? —Ella negó con la cabeza—. Vamos, Mandorallen —murmuró el corpulento cherek mientras con expresión tétrica desenvainaba la espada. El caballero asintió blandiendo su propia y enorme espada con ambas manos—. Esperad aquí —murmuró Barak a los demás—, no nos demoraremos mucho.

Entonces él y Mandorallen se perdieron en la oscuridad y sus negras túnicas de murgos se fundieron entre las sombras mientras los demás esperaron, con el oído atento al menor ruido.

Una vez más aquella extraña canción comenzó a llenar la mente de Garion y sus pensamientos volvieron a dispersarse ante su extraña compulsión. En algún lugar se oyó un largo y sibilante sonido de guijarros resbalando por una cuesta que provocó a Garion un confuso tumulto de recuerdos. Le pareció oír el sonido metálico del martillo de Durnik en el yunque de la hacienda de Faldor, y luego el paso cansino de los caballos y el traqueteo de los vagones en que transportaban los nabos a Darine, el lugar donde había comenzado toda aquella historia. Garion oyó, como si se encontrara allí, los ensordecedores chillidos del jabalí que había matado en los bosques nevados de las afueras de Val Alorn y la desgarradora melodía de la flauta del joven siervo arendiano, elevándose hacia el cielo desde el campo cubierto de tocones donde Asharak lo miraba con una expresión de odio y temor en su rostro lleno de cicatrices.

Garion sacudió la cabeza en un intento de aclarar sus ideas, pero la canción volvió a sumirlo en un estado de ensoñación. De repente oyó el horrible crepitar de Asharak quemándose bajo los antiguos y enormes árboles del bosque de las Dríadas y las desesperadas súplicas del grolim: «Amo, ten piedad». Luego oyó los gritos en el palacio de Salmissra donde Barak, transformado en un horrible oso, avanzaba con las

garras prontas hacia la sala del trono con tía Pol furiosa a su lado, caminando a grandes zancadas.

Y entonces volvió a oír la voz que siempre había estado en su mente.

*«Deja de resistirte.»*

*«¿Qué pasa?»*, preguntó Garion.

*«Es el Orbe.»*

*«¿Qué hace?»*

*«Quiere conocerte, ésta es la forma que tiene de averiguar las cosas.»*

*«¿No puede esperar? La verdad es que ahora no tenemos mucho tiempo.»*

*«Puedes intentar explicárselo si quieres —la voz sonaba divertida—. Es probable que te escuche, aunque lo dudo. Te ha estado esperando durante mucho tiempo.»*

*«¿Por qué a mí?»*

*«¿Nunca te cansas de preguntar eso?»*

*«¿Les está haciendo lo mismo a los demás?»*

*«Hasta cierto punto. Será mejor que te relajes, pues de un modo u otro acabará por hacer lo que quiere.»*

En algún rincón de las oscuras galerías, se oyó un súbito ruido metálico de acero contra acero y luego un grito de asombro. Luego Garion oyó el estrépito de unos golpes y alguien gimió. Después se hizo el silencio.

Unos minutos más tarde se oyeron pisadas y Barak y Mandorallen regresaron.

—No pudimos encontrar al que venía detrás —comunicó Barak—. ¿Se ha recuperado Belgarath?

—Todavía está completamente atontado —respondió Polgara.

—Entonces lo llevaré en brazos. Será mejor que nos vayamos; tenemos un largo camino hasta abajo y dentro de poco las cuevas estarán llenas de murgos.

—Espera un momento —dijo ella—. ¿Tienes idea de dónde estamos, Relg?

—Más o menos.

—Llévanos hacia donde dejamos a la esclava —ordenó en un tono que no dejaba lugar a objeciones.

La expresión de Relg se endureció, pero no dijo nada.

Barak se inclinó y levantó al inconsciente Belgarath. Garion extendió los brazos y el niño, todavía con el Orbe apretado contra el pecho, se aproximó a él con actitud obediente. El pequeño era curiosamente liviano y Garion lo llevaba casi sin esfuerzo. Relg alzó el recipiente de madera con su tenue luz para iluminarles el camino y comenzaron a andar otra vez por el zigzagueante sendero, lleno de curvas y giros, que se perdía en las profundidades de las tenebrosas cuevas. A medida que avanzaban, Garion tenía la impresión de que la oscuridad de la montaña se posaba sobre sus hombros con un peso cada vez mayor.

Volvió a oír la canción en su cabeza y la tenue luz que llevaba Relg hizo que sus pensamientos volaran una vez más. Ahora que comprendía lo que ocurría le resultaba más fácil: la canción abría su mente y el Orbe absorbía cada pensamiento y cada recuerdo pasando sobre su vida con un aleteo fugaz y ligero. Su curiosidad resultaba extraña, pues a menudo se detenía en cosas que Garion no creía importantes y apenas rozaba otras que en su momento le habían parecido importantísimas. Siguió paso a paso las huellas de lo que había ocurrido desde que salieran de Rak Cthol; entró con ellos a la cueva de cristal en las montañas que se alzaban sobre Maragor, donde Garion había tocado el potrillo muerto y le había devuelto la vida, en aquel curioso e ineludible acto de expiación que en cierto modo había servido para compensar la muerte de Asharak. Bajó con ellos al valle donde Garion había dado la vuelta a la enorme roca blanca en su

primer intento consciente de usar la Voluntad y la Palabra con un objetivo preciso. Apenas se detuvo en la horrible pelea con el eldrak y en la visita a las cuevas de Ulgo, pero pareció muy interesado en el escudo imaginario que Garion y tía Pol habían levantado cuando se aproximaban a Rak Cthol para esconder sus movimientos de las mentes de los grolims. Ignoró la muerte de Brill y las nauseabundas ceremonias en el templo de Torak, y sin embargo se detuvo en la conversación entre Belgarath y Ctuchik en la torre colgante del sumo sacerdote de los grolims. Aunque lo más raro fue que se demoró en todos y cada uno de los recuerdos que Garion guardaba de la princesa Ce'Nedra: la forma en que el sol se reflejaba en su cabello cobrizo, la ágil gracia de sus movimientos, su fragancia, sus gestos inconscientes, las sutiles expresiones de emoción en su rostro pequeño y exquisito. Garion, por otra parte, se sorprendió ante el impacto que las cosas que había hecho o dicho la princesa habían tenido en su memoria.

—Garion —dijo tía Pol—, ¿qué diablos te pasa? Te he dicho que vigilaras al niño. Presta atención; éste no es momento para soñar despierto.

—No soñaba despierto. Estaba... —pero ¿cómo podía explicarlo?

—¿Estabas...?

—Olvídalo.

Siguieron andando entre los ocasionales temblores de la tierra, que comenzaba a serenarse de mala gana. El enorme pico de basalto se inclinaba y gemía cada vez que la tierra temblaba y se convulsionaba sobre su base; y con cada sacudida, ellos se detenían, temerosos hasta de respirar.

—¿Cuánto hemos bajado? —preguntó Seda mientras miraba con nerviosismo a su alrededor.

—Quizás unos trescientos metros —respondió Relg.

—¿Eso es todo? A este paso tardaremos una semana.

—Tardaremos lo que sea necesario —dijo con voz ronca Relg, y encogió sus corpulentos hombros.

En la galería siguiente había más murgos y tuvo lugar otra pequeña batalla en la oscuridad, de la que Mandorallen salió cojeando.

—¿Por qué no me has esperado tal como te he dicho? —preguntó Barak enfadado.

—Sólo eran tres, señor —respondió Mandorallen con indiferencia—. No tiene importancia.

—Es inútil tratar de razonar contigo, ¿sabes? —dijo Barak con tono de disgusto.

—¿Estás bien? —le preguntó Polgara al caballero.

—Es sólo un rasguño, señora —respondió Mandorallen con indiferencia—. No tiene importancia.

El suelo de piedra de la galería tembló y osciló otra vez y el estrépito resonó en el interior de las cuevas. Todos se quedaron petrificados, pero el inquietante movimiento sísmico duró apenas unos segundos.

Siguieron sin detenerse a lo largo de cuevas y pasadizos. Los últimos temblores del terremoto que había destruido Rak Cthol y derrumbado la torre de Ctuchik se sucedían de forma intermitente. De repente, cuando parecían haber pasado varias horas, un grupo de murgos, quizá más de una docena, pasaron por una galería no muy lejana de donde estaban ellos; gritaban con sus voces ásperas y las antorchas proyectaban sus sombras en los muros de las cavernas. Después de un breve intercambio de murmullos, Barak y Mandorallen los dejaron pasar sin detenerlos ni advertirles sobre el terrible peligro que acechaba entre las sombras unos veinte metros más allá. Cuando estuvieron fuera del alcance del oído, Relg destapó su luz y eligió otro pasadizo. Siguió adelante,

bajando en zigzag a través de las cuevas rumbo a la base del pico y a la dudosa seguridad de los páramos que aguardaban allá abajo.

Aunque la canción del Orbe no cesó en ningún momento, Garion comenzó a sentirse capaz de pensar mientras seguía a Seda a través de los serpenteantes pasadizos con el pequeño en brazos. Supuso que se habría acostumbrado a aquello o bien que el Orbe habría vuelto su atención hacia algún otro miembro del grupo.

Era increíble, pero lo habían conseguido. Contra todo pronóstico, habían recuperado el Orbe. La búsqueda que había interrumpido su tranquila vida en la hacienda de Faldor ahora llegaba a su fin, aunque también había cambiado su vida de forma tan radical que el niño que saliera subrepticamente por la puerta de la hacienda una noche ventosa de otoño ya no existía. Incluso en ese momento, Garion podía sentir el poder que había descubierto en su interior y sabía que ese poder estaba allí por algún motivo. Había habido señales a lo largo del camino —vagas, sutiles, a veces simples insinuaciones— de que el retorno del Orbe al lugar que correspondía era sólo el comienzo de algo mucho más importante y más serio. Garion estaba absolutamente convencido de que aquello no era el final.

*«Ya era hora»,* dijo la voz seca dentro de su mente.

*«¿Y eso qué significa?»*

*«¿Por qué tengo que volver a explicarlo una y otra vez?»*

*«¿Explicar qué?»*

*«Que sé lo que estás pensando. No es como si fuéramos dos seres completamente independientes, ya sabes.»*

*«Muy bien; entonces, ¿adonde vamos ahora?»*

*«A Riva.»*

*«¿Y después?»*

*«Ya veremos.»*

*«¿No vas a decírmelo?»*

*«No, todavía no. No has llegado tan lejos como crees. Aún te queda mucho camino por recorrer.»*

*«Si no vas a decirme nada, ¿por qué no me dejas en paz?»*

*«Sólo quería advertirte que no hicieras planes a largo plazo. La recuperación del Orbe es sólo un paso, un paso importante, pero sólo un comienzo.»*

Entonces, como si la sola mención del Orbe le recordara a éste la presencia de Garion, su canción volvió con toda su fuerza y Garion perdió su capacidad de concentrarse.

Poco después, Relg se detuvo y alzó la tenue luz.

—¿Qué ocurre? —preguntó Barak, dejando a Belgarath en el suelo otra vez.

—Se derrumbó el techo —respondió Relg, y señaló los escombros que bloqueaban el paso por la galería—. No podemos pasar. —Miró a tía Pol—. Lo siento —añadió, y Garion pensó que era sincero—. La mujer que dejamos abajo está del otro lado del derrumbamiento.

—Busca otra forma de entrar —le indicó ella brevemente.

—No hay ninguna. Este era el único pasadizo que conducía a la fuente donde la encontramos.

—Entonces tendremos que desbloquearlo.

—Sólo conseguiríamos otro derrumbamiento y de todos modos es probable que ella esté sepultada bajo los escombros. Al menos es de esperar.

—¿No crees que eres algo maligno? —preguntó Seda con sarcasmo.

—Allí tiene agua y suficiente aire para respirar —dijo el ulgo tras volverse a mirar al hombrecillo—. Si el derrumbamiento no la mató, podría sobrevivir durante semanas antes de morirse de hambre —agregó con un peculiar dejo de pena.

Seda lo miró un instante con fijeza.

—Lo siento, Relg —dijo por fin—. Te había malinterpretado.

—La gente que vive en las cavernas no tiene ningún deseo de ver a nadie morir atrapado.

Polgara, mientras tanto, estaba concentrada en el pasadizo bloqueado por los escombros.

—Tenemos que sacarla de allí —declaró.

—Relg podría tener razón —señaló Barak—, Lo más probable es que esté enterrada debajo de media montaña.

—No —negó Polgara con la cabeza—. Taiba sigue con vida y no podemos irnos sin ella. Ella es tan importante en esta misión como cualquiera de nosotros. —Se volvió hacia Relg—: Tienes que traerla —dijo con firmeza.

—No puedes pedirme eso —dijo Relg con sus ojos grandes y oscuros muy abiertos.

—No hay otra alternativa.

—Puedes hacerlo, Relg —le insistió Durnik al fanático—. Puedes atravesar las rocas y traerla contigo tal como sacaste a Seda del foso donde lo encerró Taur Urgas.

Relg había comenzado a temblar con violencia.

—¡No puedo! —Su voz sonaba ahogada—. Tendré que tocarla, que poner mis manos sobre ella. Es pecado.

—Eso es muy poco caritativo de vuestra parte, Relg —le dijo Mandorallen—. No hay ningún pecado en prestar ayuda a los débiles e indefensos. La consideración hacia los desventurados es una responsabilidad fundamental de todos los hombres de bien y ninguna fuerza del mundo puede corromper a un espíritu puro. Si la compasión no os mueve a correr en su ayuda, ¿no podríais acaso considerar su rescate como una forma de poner a prueba vuestra pureza?

—No lo entiendes —le respondió Relg con voz angustiada y se volvió hacia Polgara—. No me hagas esto, te lo ruego.

—Debes hacerlo —respondió ella con calma—. Lo siento, Relg, pero no hay alternativa.

Una docena de emociones encontradas se reflejaron en la cara del fanático mientras se encogía bajo la mirada inflexible de Polgara. Luego, con un gemido ahogado, se volvió y apoyó la mano sobre la superficie de la roca a un lado del pasadizo. Con impresionante concentración, hundió los dedos en la piedra, demostrando una vez más su asombrosa habilidad de deslizar su propia sustancia a través de la impenetrable apariencia de la roca.

Seda se volvió con rapidez.

—No puedo soportar ver eso —dijo con voz ahogada.

Poco después Relg había desaparecido en la roca.

—¿Por qué le tiene tanta aversión a tocar a la gente? —preguntó Barak.

Garion sabía bien por qué. La obligada compañía del fanático durante el viaje por Algaria le había dado una clara idea de cómo funcionaba su mente. Las severas denuncias de Relg sobre los pecados de los demás servían ante todo para disimular su propia debilidad. Garion había escuchado durante horas interminables las confesiones histéricas y a menudo incoherentes del fanático sobre sus constantes pensamientos lascivos. Taiba, la atractiva esclava marag, representaba una enorme tentación para Relg que la temía más que a la muerte.

Esperaron en silencio. En algún lugar un lento goteo marcaba el paso de los segundos. De vez en cuando la tierra temblaba bajo sus pies con los últimos coletazos del terremoto. Los minutos pasaban lentamente en la oscuridad de la caverna.

Entonces percibieron un movimiento, como un ligero aleteo, y Relg salió de la roca con la esclava semidesnuda en brazos. Las manos de Taiba estaban cogidas con desesperación al cuello del fanático y tenía la cabeza escondida en su pecho. La mujer gemía de terror y temblaba sin control.

La cara de Relg estaba crispada con una expresión agónica, de sus ojos brotaban lágrimas de angustia y tenía los dientes apretados como si intentara contener un dolor insoportable. Sus brazos, sin embargo, estrechaban a la aterrorizada esclava con actitud protectora, casi con ternura, e incluso una vez fuera de la piedra la mantuvo abrazada, como si quisiera tenerla así para siempre.

Cuando llegaron a la cueva donde habían dejado los caballos, al pie de la montaña, ya era mediodía. Seda se quedó en la entrada para hacer guardia y Barak dejó con cuidado a Belgarath en el suelo.

—Es más pesado de lo que parece —protestó el hombretón mientras se limpiaba el sudor de la cara—. ¿No debería volver en sí?

—Pueden pasar días antes de que recupere la conciencia por completo —respondió Polgara—. Cúbrelo y déjalo dormir.

—¿Cómo va a cabalgar?

—Ya me ocuparé de eso.

—Nadie va a cabalgar hacia ningún sitio por un tiempo —anunció Seda desde la pequeña entrada de la cueva—. Los murgos merodean por ahí fuera como abejorros.

—Esperaremos a que oscurezca —decidió Polgara—; de todos modos necesitamos descansar. —Volvió a colocarse la capucha de la túnica murga y se dirigió hacia uno de los sacos que había puesto la noche anterior contra el muro de la cueva—. Me ocuparé de preparar algo para comer y luego todos dormireis un poco.

Taiba, la esclava, arrojada otra vez con la capa de Garion, no dejaba de mirar a Relg. Sus grandes ojos lilas brillaban con una mezcla de gratitud y perplejidad.

—Me has salvado la vida —le dijo con una voz grave y profunda. Mientras le hablaba se inclinó hacia él. Garion estaba seguro de que se trataba de un gesto inconsciente, pero fue muy notable—. Gracias —agregó, y su mano se posó sobre el brazo del fanático.

Relg se encogió, sobresaltado.

—No me toques —jadeó. Ella lo miró atónita, con el brazo aún medio extendido—. No debes tocarme nunca —le dijo—. Jamás.

La mirada de Taiba reflejaba incredulidad. Su vida entera había transcurrido en la oscuridad y nunca había aprendido a disimular sus sentimientos. Luego el asombro dio paso a la humillación y su expresión se convirtió en un puchero de malhumor mientras se alejaba deprisa del hombre que la había rechazado con tanta brusquedad. Al volverse, la capa resbaló de sus hombros y los pocos harapos que la cubrían apenas pudieron esconder su desnudez. A pesar de su cabello enmarañado la suciedad de sus brazos y piernas, resultaba sensual y exuberante. Relg la miró y comenzó a temblar; luego dio media vuelta y se alejó todo lo posible, hasta que cayó de rodillas y empezó a rezar de forma desesperada, con la cabeza apoyada sobre el suelo de piedra de la caverna.

—¿Se encuentra bien? —se apresuró a preguntar Taiba.

—Tiene algunos problemas —respondió Barak—. Ya te acostumbrarás.

—Taiba —dijo Polgara—, ven aquí. —Miró con ojo crítico las escasas ropas de la mujer—. Tendremos que encontrarte algo de ropa, pues allí fuera hace mucho frío... entre otras razones.

—Veré qué puedo encontrar en los sacos —ofreció Durnik—. Creo que también necesitaremos algo para el niño. Esa bata que lleva no parece muy abrigada. —Eché un vistazo al pequeño que miraba con curiosidad a los caballos.

—No tenéis que preocuparos por mí —les previno Taiba—. No tengo nada que hacer ahí fuera. En cuanto os vayáis, volveré a Rak Cthol.

—¿Qué dices? —preguntó con brusquedad Polgara.

—Todavía tengo un asunto que arreglar con Ctuchik —aclaró ella mientras llevaba una mano al cuchillo oxidado.

—Nosotros ya nos ocupamos de eso por ti —rió Seda en la entrada de la caverna—. Rak Cthol se está cayendo a pedazos y todo lo que queda de Ctuchik es una mancha en el suelo.

—¿Muerto? —preguntó ella boquiabierta—. ¿Cómo?

—No lo creerías —le respondió Seda.

—¿Sufrió? —preguntó ella con un terrible tono de ansiedad.

—Mucho más de lo que puedas llegar a imaginarte —respondió Polgara.

Taiba hizo una larga y temblorosa inspiración y luego comenzó a llorar. Tía Pol abrió los brazos para estrechar contra su pecho a la afligida mujer y la consoló del mismo modo que consolaba a Garion cuando era pequeño.

Garion se dejó caer agotado y apoyó la espalda contra el muro de piedra de la cueva. El cansancio lo invadía a oleadas y una gran languidez lo vació de cualquier pensamiento consciente. El Orbe volvió a cantar, pero ahora con una melodía arrulladora. Por lo visto su curiosidad sobre él ya estaba satisfecha y la canción sólo constituía una forma de seguir en contacto. Garion estaba demasiado fatigado para preguntarse por qué la piedra encontraba tanto placer en su compañía.

El pequeño abandonó la contemplación de los caballos y se acercó a donde Taiba lloraba con el brazo de tía Pol sobre sus hombros. Parecía intrigado y extendió una mano para tocar la cara cubierta de lágrimas de la esclava.

—¿Qué quiere? —preguntó Taiba.

—Es probable que nunca haya visto lágrimas antes —respondió tía Pol.

Taiba contempló aquella carita seria y de repente se rió y estrechó al pequeño entre sus brazos. El niño sonrió.

—¿Misión? —le preguntó, y le ofreció el Orbe.

—No lo cojas, Taiba —le dijo Polgara en voz muy baja—. No toques nunca esa piedra.

Taiba miró al pequeño y meneó la cabeza.

Entonces el pequeño suspiró, atravesó la cueva y fue a acurrucarse junto a Garion.

Barak, que se había internado en el pasadizo por donde habían venido, volvió con expresión sombría.

—Oigo murgos allí arriba —informó el hombretón—. Con el eco de las cuevas es imposible precisar dónde están, pero da la impresión de que están explorando todas las cavernas y pasadizos.

—Entonces encontremos un sitio seguro, señor, y démosles razones para que nos busquen en otro —sugirió jovial Mandorallen.

—Una idea interesante —respondió Barak—, pero me temo que no funcionaría. Tarde o temprano nos encontrarán.

—Yo me encargaré de que no lo hagan —dijo Relg en voz baja. Interrumpió sus rezos y se puso de pie. Las fórmulas rituales no lo habían ayudado y tenía los ojos desorbitados.

—Iré contigo —se ofreció Barak.

—Sólo me estorbarías —dijo Relg. Negó con la cabeza y se encaminó hacia el pasadizo que conducía a la montaña.

—¿Qué diablos le pasa? —preguntó intrigado Barak.

—Creo que nuestro amigo está pasando por una crisis religiosa —observó Seda desde la entrada de la cueva donde montaba guardia.

—¿Otra?

—Así tiene algo en qué ocuparse en los momentos libres —respondió divertido Seda.

—Venid a comer —ordenó tía Pol mientras colocaba trozos de pan y de queso sobre uno de los sacos—. Luego quiero echar un vistazo al rasguño de tu pierna, Mandorallen.

Después de comer y de vendar la pierna de Mandorallen, Polgara vistió a Taiba con un curioso atuendo que Durnik había encontrado en los sacos. Luego se volvió hacia el pequeño. El niño correspondió a su seria mirada con otra igual; luego se acercó y tocó el mechón de pelo blanco con curiosidad. Garion se sobresaltó al recordar cuántas veces él mismo había tocado aquel rizo con un gesto idéntico y aquel recuerdo lo invadió de una momentánea e irracional oleada de celos que se apresuró a reprimir.

El niño sonrió con súbito alborozo.

—Misión —dijo con firmeza y le ofreció el Orbe a tía Pol.

—No, pequeño —dijo ella y meneó la cabeza—. Me temo que yo no soy la persona indicada.

Lo vistió con ropas demasiado grandes que tuvo que doblar y atar con cordel en varios sitios, luego se sentó con la espalda apoyada contra el muro, abrió sus brazos y lo llamó con un gesto. El pequeño se sentó obedientemente en su regazo, le rodeó el cuello con los brazos y le dio un beso. Luego se acurrucó en su pecho, suspiró y se durmió de inmediato. Ella lo miró con una expresión extraña en su rostro, una curiosa mezcla de asombro y ternura, y Garion tuvo que luchar contra una nueva oleada de celos.

En las cuevas que se alzaban sobre ellos, se oyó un ruido sordo.

—¿Qué es eso? —preguntó Durmk mientras miraba a su alrededor con aprensión.

—Supongo que es Relg —respondió Seda—. Parece resuelto a encargarse de los murgos.

—Espero que no se entusiasme demasiado —dijo Durnik con nerviosismo y la vista fija en el techo de roca.

—¿Cuánto tiempo tardaremos en llegar al valle? —preguntó Barak.

—Quizás un par de semanas —respondió Seda—. Todo depende del terreno y de la rapidez de los murgos en organizar nuestra búsqueda. Si tenemos suficiente tiempo para prepararles una buena pista falsa, podremos mandarlos hacia la frontera tolnedrana en el oeste y dirigirnos al valle sin necesidad de perder tiempo en esquivarlos o en escondernos. —El hombrecillo sonrió— La idea de engañar a toda la nación murga me entusiasma —añadió.

—No es necesario que seas demasiado ingenioso —le dijo Barak—. Hettar nos estará esperando en el valle con el rey Cho-Hag y la mitad de los clanes de Algaria y se sentirán muy decepcionados si no les dejamos al menos algunos murgos.

—La vida está llena de decepciones —dijo con sarcasmo Seda—. Si no recuerdo mal, la frontera este del valle es muy empinada y rocosa. Nos llevará al menos un par de días bajar por ella y no nos conviene hacerlo con todos los habitantes de Cthol Murgos pisándonos los talones.

Cuando Relg volvió ya era media tarde. Sus esfuerzos parecían haber calmado la confusión de su mente, pero su mirada aún reflejaba turbación y evitaba deliberadamente los ojos lilas de Taiba.

—He tirado abajo los techos de todas las galerías que conducen a ésta —informó brevemente—. Ahora estamos seguros.

—Duerme un poco —le dijo Polgara, que aunque parecía dormida abrió los ojos.

Él asintió y fue directamente hacia sus mantas.

Descansaron en la cueva durante el resto del día turnándose para vigilar la pequeña entrada. Más allá de los escombros acumulados en la base del pico, los páramos de arena negra y rocas erosionadas por el viento estaban abarrotados de jinetes murgos que iban de un lado a otro en una búsqueda frenética y desorganizada.

—Da la impresión de que no saben lo que hacen —le comentó Garion en voz baja a Seda mientras ambos los espiaban.

El sol se ponía tras un grupo de nubes en la parte oeste del horizonte y teñía el cielo de un furioso color rojo. El fuerte viento se filtraba por la abertura de la cueva y traía polvo y aire frío.

—Supongo que las cosas deben de estar un tanto liadas en Rak Cthol —respondió Seda—. Ya no hay nadie al mando y eso crea confusión entre los murgos. Cuando no tienen a nadie que les dé órdenes, tienden a desorganizarse.

—¿Eso no nos pondrá las cosas más difíciles para escapar de aquí? —preguntó Garion—. Me refiero a que si no se dirigen a ningún lugar en concreto, merodearán por ahí, ¿y cómo vamos a esquivarlos?

—Tendremos que ponernos las capuchas y dar vueltas como ellos —dijo Seda. Luego se arropó con la gruesa túnica murga para protegerse del frío y se volvió a mirar hacia el interior de la cueva—. El sol ya se pone —informó.

—Esperemos a que esté completamente oscuro —respondió Polgara mientras envolvía al niño con cuidado en una de las túnicas viejas de Garion.

—Cuando nos hayamos alejado un poco, dejaré un par de pistas —dijo Seda—. Los murgos suelen ser un poco obtusos y sería una pena que nos perdieran el rastro. —Se giró de nuevo para mirar la puesta de sol—. Va a ser una noche fría —agregó sin dirigirse a nadie en particular.

—Garion —dijo tía Pol mientras se ponía de pie—, tú y Durnik id junto a Taiba. Ella nunca ha cabalgado y es probable que necesite ayuda.

—¿Y qué pasará con el pequeño? —murmuró Durnik.

—Vendrá conmigo.

—¿Y Belgarath? —preguntó Mandorallen echando un vistazo al viejo hechicero dormido.

—Cuando llegue el momento lo subiremos a un caballo —respondió Polgara—. Puedo hacer que se mantenga erguido en su silla, siempre que no hagamos cambios súbitos de dirección. ¿Ya está oscureciendo?

—Será mejor que esperemos un poco más —respondió Seda—. Todavía hay bastante luz.

Aguardaron. El cielo de la tarde comenzó a volverse púrpura y salieron las primeras estrellas, muy lejanas y con un brillo gélido. Entre la comitiva de los murgos empezaron a encenderse antorchas.

—¿Nos vamos? —sugirió Seda mientras se ponía en pie.

Sacaron los caballos en silencio fuera de la cueva y cruzaron el montículo de escombros en dirección a la arena. Allí se detuvieron unos instantes y aguardaron a que pasara un grupo de murgos, varios cientos de metros más allá.

—No os separéis —les dijo Seda mientras montaban.

—¿Qué distancia hay hasta el final de los páramos? —le preguntó Barak al hombrecillo, mientras subía gruñendo a su caballo.

—Dos días de cabalgata sin parar —respondió Seda—. O mejor dicho noches, pues durante las horas de sol tendremos que buscar un escondite. De ningún modo podremos pasar por murgos.

—Vamos ya —le dijo Polgara.

Comenzaron la marcha, primero despacio, al paso, hasta que Taiba se sintió segura y Belgarath pareció capaz de mantenerse erguido en la montura, a pesar de que todavía no podía comunicarse con nadie. Luego apuraron la marcha y montaron al galope, avanzando con rapidez pero sin cansar a los caballos.

Después de cruzar la primera loma, se encontraron de frente con un numeroso grupo de murgos con antorchas.

—¿Quién está allí? —preguntó Seda de forma abrupta con la voz áspera que caracterizaba el idioma de los murgos—. Identificaos.

—Somos de Rak Cthol —respondió uno de los murgos con tono de respeto.

—Eso ya lo sé, tonto —gruñó Seda—. Os he pedido vuestra identificación.

—Tercera falange.

—Eso está mejor. Apagad las antorchas. ¿Cómo esperáis ver algo a más allá de tres metros con esas luces cegando vuestros ojos?

Los murgos apagaron enseguida las antorchas.

—Ahora continuad la búsqueda hacia el norte —ordenó Seda—. Este sector ya está cubierto por la novena falange.

—Pero...

—¿Vas a discutir conmigo?

—No, pero...

—¡Moveos de una vez!

Los murgos hicieron girar a sus caballos y se perdieron en la oscuridad.

—Muy listo —dijo Barak con admiración.

—Fue bastante fácil —dijo Seda encogiéndose de hombros—. La gente agradece un poco de control cuando reina la confusión. Ahora sigamos, ¿de acuerdo?

Mientras cabalgaban rumbo al oeste, durante aquella larga, fría y oscura noche, tuvieron otros encuentros. Teniendo en cuenta la gran cantidad de murgos que recorrían los páramos en su busca, era algo inevitable; pero Seda se ocupó de cada encuentro con gran eficiencia y la noche pasó sin ningún incidente importante.

Cuando estaba a punto de amanecer, el hombrecillo comenzó a arrojar distintos objetos para dejar un rastro falso.

—Quizá me haya pasado un poco —comentó con tono crítico mientras contemplaba un zapato viejo que acababa de abandonar semienterrado en la arena llena de huellas de caballos.

—¿De qué hablas? —le preguntó Barak.

—De nuestras huellas —respondió Seda—. Nuestro objetivo es que nos sigan, ¿recuerdas? Se supone que deben pensar que nos fuimos en dirección a Tolnedra.

—¿Y entonces?

—Creo que tal vez resulte demasiado obvio.

—Te preocupas demasiado por detalles de este tipo.

—Es una cuestión de estilo, mi querido Barak —respondió Seda con presunción—. El trabajo mal hecho tiende a crear hábito.

Cuando la primera luz grisácea y brillante del amanecer comenzó a asomarse en el cielo invernal, se cobijaron entre las rocas de una de las lomas que salpicaban los páramos. Durnik, Barak y Mandorallen extendieron la lona de la tienda sobre una estrecha hondonada en la ladera oeste de la loma y la cubrieron de arena para camuflar el refugio.

—Será mejor no hacer fuego —le dijo Durnik a Polgara mientras escondían los caballos debajo de la lona—. Lo digo por el humo.

Ella asintió con un gesto.

—A todos nos vendría bien una comida caliente —dijo—, pero supongo que tendremos que esperar.

Tomaron un desayuno de pan y queso y comenzaron a acomodarse para dormir durante el día, de modo de poder cabalgar por la noche.

—A mí me vendría muy bien un baño —dijo Seda mientras se sacudía arena del pelo.

El pequeño lo miró, arrugó la frente, y luego se le acercó y le ofreció el Orbe.

—¿Misión? —le preguntó.

Seda se llevó las manos a la espalda y negó con la cabeza.

—¿Es la única palabra que sabe? —le preguntó a Polgara—. ¿Qué quiere decir con ella?

—Es probable que le hayan dicho que tiene una misión que cumplir —explicó ella—, robar el Orbe. Supongo que Zedar se lo ha repetido una y otra vez desde que era pequeño y la palabra se le quedó grabada.

—Es un poco desconcertante —dijo Seda con las manos todavía en la espalda—. A veces parece curiosamente apropiada.

—No creo que piense de la misma forma que nosotros —dijo ella—. Su único objetivo en la vida es darle el Orbe a alguien, a cualquiera, por lo visto. —El rostro de Polgara adquirió una expresión pensativa—. Durnik, ¿por qué no le haces algún tipo de bolsa para guardarlo y que podamos atar a su cintura? Tal vez si no lo tiene en la mano todo el tiempo, dejará de pensar tanto en él.

—Por supuesto, señora Pol —asintió Durnik—. No sé cómo no se me ha ocurrido antes. —Fue hacia uno de los sacos, cogió un viejo y gastado delantal de cuero, cortó un trozo e hizo una bolsa con él—. Chico —le dijo una vez hubo terminado—, ven aquí. —El pequeño estaba examinando con curiosidad un arbusto pequeño y muy seco y no dio señales de reconocer que lo llamaban a él—. ¡Tú..., Misión! —dijo Durnik.

El pequeño dio media vuelta, sonrió y se dirigió hacia Durnik.

—¿Por qué lo llamas así? —preguntó Seda con curiosidad.

—Parece que la palabra le gusta y además responde a ella —dijo Durnik encogido de hombros—. Supongo que será un buen nombre hasta que le encontremos otro más apropiado.

—¿Misión? —preguntó el niño y le ofreció el Orbe a Durnik.

Durnik le sonrió, se inclinó y abrió la bolsa ante él.

—Ponlo aquí, Misión —le indicó—. Luego lo ataremos, así estará seguro y no lo perderás.

El pequeño estuvo encantado de depositar el Orbe en la pequeña bolsa de piel.

—Misión —afirmó con firmeza.

—Supongo que sí —asintió Durnik. Tiró del cordel de la bolsa y luego ató esta última a la cuerda que el pequeño llevaba por cinturón—. Ya está, Misión. Ahora está seguro.

Misión examinó la bolsa con cuidado y tiró de ella varias veces como para asegurarse de que estaba bien atada. Luego dejó escapar una risita de alegría, rodeó con sus bracitos el cuello de Durnik y lo besó en la mejilla.

—Es un buen chico —dijo Durnik, un poco avergonzado.

—Es totalmente inocente —le dijo tía Pol mientras examinaba a Belgarath, que seguía dormido—. No conoce la diferencia entre el bien y el mal, así que todo le parece bien.

—Me pregunto qué se sentirá al ver el mundo de ese modo —murmuró Taiba mientras acariciaba con ternura el rostro risueño del niño—. Sin penas, sin temor, sin dolor; sólo amar todo lo que uno ve porque cree que es bueno.

Relg, sin embargo, había levantado la vista de golpe. La expresión de turbación que se reflejaba en su cara desde que rescatara a la esclava se trocó en la de fanatismo que solía tener antes.

—¡Es monstruoso! —jadeó.

Taiba se volvió y le dirigió una mirada fulminante.

—¿Qué tiene de monstruosa la felicidad? —le preguntó, rodeando al pequeño con un brazo.

—No estamos aquí para ser felices —respondió con cuidado de no mirarla a los ojos.

—¿Y entonces para qué estamos aquí? —lo desafió ella.

—Para servir a nuestro dios y evitar el pecado —dijo Relg, que aún rehuía su mirada, con un tono apenas convincente.

—Bien, pues yo no tengo un dios —replicó ella—, y es probable que el niño tampoco; así que si no te importa, él y yo nos concentraremos en ser felices. E incluso si eso supone un pequeño pecado, ¿qué importancia tiene?

—¿Es que no tienes vergüenza? —exclamó él con voz ahogada.

—Soy lo que soy —respondió ella—, y no pienso pedir disculpas, sobre todo porque lo que soy nunca dependió de mí.

—Niño —dijo Relg al pequeño—, vete de su lado de inmediato. La expresión de Taiba se endureció aún más. Se irguió y se enfrentó a Relg con tono desafiante.

—¿Qué pretendes hacer? —le preguntó.

—Lucharé contra el pecado allí donde lo encuentre —declaró él.

—¡Pecado, pecado, pecado! —estalló ella—. ¿Es lo único en lo que puedes pensar?

—Es mi deber. Me defiendo de él en todo momento.

—¡Qué aburrido! —rió ella—. ¿No se te ocurre nada mejor que hacer? ¡Ah, me olvidaba! También tienes tus oraciones —añadió con sarcasmo—. Todos esos berridos sobre tu dios y lo pecador que eres. Creo que a veces debes aburrir muchísimo a ese tal UL, ¿no crees?

—¡Nunca vuelvas a nombrar a UL! —le ordenó enfurecido Relg y levantó el puño.

—¿Acaso me golpearás si lo hago? No me importa. La gente me ha estado golpeando durante toda mi vida. Adelante, Relg. ¿Por qué no lo haces? —lo invitó, con la cara tiznada alzada hacia él.

Relg bajó la mano.

Consciente de su ventaja, Taiba llevó las manos al cuello del tosco vestido gris que le había dado Polgara.

—Yo puedo detenerte, Relg —le dijo, y comenzó a desabrocharse el vestido—. Mírame. De todos modos no has hecho otra cosa en todo este tiempo; he visto tu mirada ardiente sobre mí. Me criticas y dices que soy mala, pero sin embargo no dejas de mirarme. Adelante, mira, no disimules. —Siguió desabrochando los botones del

vestido—. Si estás libre de pecado, mi cuerpo no tiene por qué preocuparte. —Los ojos de Relg se salían de sus órbitas—. A mí mi cuerpo me tiene sin cuidado, pero a ti te preocupa mucho, ¿verdad? ¿No será entonces que la maldad está en tu mente? Yo puedo hundirte en pecado siempre que lo desee —agregó, y abrió por completo la parte delantera del vestido. Relg dio media vuelta y comenzó a emitir gemidos ahogados—. ¿No quieres mirar, Relg? —se burló mientras él se alejaba.

—Tienes unas armas formidables, Taiba —la felicitó Seda.

—Eran las únicas que podía usar en las mazmorras de los esclavos —respondió ella—, y aprendí a hacerlo siempre que fuera necesario.

Luego se abrochó el vestido con cuidado y se volvió hacia Misión como si no hubiera ocurrido nada.

—¿Qué son esos gritos? —balbuceó Belgarath, incorporándose un poco.

Todos se volvieron hacia él.

—Relg y Taiba acaban de tener una pequeña discusión teológica —respondió Seda con jovialidad—. Los argumentos finales resultaron muy interesantes.

Echado en el suelo de piedra y envuelto en mantas, Garion durmió casi todo el día. Cuando una piedra fría y particularmente incómoda que tenía debajo de la cadera lo despertó, ya atardecía. Seda montaba guardia cerca de la entrada de la hondonada, con la vista fija en la arena negra y en los salitres grises, pero los demás dormían. Mientras se aproximaba sin hacer ruido a donde estaba sentado el hombrecillo, Garion notó que tía Pol dormía con Misión entre sus brazos y tuvo que reprimir un ligero arrebató de celos. Cuando pasó junto a Taiba, oyó que la mujer murmuraba algo, pero un vistazo rápido le confirmó que estaba totalmente dormida. Estaba echada bastante cerca de Relg y daba la impresión de que, en sueños, le tendía la mano al ulgo dormido.

La cara afilada de Seda tenía una expresión alerta, sin señales de cansancio.

—Buenos días —murmuró—. O lo que sea.

—¿Nunca te cansas? —le preguntó Garion en voz baja para no molestar a los demás.

—Ya he dormido un rato —respondió Seda.

Durnik salió del interior del refugio de lona y se unió a ellos mientras bostezaba y se frotaba los ojos.

—Te relevo —le dijo a Seda—. ¿Has visto algo? —preguntó y miró en dirección a la puesta de sol.

—Algunos murgos —respondió Seda encogiéndose de hombros—. Estaban a unos tres kilómetros al sur. No creo que nadie haya encontrado nuestros rastros todavía. Tal vez tengamos que dejar pistas más obvias.

De repente, Garion creyó percibir un peso extraño y opresivo en la nuca. Miró a su alrededor con recelo, y entonces, sin previo aviso, sintió una aguda punzada que parecía atravesar su cabeza. Inspiró y se puso tenso, conteniendo el ataque con su voluntad.

—¿Qué ocurre? —preguntó Seda de forma abrupta.

—Un grolim —gruñó Garion, preparando su voluntad para la lucha.

—¡Garion! —Era tía Pol, y su voz sonaba apremiante. Se volvió y corrió hacia la lona, con Seda y Durnik pegados a sus talones.

Polgara se había levantado y abrazaba a Misión con actitud protectora.

—Había un grolim, ¿verdad? —preguntó Garion con voz aguda.

—Eran más de uno —respondió ella con nerviosismo—. Ahora que Ctuchik ha muerto, los jerarcas controlan a los grolims. Han unido sus poderes para intentar matar a Misión.

Los demás, despertados por el grito estridente de Polgara, se habían incorporado y buscaban sus armas.

—¿Por qué persiguen al niño? —preguntó Seda.

—Saben que es el único que puede tocar el Orbe y piensan que si él muere no podremos sacarlo de Cthol Murgos.

—¿Qué hacemos? —preguntó Garion mientras miraba en torno con expresión de impotencia.

—Tendré que concentrarme en proteger al niño —respondió ella—. Apártate, Garion.

—¿Qué?

—Que te alejes de mí. —Se inclinó y dibujó un círculo en la arena alrededor de sí misma y del pequeño. Luego dijo—: Escuchadme todos con atención. Hasta que salgamos de aquí, ninguno de vosotros debe entrar en este círculo. No quiero que nadie resulte herido —añadió, entonces se irguió y el rizo blanco de su pelo pareció arder.

—¡Espera! —exclamó Garion.

—No me atrevo; podrían atacar en cualquier momento. Tú tendrás que ocuparte de proteger a tu abuelo y a los demás.

—¿Yo?

—Tú eres el único que puede hacerlo. Tienes tu poder, úsalo —dijo y alzó la mano.

—¿Con cuántos tendré que enfrentarme? —preguntó Garion.

Pero enseguida sintió la súbita agitación y los rugidos de su mente mientras comenzaba a actuar el poder de tía Pol. El aire que la rodeaba pareció cobrar un ligero resplandor, distorsionándose como oleadas de calor en una tarde de verano. Garion pudo percibir con claridad la barrera que se alzaba en torno a ella.

—¡Tía Pol! —gritó.

Ella meneó la cabeza y le señaló su oreja. Daba la impresión de que decía algo, pero ningún sonido traspasó el centelleante escudo que había levantado.

—¿Cuántos? —volvió a gritar Garion, modulando las palabras de forma exagerada.

Ella levantó ambas manos con un pulgar doblado.

—¿Nueve? —gritó él.

Ella asintió con un gesto y luego envolvió al pequeño en su capa.

—Bien, Garion —preguntó Seda con una mirada penetrante—, ¿y ahora qué hacemos?

—¿Por qué me lo preguntas a mí?

—Ya has oído a Polgara. Belgarath sigue inconsciente y ella está ocupada. Ahora tú estás al mando.

—¿Yo?

—¿Qué hacemos? —insistió Seda—. Tienes que aprender a tomar decisiones.

—No lo sé —titubeó confuso Garion.

—Nunca lo admitas —le dijo Seda—. Actúa como si lo supieras, aunque no sea así.

—Pues..., eh..., supongo que esperaremos a que oscurezca y luego... seguiremos en la misma dirección que antes.

—Eso es —sonrió Seda—. ¿Ves qué fácil es?

Comenzaron a cabalgar a lo largo de las arenas negras de los páramos, bajo el sutil resplandor plateado de la luna y en medio de un frío penetrante. Garion se sentía incómodo en el papel que Seda le había asignado. Estaba convencido de que no era necesario, pues todos sabían hacia dónde iban y qué era lo que tenían que hacer. En caso de necesitar algún tipo de líder, habría sido Seda el más apropiado. Sin embargo, el hombrecillo había depositado todo el peso de la responsabilidad sobre los hombros de Garion y ahora parecía contemplar con atención cómo se manejaba el joven.

No tuvieron tiempo para ponerse a discutir la cuestión del liderazgo, pues poco después de medianoche se encontraron con una cuadrilla de murgos. Eran seis y se aproximaron al galope por el sur, bajando una pequeña loma, hasta encontrarse de frente con el grupo de Garion. Barak y Mandorallen actuaron con la rapidez y la violencia propias de guerreros experimentados, y sus espadas se desenvainaron para chocar con ruido metálico contra las armaduras de los asombrados murgos. Cuando Garion aún se esforzaba por sacar su propia espada, vio cómo uno de los intrusos vestidos de negro salía arrojado de su silla mientras otro, gimiendo de dolor y sorpresa, se tambaleaba despacio hacia atrás, con la mano en el pecho.

Al mismo tiempo que los hombres luchaban en la oscuridad, los aterrorizados caballos relinchaban y dejaban escapar chillidos estridentes. Uno de los murgos, asustado, hizo girar su caballo para escapar; pero Garion, sin pensarlo dos veces, lo interceptó con la espada pronta para atacar. El murgo batió su propia arma de forma frenética, pero Garion esquivó con frialdad el mal dirigido golpe y asestó una estocada ligera, como un latigazo, en el hombro del murgo. La afilada punta de la espada rasgó la cota de malla del murgo con un sonido convincente. Luego Garion atajó con habilidad otro torpe floreo de su contrincante y le hizo un corte en plena cara. Tenía la impresión de que todo lo que le habían enseñado sus amigos se sumaba de repente y le daba un estilo que era en parte cherek, en parte algario, aunque con un indiscutible sello personal. Aquel estilo confundió al asustado murgo y sus esfuerzos se hicieron más desesperados. Pero cada vez que el otro arremetía un golpe, Garion lo detenía con facilidad y de inmediato contraatacaba con aquellos ligeros y rápidos latigazos capaces de abrir una herida en cada contacto. Mientras luchaba, Garion sintió que en su interior crecía una tremenda exaltación y percibió un sabor ardiente en la boca.

Entonces Relg salió de pronto de entre las sombras y hundió su cuchillo de punta curva debajo de las costillas de aquel hombre. El murgo se dobló de forma abrupta, tembló y cayó de su montura, ya muerto.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó sin pensarlo—. Ése era mi murgo.

Barak, que acababa de presenciar la carnicería, rió asombrado en la oscuridad, con súbito regocijo.

—Se está volviendo salvaje como nosotros, ¿verdad?

—Sin embargo, su estilo es notable —respondió Mandorallen con gesto de aprobación.

Garion estaba entusiasmado. Miró a su alrededor, en busca de alguien con quien luchar, pero todos los murgos estaban muertos.

—¿Estaban solos? —preguntó con el aliento entrecortado—. Me refiero a si había otros detrás. Tal vez deberíamos ir a echar un vistazo.

—Después de todo, queremos que encuentren nuestro rastro —le recordó Seda—. Por supuesto, tú decides, Garion, pero si matamos a todos los murgos de la zona, no quedará ninguno que comunique nuestro rumbo a Rak Cthol, ¿verdad?

—¡Oh! —exclamó Garion sintiéndose un poco tonto—. Lo había olvidado.

—Debes tener en cuenta el plan general, Garion, y no perderlo de vista cuando ocurren pequeños incidentes como éstos.

—Quizá me he entusiasmado demasiado.

—Un buen jefe no puede permitirse ese lujo.

—De acuerdo —dijo Garion, que empezaba ya a sentir vergüenza.

—Sólo quería estar seguro de que lo entendías, eso es todo.

Garion no respondió, pero empezó a comprender por qué sacaba de sus casillas a Belgarath tan a menudo. Ser jefe era una carga lo suficientemente pesada por sí misma como para tener que escuchar además aquellos continuos comentarios del hombrecillo con cara de hurón.

—¿Estás bien? —le preguntó Taiba a Relg con un extraño dejo de preocupación en la voz. El ulgo seguía de rodillas junto al cuerpo del murgo al que había matado.

—¡Déjame en paz! —le dijo con brusquedad.

—No seas tonto. ¿Estás herido? Déjame ver.

—¡No me toques! —Se encogió para evitar el contacto con su mano extendida—. Belgarion, dile que se aparte de mí.

—¿Y ahora qué pasa? —preguntó Garion, disimulando su furia.

—He matado a este hombre —respondió Relg—, y tengo que hacer ciertas cosas..., tengo que rezar para purificarme y ella está interfiriendo.

Garion tuvo que contenerse para no maldecir.

—Por favor, Taiba —dijo con toda la calma de que era capaz—. Déjalo en paz.

—Sólo quería saber si estaba bien —respondió Taiba con cierta petulancia—. No le hacía ningún daño.

La esclava tenía una expresión extraña en el rostro que Garion no alcanzaba a comprender. Mientras contemplaba al ulgo arrodillado, sus labios dibujaron una ligera sonrisa. De repente, extendió su mano hacia él sin previo aviso.

—¡No! —gimió Relg haciéndose a un lado.

Taiba rió con una risita maligna y gutural y luego se alejó tarareando una canción en voz baja.

En cuanto Relg terminó con su ritual de purificación junto al cadáver del murgo, volvieron a montar y siguieron viaje. Finos rayos de luna alumbraban el cielo frío, proyectando su tenue luz sobre las arenas negras. Garion miraba todo el tiempo a su alrededor, como si intentara descubrir los peligros inminentes que los aguardaban en el camino. Echaba frecuentes vistazos a tía Pol, deseando que no estuviera tan lejos de él, pero ella parecía enfrascada por entero en mantener su escudo en pie. Cabalgaba con Misión pegado a ella y la mirada perdida e insondable. Entonces Garion miró esperanzado a Belgarath; pero aunque en ocasiones parecía despertar de su sueño, el anciano seguía sin enterarse de lo que sucedía en su entorno. Garion suspiró y sus ojos reanudaron el nervioso escrutinio del camino. Siguió cabalgando durante el resto de la noche en medio de un frío penetrante, con la suave luz de la luna sobre sus cabezas y las estrellas brillantes como fragmentos de hielo.

De repente Garion oyó ruidos en su mente, un sonido que producía un eco extraño, y el escudo que rodeaba a tía Pol tembló con un desagradable resplandor de color naranja. Garion convocó de inmediato su poder; hizo un gesto y pronunció una sola palabra. No era consciente de la palabra que había usado, pero pareció funcionar. Como un caballo que se mueve a tropezones entre una bandada de pájaros, su voluntad dispersó la fuerza que intentaba atacar a tía Pol y a Misión. Era consciente de que en aquel ataque habían participado más de una mente, pero eso no tenía importancia. Cuando las fuerzas reunidas de los atacantes de tía Pol se dispersaron y huyeron de él, Garion captó una fugaz visión de disgusto, e incluso de miedo.

*«No ha estado mal —observó la voz de su mente—, tal vez un poco torpe, pero nada mal.»*

*«Es la primera vez que lo hago —respondió Garion—, con un poco de práctica lo haré mejor.»*

*«No te confíes demasiado»,* aconsejó la voz con tono seco. Luego desapareció.

Se estaba volviendo más fuerte, no cabía duda. La facilidad con que había dispersado el vínculo de fuerzas de aquel grupo de grolims que tía Pol llamaba los jerarcas lo asombraba. Comenzó a comprender a qué se refería Belgarath cuando le decía que tenía «talento». Por lo visto había una especie de habilidad, un límite que la mayoría de los hechiceros no podía atravesar. Garion descubrió con cierta sorpresa que a pesar de que apenas empleaba una ínfima parte de sus poderes, era más fuerte que hombres que habían practicado este arte durante siglos. La sola idea de lo que podría llegar a hacer con el tiempo lo asustaba muchísimo.

Sin embargo, también comenzaba a sentirse más seguro. Se irguió en su silla y cabalgó con mayor confianza. Quizás el hecho de ser el jefe no fuera tan malo; costaba un poco acostumbrarse, pero una vez que uno sabía lo que debía hacer, no resultaba tan duro.

El nuevo ataque se produjo cuando el horizonte comenzaba a clarear al este tras ellos. Dio la impresión de que tía Pol, su caballo y el pequeño se desvanecían en medio de una total oscuridad. Garion devolvió el golpe de inmediato, esta vez con una trepa maliciosa, una especie de vigorosa bofetada a las mentes atacantes y no pudo evitar sentirse orgulloso de sí mismo ante la sorpresa y el dolor de las mentes que huyeron de su rápido contraataque. Entonces vislumbró, apenas por un instante, la imagen de nueve ancianos vestidos con túnicas negras sentados alrededor de una mesa. Una de las paredes de la habitación tenía una enorme grieta y parte del techo se había derrumbado como resultado del terremoto de Rak Cthol. Ocho de los nueve ancianos parecían sorprendidos y asustados; el noveno había desaparecido. Entonces la oscuridad que rodeaba a tía Pol se difuminó.

—¿Qué hacen? —preguntó Seda.

—Intentan atravesar el escudo de tía Pol —respondió Garion—. Les di algo en qué pensar —agregó con un tono algo presumido.

—No te pases —le aconsejó Seda mientras le dedicaba una mirada astuta con los ojos entrecerrados.

—Alguien tenía que hacer algo —pretextó Garion.

—Ésa suele ser la razón. Todo lo que digo es que no pierdas la perspectiva.

El irregular muro de montañas que señalaba el límite oeste de los páramos se hizo visible cuando la luz comenzó a iluminar el cielo desde el este.

—¿A qué distancia crees que está? —le preguntó Garion a Durnik.

—A diez o quince kilómetros, como mínimo —juzgó Durnik mientras escudriñaba las montañas—. Es difícil calcular las distancias con esta luz.

—¿Y bien? —preguntó Barak—. ¿Nos escondemos ahora o nos apresuramos a llegar allí?

Garion reflexionó.

—¿Cambiamos de dirección tan pronto lleguemos a la montaña? —le preguntó a Mandorallen.

—Yo diría que es mejor continuar un poco más en esta ruta —respondió el caballero con aire pensativo—. Un límite natural como aquel que tenemos delante puede atraer un escrutinio más exhaustivo.

—Eso es cierto —asintió Seda.

Garion se rascó la mejilla y notó que otra vez le estaba creciendo el bigote.

—Entonces será mejor que nos detengamos aquí —sugirió—. Cuando el sol se ponga podremos partir otra vez, subir a las montañas y descansar. Mañana por la mañana, cuando salga el sol, podremos cambiar de ruta. De ese modo tendremos suficiente luz para ver las huellas que dejamos y taparlas.

— Parece un buen plan —aprobó Barak.

—Entonces hagámoslo así —decidió Garion.

Buscaron otra loma y otra hondonada y una vez más se escondieron cubiertos por la lona de la tienda. A pesar de que estaba cansado, Garion no quería abandonarse al sueño, pues además de la responsabilidad que pesaba sobre él como jefe del grupo, temía que los jerarcas volvieran a atacar mientras dormía. Los demás comenzaron a desplegar las mantas y él se puso a andar de aquí para allí sin rumbo, deteniéndose para mirar a tía Pol, sentada contra una roca grande, con Misión dormido entre sus brazos y una mirada tan lejana como la luna que brillaba al otro lado de su centelleante escudo. Garion suspiró y descendió hacia la entrada de la hondonada donde Durnik se ocupaba de los caballos. De repente se dio cuenta de que sus vidas dependían del bienestar de los caballos y eso fue otro motivo de preocupación.

—¿Cómo están? —le preguntó a Durnik mientras se acercaba.

—Lo están soportando bastante bien —respondió Durnik—. Sin embargo, han hecho un largo viaje y algunos de ellos comienzan a dar muestras de cansancio.

—¿Podemos hacer algo por ellos?

—Quizá darles una semana de descanso en un bonito prado —respondió Durnik con una sonrisa sarcástica.

—Creo que a todos nos vendría bien una semana de descanso en un bonito prado —rió Garion.

—Has crecido mucho, Garion —observó Durnik mientras levantaba la pata trasera de un caballo para comprobar que no tuviera heridas o magulladuras.

—Casi toda la ropa todavía me queda bien —dijo Garion; se miró los brazos y vio que las mangas acababan a cuatro o cinco centímetros de la muñeca.

—No me refería a eso. —Durnik titubeó—. ¿Qué se siente al hacer todas esas cosas que eres capaz de hacer?

—Me da mucho miedo, Durnik —admitió Garion en voz baja—. Yo no quería nada de esto, pero no tuve elección.

—No debes permitir que te asuste, ¿sabes? —dijo Durnik mientras apoyaba con cuidado la pata del caballo en el suelo—. Es sólo una característica tuya... igual que ser alto, o tener el pelo rubio.

—La verdad es que no es así, Durnik. Ser alto o tener el pelo rubio no hiere a nadie, y esto puede llegar a hacerlo.

—Tendrás que aprender a tener cuidado, eso es todo —dijo Durnik y miró a las altas sombras de la cadena de montañas que se extendía bajo el sol recién nacido—.

Cuando yo tenía tu edad, descubrí que era mucho más fuerte que los demás chicos del pueblo, quizá porque trabajaba en la herrería. Yo no quería hacer daño a nadie, así que evitaba pelear con mis amigos. Uno de ellos pensó que lo hacía por cobardía y me provocó durante seis meses hasta que me hizo perder los estribos.

—¿Peleaste con él?

Durnik asintió con un gesto.

—En realidad no fue una gran pelea, pero cuando acabó él se dio cuenta de que yo no era cobarde. Incluso volvimos a ser buenos amigos... una vez que sus huesos sanaron y se acostumbró a vivir con menos dientes. —Garion sonrió abiertamente y Durnik le devolvió la sonrisa, aunque no muy convencido—. Por supuesto, después me sentí avergonzado de mí mismo. —Garion sentía un gran afecto por este hombre llano y fuerte. Durnik era su amigo más antiguo, alguien con quien siempre podría contar—. Lo que intento decirte, Garion —continuó Durnik con seriedad—, es que no puedes ir por la vida con miedo a lo que eres; pues si lo haces, tarde o temprano aparecerá alguien que no te comprenderá y tendrás que hacer algo para demostrarle que no es a él a quien temes. Cuando se llega a ese punto, suele ser peor para ti... y también para él.

—¿Como ocurrió con Asharak?

Durnik asintió.

—A la larga, siempre es mejor ser uno mismo. No está bien darse aires de superioridad, pero tampoco sirve de nada subestimarse. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Todo el problema parece residir en descubrir con certeza cómo es uno en realidad.

—Esa es la parte que suele traernos más problemas —asintió Durnik con una sonrisa. Pero de repente la sonrisa se desvaneció y el herrero cayó al suelo entre convulsiones, agarrándose el estómago.

—¡Durnik! —gritó Garion—. ¿Qué ocurre?

Pero Durnik no podía responderle. Se revolvía en el suelo con la cara cenicienta y una expresión de agonía.

Garion sintió una presión extraña en el pecho, procedente del exterior, y enseguida comprendió lo que sucedía. Al fracasar sus intentos de matar a Misión, los jefes dirigían sus ataques a los demás para obligar a tía Pol a romper el escudo. Lo invadió una furia tremenda; su sangre parecía hervir y de sus labios salió un grito feroz.

«*Calma*», era la voz de su mente otra vez.

«*¿Qué debo hacer?*»

«*Sal a la luz del día.*»

Garlón no comprendió lo que le pedía, pero de todos modos corrió más allá de los caballos hacia la luz de la mañana.

«*Ponte dentro de tu sombra.*»

El joven miró la sombra que se proyectaba en el suelo frente a él y obedeció a la voz. No supo bien cómo lo hacía, pero concentró toda su voluntad y su conciencia en aquella sombra.

«*Ahora sigue la senda de sus pensamientos hasta llegar a ellos. ¡Deprisa!*»

De repente, Garion sintió que volaba. Todavía encerrado en su sombra, rozó a Durnik que seguía retorciéndose, siguió el camino del pensamiento que había atacado a su amigo y voló a toda velocidad por el aire kilómetros y kilómetros a través de los páramos, hasta volver a las rumbas de Rak Cthol. Por lo visto no tenía cuerpo y todo lo que veía estaba rodeado de un reflejo violáceo.

Cuando entró en la habitación con la pared agrietada, donde los nueve ancianos de túnicas negras intentaban matar a Durnik, fue consciente de su gran tamaño. Los ojos

de los viejos estaban fijos sobre un enorme rubí, casi del tamaño de una cabeza humana, que centelleaba en el centro de la mesa. Los rayos oblicuos del sol distorsionaban y agrandaban la sombra de Garion, de modo que ocupaba un extremo de la habitación y tenía que agacharse para caber bajo el techo.

—¡Deteneos! —rugió, dirigiéndose a los malvados ancianos—. ¡Dejad en paz a Durnik!

Los jerarcas se sobresaltaron ante aquella súbita aparición y Garion pudo percibir cómo el pensamiento que dirigían a Durnik a través de la piedra que había encima de la mesa vacilaba y comenzaba a desmoronarse. Entonces dio un paso amenazador y vio cómo los demás retrocedían bajo la luz púrpura que volvía brumosa su visión.

Entonces, uno de ellos, un hombre muy delgado con una barba larga y sucia y la cabeza completamente calva, pareció reponerse del momentáneo susto.

—¡Quedaos donde estáis! —les ordenó a los demás—. Seguid concentrados en el sendario.

—¡Dejadlo en paz! —les gritó Garion.

—¿Quién lo dice? —preguntó el anciano con tono insultante.

—Lo digo yo.

—¿Y tú quién eres?

—Soy Belgarion. Dejad en paz a mis amigos.

El viejo rió, y su risa era tan fría como la de Ctuchik.

—La verdad es que sólo eres la sombra de Belgarion —lo corrigió—. Conocemos el truco de la sombra. Puedes hablar y amenazarnos, pero eso es todo. ¡Sólo eres una sombra sin poder, Belgarion!

—¡Dejadnos en paz!

—¿Y qué harás si nos negamos? —La cara del viejo jerarca tenía una expresión de malicioso regocijo.

«¿Tiene razón?», le preguntó Garion a la voz de su mente.

«Tal vez sí, tal vez no —respondió la voz—. Pocos hombres han logrado superar esta limitación. No lo sabrás hasta que pruebes.»

A pesar de la terrible furia que lo invadía, Ganon no quería matar a nadie.

—¡Hielo! —dijo concentrándose en la idea de frío y arremetiendo con su poder.

Tuvo una sensación extraña, casi etérea, como si no estuviera formado por materia, y los rugidos de su mente sonaron sordos y débiles. El anciano calvo rió de forma despectiva y su barba se movió en un gesto insultante. Garion apretó sus dientes incorpóreos y volvió a concentrarse con todas sus fuerzas.

—¡Fuego! —dijo entonces, invocando su poder.

Hubo un chispazo y luego un súbito resplandor. La fuerza del poder de Garion estalló, dirigida no al hombre en sí, sino a sus bigotes.

El jerarca se puso en pie de un salto y se tambaleó hacia atrás con un gemido grave, tratando, desesperado, de apagar las llamas de la barba.

La concentración de los demás se tambaleó y todos se pusieron de pie, presas de pánico y asombro. Con expresión sombría, Garion se concentró en sus poderes y comenzó a repartir golpes a diestra y siniestra con sus larguísimos brazos. Arrojó a los jerarcas al suelo de piedra y los golpeó contra las paredes. Los viejos, en el intento de escapar, corrían de un lado a otro y lanzaban chillidos de terror, pero él los cogió uno tras otro en riguroso orden y les dio su merecido. Con una extraña forma e indiferencia, incluso llegó a meter a uno de ellos de cabeza en la grieta de la pared y empujó con fuerza hasta que sólo quedaron a la vista un par de pies pataleando.

Luego, cuando hubo terminado, se volvió hacia el jerarca calvo que por fin se las había ingeniado para apagar el fuego de su barba.

—Es imposible, imposible —protestó el jerarca, con expresión atónita—. ¿Cómo lo has hecho?

—Ya te lo he dicho, soy Belgarion y soy capaz de hacer cosas que ni siquiera eres capaz de imaginar.

«¡Lapiedra! —le dijo la voz—, *la usan para concentrarse en sus ataques. ¡Destruyela!*»

«¿Cómo?»

«*Apenas puede sostenerse. Mira.*»

De repente, Garion descubrió que podía ver el interior de la piedra que seguía centelleando sobre la mesa. Vio las finísimas grietas que cuarteaban su superficie de cristal y comprendió. Entonces se concentró y dirigió toda su ira hacia ella. La piedra ardió de luz y comenzó a latir, a medida que crecía la fuerza que había en su interior, hasta que estalló en miles de fragmentos.

—¡No! —gimió el jerarca calvo—. ¡Idiota! Esa piedra es irremplazable.

—Escúchame, viejo —dijo Gañón con voz temible—, vas a dejarnos en paz. No nos perseguirás ni intentarás hacernos ningún daño. —Extendió su mano incorpórea y la hundió en el pecho del jerarca calvo. Sintió cómo el corazón del viejo se sobresaltaba y sus pulmones se estremecían por la falta de aire mientras contemplaba horrorizado el brazo que salía de su pecho. Garion abrió los dedos muy despacio—. ¿Me has entendido? —le preguntó. El jerarca gorgoteó e intentó sujetar el brazo de Garion, pero sus manos no encontraron nada sólido adonde agarrarse—. ¿Me has entendido? —repitió Garion, y de repente cerró la mano. El jerarca gimió de dolor—. ¿Vas a dejarnos en paz?

—¡Por favor, Belgarion! ¡Para ya! ¡Me estoy muriendo!

—¿Vas a dejarnos en paz? —volvió a preguntar Garion.

—¡Sí, sí, lo que tú digas, pero detente por favor! ¡Te lo ruego! ¡Haré lo que me pidas! ¡Por favor!

Garion abrió la mano y sacó el brazo del pecho jadeante del jerarca. Luego lo alzó como una garra frente a la cara del viejo.

—Mira esto y recuérdalo —dijo con una voz siniestramente calma—. La próxima vez hundiré mi mano en tu pecho y te arrancaré el corazón.

El jerarca retrocedió con los ojos llenos de horror fijos en aquella temible mano.

—Lo prometo —balbuceó—, lo prometo.

—Tu vida depende de ello —le dijo Garion. Luego se giró y voló como un relámpago a través de kilómetros de desierto hasta llegar adonde estaban sus amigos. De repente se encontró de pie a la entrada de la hondonada con la vista fija en su sombra, que volvía despacio a su sitio en el suelo frente a él.

El resplandor violáceo había desaparecido y, por extraño que pareciera, no se sentía cansado.

Durnik hizo una inspiración e intentó levantarse. Garion se volvió con rapidez y corrió hacia su amigo.

—¿Estás bien? —le preguntó y lo cogió de un brazo.

—Ha sido como si me clavaran un cuchillo y lo hicieran girar —dijo Durnik, tembloroso—. ¿Qué ha ocurrido?

—Los jerarcas de los grohms intentaban matarte —le dijo Garion.

Durnik miró a su alrededor con aprensión.

—No te preocupes, Durnik. No volverán a hacerlo —dijo Garion; lo ayudó a ponerse de pie y los dos volvieron a entrar en la hondonada.

Mientras se acercaban, tía Pol miraba a Garion con ojos penetrantes.

—Estás creciendo muy rápido —le dijo.

—Tenía que hacer algo —respondió él—. ¿Qué ocurrió con tu escudo?

—Ya no es necesario.

—No ha estado mal —dijo Belgarath. El viejo se había sentado, y a pesar de su aspecto de cansancio y debilidad, sus ojos estaban atentos—. Algunas partes un poco exóticas, quizá, pero en general no ha estado nada mal. Sin embargo con lo de la mano te has pasado un poco...

—Quería asegurarme de que me había entendido —explicó Garion, muy aliviado al ver que su abuelo había recuperado la conciencia.

—Creo que lo has convencido —dijo con sequedad Belgarath—. ¿Hay comida en algún sitio? —le preguntó a tía Pol.

—¿Ya estás bien, abuelo? —le preguntó Garion.

—Me siento débil como un polluelo recién nacido y hambriento como una loba con nueve cachorros, pero aparte de eso estoy bien —respondió Belgarath—. La verdad es que me vendría bien algo de comer, Polgara.

—Veré lo que puedo encontrar, padre —dijo ella, y se encaminó hacia los sacos.

—No necesitas molestarte en cocinar —añadió él.

El niño había estado mirando a Garion con curiosidad, con una mirada seria y ligeramente intrigada en sus ojos grandes. De repente rió y miró a Garion a los ojos.

—Belgarion —dijo.

—¿Estás apenado? —le preguntó Seda a Garion aquella tarde, mientras cabalgaban en dirección a los abruptos picos que se perfilaban bajo las brillantes estrellas.

—¿Apenado?, ¿por qué?

—Por dejar de ser jefe —dijo Seda, que lo había estado observando con curiosidad desde que la puesta de sol señalara la hora de reanudar el viaje.

—No —respondió Garion, sin comprender muy bien a qué se refería—. ¿Por qué debería estarlo?

—Es muy importante que un hombre aprenda a conocerse —le dijo Seda con seriedad—. El poder puede resultar muy seductor para algunos y nunca se sabe cómo va a usarlo alguien hasta que tiene la oportunidad de demostrarlo.

—No veo por qué te preocupas tanto, pues no creo que vaya a estar al mando muy a menudo.

—Nunca se sabe, Garion. Nunca se sabe.

Siguieron cabalgando a través de las desiertas arenas negras hacia las montañas que aguardaban delante. La luna, en cuarto menguante, se alzaba a sus espaldas con su luz fría y blanca. Cerca del límite de los páramos había unos pocos arbustos espinosos, apiñados sobre la arena y plateados por la escarcha. Aproximadamente una hora después de medianoche, llegaron a terreno rocoso. Sus caballos salieron de los arenosos páramos y comenzaron a ascender, produciendo un ruido estrepitoso con el roce de los cascos contra la piedra. Cuando llegaron a la cima de la primera montaña, se volvieron para mirar atrás. La oscura extensión de los páramos que dejaban sus espaldas estaba salpicada por las hogueras de los murgos, y a lo lejos, más allá del camino que seguían, vieron antorchas que se movían.

—Ya empezaba a preocuparme —le dijo Seda a Belgarath—, pero parece que por fin han logrado encontrar nuestro rastro.

—Esperemos que no vuelvan a perderlo —respondió el anciano.

—No lo creo. Lo preparé todo para que resultara muy evidente.

—En ocasiones los murgos son algo imprevisibles.

Parecía que Belgarath ya se había recuperado por completo, pero Garion notaba que sus hombros caídos denotaban cierto cansancio y se alegró de que no tuvieran que cabalgar durante toda la noche.

Las montañas donde se encontraban eran tan áridas y rocosas como las que habían atravesado en el norte. Estaban rodeados por picos acechantes y extensiones de suelo alcalizado, además del penetrante viento frío que gemía de forma constante a través de las rocas y parecía tirar de las túnicas murgas con que iban disfrazados. Siguieron adelante hasta internarse en las montañas y luego, unas horas antes del amanecer, se detuvieron a descansar y a esperar que saliera el sol.

Cuando la primera luz tenue apareció al este del horizonte, Seda salió a investigar y encontró un paso rocoso que conducía al noroeste entre las caras de dos riscos de color ocre. En cuanto regresó, volvieron a montar y partieron al trote.

—Creo que ya podemos deshacernos de esto —dijo Belgarath mientras se quitaba su túnica murga.

—Yo las cogeré —sugirió Seda cuando se detenían—. El paso está siguiendo por allí en línea recta —agregó señalando el camino—. Os alcanzaré en un par de horas.

—¿Adonde vas? —le preguntó Barak.

—Dejaré otros rastros falsos a lo largo de varios kilómetros. Luego volveré y comprobaré que no hayáis dejado huellas. No me llevará mucho tiempo.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó el hombretón.

—Lo haré más rápidamente si voy solo —respondió Seda.

—Ten cuidado.

—Siempre lo tengo —sonrió; cogió las túnicas murgas y se alejó hacia el oeste.

El paso por el cual cabalgaban parecía el lecho de un arroyo que se había secado miles de años antes. El agua había erosionado las rocas y dejado al descubierto capas de piedra roja, parda y amarilla, que formaban rayas horizontales, una encima de la otra. Mientras cabalgaban entre los riscos, el traqueteo de los cascos de los caballos sonaba muy fuerte y el viento silbaba a su paso a través de la depresión del terreno.

Taiba acercó su caballo al de Garion. Estaba temblando y tenía sobre los hombros la capa que él le había dado.

—¿Siempre hace tanto frío? —preguntó con sus grandes ojos violetas muy abiertos.

—En invierno sí —respondió él—. Supongo que en verano debe de hacer mucho calor.

—En las cuevas de los esclavos siempre hacía la misma temperatura —dijo ella—. Nunca sabíamos en qué estación estábamos.

El serpenteante lecho del arroyo giró de forma abrupta hacia la derecha y se encontraron a plena luz del sol naciente. Taiba gimió.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Garion con rapidez.

—¡La luz! —exclamó ella al tiempo que se cubría la cara con las manos—. Es como si me quemaran los ojos.

Relg, que cabalgaba justo enfrente de ellos, también se protegía los ojos y miraba por encima del hombro a la mujer.

—Toma —le dijo, y le alcanzó uno de los velos con que solía cubrirse los ojos cuando se encontraban a plena luz del día—. Cúbrete la cara hasta que estemos a la sombra —añadió con un tono extrañamente neutral.

—Gracias —dijo Taiba colocándose el pañuelo sobre los ojos—. No sabía que el sol pudiera ser tan brillante.

—Te acostumbrarás —le dijo Relg—. Sólo es cuestión de tiempo. Los primeros días tienes que protegerte los ojos. —Parecía a punto de marcharse, pero de repente se giró y la miró con curiosidad—. ¿Nunca habías visto el sol?

—No —respondió ella—, pero otros esclavos me hablaron de él. Los murgos no llevan mujeres en sus cuadrillas de trabajos, así que yo nunca he salido de las mazmorras. Allí abajo siempre estaba oscuro.

—Debe de haber sido terrible —dijo Garion con un escalofrío.

—La oscuridad no era lo malo —dijo ella temblando—; lo que de verdad temíamos era la luz. La luz significaba que los murgos venían con sus antorchas para llevarse a alguien al templo de los sacrificios.

El sendero que seguían volvió a girar y salieron del luminoso reflejo del sol.

—Gracias —dijo Taiba a Relg, mientras se quitaba el velo de los ojos y se lo devolvía.

—Guárdalo, es probable que vuelvas a necesitarlo —dijo Relg en voz muy baja y con un peculiar brillo de ternura en los ojos; aunque cuando la miró, la turbación volvió a reflejarse en su rostro.

Garion los había estado observando desde la salida de Rak Cthol. Sabía que Relg, a pesar de sus esfuerzos, no podía quitarle los ojos de encima a la mujer marag que le habían obligado a rescatar de su tumba en el interior de las cuevas. A pesar de que el fanático seguía hablando del pecado sin cesar, sus palabras ya no tenían la absoluta convicción de antes y a menudo sólo parecían una repetición mecánica de fórmulas prefabricadas. Pero Garion había notado que en algunas ocasiones incluso aquellas fórmulas se habían convertido en balbuceos cuando los profundos ojos violetas de la mujer se volvían a mirar la cara del ulgo. Era obvio que Taiba, por su parte, se sentía intrigada. El rechazo de Relg a su sencilla gratitud la había hecho sentir humillada y había respondido a él con un gran e inmediato rencor. Sin embargo, las constantes miradas del ulgo hablaban con un lenguaje muy distinto al de las palabras que brotaban de sus labios. Sus ojos decían una cosa y su boca otra; y ella se sentía intrigada y no sabía si responder a una cosa o a la otra.

—Entonces ¿has pasado toda la vida en la oscuridad? —le preguntó con curiosidad Relg.

—Casi toda —respondió ella—. Una vez vi la cara de mi madre... el día que los murgos vinieron a llevársela al templo. Después de eso me quedé sola. Eso es lo peor. Si uno está acompañado, puede soportar la oscuridad.

—¿Qué edad tenías cuando se llevaron a tu madre?

—No lo sé con seguridad. Sin embargo, ya debía de ser casi una mujer, pues poco después los murgos me entregaron a un esclavo que los había complacido. Había muchos esclavos que hacían lo que los murgos querían a cambio de una comida extra... o mujeres. Al principio lloré, pero luego aprendí a aceptarlo. Al menos ya no estaba sola. —La expresión de Relg se endureció y Taiba lo notó—. ¿Qué debería haber hecho? —le preguntó—. Cuando eres esclavo tu cuerpo no te pertenece. Pueden venderte o entregarte a quien quieran y tú no puedes hacer nada al respecto.

—Tenía que haber algo.

—¿Como qué? No tenía ninguna arma con que defenderme o matarme, y es imposible estrangularse uno mismo. —Miró a Garion—. ¿Lo sabías? Algunos de los esclavos lo intentaron, pero todo lo que conseguían era quedar inconscientes y luego empezaban a respirar otra vez. ¿No te parece extraño?

—¿Intentaste defenderte? —preguntó Relg, que por alguna razón parecía considerar este punto como muy importante.

—¿Qué sentido habría tenido? El esclavo al que me entregaron era más fuerte que yo. Sólo habría conseguido que me golpeará hasta que le obedeciera.

—Deberías haberte resistido —afirmó con terquedad Relg—. Un poco de dolor es mejor que pecar, y entregarse de ese modo es pecado.

—¿Lo es? Si alguien te obliga a hacer algo y no tienes posibilidad de evitarlo, ¿de verdad es un pecado?

Relg iba a contestar, pero los ojos de Taiba, que lo miraban directamente a la cara, parecieron paralizarle la lengua. Titubeó, incapaz de sostener aquella mirada, y de repente dio media vuelta y se dirigió a los caballos de carga.

—¿Por qué lucha tanto consigo mismo? —se preguntó, intrigada, Taiba.

—Está consagrado por entero a su dios —explicó Garion—, y teme que algo lo aparte del camino que aquél le señala.

—¿Es el tal UL un dios tan severo?

—Yo no lo creo, pero Relg sí.

Taiba frunció los labios en una sensual mueca de frustración y miró hacia atrás al fanático que se alejaba.

—¿Sabes? —dijo—. Creo que en el fondo me tiene miedo. —Entonces rió, con su característica risita grave y maligna, y levantó los brazos para alisar su maravillosa cabellera azabache—. Nunca le había dado miedo a alguien... jamás; y creo que me gusta. ¿Me disculpas? —agregó, y sin esperar respuesta, dio media vuelta y siguió los pasos de Relg.

Mientras cabalgaban a lo largo del zigzagueante cañón, Garion meditó sobre ellos. Había descubierto una fuerza en Taiba que nadie sospechaba y llegó a la conclusión de que le iba a hacer pasar muy malos momentos a Relg.

Apuró el paso para comentarlo con tía Pol, que cabalgaba adelante con Misión.

—La verdad es que no es asunto nuestro, Garion —dijo ella—. Relg y Taiba pueden solucionar sus problemas sin tu ayuda.

—Sentía curiosidad, eso es todo —respondió él—. Relg está pasando un mal momento y Taiba tiene sentimientos confusos hacia él. ¿Qué es realmente lo que ocurre entre ellos, tía Pol?

—Algo muy necesario —respondió ella.

—Podrías decir eso de casi todo lo que ocurre, tía Pol —dijo en tono acusatorio—. Incluso podrías decir que es necesario que Ce'Nedra y yo discutamos todo el tiempo como lo hacemos, ¿verdad?

—No es exactamente lo mismo —respondió ella con una expresión algo divertida—, pero también eso es necesario hasta cierto punto.

—Eso es ridículo —protestó él.

—¿De verdad? ¿Y entonces por qué crees que los dos os empeñáis tanto en fastidiaros el uno al otro?

Garion no encontraba una respuesta para eso, pero la idea le preocupaba. Al mismo tiempo, la sola mención del nombre de Ce'Nedra le hizo recordar a la chica, y descubrió que la echaba de menos. Cabalgó en silencio junto a tía Pol mientras lo embargaba un sentimiento de melancolía. Por fin suspiró.

—¿Y a qué se debe ese enorme suspiro?

—Ya ha terminado todo, ¿verdad?

—¿De qué hablas?

—Me refiero a todo este asunto. Ya hemos recuperado el Orbe, y eso era todo lo que queríamos, ¿no?

—Hay más, Garion, mucho más. Además, todavía no hemos salido de Cthol Murgos, ¿no es cierto?

—Eso no te preocupa nada, ¿verdad? —Pero entonces, como si la pregunta de ella hubiese puesto en evidencia algunas dudas en su propia mente, la miró con súbita aprensión—. ¿Qué pasaría si no pudiéramos hacerlo? —dijo de repente—. Me refiero a si no pudiéramos salir. ¿Qué ocurriría en el Oeste si no lleváramos el Orbe de vuelta a Riva?

—Las cosas se complicarían.

—Se desataría una guerra, ¿verdad? Los angaraks ganarían y habría grolims por todas partes, con sus cuchillos y sus altares.

La sola imagen de los grolims entrando en la hacienda de Faldor lo enfurecía.

—No te pongas a imaginar problemas, Garion. Preocupémonos de cada cosa a su tiempo, ¿de acuerdo?

—¿Pero qué pasaría...?

—Garion —dijo ella con expresión de tristeza—. No empieces con los «qué pasaría si», por favor. Si lo haces, sólo conseguirás preocupar a todo el mundo.

—Pero tú le dices «qué pasaría si...» al abuelo todo el tiempo —la acusó.

—Eso es diferente —respondió ella.

Cabalgaron a toda prisa durante varios días y atravesaron una serie de pasos mientras el frío seco los agobiaba como un gran peso. Seda volvía atrás a menudo para comprobar si los seguían, pero la estratagema que habían preparado parecía haber engañado a los murgos. Por fin, un mediodía frío y sin sol en que el viento levantaba nubes de polvo sobre el horizonte, llegaron al extenso y árido valle por donde pasaba la Ruta de las caravanas del Sur. Seda se adelantó a echar un vistazo y los demás se escondieron detrás de una pequeña colina.

—¿Creéis que Taur Urgas se habrá sumado a nuestra búsqueda? —le preguntó Mandorallen a Belgarath, vestido otra vez con su armadura.

—Es difícil asegurarlo —respondió el viejo hechicero—. Es un hombre de reacciones imprevisibles.

—Una patrulla de murgos se dirige hacia el este por la Ruta de las Caravanas —informó Seda al volver—. Pasará al menos media hora antes de que desaparezcan de la vista.

Belgarath asintió.

—¿Crees que cuando hayamos llegado a Mishrak ac Thull estaremos seguros? —preguntó Durnik.

—No podemos contar con ello —respondió Belgarath—. Gethel, el rey de los thulls, teme a Taur Urgas, así que no se quejaría de una violación de soberanía si éste decidiera cruzar la frontera para seguirnos.

Esperaron a que los murgos cruzaran una pequeña loma en el este y siguieron viaje.

Durante los dos días siguientes, cabalgaron a ritmo ininterrumpido hacia el noroeste. Después de cruzar la frontera thull, el terreno se hizo menos rocoso y pudieron divisar desde lejos las nubes de polvo que delataban la presencia de patrullas de murgos. Por fin llegaron al acantilado del este al caer la tarde de un día lóbrego.

Barak miró atrás, hacia las nubes de polvo que se levantaban tras ellos, y luego acercó su caballo al de Belgarath.

—¿El camino que conduce al valle es muy escarpado? —preguntó.

—No es el camino más llano del mundo.

—Esos murgos están a menos de un día de distancia, Belgarath. Si tenemos que descender con cuidado, los tendremos pegados a nuestros talones antes de llegar abajo.

Belgarath frunció los labios y escudriñó las nubes de polvo que se levantaban hacia el sur, sobre el horizonte.

—Tal vez tengas razón —dijo—. Quizá será mejor que lo pensemos dos veces. —Alzó la mano para que los demás se detuvieran—. Es hora de que tomemos un par de decisiones —les dijo—. Los murgos están más cerca de lo que quisiéramos. El descenso hacia el valle nos llevará dos o tres días, y tendremos que pasar por sitios donde no nos gustará que nos metan prisa.

—Podríamos bajar por el barranco por donde subimos —sugirió Seda—. De ese modo sólo necesitaremos medio día.

—Pero Hettar y los clanes algarios del rey Cho-Hag nos esperan en el valle —objetó Mandorallen—. Si bajáramos por allí, ¿no conduciríamos a los murgos a un terreno sin defensa?

—¿Tenemos otra elección? —preguntó Seda.

—Podríamos encender antorchas a lo largo del camino —sugirió Barak—. Hettar entendería la señal.

—Y los murgos también —dijo Seda—. Cabalgarían toda la noche y los tendríamos pegados a nuestros talones todo el camino.

—Creo que tendremos que abandonar el plan original —decidió Belgarath y se rascó la barba corta y blanca con expresión de disgusto—. Tenemos que elegir el camino más corto y me temo que eso significa bajar por el barranco. Cuando lleguemos abajo estaremos solos, pero es inevitable.

—Sin duda el rey Cho-Hag tendrá vigías a lo largo de todo el acantilado —dijo Durnik, con una expresión de preocupación en su cara vulgar.

—Esperemos que sea así —respondió Barak.

—De acuerdo —dijo con firmeza Belgarath—. Iremos por el barranco. La idea no me gusta demasiado, pero nuestras opciones parecen haberse limitado un poco. Adelante.

Al caer la tarde, llegaron a la hondonada poco profunda que conducía a la llanura de abajo. Belgarath echó un vistazo al escarpado paso y meneó la cabeza.

—En la oscuridad no —decidió—. ¿Veis alguna señal de los algarios? —le preguntó a Barak, que tenía la vista fija en la llanura de abajo.

—Me temo que no —respondió el hombretón de barba roja—. ¿Quieres que encendamos un fuego para hacerles señales?

—No —respondió el anciano—. No anunciemos nuestras intenciones.

—Pero yo necesitaré un pequeño fuego —dijo tía Pol—. A todos nos vendría bien una comida caliente.

—No creo que sea conveniente, Polgara —replicó Belgarath.

—Mañana tendremos un día duro, padre —dijo ella con firmeza—. Durnik sabe cómo hacer un fuego pequeño y esconderlo.

—Haz lo que quieras, Pol —dijo el anciano con tono de resignación.

—Por supuesto, padre.

Era una noche fría, y mantuvieron el fuego pequeño y bien protegido. Cuando las primeras luces del amanecer comenzaron a vislumbrarse al este del cielo nuboso, se levantaron y se prepararon para descender por el paso rocoso en dirección a la llanura de abajo.

—Yo bajaré las tiendas —dijo Durnik.

—Arrójalas abajo —respondió Belgarath. Luego se volvió y tocó ligeramente uno de los sacos con un pie—. Llevaremos sólo lo que sea absolutamente necesario —decidió—. No tenemos tiempo para perder con estas cosas.

—No los dejarás, ¿verdad? —le preguntó, horrorizado, Durnik.

—Serán un estorbo y los caballos se moverán mucho más deprisa sin ellos.

—Pero es todo lo que tenemos —protestó Durnik.

Seda también parecía disgustado. Desplegó una manta y comenzó a rebuscar en los sacos, sacando con sus manos rápidas innumerables objetos pequeños y valiosos que amontonaba sobre la manta.

—¿De dónde has sacado todo eso? —le preguntó Barak.

—De un sitio y otro —respondió, evasivo, Seda.

—Los has robado, ¿verdad?

—Algunos —admitió Seda—. Hemos hecho un largo viaje, Barak.

—¿De verdad te propones bajar todas esas cosas por el barranco? —preguntó Barak mientras observaba con curiosidad los tesoros de Seda.

Seda miró el montón de cosas y las pesó mentalmente. Luego dejó escapar un suspiro de pena.

—No —dijo—, supongo que no. —Se puso de pie y desparramó los objetos con un pie—. Son muy bonitos, ¿verdad? Ahora tendré que empezar de nuevo. —Entonces sonrió—. De todos modos, lo más divertido es robarlos. Bajemos —dijo por fin, y comenzó a descender rumbo al fondo del acantilado.

Los caballos, liberados de su peso, se movían con mucha más soltura, de modo que pasaron con facilidad por sitios que, según recordaba Garion, les habían dado mucho trabajo unas semanas antes. Al mediodía ya habían recorrido más de la mitad del camino.

Entonces Polgara se detuvo y miró hacia arriba.

—Padre —dijo con serenidad—. Han encontrado la entrada al barranco.

—¿Cuántos son?

—Es una patrulla de avanzada. No son más de veinte.

Desde arriba les llegó el ruido de una roca que chocaba contra otra, y después de un instante, otra más.

—Me lo temía —dijo con amargura Belgarath.

—¿Qué pasa? —preguntó Garion.

—Nos están tirando piedras —dijo el anciano. Se levantó el cinturón con expresión sombría—. Muy bien, vosotros seguid. Bajad con la mayor rapidez posible.

—¿Estás lo suficientemente fuerte, padre? —preguntó preocupada tía Pol—. Todavía no te has recuperado del todo.

—Ahora lo comprobaremos —respondió el anciano con cara inexpresiva—. Moveos... ¡todos! —exclamó en un tono que no dejaba lugar a discusiones.

Los demás comenzaron a bajar a través de las empujadas rocas, pero Garion se fue quedando atrás a propósito. Al final, Durnik dobló por una curva con los caballos de carga, cruzando un montón de escombros, y Garion aprovechó para detenerse a escuchar. Podía oír el ruido de los cascos de los caballos al bajar y, desde arriba, el estrépito de una gran roca que descendía por el barranco y se aproximaba cada vez más. Luego sintió la familiar agitación y los rugidos en su mente. Una roca apenas más grande que una cabeza humana, pasó con un zumbido junto a él y cayó sin hacer daño a nadie sobre las piedras desmoronadas del fondo del acantilado. Garion comenzó a subir de nuevo despacio, deteniéndose a menudo para escuchar.

Belgarath sudaba. Garion se asomó por un recoveco del barranco, un buen trecho más arriba, y se escondió para que el anciano no lo viera. Otra roca, algo más grande que la primera, cayó en un rápido balanceo, se desmoronó, rebotó en los costados del estrecho barranco y saltaba por el aire cada vez que tocaba el lecho rocoso del río. Unos veinte metros por encima de Belgarath, golpeó con estrépito y cayó girando en el aire. El viejo hizo un gesto de disgusto, gruñendo por el esfuerzo, y la roca salió disparada en un extenso arco, lejos de los lados del abismo, hasta desaparecer de la vista.

Garion cruzó deprisa el lecho del río y bajó unos metros más, apretado contra las piedras para asegurarse de que su abuelo no lo viera.

Cuando la siguiente piedra se aproximaba a ellos rebotando y golpeando sobre las rocas, Garion convocó su poder. Sabía que tendría que sincronizarlo a la perfección con el de su abuelo, así que espío por un rincón y miró al anciano con atención. Cuando Belgarath alzó la mano, Garion unió su propio poder al de su abuelo, deseoso de ofrecerle ayuda sin que éste lo notara.

Belgarath observó cómo la piedra salía despedida en un remolino hacia la llanura del fondo y se volvió a mirarla con expresión severa.

—Muy bien, Garion —dijo con brusquedad—. Sal a donde pueda verte.

Garion salió al centro del lecho y miró a su abuelo; se sentía un poco estúpido.

—¿Por qué no haces nunca lo que te dicen? —preguntó el anciano.

—He pensado que podría ayudar, eso es todo.

—¿Acaso te he pedido ayuda? ¿Tengo yo aspecto de inválido?

—Viene otra roca.

—No cambies de conversación. Creo que vas camino de convertirte en un presumido, jovencito.

—¡Abuelo! —gritó Garion con tono apremiante y la vista fija en una enorme roca que caía por el barranco directamente hacia el anciano. Se concentró en su voluntad y arrojó la piedra fuera del barranco.

—Ha sido burdo, Garion —dijo Belgarath mientras miraba la piedra que se elevaba por encima de su cabeza—. Muy burdo. No hay necesidad de que la piedra llegue hasta Prolgu, ¿sabes? Deja de presumir.

—Me he entusiasmado un poco —se disculpó Garion—, y he empujado con demasiada fuerza.

—Muy bien —gruñó el anciano con cierta brusquedad—. Mientras te quedes ahí..., pero ocúpate de tus propias rocas. Yo puedo encargarme de las mías. Además, cuando cometes esos disparates, me haces perder el equilibrio.

—Sólo necesito un poco de práctica.

—También necesitas aprender algo de protocolo —puntualizó Belgarath mientras se le aproximaba—. Uno no puede ofrecer ayuda hasta que se la piden, Garion; es de muy mala educación.

—Viene otra roca —le informó Garion con cortesía—. ¿Quieres atajarla o prefieres que lo haga yo?

—No seas mordaz, jovencito —dijo Belgarath; luego se volvió y arrojó la roca fuera del barranco.

Comenzaron a bajar juntos y se turnaron para desviar las piedras que arrojaban los murgos. Garion descubrió que cada vez le resultaba más fácil hacerlo, mientras que Belgarath, cuando llegaron abajo, estaba empapado de sudor. Garion volvió a pensar en prestarle un poco de ayuda, pero la mirada que le dirigió Belgarath cuando empezó a invocar su poder fue tan furiosa que cambió de idea.

—Me preguntaba dónde estarías —le dijo tía Pol a Garion mientras él y su abuelo salían a gatas de entre las rocas por la boca del barranco para reunirse con el resto de sus compañeros. Luego miró a Belgarath con atención—. ¿Estás bien? —le preguntó.

—Claro que sí —respondió él con brusquedad—. He contado con una gran ayuda... aunque no la solicitara —agregó con una mirada a Garion.

—Cuando dispongamos de tiempo, tendremos que darle algunas clases sobre cómo controlar el ruido —observó ella—. Mete más barullo que un trueno.

—No es lo único que tiene que aprender a controlar —dijo el anciano, que por alguna razón se comportaba como si acabara de recibir un terrible insulto.

—¿Y ahora qué? —preguntó Barak—. ¿Queréis que hagamos señales de fuego para Hettar y Cho-Hag?

—Este no es un buen lugar, Barak —señaló Seda—. La mitad de la población de Cthol Murgos va a aparecer en cualquier momento por la boca de ese barranco.

—El pasaje no es muy ancho, príncipe Kheldar —observó Mandorallen—. El señor Barak y yo podremos protegerlo durante una semana o más, si fuera necesario.

—Estás exagerando de nuevo, Mandorallen —le dijo Barak.

—Además, te tirarían rocas —añadió Seda—. Pronto comenzarán a hacerlo, así que si queremos evitarlo, tendremos que adentrarnos un poco en la llanura.

Mientras tanto, Durnik miraba la boca del barranco con aire pensativo.

—Tendríamos que tirarles algo para hacerles perder tiempo —musitó—. No nos conviene tenerlos pegados a nuestros talones.

—Es un poco difícil hacer rodar las piedras montaña arriba —dijo Barak.

—No me refería a piedras —respondió Durnik—. Necesitamos algo mucho más liviano.

—¿Como qué? —le preguntó Seda al herrero.

—Un poco de humo serviría —respondió Durnik—. El banco actuará como una chimenea. Si hacemos una hoguera y llenamos el barranco de humo, no podrán bajar hasta que se apague el fuego.

—Durnik —dijo Seda con una amplia sonrisa—, eres un tesoro.

Encontraron arbustos, en su mayoría malezas y zarzas que crecían aquí y allí en la base del acantilado y que ellos se apresuraron a cortar con sus espadas para hacer un fuego grande y humeante.

—Será mejor que os deis prisa —dijo Belgarath mientras trabajaban—. Hay por lo menos una docena de murgos a medio camino del barranco.

Durnik, que había estado recogiendo ramas secas y trozos de leña, corrió a la boca del barranco, se arrodilló y comenzó a sacar chispas con la piedra hasta que consiguió encender la mecha que siempre llevaba consigo. Poco después ardía un pequeño fuego, y las llamas color naranja se alzaban alrededor de los leños grises. Con cuidado añadió trozos más grandes, hasta que el fuego se convirtió en una gran hoguera. Luego comenzó a echar malezas y arbustos espinosos mientras observaba con ojo crítico la dirección del humo. Al principio los arbustos producían un sonido crepitante y humeaban de forma caprichosa, mientras una gran nube de humo se alzaba a un lado y a otro, pero luego la humareda comenzó a ascender por el barranco y Durnik hizo un gesto de satisfacción.

—Exactamente como una chimenea —observó.

Desde la parte superior del acantilado llegaron gritos de alarma y toses ahogadas.

—¿Cuánto tiempo puede un hombre respirar humo antes de ahogarse y morir? —preguntó Seda.

—No mucho —respondió Durnik.

—Eso sospechaba —dijo el hombrecillo mientras miraba satisfecho el fuego humeante—. ¡Buena hoguera! —exclamó, y aproximó sus manos a las llamas para calentarlas.

—El humo los retrasará, pero de todos modos creo que es hora de que nos vayamos —dijo Belgarath mientras escudriñaba el sol oscurecido por una nube al oeste del horizonte—. Avanzaremos a lo largo de la faz del acantilado y luego saldremos a toda prisa. Será mejor que los sorprendamos, así nos dará tiempo a alejarnos un poco antes de que empiecen a tirarnos rocas.

—¿Hay alguna señal de Hettar allí fuera? —preguntó Barak con la vista fija en la llanura.

—Todavía no hemos visto nada —respondió Durnik.

—¿Eres consciente de que vamos a traer a la mitad de Cthol Murgos a la llanura? —señaló Barak a Belgarath.

—No podemos evitarlo, pues ahora mismo tenemos que salir de aquí. Si Taur Urgas está allí arriba, enviará gente tras nosotros, aunque necesite arrojarlos por el acantilado con sus propias manos.

Bordearon la faz del acantilado a lo largo de más de un kilómetro y medio hasta que lograron encontrar un punto donde la distancia entre las rocas y la llanura no era tan grande.

—Aquí está bien —decidió Belgarath—. Tan pronto como lleguemos abajo, cabalgaremos a toda prisa. Una flecha disparada desde la cima del peñasco puede llegar muy lejos. ¿Estáis todos listos? —preguntó mirando a su alrededor—. Bien, pues entonces, adelante.

Condujeron los caballos por la pequeña cuesta de rocas empinada hasta el prado que había debajo. Allí montaron con rapidez y salieron a todo galope.

—¡Flechas! —exclamó Seda mirando hacia arriba y hacia atrás por encima del hombro.

Garion, sin detenerse a pensarlo, golpeó con su poder el pequeño punto que se dirigía a ellos. En un instante sintió una doble agitación que llegaba de ambos lados. La flecha se rompió en el aire en múltiples trozos.

—¡Ya está bien! —dijo enfadado Belgarath a Garion y a tía Pol, a punto de detener su caballo.

—Sólo quería evitar que te cansaras —dijo tía Pol con frialdad—. Y estoy segura de que Garion pensó lo mismo.

—¿No podríamos discutirlo más tarde? —sugirió Seda mientras miraba con aprensión hacia el imponente acantilado.

Siguieron adelante y la hierba alta y marchita golpeaba las patas de sus caballos. Mientras cabalgaban, las flechas comenzaron a llegar cada vez más lejos. Cuando habían recorrido unos ochocientos metros desde la faz del acantilado, las flechas caían desde la cima del peñasco en una lluvia negra y zumbante.

—Son tenaces, ¿verdad? —observó Seda.

—Es una particularidad de su raza —respondió Barak—. La terquedad de los murgos raya en la idiotez.

—Seguid adelante —les dijo Belgarath—. En pocos instantes traerán una catapulta.

—Están arrojando cuerdas por la faz del peñasco —informó Durnik, que miraba hacia el acantilado—. En cuanto lleguen al fondo apagarán el fuego y comenzarán a bajar los caballos.

—Al menos los demoramos un poco —dijo Belgarath.

El crepúsculo, apenas más oscuro que la lobreguez que había cubierto el cielo durante los últimos días, se cernió sobre la llanura de Algaria. Siguieron adelante.

Garion volvió la vista atrás varias veces mientras cabalgaba y divisó unos pequeños puntos de luz que se movían en la base del peñasco.

—Algunos han llegado abajo, abuelo —le avisó al viejo, que cabalgaba delante—. Puedo ver sus antorchas.

—Sabía que sucedería —respondió el hechicero.

Cuando llegaron al río Aldur era casi medianoche. El agua era oscura y tenía un aspecto aceitoso entre las riberas cubiertas de escarcha.

—¿Alguien tiene idea de cómo vamos a encontrar el vado en esta oscuridad? —preguntó Durnik.

—Yo lo encontraré —dijo Relg—. Para mí no está tan oscuro. Esperadme aquí.

—Eso podría darnos cierta ventaja —señaló Seda—. Podremos vadear el río, mientras que los murgos lograrán pasar a duras penas en la oscuridad de la noche. Antes de que ellos crucen, estaremos a muchos kilómetros de aquí.

—Ya había contado con eso —respondió Belgarath con presunción.

Media hora después regresó Relg.

—No es lejos —les dijo.

Volvieron a montar y cabalgaron en medio de la fría oscuridad, siguiendo la curva de la orilla del río, hasta que oyeron el murmullo inconfundible del agua al caer sobre las piedras.

—Está aquí mismo —dijo Relg.

—Vadear el río en la oscuridad puede resultar peligroso —señaló Belgarath.

—No está tan oscuro —dijo Relg—. Seguidme —agregó, y tras subir cien metros bordeando la orilla, giró su caballo y lo condujo hacia el río burbujeante y poco profundo.

Garion, que cabalgaba muy cerca de Belgarath, notó cómo su caballo se sobresaltaba al contacto con el agua helada y oyó a Durnik a su espalda obligando a los caballos, ahora sin carga, a que se metieran en el agua.

El río no era profundo, pero sí ancho —casi ochocientos metros—, y mientras lo vadeaban, tuvieron que sumergirse casi hasta la rodilla.

—El resto de la noche promete ser bastante desagradable —dijo Seda mientras sacudía uno de sus empapados pies.

—Al menos el río se interpondrá entre tú y Taur Urgas —le recordó Barak.

—Eso mejora un poco las cosas —respondió Seda.

Sin embargo, antes de que se hubieran alejado unos setecientos metros del río, el caballo de guerra de Mandorallen se desplomó con un gemido de dolor. El caballero cayó sobre la hierba con gran estrépito y salió despedido de su silla. El enorme animal movía con torpeza las patas en el intento de levantarse sin poder conseguirlo.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Barak de forma abrupta.

Pero en ese momento otro de los caballos cayó al suelo detrás de él con otro gemido.

—¿Qué pasa? —le preguntó Garion a Durnik con voz aguda.

—Es el frío —respondió Durnik mientras se bajaba de su caballo—. Los hemos hecho cabalgar sin descanso hasta agotarlos y luego les hicimos vadear el río. El frío ha afectado sus músculos.

—¿Qué hacemos?

—Tenemos que masajearlos a todos con algo de lana.

—Ahora no hay tiempo —objetó Seda.

—Sólo tenemos dos opciones, ésa o andar —declaró Durnik mientras se quitaba su gruesa capa de lana y comenzaba a masajear con fuerza las patas de su caballo.

—Tal vez deberíamos encender fuego —sugirió Garion, que también desmontó para masajear las patas temblorosas de su propio caballo.

—No tenemos nada para quemar —respondió Durnik—. Éste es un prado sin árboles.

—Además un fuego llamaría la atención de los murgos en un radio de quince kilómetros —agregó Barak mientras friccionaba las patas de su caballo gris.

Todos trabajaron con la mayor prisa posible, pero antes de que el caballo de Mandorallen pudiera volver a ponerse en pie y las demás monturas estuvieran en condiciones de continuar, el cielo había comenzado a clarear hacia el este con las primeras luces del amanecer.

—No podrán correr —afirmó Durnik con expresión sombría—. Ni siquiera deberíamos montarlos.

—Durnik —protestó Seda—, Taur Urgas está muy cerca.

—Si intentamos hacerlos correr, no resistirán ni cinco kilómetros —dijo el herrero con terquedad—. Están al límite de sus fuerzas.

Se alejaron del río al paso, pero incluso a aquella velocidad, Garion notaba los temblores de su caballo bajo su peso. Todos miraban atrás con frecuencia, examinando el oscuro manto de la llanura mientras el cielo se volvía cada vez más claro. Cuando llegaron a la cima de las primeras colinas, la profunda sombra que cubría los prados se disipó por completo y comenzaron a vislumbrar señales de movimiento tras ellos. Luego, a medida que la luz se hacía más luminosa, distinguieron un ejército de murgos que avanzaba hacia el río. Entre sus filas, pudieron reconocer los ondeantes estandartes negros del mismísimo Taur Urgas.

Los murgos avanzaron por grupos hasta llegar al río. Allí, una patrulla de avanzada reconoció el terreno para encontrar el vado. La mayoría del ejército de Taur Urgas todavía estaba a pie, pero mientras tanto bajaba una gran cantidad de caballos a toda prisa por el paso del acantilado.

Cuando las primeras patrullas comenzaron a vadear el río, Seda se volvió hacia Belgarath.

—¿Y ahora qué? —preguntó el hombrecillo con tono de preocupación.

—Será mejor que bajemos esta colina —respondió el anciano—. No creo que puedan vernos todavía, pero me temo que es sólo cuestión de tiempo.

Descendieron hacia un terreno pantanoso al otro lado de la colina. Las nubes que habían oscurecido el cielo durante las últimas semanas comenzaban a disiparse y, aunque el sol todavía no había terminado de salir, empezaban a aparecer grandes extensiones de cielo límpido y azul.

—Creo que la mayoría del ejército se quedará al otro lado hasta que traigan los caballos —dijo Belgarath mientras desmontaban—. Luego, en cuanto hayan cruzado, se dispersarán para buscarnos.

—Así lo haría yo —asintió Barak.

—Alguien tendría que vigilarlos —sugirió Durnik y comenzó a subir la colina a pie—. Os avisaré si hacen algo inesperado.

Belgarath parecía abstraído en sus pensamientos. Caminaba de un lado a otro con las manos en la espalda y una expresión de disgusto en la cara.

—Las cosas no están saliendo como yo esperaba —dijo por fin—. No había contado con que los caballos no resistieran.

—¿Hay algún sitio donde podamos escondernos? —preguntó Barak.

—Todo el terreno es llano —respondió Belgarath— y sería imposible ocultar nuestras huellas —agregó dando un puntapié sobre la hierba alta—. Las cosas no están saliendo bien —admitió con tristeza—. Nosotros estamos solos y nuestros caballos agotados. — Se mordió el labio inferior con aire pensativo—. No encontraremos ayuda hasta llegar al valle, así que creo que debemos girar hacia el sur y partir a toda prisa. Estamos bastante cerca.

—¿A qué distancia?

—Unos cincuenta kilómetros.

—Eso nos llevará todo el día, Belgarath. No creo que tengamos tanto tiempo.

—Tal vez tengamos que alterar un poco el clima —admitió Belgarath—. No me gusta hacerlo, pero es probable que no tenga otra elección.

Se oyó un sonido seco a cierta distancia hacia el norte. El pequeño alzó la vista y le sonrió a tía Pol.

—¿Misión? —preguntó.

—Sí, cariño —respondió ella con expresión ausente.

—¿Puedes distinguir alguna señal de los algarios en la vecindad? —le preguntó Belgarath.

Polgara negó con la cabeza.

—Creo que estoy demasiado cerca del Orbe, padre. Recibo una especie de eco que no me permite distinguir señales a más de un kilómetro y medio de distancia.

—Siempre ha hecho mucho ruido —gruñó él con amargura.

—Hablale, padre —sugirió ella—. Tal vez te escuche.

Él le dedicó una mirada larga y fulminante, que ella devolvió con bastante calma.

—Puedo arreglármelas sin él, señorita —le dijo por fin con tono brusco.

Se oyó otro ruido sordo, esta vez desde el sur.

—¿Truenos? —dijo Seda intrigado—. ¿No es extraño para esta época del año?

—En esta llanura el clima es muy raro —dijo Belgarath—. De aquí a Drasnia no hay otra cosa más que cuatro mil kilómetros de hierba.

—¿Entonces vamos en dirección al valle? —preguntó Barak.

—Parece que no nos queda más remedio —respondió el anciano.

Durnik bajó de la colina.

—Ya cruzan el río —informó—, pero todavía no se han empezado a dispersar. Da la impresión de que quieren esperar a que crucen más hombres antes de comenzar a buscarnos.

—¿Cuánto más podrían resistir los caballos? —le preguntó Seda.

—No mucho —respondió Durnik—. Sería mejor no montar hasta que sea absolutamente necesario. Si seguimos a pie una hora más, tal vez podamos lograr que vayan al galope durante pequeños períodos.

—Vamos a apostarnos en la cima, pero del otro lado —dijo Belgarath mientras cogía las riendas de su caballo—. De ese modo saldremos de su vista y podremos vigilar a Taur Urgas —agregó, y los condujo fuera del bajío.

Las nubes se abrían en innumerables fragmentos que se movían empujados por los vientos incesantes de la pradera. Hacia el este, el cielo adquiría poco a poco un color rosa pálido, y a pesar de que en la llanura algaria no hacía aquel frío punzante y seco que habían soportado en los territorios de Cthol Murgos y de Mishrak ac Thull, las temperaturas seguían siendo muy bajas. Gañón temblaba; se arropó con la capa y siguió camino tirando de su cansado caballo.

Se oyó otro ruido corto y seco y el niño, que iba sentado en el caballo de tía Pol, rió.

—Misión —anunció.

—Ojalá acabara de una vez con eso —dijo irritado Seda.

Mientras caminaban, miraban con frecuencia por encima de la colina. Abajo, en el extenso valle del río Aldur, los murgos de Taur Urgas vadeaban el río en grupos cada vez más numerosos. Parecía que más de la mitad del ejército ya había alcanzado la orilla oeste, y el estandarte rojo y negro del rey de los murgos había sido plantado, como un desafío, sobre territorio algario.

—Si trae más hombres por el acantilado, va a ser necesaria una acción muy importante para expulsarlos —gruñó Barak mientras contemplaba a los murgos con expresión severa.

—Ya lo sé —respondió Belgarath—, y eso es lo que yo quería evitar. Todavía no estamos suficientemente preparados para una guerra.

El sol, enorme y rojo, se movió pesadamente detrás del acantilado del este y tino el cielo de un color rosado más intenso. Abajo, en el valle todavía sombrío, los murgos continuaban cruzando el río bajo la luz acerada de la mañana.

—Creo que esperará a que haya más luz antes de comenzar a buscarnos —observó Mandorallen.

—Y no falta demasiado —asintió Barak echando un vistazo a los rayos de sol que avanzaban despacio y acariciaban la colina donde estaban apostados—. Como mucho tenemos media hora. Creo que tendremos que arriesgarnos y subir a los caballos; tal vez si cambiamos de caballos cada tantos kilómetros, logremos que nos lleven más lejos.

El ruido que oyeron entonces no podía ser un trueno, pues hizo temblar el suelo y procedía al mismo tiempo del norte y del sur.

Entonces, desde las colinas que rodeaban el valle del río Aldur, aparecieron los clanes de los algarios, como si hubiera estallado un poderoso dique y dejara paso a un enorme torrente humano. Descendieron hacia los asombrados murgos que estaban apostados a la orilla del río y su brutal grito de guerra hizo temblar los cielos, mientras se abalanzaban como lobos sobre el desperdigado ejército de Taur Urgas.

Un jinete se separó del grupo de clanes y subió a la loma donde estaban Garion y sus amigos. Cuando el guerrero estuvo lo bastante cerca, Garion reconoció su larga cola de caballo y el sable que reflejaba los primeros rayos de sol de la mañana: era Hettar. A Garion lo embargó una enorme sensación de alivio. Estaban a salvo.

—¿Dónde has estado? —preguntó Barak con voz atronadora cuando el algario con cara de halcón estuvo más cerca.

—Mirando —repitió con calma Hettar al tiempo que detenía el caballo—. Queríamos que los murgos se alejaran un poco del acantilado para poder rodearlos. Mi padre me envía a preguntar cómo estáis.

—¡Qué atento! —observó con sarcasmo Seda—. ¿No se te ocurrió avisarnos que estabas allí?

—Ya veíamos que estabais bien —dijo Hettar y se encogió de hombros. Luego miró con ojo crítico los caballos exhaustos—. No los cuidasteis demasiado —dijo con tono de reproche.

—Teníamos un poco de prisa —se disculpó Durnik.

—¿Has encontrado el Orbe? —le preguntó el alto algario a Belgarath mientras echaba una rápida ojeada al río donde se había desatado una gran batalla.

—Nos llevó bastante tiempo, pero por fin lo logramos —respondió el viejo hechicero.

—¡Bien! —Hettar hizo girar su caballo y su cara cobró una expresión brutal—. Se lo diré a Cho-Hag. ¿Me disculpáis? —Entonces se detuvo como si recordara algo—. ¡Ah! —dijo dirigiéndose a Barak—. Enhorabuena.

—¿Por qué? —preguntó intrigado el hombretón.

—Por el nacimiento de tu hijo.

—¿Qué? —Barak se quedó atónito—. ¿Cómo?

—Supongo que de la forma habitual —respondió Hettar.

—Me refiero a cómo lo supiste.

—Anheg me envió el mensaje.

—¿Cuándo nació?

—Hace un par de meses. —Hettar miró con nerviosismo hacia abajo donde la batalla tenía lugar a ambos lados del río y en el vado—. De verdad tengo que irme —dijo—. Si no me doy prisa, no me quedará ningún murgo para matar —agregó; luego clavó los talones en los flancos de su caballo y descendió a toda prisa.

—No ha cambiado nada —observó Seda. Mientras tanto, Barak estaba de pie con una sonrisa algo tonta en su cara grande y peluda.

—Enhorabuena, señor —le dijo Mandorallen y le estrechó la mano.

La sonrisa de Barak se hizo aún más amplia.

Pronto pareció evidente que los murgos, rodeados por los algarios, tenían la batalla perdida de antemano. Con su ejército dividido en dos por el río, Taur Urgas ni siquiera era capaz de organizar una retirada en orden. Los hombres que habían cruzado el río fueron vencidos enseguida por la superioridad numérica de los algarios y los pocos supervivientes de aquel breve y brutal encuentro volvieron al río y rodearon en actitud protectora el estandarte rojo y negro del rey murgo. Pero las tropas algarias los persiguieron incluso en el vado y Garion pudo ver que río arriba algunos jinetes se arrojaban a las aguas heladas y eran arrastrados por la corriente en su intento por evitar que los murgos escaparan. Las grandes olas que levantaban los caballos en la lucha les impedían ver gran parte de la batalla, pero los cuerpos que flotaban río abajo daban testimonio de la brutalidad del encuentro.

De repente, apenas por un instante, la bandera roja y negra de Taur Urgas se enfrentó al estandarte burdeos y blanco, con la imagen de un caballo, de Cho-Hag, pero los dos fueron separados enseguida.

—Podría haber sido una reunión interesante —señaló Seda—. Cho-Hag y Taur Urgas se odian desde hace muchos años.

Una vez el rey de los murgos alcanzó la orilla este, reunió las fuerzas que pudo, se giró y huyó a través de la llanura hacia el acantilado con los guerreros algarios corriendo a todo galope tras él. Pero resultaba evidente por el número de hombres que les quedaba que no tendrían escapatoria. Como aún no habían acabado de bajar los caballos del acantilado, se vieron obligados a luchar a pie. Los algarios caían sobre ellos en oleadas, con sus sables brillantes bajo el sol de la mañana. Garion podía oír los gritos apagados a la distancia. Por fin se giró, asqueado, incapaz de seguir contemplando aquella matanza.

El niño, que también miraba hacia abajo con su mano en la de tía Pol, observó con seriedad a Garion.

—Misión —dijo con triste convicción.

A media mañana la batalla había terminado. Del otro lado del río había caído hasta el último murgo y Taur Urgas había huido con los escasos supervivientes por el paso del barranco.

—Buena pelea —observó Barak con tono de experto mientras contemplaba los cadáveres a ambos lados del río y los que se movían, laxos, en el agua río abajo.

—Las tácticas de mis primos algarios fueron magníficas —asintió Mandorallen—. A Taur Urgas le llevará algún tiempo recobrar el castigo de esta mañana.

—Daría cualquier cosa por verle la cara ahora mismo —rió Seda—. Es probable que saque espuma por la boca.

El rey Cho-Hag, vestido con ropas negras de cuero cubiertas de acero y con el estandarte ondeando triunfante bajo el brillante sol de la mañana, se aproximó a ellos rodeado por los miembros de su guardia personal.

—Ha sido una mañana entretenida —dijo con el típico sarcasmo algario al detener su caballo—. Gracias por traernos tantos murgos.

—Es igual que Hettar —le comentó Seda a Barak.

El rey de los algarios desmontó despacio con una amplia sonrisa. Daba la impresión de que sus piernas débiles iban a flaquear con su peso y se apoyaba en el sable como si fuera un bastón.

—¿Cómo fueron las cosas en Rak Cthol? —preguntó.

—Acabamos metiendo bastante ruido —respondió Belgarath.

—¿Se encontraba bien de salud Ctuchik?

—Bastante bien, pero nosotros nos encargamos de cambiar las cosas. Todo este asunto produjo un terremoto y me temo que la mayor parte de Rak Cthol cayó de la montaña.

—¡Qué pena! —dijo Cho-Hag con una sonrisa aún más grande.

—¿Dónde está Hettar? —preguntó Barak.

—Supongo que persiguiendo a murgos —respondió Cho-Hag—. Su retaguardia quedó dividida y están buscando un sitio donde esconderse.

—No hay muchos sitios donde esconderse en esta llanura, ¿verdad? —preguntó Barak.

—Casi ninguno —respondió, satisfecho, el rey algario.

Una docena de carros algarios llegaron a la cima de una colina cercana y comenzaron a descender hacia ellos entre la hierba alta y marchita. Eran vehículos cuadrangulares, con forma de cajas y aspecto de casas sobre ruedas. Tenían techos, pequeñas ventanas y peldaños que conducían a la entrada en la parte trasera. Mientras se acercaban, Garion pensó que parecían ciudades rodantes.

—Tengo la impresión de que Hettar tardará bastante —señaló Cho-Hag—. ¿Por qué no comemos algo mientras tanto? Me gustaría enviarles un mensaje a Anheg y Rhodar sobre lo ocurrido aquí lo antes posible, pero estoy seguro de que vosotros tendréis algo que añadir. Podemos hablar mientras comemos.

Acercaron los carros unos a otros, luego desarmaron los laterales y los unieron formando un espacioso comedor de techo bajo. Los braseros producían calor y las velas, unidas a la brillante luz invernal que se filtraba por las ventanas, iluminaban el interior de la improvisada sala.

Comieron carne asada acompañada de cerveza suave. Garion pronto sintió que estaba demasiado abrigado. Durante los últimos meses habían pasado mucho frío y los luminosos braseros despedían un grato calor. A pesar de estar cansado y muy sucio, se sintió protegido y seguro, y pronto comenzó a sentir sueño mientras Belgarath le contaba la historia de su huida al rey algario.

Sin embargo, mientras el anciano hablaba, algo alertó a Garion. En la voz de su abuelo había demasiada vivacidad y sus palabras se contundían unas con otras. Sus ojos azules tenían un brillo intenso, pero en ocasiones parecían nublarse.

—Así que Zedar escapó —decía Cho-Hag—. Eso es lo único que estropea el asunto.

—Zedar no constituye ningún problema —dijo Belgarath con una sonrisa un poco tonta.

Su voz sonaba extraña, insegura, y el rey Cho-Hag miró al viejo con curiosidad.

—Has tenido un año muy movido, Belgarath —dijo.

—Sin embargo ha sido bueno —sonrió el hechicero y levantó su jarra de cerveza.

Su mano temblaba con violencia y él la miraba con estupefacción.

—¡Tía Pol! —exclamó Garion con tono apremiante.

—¿Te encuentras bien, padre?

—Estoy bien, Pol, perfectamente bien —dijo y le ofreció una ligera sonrisa mientras sus ojos vidriosos parpadeaban con expresión astuta.

De repente el anciano se levantó de la mesa y comenzó a acercarse a ella, pero sus pasos eran inseguros, casi tambaleantes. Entonces los ojos se le pusieron en blanco y se desplomó en el suelo como si hubiera recibido un hachazo.

—¡Padre! —exclamó tía Pol, saltando a su lado.

Garion se movió con la misma rapidez que su tía y se arrodilló al lado del hombre inconsciente.

—¿Qué le pasa? —preguntó.

Pero tía Pol no contestó. Sus manos tocaban el pecho y la frente de Belgarath, buscando su pulso. Luego le levantó los párpados y examinó sus ojos ciegos y en blanco.

—¡Durnik! —gritó—. Tráeme la bolsa de hierbas.

El herrero corrió hacia la puerta.

El rey Cho-Hag se había incorporado a medias, y su cara tenía una palidez cadavérica.

—¿No estará...?

—No —respondió ella con nerviosismo—. Está vivo, pero al borde de la muerte.

—¿Alguien lo está atacando? —preguntó Seda mientras miraba a su alrededor. Llevó la mano a su cuchillo de forma casi inconsciente.

—No, no es nada de eso. —Las manos de tía Pol ahora se encontraban en el pecho del anciano—. Debería haberlo imaginado —se reprochó a sí misma—. ¡Viejo tonto y terco! Debería haberlo vigilado.

—Por favor, tía Pol —rogó Garion con desesperación—, ¿qué le ocurre?

—Nunca se recobró del todo de su pelea con Ctuchik —respondió ella— y se ha estado forzando al usar sus poderes. Detuvo aquellas rocas en el barranco... y no quería parar. Ahora ha gastado toda su energía vital y su poder. Apenas tiene fuerza suficiente para respirar. —Garion había levantado la cabeza de su abuelo y la había apoyado sobre su regazo—. ¡Ayúdame, Garion!

El supo de forma instintiva lo que quería. Invocó su poder y le tendió la mano. Ella se apresuró a estrechársela y al instante Garion sintió una fuerza que brotaba de su interior. Tía Pol miraba al anciano con los ojos muy abiertos.

—¡Otra vez! —dijo y volvió a usar el poder que él había invocado con rapidez.

—¿Qué haces? —preguntó Garion con voz aguda.

—Intento reemplazar algo de lo que ha perdido. Tal vez... —se interrumpió y echó una rápida mirada hacia la puerta—. ¡Durnik, date prisa! —Durnik entró corriendo en el carro—. Abre la bolsa —ordenó ella—. Y dame ese frasco negro, el que está cerrado con plomo... y un par de pinzas de hierro.

—¿Abro el frasco, señora Pol? —preguntó el herrero.

—No, sólo rompe el precinto con cuidado. Y dame un guante..., de piel si es posible.

Sin decir una palabra, Seda sacó un guante de piel de debajo del cinturón y se lo pasó a Polgara. Ella se lo puso, abrió el frasco negro, y metió las pinzas dentro. Con extremo cuidado, extrajo una hoja verde, oscura y de aspecto oleoso. La sostuvo con las pinzas con tiento.

—Ábrele la boca, Garion —ordenó.

Garion metió los dedos entre los dientes apretados del anciano y separó con cuidado sus mandíbulas. Tía Pol bajó el labio inferior de su padre, introdujo la brillante hoja en su boca y rozó su lengua con ella sólo una vez.

Belgarath tuvo una violenta convulsión y sus pies rasparon el suelo. Sus músculos se tensaron y comenzó a sacudir los brazos.

—¡Sostenedlo! —ordenó tía Pol y retrocedió con rapidez, apartando la hoja de allí, mientras Mandorallen y Barak se tiraban al suelo para sostener el cuerpo tembloroso de Belgarath—. Dame un cuenco —ordenó—, que sea de madera. —Durnik se lo pasó y ella depositó la hoja y las pinzas en él. Luego, con muchísimo cuidado, se quitó el guante y lo colocó encima de la hoja—. Coge esto —le dijo al herrero—, pero no toques el guante.

—¿Qué quieres que haga con él?

—Sácalo afuera y quémalo, con el cuenco y todo, y no dejes que nadie se acerque al humo que despide.

—¿Es tan peligroso? —preguntó Seda.

—Es más que peligroso, pero éstas son las únicas precauciones que podemos tomar aquí afuera.

Durnik tragó saliva y salió del carro, llevando el cuenco como si se tratara de una serpiente.

Polgara cogió un pequeño mortero y comenzó a moler algunas hierbas que llevaba en su bolsa hasta convertirlas en un polvo fino, mientras miraba a Belgarath con atención.

—¿A qué distancia estamos del Fuerte, Cho-Hag? —le preguntó al rey algario.

—Un hombre con un buen caballo podría llegar en medio día —respondió él.

—¿Y cuánto tardaríamos en un carro conduciendo con cuidado para evitar saltos?

—Dos días.

Ella frunció el entrecejo y siguió mezclando las hierbas.

—De acuerdo, supongo que no podemos evitarlo. Por favor, envía a Hettar a ver a la reina Silar. Dile que le comunique que necesito una habitación caldeada y bien iluminada, con una cama cómoda y sin corrientes de aire. Durnik, quiero que conduzcas el carro. Que no traquetee, aunque eso signifique perder una hora más.

El herrero asintió con un gesto.

—Se recuperará, ¿verdad? —preguntó Barak con voz de cansancio y cara de preocupación por el ataque de Belgarath.

—Es demasiado pronto para asegurarlo —respondió ella—. Ha estado al borde del colapso durante semanas, pero seguía resistiendo. Creo que ha superado esta crisis, pero podría haber otras. —Apoyó una mano sobre el pecho de su padre—. Ponedlo sobre la cama, rápido. Luego quiero que rodeéis la cama con una especie de biombo, unas mantas servirán. Lo importante es que esté muy tranquilo y que no tome frío. Nada de ruidos estridentes. —Todos la miraban con fijeza, conscientes del significado de sus extremas precauciones—. Moveos, caballeros —dijo ella con firmeza—. Su vida puede depender de la prisa que os deis.

Daba la impresión de que el carro apenas se movía. Una nube alta y delgada volvía a ocultar el sol y un frío plomizo descendía sobre la monótona llanura del sur de Algaria. Garion iba en el interior del carro, con la cabeza embotada y abrumado por el cansancio, mirando con terrible preocupación a tía Pol, que velaba el sueño de Belgarath. Era imposible pensar en dormir; en cualquier momento podía sobrevenir otra crisis y tenía que estar listo para acudir en ayuda de su tía, uniendo su voluntad y el poder del amuleto al de ella. Misión estaba sentado en un extremo del carro con una expresión seria en su cara pequeña y la bolsa que Durnik le había hecho apretada entre sus manos. El sonido del Orbe seguía resonando en los oídos de Gañón, suave pero continuo. En las semanas transcurridas desde la salida de Rak Cthol, casi se había acostumbrado a su canción; pero en los momentos de silencio, o cuando estaba cansado, siempre parecía volver con renovada fuerza. En cierto modo era un sonido reconfortante. Tía Pol se inclinó hacia delante para tocar el pecho de Belgarath.

—¿Qué ocurre? —preguntó Garion con un murmullo agudo.

—Nada, Garion —respondió ella con calma—. Por favor, deja de preguntarme lo mismo cada vez que me muevo. Si ocurre algo malo, te lo diré.

—Lo siento, pero estoy preocupado.

—¿Por qué no te llevas a Misión arriba, con Seda y Durnik? —dijo ella tras dedicarle una larga mirada.

—¿Y si me necesitas?

—En ese caso te llamaré, cariño.

—Preferiría quedarme aquí, tía Pol.

—Yo preferiría que te fueras. Si te necesito te llamaré.

—Pero...

—Vete ya, Garion.

Garion sabía que no debía discutir. Cogió a Misión de la mano y lo llevó arriba por las escaleras traseras.

—¿Cómo está? —preguntó Seda.

—No lo sé. Todo lo que sé es que tía Pol me echó de allí —respondió Garion con malhumor.

—Ésa podría ser una buena señal, ¿no crees?

—Quizás.

Garion miró a su alrededor. Hacia el oeste había una hilera de colinas bajas y encima de ellas se levantaba una enorme edificación de piedra.

—El fuerte algario —le dijo Durnik a Garion señalándolo.

—¿Ya estamos tan cerca?

—Todavía falta un día para que lleguemos.

—¿A qué altura está? —preguntó Garion.

—A unos mil quinientos metros como mínimo —respondió Seda—. Los algarios llevan varios miles de años construyéndolo. De ese modo tienen algo que hacer al final de la temporada de pastoreo.

Barak se aproximó con su caballo.

—¿Cómo está Belgarath? —preguntó.

—Creo que ha mejorado un poco —respondió Garion—, aunque no estoy muy seguro.

—Algo es algo. —El hombretón señaló un badén que había delante—. Será mejor que lo rodees —le dijo a Durnik—. El rey Cho-Hag dice que el terreno se vuelve un poco escarpado por allí.

Durnik asintió y cambió la dirección del carro.

A medida que pasaba el día, el fuerte de los algarios se veía más y más grande al oeste del horizonte. Era una fortaleza inmensa y magnífica que se alzaba sobre las colinas grisáceas.

—El monumento a una idea que se les escapó de las manos —comentó Seda mientras se repantigaba con comodidad sobre el techo del carro.

—No entiendo lo que quieres decir —dijo Durnik.

—Los algarios son nómadas —explicó el hombrecillo—. Viven en carros como éstos y siguen a sus manadas. El fuerte se construyó para que los murgos tuvieran un lugar donde atacar, ése es su único propósito. La verdad es que resulta muy práctico. Es mucho más fácil que buscarlos por las llanuras. Los murgos siempre vienen aquí, y éste es un buen lugar para eliminarlos.

—¿Acaso los murgos no se dan cuenta? —preguntó Durnik con tono escéptico.

—Es posible, pero de todos modos vienen aquí porque no pueden resistir la tentación. No pueden aceptar el hecho de que nadie viva aquí —dijo Seda con su pequeña sonrisa de hurón—. Ya sabes lo tercos que son los murgos. Además, con el paso de los años los clanes algarios han organizado una especie de concurso: todos los años compiten unos con otros por la cantidad de rocas que traen y el fuerte se hace cada vez más alto.

—¿Es cierto que Kal Torak lo sitió durante más de ocho años? —preguntó Garion.

Seda asintió con un gesto.

—Dicen que su ejército era como un mar de angaraks que se rompía contra los muros del fuerte. Todavía estaría aquí si no fuera porque se quedaron sin comida. Ese es el eterno problema con los ejércitos grandes. Cualquier tonto puede formar un ejército, pero sin duda se encontrará con problemas a la hora de la cena.

Cuando se acercaban a aquella montaña construida por manos humanas, las puertas se abrieron y una patrulla vino a recibirlos. La reina Silar venía al frente sobre un palafreñ blanco, seguida por Hettar a una corta distancia. Se aproximaron un poco y después se detuvieron a esperarlos.

Garion levantó una pequeña trampilla que había en el techo del vagón.

—Ya llegamos, tía Pol —le informó en un murmullo.

—Bien —respondió ella.

—¿Cómo está el abuelo?

—Está durmiendo. Su respiración parece más fuerte. Dile a Cho-Hag que nos haga entrar enseguida. Quiero que mi padre esté en una cama caliente cuanto antes.

—Sí, tía Pol. —Garion bajó la trampilla y descendió por la escalera hacia la parte de atrás del carro, que se movía muy despacio. Desató su caballo, montó y se dirigió a la columna donde la reina de los algarios daba la bienvenida a su esposo.

—Perdonadme —dijo con tono respetuoso mientras se bajaba del caballo—, pero tía Pol quiere que Belgarath entre de inmediato.

—¿Cómo está? —preguntó Hettar.

—Tía Pol dice que respira mejor, pero todavía está preocupada.

Desde atrás del grupo que había salido del fuerte, se oyó el galope de unos cascos pequeños. El potrillo que había nacido en las montañas de Maragor apareció corriendo, se dirigió directamente hacia Garion y lo abrumó con sus expresivos saludos. El caballito frotó el hocico contra su cara, le dio pequeñas embestidas con la cabeza y luego se alejó al trote pero sólo para volver unos segundos después. Cuando Garion apoyó su mano sobre el lomo del potrillo para calmarlo, el animal se estremeció de placer.

—Te ha estado esperando —le dijo Hettar a Garion—. Parecía adivinar que ibais a venir.

El carro se acercó y se detuvo. Entonces se abrió la puerta y se asomó tía Pol.

—Está todo listo, Polgara —le dijo la reina Silar.

—Gracias, Silar.

—¿Se está recuperando?

—Parece que está mejor, pero todavía es muy pronto para asegurarlo.

Misión, que había estado observándolos desde arriba del carro, bajó los peldaños de la parte trasera, saltó al suelo y comenzó a correr entre las patas de los caballos.

—¡Cógelo, Garion! —exclamó tía Pol—. Creo que será mejor que venga conmigo hasta que estemos en el interior del fuerte.

Mientras Garion perseguía al pequeño, el potrillo se alejó y Misión, encantado, corrió tras él.

—¡Misión! —lo llamó Garion con tono severo.

Sin embargo, el potrillo aminoró el paso a medio galope y se acercó al niño, moviendo las patas con violencia. Misión no dio señales de alarma y se quedó impassible y sonriente en su camino. Asombrado, el potrillo tensó las patas y patinó hasta frenar. Misión rió y le extendió la mano. El animal olió la mano del pequeño, con los ojos muy abiertos, llenos de curiosidad, y el niño le acarició la cara.

Otra vez, en el fondo de su mente, a Garion le pareció oír un sonido extraño, como el de una campana y la voz seca de su mente murmuró: «*cumplido*» con un extraño tono de satisfacción.

«¿*Qué significa eso?*», preguntó Garion en silencio, pero no obtuvo respuesta. Entonces se encogió de hombros y alzó a Misión en brazos para evitar que lo atrepellara algún caballo. El potrillo miraba a ambos con asombro, y cuando Garion se volvió para llevar a Misión al carro, trotó a su lado, oliendo al pequeño y frotándole el hocico por la cara. Garion le entregó el niño a tía Pol sin decir una sola palabra y la miró directamente a los ojos. Ella cogió al niño y tampoco dijo nada, pero Garion supo por su expresión que acababa de suceder algo muy importante.

Cuando iba a montar a su caballo, sintió que alguien lo miraba y se volvió de prisa hacia el grupo de jinetes que acompañaban a la reina Silar. Justo detrás de la reina había una joven alta montada en un caballo ruano. Tenía el cabello largo, castaño oscuro y los ojos que clavaba en Garion eran grises, calmos y muy serios. Su caballo se movía con nerviosismo y ella lo calmó con un murmullo y una suave palmada; pero luego volvió a mirar a Garion sin disimulo. El joven tenía la extraña sensación de que la conocía. El carro chirrió cuando Durnik agitó las riendas para poner en marcha los caballos, y luego siguieron a Cho-Hag y a la reina Silar a través de la estrecha entrada del fuerte. Nada más entrar, Garion notó que en el interior de la enorme fortaleza no había edificios. En

lugar de ellos se levantaba un laberinto de muros de piedra de unos seis metros de altura, dispuestos a uno y otro lado sin ningún plan aparente.

—¿Pero dónde está vuestra ciudad, Majestad? —preguntó perplejo Mandorallen.

—En el interior de los mismos muros —respondió el rey Cho-Hag—. Son lo suficientemente gruesos y altos para ofrecernos todo el espacio que necesitamos.

—Entonces ¿qué propósito tiene todo esto?

—Es sólo una trampa —dijo el rey, encogido de hombros—. Dejamos que los atacantes pasen por la entrada y después luchamos contra ellos aquí dentro. Por aquí —añadió, y los condujo hacia una callejuela estrecha.

Desmontaron en un patio detrás del enorme muro. Barak y Hettar desataron las correas y abrieron una de las paredes laterales del carro. Barak miró al inconsciente Belgarath con aire pensativo y se mesó la barba.

—Tal vez lo molestaríamos menos si lo entráramos con cama y todo —sugirió.

—De acuerdo —asintió Hettar.

Los dos subieron al carro para sacar la cama del hechicero.

—No lo mováis mucho —advirtió Polgara—, y no lo dejéis caer.

—Lo entendemos, Polgara —la tranquilizó Barak—. Sé que no nos creerás, pero estamos tan preocupados como tú.

Los dos hombres corpulentos cargaron la cama y entraron a través de una puerta en forma de arco a un amplio pasillo iluminado por antorchas. Luego subieron unas escaleras, pasaron por otro pasillo y ascendieron otra escalera más.

—¿Falta mucho? —preguntó Barak. El sudor le corría por la cara hasta la barba—. Esta cama no se vuelve más liviana con el tiempo.

—Aquí arriba —le dijo la reina Silar.

—Espero que se acuerde de esto cuando despierte —gruñó Barak.

La habitación a la que habían llevado a Belgarath era amplia y fresca. Había un brasero encendido en cada rincón y una amplia ventana con vista al laberinto de muros del interior del fuerte. Junto a una de las paredes había una cama con dosel, y en el extremo opuesto, una gran tina de madera.

—Aquí estará bien —dijo Polgara con tono de aprobación—. Gracias, Silar.

—Nosotros también lo queremos —respondió la reina Silar en voz baja.

Polgara echó las cortinas para oscurecer la habitación. Luego levantó las mantas y Barak y Hettar colocaron al hechicero en la cama con tal suavidad que éste ni siquiera se movió.

—Tiene mejor aspecto —dijo Seda.

—Ahora todo lo que necesita es sueño, descanso y silencio —dijo Polgara con la vista fija en el rostro del anciano.

—Te dejamos con él, Polgara —dijo la reina Silar y luego se volvió hacia los demás—. ¿Por qué no vamos todos a la sala? La cena está casi lista; mientras esperamos mandaré traer cerveza.

Los ojos de Barak se iluminaron de forma evidente y el hombretón se dirigió hacia la puerta.

—Barak —lo llamó tía Pol—. ¿No olvidáis algo tú y Hettar? —preguntó con una mirada significativa hacia el camastro donde habían traído a Belgarath.

Barak suspiró y él y Hettar levantaron la cama otra vez.

—Te enviaré algo para cenar, Polgara —dijo la reina.

—Gracias, Silar. —Tía Pol se volvió hacia Garion y lo miró con seriedad—. Quédate un momento, cariño —le pidió mientras los demás se retiraban en silencio—. Cierra la puerta, Garion —dijo ella y acercó una silla a la cama del anciano.

Garion cerró la puerta y cruzó la habitación hasta donde estaba su tía.

—¿De verdad está mejor, tía Pol?

—Creo que de momento ha pasado el peligro —asintió ella—. Parece que está más fuerte desde el punto de vista físico, pero no es su cuerpo lo que me preocupa, sino su mente. Por eso quería hablarte a solas.

—¿Su mente? —preguntó Garion invadido por una súbita sensación de pánico.

—Baja la voz, cariño —le dijo ella en un murmullo—. Esto tiene que quedar estrictamente entre nosotros. —Sus ojos seguían fijos en la cara de Belgarath—. Un incidente como éste puede tener serias consecuencias y no hay forma de saber cómo quedará cuando se recupere. Podría verse seriamente debilitado.

—¿Debilitado? ¿Cómo?

—Su poder podría reducirse mucho... al nivel del de cualquier otro anciano. Lo forzó hasta el límite y es posible que haya llegado al punto de no recuperar su poder.

—¿Quieres decir que ya no volvería a ser un hechicero?

—No repitas lo obvio, Garion —le dijo con tono de cansancio—. Si eso llega a suceder, nosotros tendremos que encargarnos de que no se entere nadie. El poder de tu abuelo es lo único que ha mantenido controlados a los angaraks en todos estos años. Si algo le ocurre a ese poder, tú y yo tendremos que convencerlos de que sigue siendo el de siempre. Tendremos que ocultar la verdad incluso a él, si es posible.

—¿Qué haremos sin él?

—Seguiremos adelante, Garion —respondió ella en voz baja. Lo miró fijo a los ojos—. Nuestra misión es demasiado importante como para que la abandonemos sólo por que un hombre cae en el camino, incluso si ese hombre es tu abuelo. Hemos estado corriendo contra reloj, Garion, y es imprescindible que cumplamos con la profecía y llevemos el Orbe a Riva antes de la celebración del Paso de las Eras. Aún tenemos que reunir a otra gente que vendrá con nosotros.

—¿Quiénes?

—La princesa Ce'Nedra, por ejemplo.

—¿Ce'Nedra? —preguntó Garion, que aunque nunca había olvidado a la princesa, no entendía por qué a la tía Pol le parecía tan importante que los acompañara a Riva.

—Con el tiempo lo comprenderás, cariño. Todo esto forma parte de una serie de hechos que deben ocurrir en el orden y el momento apropiados. Por lo general, el presente está condicionado por el pasado, pero en este caso es diferente y lo que sucede en el presente está determinado por el futuro. Si no conseguimos que las cosas salgan como deben, el final será diferente y eso sería muy desagradable para todos.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó él, poniéndose por entero a su disposición.

—Gracias, Garion —se limitó a decir ella con una sonrisa de gratitud—. Cuando te reúnas con los demás, te preguntarán cómo está tu abuelo, así que quiero que pongas tu mejor sonrisa y les digas que está mejor.

—Quieres que les mienta —dijo más en tono de afirmación que de pregunta.

—Ningún lugar del mundo está libre de espías, Garion; lo sabes tan bien como yo. Pase lo que pase no debemos permitir que los angaraks se enteren de que es posible que mi padre no se recupere. Si es necesario, mentirás hasta que la lengua se te ponga negra. El destino de todo el Oeste depende de la habilidad con que lo hagas. —Él la miró con fijeza—. Es probable que todo esto resulte innecesario —lo tranquilizó ella—,

y que después de una o dos semanas de descanso sea el mismo de siempre, pero tenemos que actuar con tino por si no ocurre así.

—¿No podemos hacer nada?

—Estamos haciendo todo lo que podemos. Ahora vuelve con los demás, Garion... y sonríe. Si es preciso, sonríe hasta que te duelan las mandíbulas.

Se oyó un ruido en el extremo de la habitación y los dos se volvieron de golpe. Misión, con sus ojos azules muy senos, estaba mirándolos.

—Llévalo contigo —dijo tía Pol—. Ocúpate de que coma y vigílalo.

Garion asintió y llamó al pequeño con un gesto. Misión esbozó una sonrisa de confianza y cruzó la habitación. Se acercó a Belgarath, le dio una palmadita en la mano y luego siguió a Garion afuera.

La joven alta de cabello castaño que acompañaba a la reina Silar estaba esperándolo en el pasillo. Garion notó que su piel era muy pálida, casi transparente, y que sus ojos grises lo miraban sin ambages.

—¿Es cierto que el Hombre Eterno está mejor? —preguntó.

—Mucho mejor —respondió Garion con toda la confianza que fue capaz de simular—. Dentro de muy poco tiempo estará en pie.

—Parece tan débil —dijo ella—, tan viejo y frágil...

—¿Frágil, Belgarath? —preguntó Garion con una risa forzada—. Está hecho de hierro y clavos de herradura.

—Después de todo, tiene siete mil años.

—Eso para él no es nada. Hace mucho tiempo que dejó de prestar atención a su edad.

—Tú eres Garion, ¿verdad? —le preguntó—. La reina Silar nos habló de ti el año pasado cuando volvió de Val Alorn. Por alguna razón, pensé que eras más joven.

—Lo era —respondió Garion—. Este último año he crecido bastante.

—Mi nombre es Adara —se presentó la joven alta—. La reina Silar me pidió que te indicara el camino hacia la sala principal. La cena estará pronto servida.

Garion inclinó la cabeza en un gesto de cortesía. A pesar de su preocupación, no podía evitar la extraña sensación de que debería reconocer a aquella chica callada y hermosa. Misión extendió su manita para coger la de la joven, y los tres atravesaron el pasillo iluminado por antorchas cogidos de la mano.

El salón principal del rey Cho-Hag estaba en la planta baja. Era una habitación estrecha y larga con sillas y bancos acolchados situados en pequeños grupos alrededor de braseros en donde ardía el carbón. Barak, con una gran jarra de cerveza en su enorme puño, describía de forma algo exagerada el descenso del acantilado.

—Como veréis no teníamos otra elección —decía el hombretón—. Taur Urgas estaba pegado a nuestros talones desde hacía varios días, así que tuvimos que bajar por el camino más corto.

—A veces, cuando ocurre algo inesperado, no hay más remedio que cambiar los planes —asintió Hettar—. Por eso pusimos hombres a vigilar todos los caminos conocidos del acantilado.

—Sigo pensando que tendríais que habernos avisado que estabais allí —dijo Barak, algo ofendido.

—No podíamos arriesgarnos, Barak —explicó Hettar con una sonrisa maligna—. Nos podrían haber visto los murgos y no queríamos que se nos escaparan. Habría sido una pena, ¿no crees?

—¿Sólo puedes pensar en eso?

Hettar meditó un momento su respuesta.

—La verdad es que sí —admitió.

En ese momento los llamaron a cenar y todos se dirigieron a la larga mesa en el extremo de la habitación. Allí la conversación giró sobre otros temas, de modo que Garion no tuvo necesidad de mentir sobre lo que había hablado con tía Pol. Después de cenar se sentó junto a Adara y escuchó a medias la charla de la joven sumido en una especie de sopor.

Entonces se oyó un ruido en la puerta y entró un guardia.

—¡El sacerdote de Belar! —anunció en voz muy alta y un hombre de elevada estatura, ataviado con una túnica blanca, entró en la sala seguido por otros cuatro que vestían abrigos de pieles.

Los cuatro caminaban con aire desmañado y Garion los reconoció al instante como Adoradores del Oso, idénticos a los chereks del mismo grupo que había conocido en Val Alorn.

—Majestad —bramó el hombre de la túnica blanca.

—¡Salud, Cho-Hag! —entonaron los cultistas al unísono—. Gran Jefe de los Jefes de los Clanes de los algarios y guardián de las tierras del sur de Aloria.

—¿Qué sucede, Elvar? —le preguntó el rey Cho-Hag con una pequeña inclinación de cabeza.

—He venido a felicitarte por tu gran victoria sobre las fuerzas del dios de las tinieblas —respondió el sacerdote.

—Eres muy amable, Elvar —respondió el rey con cortesía.

—Además —continuó Elvar—, ha llegado a mis oídos que un objeto sagrado ha entrado al templo de los algarios y supuse que Su Majestad querría ponerlo en manos de los sacerdotes para protegerlo.

Garion, alarmado por la sugerencia del sacerdote, comenzó a levantarse de su asiento, pero enseguida se detuvo, sin saber cómo explicar su objeción. Misión, sin embargo, ya se había levantado de su sitio y caminaba hacia Elvar con una sonrisa de confianza. Desató con facilidad los nudos que Durnik había hecho con tanto esmero, sacó el Orbe y se lo ofreció al asombrado sacerdote.

—¿Misión? —preguntó.

Los ojos de Elvar se salieron de sus órbitas y retrocedió, levantando las manos para evitar tocarlo.

—Adelante, Elvar —dijo la voz de Polgara desde la puerta con tono sarcástico—. Que aquel que tenga el alma libre de maldad extienda su mano y coja el Orbe.

—Señora Polgara —balbució el sacerdote—. Pensamos que... eh... yo...

—Da la impresión de que tiene ciertas reservas —sugirió Seda con sequedad—. Quizá tenga algunas dudas serias y profundas sobre su propia pureza. Yo diría que eso no es nada conveniente en un sacerdote.

Elvar miró al hombrecillo con expresión de impotencia y las manos aún levantadas.

—Nunca debes pedir algo que no estás dispuesto a aceptar, Elvar —sugirió Polgara.

—Polgara —prorrumpió Elvar—, pensamos que estarías tan ocupada con tu padre que... —se interrumpió.

—... Que podrías tomar posesión del Orbe antes de que yo me enterara, ¿verdad? Piénsalo, Elvar, yo no puedo permitir que el Orbe caiga en manos de los Adoradores del Oso —le dijo con una sonrisa dulce—. A no ser que tú seas el hombre destinado a recibirlo, por supuesto. Mi padre y yo estaríamos encantados de poder dejar esta carga en manos de otra persona. ¿Por qué no lo averiguamos? Todo lo que tienes que hacer es extender el brazo y coger el Orbe.

La cara de Elvar palideció y el sacerdote se alejó horrorizado de Misión.

—Supongo que ya es suficiente, Elvar —dijo el rey Cho-Hag con firmeza.

El sacerdote miró en torno con expresión de impotencia, luego dio media vuelta y salió de la sala seguido de sus fieles.

—Haz que lo guarde, Durnik —le dijo Polgara al herrero—, y mira si puedes hacer algo con los nudos.

—Podría precintarlos con hierro —murmuró Durnik—, de este modo sería imposible que los desatara.

—Vale la pena probar —asintió Polgara, luego miró a su alrededor—. Pensé que os alegraría saber que mi padre está despierto —les dijo—. El viejo tonto es más fuerte de lo que pensábamos.

Garion se puso de inmediato en actitud de alerta y la miró de forma inquisitiva, intentando detectar si decía la verdad, pero la cara serena de Polgara no dejaba traslucir nada.

Barak, con una carcajada de alivio, le dio una palmada en la espalda a Hettar.

—Te dije que se recuperaría —exclamó encantado, mientras los demás se agrupaban en torno a Polgara para preguntarle detalles.

—Está despierto —repitió—, eso es todo lo que puedo decir por el momento... además de que tiene el humor de siempre. Ya se está quejando de que la cama tiene bultos y pidiendo cerveza.

—Se la enviaré ahora mismo —dijo la reina Silar.

—No, Silar —respondió Polgara con firmeza—. Beberá caldo, no cerveza.

—No creo que el cambio le guste mucho —sugirió Seda.

—¡Qué pena! —sonrió ella; luego se encaminó hacia la habitación del enfermo, pero de repente se detuvo y miró con expresión inquisitiva a Garion, que estaba sentado junto a Adara, más tranquilo aunque todavía preocupado por la salud de su abuelo—. Veo que ya conoces a tu prima —observó.

—¿A quién?

—No me mires con la boca abierta, Garion —le aconsejó ella—, pareces tonto. Adara es la hija menor de la hermana de tu madre. ¿Nunca te hablé de ella?

La noticia le cayó como un cubo de agua fría.

—¡Tía Pol! —protestó—. ¿Cómo pudiste olvidar algo tan importante?

Pero Adara, por lo visto tan asombrada como él por la novedad, dejó escapar un pequeño grito, le rodeó el cuello con los brazos y lo besó con afecto.

—¡Querido primo! —exclamó.

Garion se ruborizó, luego se puso pálido y por fin se sonrojó otra vez. Miró primero a tía Pol y después a su prima, incapaz de pensar con coherencia.

Durante los días que siguieron, mientras tía Pol atendía a Belgarath y los demás descansaban, Garion y su prima pasaban todo el día juntos. Desde su más tierna infancia había creído que tía Pol era toda su familia. Más tarde descubrió que el señor Lobo, Belgarath, también era pariente suyo, aunque muy lejano. Pero con Adara era diferente. Para empezar, tenía casi su misma edad, y además era capaz de llenar aquel vacío que siempre lo había acompañado. Se convirtió al mismo tiempo en todas las hermanas, primas y tías jóvenes que todos —menos él— parecían tener.

Le mostró el fuerte algarío de un extremo al otro. A veces, mientras caminaban por los largos y desiertos pasillos, se cogían de la mano, pero casi siempre se limitaban a hablar. Se sentaban en lugares apartados, con las cabezas juntas, y charlaban, reían, intercambiaban confidencias y abrían sus corazones el uno al otro. Garion descubrió en sí mismo una necesidad de comunicarse hasta entonces insospechada. Las circunstancias del pasado lo habían hecho reservado, pero ahora las palabras brotaban de él como un torrente. Amaba a aquella prima alta y hermosa y comenzó a decirle cosas que no le hubiera confesado a nadie más en el mundo.

Adara respondía a su afecto con un amor que parecía profundo, escuchaba sus confidencias con atención y lo animaba a abrirse cada vez más.

—¿De verdad puedes hacerlo? —le preguntó una luminosa tarde de invierno cuando estaban sentados en una aspillera de las murallas del fuerte, con vista al enorme mar de hierba marrón que se extendía hasta el horizonte—. ¿Es cierto que eres un hechicero?

—Me temo que sí —respondió él.

—¿Lo temes? —preguntó ella.

—Tiene aspectos muy desagradables, Adara. Al principio no quería creerlo, pero las cosas sucedían porque yo quería que sucedieran. Por fin llegué a un punto en que no pude seguir dudando.

—Demuéstramelo —le pidió ella.

—Creo que no debería hacerlo —se disculpó él mirando con nerviosismo a su alrededor—. Se produce una especie de ruido, ¿sabes?, y tía Pol puede oírlo. Por alguna razón, creo que ella no aprobaría que usara mis poderes sólo para presumir.

—No le tienes miedo, ¿verdad?

—No es eso, pero no quiero decepcionarla. —Meditó sobre ello—. Veamos si puedo explicártelo. Una vez tuvimos una discusión muy desagradable en Nyissa. Yo dije algunas cosas que en realidad no pensaba y ella me contó todo lo que había hecho por mí. —Miró por la ventana con expresión sombría recordando las palabras de tía Pol en la cubierta llena de vapor del barco de Gredlik—. Ha vivido mil años consagrada a mí, Adara. Primero a mi familia, pero todo lo hizo por mí. Renunció a todo lo que le importaba por mí. ¿Te das cuenta de la responsabilidad a que eso me obliga? Haría cualquier cosa por ella y me cortaría el brazo antes de volver a herirla.

—La quieres mucho, ¿no es cierto, Garion?

—Es mucho más que eso. Creo que no hay ninguna palabra que pueda expresar lo que existe entre nosotros.

Sin decir nada, Adara le cogió la mano, con los ojos llenos de un maravilloso afecto.

Poco después, aquella tarde, Garion fue a la habitación donde tía Pol atendía a su obstinado paciente. Tras varios días de reposo, Belgarath se había vuelto más malhumorado por su encierro forzado. Su cara reflejaba aquel mal humor incluso mientras dormía, con la cabeza sostenida sobre varias almohadas en la cama de dosel. Tía Pol, con su conocido vestido gris, estaba sentada a su lado, ocupada en acortar una de las túnicas viejas de Garion para Misión. El pequeño, sentado cerca de allí, lo miraba con su típica expresión seria que lo hacía parecer mayor de lo que era.

—¿Cómo está? —preguntó Garion en voz baja mirando al anciano que dormía.

—Mejor —respondió tía Pol y dejó la túnica a un lado—, su humor está cada vez peor y ésa es una buena señal.

—¿Hay algún indicio de que esté recuperando sus...? Bueno, ya sabes a qué me refiero —dijo Garion con un gesto vago.

—No —respondió ella—. Todavía no. Tal vez sea demasiado pronto.

—¿Vais a parar de murmurar? —preguntó Belgarath sin abrir los ojos—. ¿Cómo voy a poder dormir con todo este ruido?

—Has dicho que no querías dormir —le recordó Polgara.

—Eso fue antes —le dijo; de repente abrió los ojos y miró a Garion—. ¿Dónde has estado? —le preguntó.

—Garion ha hecho amistad con su prima Adara —explicó tía Pol.

—De todos modos *podría* visitarme de vez en cuando —protestó el anciano.

—No resulta muy entretenido quedarse escuchando tus ronquidos, padre.

—Yo *no* ronco, Polgara.

—Lo que tú digas, padre —asintió ella con tranquilidad.

—No me trates con condescendencia, Pol.

—Claro que no, padre. ¿Te gustaría beber una buena taza de caldo caliente?

—No me gustaría beber una buena taza de caldo caliente. Quiero carne, carne roja y poco cruda y una jarra de cerveza.

—Pero no te voy a dar carne ni cerveza, padre. Tomarás lo que yo decida darte, que ahora mismo es caldo y leche.

—¿Leche?

—¿Preferirías gachas?

El viejo la miró indignado; Garion, por su parte, dejó la habitación en silencio.

A partir de entonces, Belgarath se fue recuperando de forma gradual, y unos días más tarde se levantó de la cama pese a las —al menos en apariencia— enérgicas objeciones de Polgara. Garion conocía a ambos lo bastante bien como para descubrir el motivo de la actitud de su tía. Una estancia prolongada en cama nunca había sido su forma favorita de terapia y siempre había querido que sus pacientes se levantaran lo antes posible. Simulando que pretendía que su irascible padre guardara reposo, había conseguido que éste quisiera levantarse. Aún más, las meditadas restricciones que le imponía, respondían al deliberado propósito de irritarlo, de incitar a su cerebro a funcionar, no de un modo exagerado para las circunstancias, sino apenas lo necesario para que la recuperación de su mente fuera paralela a la de su cuerpo. La cuidadosa manipulación de Polgara en lo referente a la convalecencia del anciano iba más allá del campo de la medicina: rayaba en lo artístico.

La primera vez que Belgarath apareció en el salón del rey Cho-Hag parecía muy débil. Aunque se apoyaba en el brazo de Polgara, daba la impresión de que casi no podía sostenerse en pie; pero poco después, cuando la conversación comenzó a interesarle, dio señales de que su fragilidad no era tan acusada. Al anciano le gustaba dramatizar y pronto demostró que por bien que actuara tía Pol, él podía competir con ella. Era encantador verlos practicar aquel complicado juego en que cada uno pretendía manipular al otro.

La cuestión fundamental, sin embargo, todavía no se había desvelado. Era evidente que Belgarath se recuperaba física y mentalmente, pero su capacidad para emplear su poder aún no se había puesto a prueba, y Garion sabía que aquella prueba tendría que esperar.

Una mañana temprano, quizás una semana después de su llegada al fuerte, Adara llamó a la puerta de la habitación de Garion. El joven estaba medio dormido, pero supo que era ella.

—¿Sí? —preguntó desde el otro lado de la puerta mientras se apresuraba a ponerse la camisa y las calzas.

—¿Quieres salir a montar, Garion? —le preguntó—. Ha salido el sol y hace más calor.

—Por supuesto —aceptó él de inmediato, mientras se sentaba para ponerse las botas algarias que le había regalado Hettar—. Espera que me vista, sólo tardaré un minuto.

—No hay prisa —dijo ella—. Haré que te ensillen un caballo y buscaré comida en la cocina. Además, tendrías que avisarle a la señora Polgara. Te esperaré en los establos del lado oeste.

—No tardaré —prometió él.

Tía Pol estaba sentada en el salón con Belgarath, el rey Cho-Hag, y la reina Silar que se entretenía en la urdimbre de un gran telar. Mientras tejía, el sonido de la lanzadera invitaba al sueño.

—Va a ser difícil viajar en invierno —decía el rey Cho-Hag—. En las montañas de Ulgo hará un frío terrible.

—Creo que hay una forma de evitar eso —respondió Belgarath con tono de pereza. Estaba completamente repantigado en un gran sillón—. Volveremos a Prolgu por el mismo camino por donde vinimos, pero tengo que hablar con Relg. ¿Podrías mandarlo llamar?

Cho-Hag asintió y le hizo un gesto a un criado. Luego le dijo unas palabras mientras Belgarath cruzaba las piernas y se arrellanaba aún más. El anciano llevaba una suave túnica de lana gris, y a pesar de que aún era temprano, tenía una jarra de cerveza en la mano.

—¿No crees que te pasas un poco? —le preguntó tía Pol con una mirada significativa a la jarra de cerveza.

—Tengo que recuperar mis fuerzas —dijo él con tono de inocencia—, y la cerveza fuerte es buena para la sangre. Pareces olvidar que todavía soy casi un inválido.

—Me pregunto hasta qué punto tu invalidez no es consecuencia de los barriles de cerveza de Cho-Hag —señaló ella—. Esta mañana tenías un aspecto horrible.

—Pero ahora me siento mucho mejor —sonrió él y bebió otro sorbo.

—No me cabe duda. ¿Sí, Garion?

—Adara quiere que la acompañe a montar a caballo —dijo Garion—. Yo..., mejor dicho, ella pensó que debía decirte adonde iba.

—Me has robado a mi doncella favorita, Garion —le dijo la reina Silar con una sonrisa.

—Lo siento —respondió Garion con rapidez—. Si la necesitas, nos quedaremos.

—Sólo bromeaba —rió la reina—. Salid a montar y divertíos.

En ese momento Relg entró en la sala seguido por Taiba. Una vez limpia y con ropas decentes, la mujer marag los había sorprendido a todos. Ya no era la esclava sucia y desahuciada que habían encontrado en las cuevas de Rak Cthol. Había engordado, tenía la piel muy pálida y se movía con una gracia innata que hacía que el rey Cho-Hag y los hombres de su clan la miraran de una forma especial, con una expresión de deseo en la cara. Ella era consciente de que la observaban, pero lejos de sentirse ofendida, parecía complacida y halagada en su vanidad. Sus ojos violetas brillaban y ahora sonreía a menudo. Sin embargo, nunca se alejaba de Relg. Al principio Garion había pensado que se ponía de forma deliberada donde el ulgo no podía evitar mirarla para obtener una especie de perversa satisfacción, pero ahora no estaba tan seguro. Ya ni siquiera parecía pensar en ello, sólo se limitaba a perseguir a Relg adonde fuera, siempre tras él, aunque en silencio.

—¿Me has mandado llamar, Belgarath? —preguntó Relg.

Aunque aquella voz había perdido gran parte de la brusquedad habitual, sus ojos reflejaban una extraña turbación.

—Ah, Relg —dijo Belgarath con tono amistoso—, buen chico. Ven, siéntate y bebe una jarra de cerveza.

—Gracias, prefiero agua —respondió Relg con firmeza.

— Como quieras —dijo Belgarath y se encogió de hombros—. Me preguntaba si conocerías algún camino a través de las cuevas de Ulgo que fuera desde Prolgu hasta la frontera sur de Sendaria.

—Llevaría mucho tiempo —dijo Relg.

—No tanto como ir por las montañas —señaló Belgarath—. En las cavernas no hay nieve ni monstruos. ¿Existe ese camino?

—Sí —admitió Relg.

—¿Y estarías dispuesto a guiarnos a través de él? —insistió el viejo.

—Si tengo que hacerlo... —asintió Relg con cierta reticencia.

—Creo que debes hacerlo —le dijo Belgarath.

Relg suspiró.

—Había pensado que, ahora que nuestro viaje casi ha terminado, podía volver a casa —dijo con pesar.

—La verdad es que nuestro viaje acaba de empezar, Relg —rió Belgarath—. Aún nos queda mucho camino por recorrer.

Taiba esbozó una pequeña sonrisa de satisfacción.

Garion sintió una mano pequeña en la suya, miró hacia abajo y le sonrió a Misión, que acababa de entrar en la sala.

—¿Puedo ir, tía Pol? —preguntó—. Me refiero a montar a caballo.

—Por supuesto, cariño —respondió ella—, pero ten cuidado, no intentes presumir ante Adara. No quiero que caigas del caballo y te rompas algún hueso.

Misión dejó la mano de Garion y fue hacia donde estaba Relg. Había vuelto a deshacer los nudos de la bolsa que Durnik había sellado cuidadosamente con plomo y ahora le ofrecía el Orbe a Relg.

—¿Misión? —preguntó.

—¿Por qué no lo coges, Relg? —le preguntó Taiba al asombrado ulgo—. Nadie pone en duda tu pureza.

—El Orbe es un objeto sagrado de otra religión —declaró—. Es de Aldur, no de UL, así que no estaría bien que yo lo tocara.

Taiba sonrió con expresión astuta y los ojos fijos en la cara del fanático.

—Misión —dijo tía Pol—, ven aquí.

El niño la obedeció en el acto. Entonces ella cogió la bolsa que llevaba atada al cinturón y la abrió.

—Guárdalo aquí —le dijo. Misión suspiró y puso el Orbe en la bolsa—. ¿Cómo se las ingenia para abrirla una y otra vez? —añadió casi para sí mientras examinaba las cuerdas de la bolsa.

Garion y Adara salieron al exterior del fuerte, hacia las onduladas colinas del oeste. El cielo tenía un intenso color azul y lucía un sol radiante. La mañana estaba fresca, pero hacía mucho más calor que en las últimas semanas.

La hierba que pisaban los caballos estaba amarillenta y marchita, inerte bajo el cielo invernal. Cabalgaron en silencio durante una hora y por fin se detuvieron y desmontaron en la soleada ladera sur de una colina, para resguardarse de la fuerte brisa. Allí se sentaron a admirar la monótona extensión de la llanura de Algaría.

—¿Hasta dónde se puede llegar con la hechicería, Garion? —preguntó ella después de un largo silencio.

—Depende de quién la practique —respondió Gañón—. Algunos hechiceros son muy poderosos y otros apenas pueden hacer algo.

—¿Tú podrías...? —titubeó—, ¿podrías hacer que este árbol floreciera? —dijo con rapidez y él advirtió que ésa no era la pregunta que quería hacer en realidad—. Ahora mismo, en pleno invierno —concluyó.

Garion miró el tojo seco y esmirriado e intentó imaginar lo que tendría que hacer para lograrlo.

—Supongo que sí —respondió—, pero si lo hiciera fuera de la estación indicada, el arbusto no tendría ninguna defensa contra el frío y moriría.

—Sólo es un arbusto, Garion.

—¿Por qué matarlo?

—¿Podrías hacer algo para mí, Garion? —Ella evitaba mirarlo—. Cualquier cosa pequeña, en este momento necesito tener algo en que creer.

—Supongo que podría intentarlo —respondió él sin comprender su súbito cambio de humor—. ¿Qué tal esto? —Levantó una pequeña ramita y la hizo girar entre sus manos mientras la miraba con atención. Luego añadió varias hebras de hierba marchita y la estudió otra vez, hasta que tuvo una idea clara de lo que quería hacer. Entonces empleó su poder sobre ella, pero despacio, para que el cambio fuera gradual. Los ojos de Adara se llenaron de asombro ante la transformación de la humilde ramita y de la hierba.

No era una maravilla de flor, sus pétalos tenían un color lavanda claro y se inclinaba hacia un lado de forma notoria. Además, era pequeña y sus pétalos no parecían muy firmes. Su fragancia, sin embargo, anticipaba la dulzura del verano. Garion le entregó la flor a su prima mientras lo invadía una extraña sensación. Su poder no había producido el ruido ensordecedor de siempre, sino algo similar al tañido de campanas que había oído en la caverna iluminada donde había dado vida al potrillo. Pero lo mejor había sido que, al invocar su poder, no había sacado nada de su entorno; todo había procedido de su interior, y esto le causó un profundo y extraño sentimiento de placer.

—Es preciosa —dijo Adara; cogió la florecilla entre sus manos e inhaló su fragancia.

El cabello oscuro le caía sobre la mejilla y le ocultaba el rostro, pero de repente alzó la barbilla y Garion descubrió que tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Es un consuelo —dijo—, al menos por un instante.

—¿Qué ocurre, Adara?

Ella no respondió y miró hacia la llanura de color pardo grisáceo.

—¿Quién es Ce'Nedra? —preguntó de repente—. Escuché que los demás la nombraban.

—¿Ce'Nedra? Es una princesa imperial..., la hija de Ran Borune de Tolnedra.

—¿Cómo es?

—Es muy pequeña, pues es de ascendencia dríada. Tiene el pelo rojizo, ojos verdes y muy mal carácter. Es una mocosa consentida y no me tiene mucha simpatía.

—Pero tú podrías hacer que eso cambiara, ¿verdad? —rió Adara mientras se limpiaba las lágrimas.

—Creo que no te entiendo.

—Todo lo que tienes que hacer es... —Hizo un gesto vago con la mano.

—¡Ah! —dijo él al comprender por fin lo que quería decir—. No, no podemos hacer nada con los pensamientos o los sentimientos de otras personas. Me refiero a que..., bueno, no tenemos en qué basarnos. Yo no sabría por dónde empezar.

Adara lo miró un instante, luego escondió la cara entre las manos y rompió a llorar.

—¿Qué ocurre? —preguntó él, alarmado.

—Nada —respondió ella—. No tiene importancia.

—Claro que tiene importancia. ¿Por qué lloras?

—Yo pensé... Cuando me enteré de que eras un hechicero y ahora, cuando has hecho esta flor, he pensado que tal vez podrías hacer algo por mí.

—Haría cualquier cosa que me pidieras, Adara, y tú lo sabes.

—Pero no puedes, Garion; lo acabas de decir.

—¿Qué es lo que querías que hiciera?

—He pensado que tal vez pudieras conseguir que alguien se enamorara de mí. ¿No es una idea estúpida?

—¿Quién?

—¿Qué importancia tiene? —dijo con una expresión de serena dignidad en sus ojos todavía llenos de lágrimas—. Tú no puedes hacer nada al respecto y yo tampoco. Ahora me doy cuenta de que fue una idea estúpida. ¿Por qué no lo olvidamos? —Se puso de pie—. Ahora volvamos. El día no es tan bonito como yo pensaba y empiezo a tener frío.

Volvieron a montar y avanzaron en silencio hacia las murallas del fuerte. No volvieron a hablarse. Adara no quería hablar y Garion no sabía qué decir.

Tras ellos, olvidada, yacía la flor que él había creado. Protegida por la cuesta y abrigada al suave calor del sol invernal, la vida vegetal de la flor recién nacida cobró fuerza y dio fruto. Una pequeña vaina se abrió en su interior, dispersando una cantidad de pequeñas semillas que se hundieron en la tierra bajo los tallos de la hierba seca y se quedaron allí, aguardando la llegada de la primavera.

Las jóvenes de Ulgo eran de piel pálida, cabello rubio casi blanco y ojos oscuros. La princesa Ce'Nedra estaba sentada entre ellas, como una rosa roja en un jardín de lirios. Las jóvenes ulgas observaban cada uno de sus movimientos con una especie de tierna admiración, abrumadas por aquella pequeña y vivaz extranjera que de repente se había convertido en el centro de sus vidas. No era sólo por su color, aunque eso bastaba para asombrarlas. Los ulgos eran serios y reservados, poco dados a la risa o a exteriorizar sus emociones, mientras que Ce'Nedra seguía siendo tan demostrativa como siempre. Las jóvenes contemplaban azoradas las señales de sus sentimientos y su estado anímico en aquel rostro pequeño y delicado. Se ruborizaban y soltaban risitas nerviosas ante las bromas extravagantes y a menudo malignas de la muchacha. La actitud de la pequeña princesa las invitaba a hacer confidencias, y cada una de las doce jóvenes que se habían convertido en sus compañeras asiduas había abierto su corazón ante ella al menos en una ocasión.

Ce'Nedra tenía días malos, por supuesto; días en que estaba fuera de sí, impaciente, caprichosa y apartaba de su lado con sus feroces vituperios a las jóvenes de ojos tiernos, que se alejaban llorosas ante sus inexplicables rabietas. Más tarde, a pesar de que tras aquellos tormentosos berrinches todas decidían no acercarse a ella nunca más, volvían con timidez, sólo para encontrarla contenta y risueña como si no hubiera sucedido nada.

Eran tiempos difíciles para la princesa. Cuando UL le había pedido que se quedara en las cuevas de Ulgo mientras los demás continuaban viaje hacia Rak Cthol, ella no había alcanzado a comprender las consecuencias de su pronta obediencia. Durante toda su vida, Ce'Nedra había sido el centro de atención, pero ahora le habían otorgado un papel secundario; la habían obligado a soportar el paso de las horas sin otra cosa que hacer más que esperar. No estaba mentalmente preparada para la espera, y las rabietas que ahuyentaban a sus compañeras como si fueran palomas asustadas, estaban causadas, al menos en parte, por su forzada inactividad.

Los terribles altibajos de su estado de ánimo resultaban agotadores, sobre todo para el gorim. El frágil anciano había vivido durante siglos entregado a la serena contemplación y Ce'Nedra había irrumpido como un cometa en medio de aquella paz. A pesar de que a veces necesitaba apelar a toda su paciencia, había aprendido a tolerar sus malos humores, las tormentas de llanto y las rabietas sin motivo, así como sus súbitas y exuberantes demostraciones de afecto, en que la joven le rodeaba el cuello con los brazos y cubría de besos su asombrada cara.

Cuando estaba de buen humor, Ce'Nedra se reunía con sus amigas entre las columnas, en la orilla de la isla del Gorim, para hablar, reír y practicar pequeños juegos que inventaba. Entonces, la caverna sombría y silenciosa se llenaba de voces y risas adolescentes. Cuando estaba melancólica, por el contrario, ella y el gorim daban cortos paseos para contemplar las extrañas maravillas del mundo subterráneo de cuevas, galerías y más cuevas que yacían bajo la ciudad abandonada de Prologu.

Un espectador poco intuitivo habría pensado que la princesa estaba tan enfrascada en sus propios problemas emotivos, que ignoraba todo lo que la rodeaba; pero no era así. Su mente compleja era muy capaz de observar, analizar y cuestionar, aun en medio de una de sus rabietas. La rapidez y la buena memoria que poseía maravillaban al gorim. Cuando le contaba historias de su pueblo, ella hacía preguntas incisivas e iba siempre directa al significado latente detrás de las anécdotas.

Durante aquellas conversaciones, la princesa hizo muchos descubrimientos. Aprendió que la religión era el centro de la vida de Ulgo y que el tema y las enseñanzas de todas sus leyendas eran la obligación de sumisión absoluta a la voluntad de UL. Los tolnedranos podían incumplir los mandatos de su dios o incluso negociar con él. Ce'Nedra lo esperaba y parecía disfrutar con aquel juego de oferta y contraoferta tanto como su pueblo. La mente de los ulgos, sin embargo, era incapaz de comprender aquel trato familiar e informal.

—Nosotros no éramos nada —le explicaba el gorim—, menos que nada. No teníamos territorio ni dios y vagábamos errantes por el mundo hasta que UL aceptó convertirse en nuestro rey. Algunos de los fanáticos han llegado tan lejos como para afirmar que si un solo ulgo ofende a nuestro dios, él nos abandonará. Yo no creo conocer muy íntimamente a UL, pero no me parece que sea tan poco razonable. Sin embargo, es cierto que al principio no quería ser nuestro dios, así que es mejor no ofenderlo.

—Él te ama —se apresuró a señalar Ce'Nedra—, hasta un ciego habría podido verlo cuando vino a visitarnos aquella vez.

—Espero no haberlo desilusionado mucho —dijo inseguro el gorim.

—No seas tonto —lo riñó con insolencia la princesa—. Es evidente que te quiere. Todo el mundo te quiere —añadió y movida por un impulso, como para reafirmar sus palabras, besó con cariño la pálida mejilla del anciano.

—Querida niña —observó con una sonrisa el gorim—, tu corazón es tan grande que supones de forma automática que todo el mundo ama a aquellos que tú amas. Me temo que no siempre es así. En estas cuevas hay mucha gente que no me tiene mucho aprecio.

—Tonterías —dijo ella—. Sólo porque discutas con alguien, no quiere decir que no lo aprecies. Yo amo mucho a mi padre, pero nos peleamos continuamente, pues nos divierte hacerlo.

Ce'Nedra sabía que podía usar palabras como «tonterías» ante el gorim. Lo tenía tan fascinado que podía hacer casi todo lo que le viniera en gana.

Aunque habría sido difícil convencer a cualquiera que la viese, se habían producido algunos cambios sutiles pero importantes en la conducta de Ce'Nedra. Por impulsiva que pareciera a la gente seria y reservada, había aprendido a reflexionar un instante —por breve que éste fuera— antes de actuar o de hablar. En alguna ocasión, durante su estancia en las cavernas, Ce'Nedra había llegado a sentirse avergonzada, y la vergüenza era un sentimiento que ella no podía soportar. De forma gradual, casi imperceptible, había aprendido las ventajas del autocontrol y algunas veces se comportaba casi como una dama.

También había tenido tiempo para pensar en el problema de Garion. Su ausencia durante aquellas largas semanas le había resultado especialmente dolorosa, aunque no se explicaba por qué. Era como si hubiera perdido algo muy valioso, y aquella pérdida le producía una penosa sensación de vacío. Sus sentimientos habían sido siempre tan confusos, que nunca había podido comprenderlos; además, cambiaban con tal rapidez que nunca tenía tiempo de examinar uno antes de que otro distinto ocupara su lugar. Sin

embargo, esa sensación de vacío y nostalgia había durado tanto tiempo que no tenía más remedio que enfrentarse a ella.

No podía ser amor, eso era imposible. Enamorarse de un campesino, de un pinche de cocina, por agradable que fuera, era algo inadmisibles. Después de todo, ella era una princesa imperial y su deber estaba claro. Ante la más leve sospecha de que sus sentimientos trascendían el terreno de la simple amistad, hubiera tenido la obligación de evitar cualquier contacto con él en el futuro. Ce'Nedra no quería apartar a Garion de su vida y dejar de verlo —sólo pensar en ello le producía un temblor en los labios—, así que resultaba evidente que lo que sentía por él no era —no podía ser— amor. Después de llegar a aquella conclusión, la joven se había sentido mucho mejor. Esa remota posibilidad la había preocupado, pero ahora que la lógica probaba más allá de cualquier duda que estaba a salvo, podía quedarse tranquila. Resultaba reconfortante que la lógica estuviera de su parte.

Por lo tanto sólo le restaba la espera, la interminable e insoportable espera hasta que volvieran sus amigos. ¿Dónde estarían?, ¿cuándo volverían?, ¿qué estarían haciendo puesto que tardaban tanto? Cuanto más tiempo esperaba, más a menudo la abandonaba su recién inaugurado autocontrol, y sus pálidas amigas aprendieron a vislumbrar las sutiles señales de peligro que anunciaban los inminentes estallidos de cólera.

Por fin el gorim le comunicó que habían recibido noticias de sus amigos y que éstos regresarían pronto. La princesa se volvió loca de impaciencia. Hizo todo tipo de preparativos, largos y elaborados. Los recibiría de la forma apropiada, por supuesto, sin muestras de entusiasmo. Por el contrario, se mostraría seria, reservada y madura, tal como correspondía a su condición de princesa imperial. Y como era natural, tendría que llevar el atuendo adecuado para la ocasión.

Estuvo horas y horas para encontrar el vestuario perfecto: una túnica ulga larga hasta el suelo, de immaculado color blanco. Pero las túnicas ulgas eran demasiado modestas para el gusto de Ce'Nedra, que quería parecer reservada pero no tanto. Tras meditarlo largamente, le quitó las mangas y le hizo unas cuantas modificaciones en el cuello. Una fina cadena de oro cruzada de forma especial sobre el corpiño y la cintura resaltaría un poco sus encantos. Examinó con ojo crítico el resultado de sus esfuerzos y decidió que le gustaba.

Aún quedaba el problema del pelo. La melena suelta y desenfadada de siempre no resultaría adecuada. Tenía que recogerlo, en una delicada montaña de rizos que bajara en cascada sobre un hombro para agregar un toque de color a la immaculada blancura del corpiño, que sólo dejaría al descubierto lo imprescindible. Se peinó durante tanto rato que acabó con los brazos doloridos de tenerlos alzados. Cuando terminó, examinó el efecto completo de vestido, peinado y expresión modestamente majestuosa. Se felicitó a sí misma, pues no estaba nada mal. A Garion se le saldrían los ojos de sus órbitas al verla. La princesita estaba radiante.

Cuando por fin llegó el día, Ce'Nedra, que apenas había podido dormir aquella noche, los esperó sentada junto al gorim en el ahora familiar estudio. El leía un pergamino, enrollando la parte superior con una mano mientras desenrollaba la inferior con la otra. Mientras él leía, la princesa esperaba impaciente, mordisqueando un rizo de pelo con aire ausente.

—Pareces intranquila, criatura —le dijo él.

—Es que no lo he visto —se corrigió con rapidez— no los he visto desde hace mucho tiempo. ¿Estás seguro de que estoy bien?

Sólo le había hecho aquella pregunta seis o siete veces aquella misma mañana.

—Estás encantadora, niña —le aseguró él una vez más.

Ella lo miró rebosante de alegría.

En ese momento entró un criado.

—Han llegado los invitados, Sagrado Gorim —dijo con una respetuosa reverencia.

El corazón de Ce'Nedra comenzó a latir con fuerza.

—¿Vamos a recibirlos, niña? —sugirió el gorim, al tiempo que dejaba a un lado el pergamino y se ponía de pie.

Ce'Nedra resistió la tentación de saltar de la silla y salir corriendo de la habitación. Tuvo que contenerse con todas sus fuerzas. Luego caminó al lado del gorim mientras repetía para sí: «dignidad, reserva, modestia imperial».

Sus amigos entraron en la caverna del Gorim con aspecto de cansancio y sucios por el viaje, acompañados por gente que Ce'Nedra no conocía. Sin embargo, los ojos de la princesa sólo buscaban a una persona.

Parecía mayor de como ella lo recordaba. La cara, que siempre había sido muy seria, ahora tenía un aspecto grave que antes no estaba allí. Era evidente que durante su ausencia habían ocurrido cosas importantes, y la princesa sintió un momentáneo rencor al sentirse excluida de hechos tan cruciales en la vida de Garion.

Pero entonces su corazón se paralizó. ¿Quién era aquella joven altísima y delgaducha que estaba a su lado? Ce'Nedra apretó las mandíbulas mientras miraba por encima de las tranquilas aguas del lago al malvado joven. Ella sabía que sucedería. Tan pronto como lo perdiera de vista, se había echado a los brazos de la primera mujer que se cruzó en su camino. ¿Cómo se atrevía? ¡*Cómo se atrevía!*

El grupo de gente que estaba del otro lado del lago comenzó a cruzar la calzada elevada y a Ce'Nedra se le heló el corazón. La joven era preciosa. Su cabello oscuro era brillante y sus facciones perfectas. Ce'Nedra buscó con ansiedad algún defecto, algún rasgo de fealdad. ¡Y la forma en que se movía! Parecía flotar con una gracia que casi hizo brotar lágrimas de desesperación en los ojos de Ce'Nedra.

Los saludos y las presentaciones sonaron como un parloteo incoherente a los oídos de la desconsolada princesa. Con aire ausente, hizo una reverencia respetuosa al rey de los algarios y a su encantadora esposa y saludó con cortesía a la mujer sensual y hermosa que Polgara le presentó como Taiba. Pero el momento que tanto temía estaba a punto de llegar, y no había forma de evitarlo.

—Y ésta es Adara —dijo Polgara mientras señalaba a la hermosa criatura que estaba junto a Gañón.

Ce'Nedra sintió deseos de llorar. ¡No era justo! Incluso el nombre de la joven era hermoso. ¿Por qué no podía haber sido horrible?

—Adara —continuó Polgara con los ojos fijos en la cara de Ce' Nedra—, ésta es Su Alteza Imperial, la princesa Ce'Nedra.

La elegancia de la reverencia de Adara fue como un cuchillo en el corazón de la princesa.

—Ardía en deseos de conocerte, Alteza —dijo la esbelta jovencita con una voz vibrante y musical.

—Encantada —respondió Ce'Nedra con tono de superioridad.

A pesar de que deseaba herir a su detestada rival, se mantuvo tensa y silenciosa. Cualquier exabrupto, aun la más mínima señal de pena en la expresión o en la voz, haría que la victoria de Adara fuera completa; y Ce'Nedra era una verdadera princesa, demasiado mujer como para permitir aquella última derrota. A pesar de que su dolor era tan real como si la estuvieran torturando, se mantuvo erguida e hizo ostentación de toda la majestuosidad de que fue capaz. Comenzó a repetir mentalmente sus títulos una y otra vez, recordándose con melancolía quién era ella. Una princesa imperial no debía

llorar, la hija de Ran Borune no podía hacer pucheros, la flor de Tolnedra nunca se afligiría porque un torpe pinche de cocina eligiera amar a otra.

—Perdóname, Polgara —dijo llevándose una mano temblorosa a la frente—, pero de repente me ha cogido un terrible dolor de cabeza. ¿Me disculpáis, por favor?

Sin esperar respuesta, la princesa se volvió y comenzó a andar en dirección a la casa del gorim. Sólo hizo una pausa al pasar junto a Garion.

—Espero que seas muy feliz —mintió, y él la miró perplejo. Había ido demasiado lejos, era absolutamente necesario que ocultara sus sentimientos por Adara, pero éste era Garion y tenía que dejar claro lo que pensaba de él—. Te desprecio, Garion —le susurró con terrible intensidad—, y no quiero volver a verte nunca más. —El joven parpadeó—. No puedes imaginarte hasta qué punto odio tu sola presencia —agregó, y tras estas palabras se dirigió a la casa del gorim, con la espalda recta y la cabeza erguida.

Una vez dentro, corrió a su habitación, se tiró sobre la cama y rompió a llorar con una angustia desgarradora.

De repente oyó unas suaves pisadas al otro lado de la puerta y poco después Polgara estaba junto a ella.

—Muy bien, Ce'Nedra, ¿a qué viene todo esto? —preguntó.

Se sentó en el borde de la cama y apoyó una mano sobre los hombros de la llorosa princesa.

—¡Oh, señora Polgara! —gimió Ce'Nedra y se arrojó en sus brazos—. Lo... lo he perdido. El... él... él está enamorado de e... e... ella.

—¿A quién te refieres, cariño? —le preguntó con serenidad Polgara.

—A Garion. Está enamorado de esa tal Adara y ya... ya... ya no le importa nada de mí.

—Pequeña tontorrón —la reprendió con dulzura Polgara.

—Él la ama, ¿verdad? —preguntó Ce'Nedra.

—Por supuesto que sí, cariño.

—Lo sabía —gimió Ce'Nedra y prorrumpió en un nuevo ataque de llanto.

—Es natural que la quiera —continuó Polgara—. Después de todo, es su prima.

—¿Su prima? —La cara empapada en lágrimas de Ce'Nedra se iluminó de repente.

—La hija de la hermana de su madre —explicó Polgara—. Tú sabías que la madre de Garion era algaria, ¿verdad? —Ce'Nedra meneó la cabeza en silencio—. ¿Eso es todo lo que te ocurría? —La princesa asintió con un gesto. De repente había dejado de llorar. Polgara sacó un pañuelo de su manga y se lo ofreció a la menuda joven—. Suénate la nariz, cariño. No hagas ese ruido al inspirar, es muy poco delicado. —Ce'Nedra se sonó la nariz—. Así que por fin te has dado cuenta —observó Polgara—. Me preguntaba cuánto tiempo más te llevaría.

—¿A qué te refieres?

Polgara le dirigió una mirada larga y firme. Ce'Nedra se ruborizó y bajó los ojos.

—Eso está mejor —dijo Polgara—. No debes intentar ocultarme nada, Ce'Nedra. Ya sabes que es inútil, sólo te haría las cosas más difíciles.

Ce'Nedra la miraba con los ojos llenos de asombro por la implícita confesión que ella misma acababa de hacer.

—No es posible —murmuró llena de horror—. No puede ser.

—Como diría mi padre, casi todo es posible —le respondió Polgara.

—¿Qué voy a hacer?

—Antes que nada deberías lavarte la cara —respondió Polgara—. Algunas chicas pueden llorar sin que eso las afee, pero tú no tienes el color apropiado. Estás horrible, te aconsejo que nunca llores en público si puedes evitarlo.

—No me refería a eso —dijo Ce'Nedra—. ¿Qué voy a hacer con Garion?

—No creo que necesites hacer nada, cariño. Las cosas se arreglarán con el tiempo.

—Pero yo soy una princesa, y él es..., bueno, sólo Garion. Eso no está permitido.

—Es probable que al final todo salga bien —le aseguró Polgara—. Créeme, Ce'Nedra. He estado manejando asuntos como éste desde hace muchos años. Ahora ve a lavarte la cara.

—Me he comportado como una tonta, ¿verdad? —preguntó Ce'Nedra.

—No has hecho nada que no pueda arreglarse —dijo Polgara con calma—. Podemos atribuirlo a la emoción de volver a ver a tus amigos después de mucho tiempo. Porque estás contenta de vernos, ¿no es cierto?

—¡Oh, Polgara! —dijo Ce'Nedra y se echó en sus brazos llorando y riendo a la vez.

Una vez que Ce'Nedra hubo reparado los estragos causados por su ataque de llanto, ambas mujeres se unieron a los demás en el acogedor estudio del Gorim.

—¿Ya estás mejor, mi niña? —le preguntó el gorim con dulzura y una expresión de preocupación en la cara.

—Fue sólo un poco de nerviosismo, Sagrado Gorim —lo tranquilizó Polgara—. Como habréis notado nuestra princesa es demasiado sensible.

—Siento haber salido de ese modo —se disculpó Ce'Nedra ante Adara—. Fue una tontería de mi parte.

—Su Alteza no comete tonterías —le dijo Adara.

—Claro que sí —respondió Ce'Nedra—. Tengo tanto derecho a comportarme con estupidez como cualquier otra.

Adara rió y el incidente quedó olvidado. Ce'Nedra había ido demasiado lejos con su impulsiva declaración de odio a Garion y el joven tenía aspecto de sentirse confundido, incluso un poco herido, pero la princesa decidió ignorar la ofensa que le había infligido. Ella había sufrido en la horrible escena en la isla del gorim, y parecía justo que él también sufriera un poco. No demasiado, desde luego, pero sí un poco. Después de todo, él se lo había buscado; así que lo castigó con un tiempo razonable de angustia —al menos ella esperaba que sintiera angustia— y luego le habló con simpatía, incluso con cariño, como si sus labios nunca hubieran pronunciado aquellas horribles palabras de desprecio. La perplejidad de Garion creció todavía más y entonces la princesa le ofreció la más atractiva de sus sonrisas, reparando con enorme satisfacción en su efecto devastador. Después decidió ignorarlo.

Mientras Belgarath y Polgara narraban los incidentes del inquietante viaje a Rak Cthol, la princesa se sentó junto a Adara en un banco, escuchando a medias, pero sobre todo dando vueltas y vueltas en su cabeza al asombroso descubrimiento que acababa de hacer. De repente, sintió unos ojos fijos en ella y alzó la vista con rapidez. El pequeño niño rubio que Polgara llamaba Misión la observaba con una expresión muy seria en su carita. Sus ojos tenían un brillo especial, y Ce'Nedra supo, con total y absoluta certeza, que la criatura veía directamente hasta el fondo de su alma. Él le sonrió y ella, sin saber por qué, sintió una abrumadora sensación de alegría ante su sonrisa. El niño caminó hacia ella, todavía sonriente, y su pequeña mano sacó algo de una bolsa que llevaba atada a la cintura. Extrajo una piedra redonda y gris y se la ofreció.

—¿Misión? —dijo.

Por un instante, Ce'Nedra creyó ver un destello azul en la piedra.

—No la toques, Ce'Nedra —le dijo Polgara en un tono que hizo que la mano de la princesa se quedara paralizada en el acto de coger la piedra—. ¡Durnik! —le dijo al herrero con un extraño dejo de protesta en la voz.

—Polgara —respondió él con expresión de impotencia—, ya no sé qué hacer. La cierre como la cierre, siempre se las ingenia para abrir la bolsa.

—Haz que lo guarde —le dijo casi con exasperación.

Durnik se acercó al pequeño, se arrodilló junto a él y cogió la bolsa. La abrió sin decir palabra y el niño guardó la piedra dentro; entonces Durnik cerró la bolsa y la ató con todas sus fuerzas. Cuando hubo terminado, el pequeño lo abrazó con afecto. Durnik parecía avergonzado y estaba a punto de apartar al niño, cuando éste se soltó y se trepó en el regazo de Ce'Nedra. Luego besó a la princesa con expresión seria, se acurrucó entre sus brazos y se durmió en el acto.

Ce'Nedra se sintió embargada por un cúmulo de sentimientos que nunca había experimentado hasta entonces. Jamás en su vida se había sentido tan feliz, aunque no sabía bien por qué. Estrechó al pequeño entre sus brazos con actitud protectora, la mejilla apretada contra los rizos rubios del niño. Sintió la necesidad de acunarlo e incluso de tararearle una tierna nana.

—Tendremos que darnos prisa —le decía Belgarath al gorim—. Incluso con la ayuda de Relg nos llevará una semana llegar a la frontera de Sendaria. Luego tendremos que cruzar todo el país y a esta altura del año puede haber mucha nieve. Para colmo, ésta es la temporada de tormentas en el mar de los Vientos, y tenemos un largo trecho por mar para llegar a Riva.

La palabra "Riva" hizo que Ce'Nedra saliera de su ensueño. Desde que ella y Jeebers se escaparan del palacio imperial de Tol Honeth, un solo pensamiento rondaba por su cabeza: no iba a ir a Riva. En varias ocasiones había simulado ceder en ese punto, pero sólo había sido una estrategia. Ahora, sin embargo, tendría que dejarlo claro. Las razones de su inquebrantable negativa a obedecer el acuerdo de Vo Mimbres ya no estaban claras. Habían ocurrido tantas cosas que no parecía la misma persona; pero de una cosa estaba segura, fuera quien fuese ella: no iba a ir a Riva. Era una cuestión de principios.

—Estoy segura de que una vez que lleguemos a Sendaria, podré dirigirme a una guarnición imperial —dijo con tono casual, como si el asunto ya estuviera decidido.

—¿Y por qué ibas a querer hacer eso, cariño? —le preguntó Polgara.

—Como ya dije antes, no voy a ir a Riva —respondió Ce'Nedra—. Los legionarios podrán hacer los arreglos necesarios para llevarme de vuelta a Tolnedra.

—Tal vez deberías visitar a tu padre —dijo Polgara con calma.

—¿Quieres decir que me dejarás ir?

—Yo no he dicho eso. Estoy segura de que encontraremos un barco que salga para Tol Honeth a finales de la primavera o a comienzos del verano. Riva y el Imperio tienen un intenso intercambio comercial.

—Creo que no me entiendes, Polgara. He dicho que no pienso ir a Riva, por ninguna razón.

—Te he oído, Ce'Nedra, pero estás equivocada. Vas a ir a Riva. Tienes una cita allí, ¿recuerdas?

—¡No iré! —La voz de Ce'Nedra subió una o dos octavas.

—Sí que irás. —El tono de Polgara era engañosamente tranquilo, pero dejaba adivinar su dureza.

—Me niego en redondo —afirmó la princesa, e iba a decir algo más cuando un dedo pequeño le rozó los labios. El niño que dormía en su regazo había alzado el brazo

hasta tocar la boca de la princesa. Ella sacudió la cabeza, molesta—. Ya lo dije antes y no pienso ceder a... —El niño volvió a tocarle los labios. Tenía los ojos vidriosos, pero su mirada era calma y reconfortante. Ce'Nedra olvidó lo que estaba diciendo—. No voy a ir a la isla de los Vientos, y mi decisión es inamovible.

El problema era que no sonaba en absoluto inamovible.

—Tengo la impresión de que ya tuvimos esta discusión una o dos veces antes —observó Polgara.

—No tienes derecho a...

Ce'Nedra titubeó y volvió a perder el hilo de sus pensamientos. Los ojos del niño eran tan azules..., tan intensamente azules. Se sintió incapaz de desviar la mirada y tuvo la impresión de que se hundía en aquel color increíble. De repente sacudió la cabeza. Intentó concentrarse en lo que decía.

—Me niego a ser humillada en público —declaró—. No iré al palacio del rey rivano como una mendiga mientras todos los alorn cotillean sobre mí. —Eso estaba mejor. Su momentánea distracción había terminado. Sin darse cuenta echó un vistazo al niño y volvió a perder el control—. Ni siquiera tengo un vestido apropiado —dijo con tono melancólico; pero... ¿por qué había dicho algo así?

Polgara no decía nada pero contemplaba a la princesa con una mirada llena de sabiduría. Ce'Nedra continuó hablando, y sus objeciones se hicieron cada vez más irrelevantes. Incluso mientras protestaba, era consciente de que no tenía una verdadera razón para no ir a Riva. Su negativa sonaba frívola, incluso pueril. Entonces ¿por qué demonios armaba tanto alboroto? El pequeño le dedicó una sonrisa de aliento, y ella, incapaz de resistirse, se la devolvió permitiendo que se derrumbaran sus defensas.

—Sólo es una vieja y estúpida formalidad, Polgara —dijo—. Nadie me esperará en el palacio del rey de Riva... nunca ha habido nadie. El linaje de los Riva se ha extinguido. —Luchó por apartar su mirada de la del pequeño—. ¿De verdad tengo que ir?

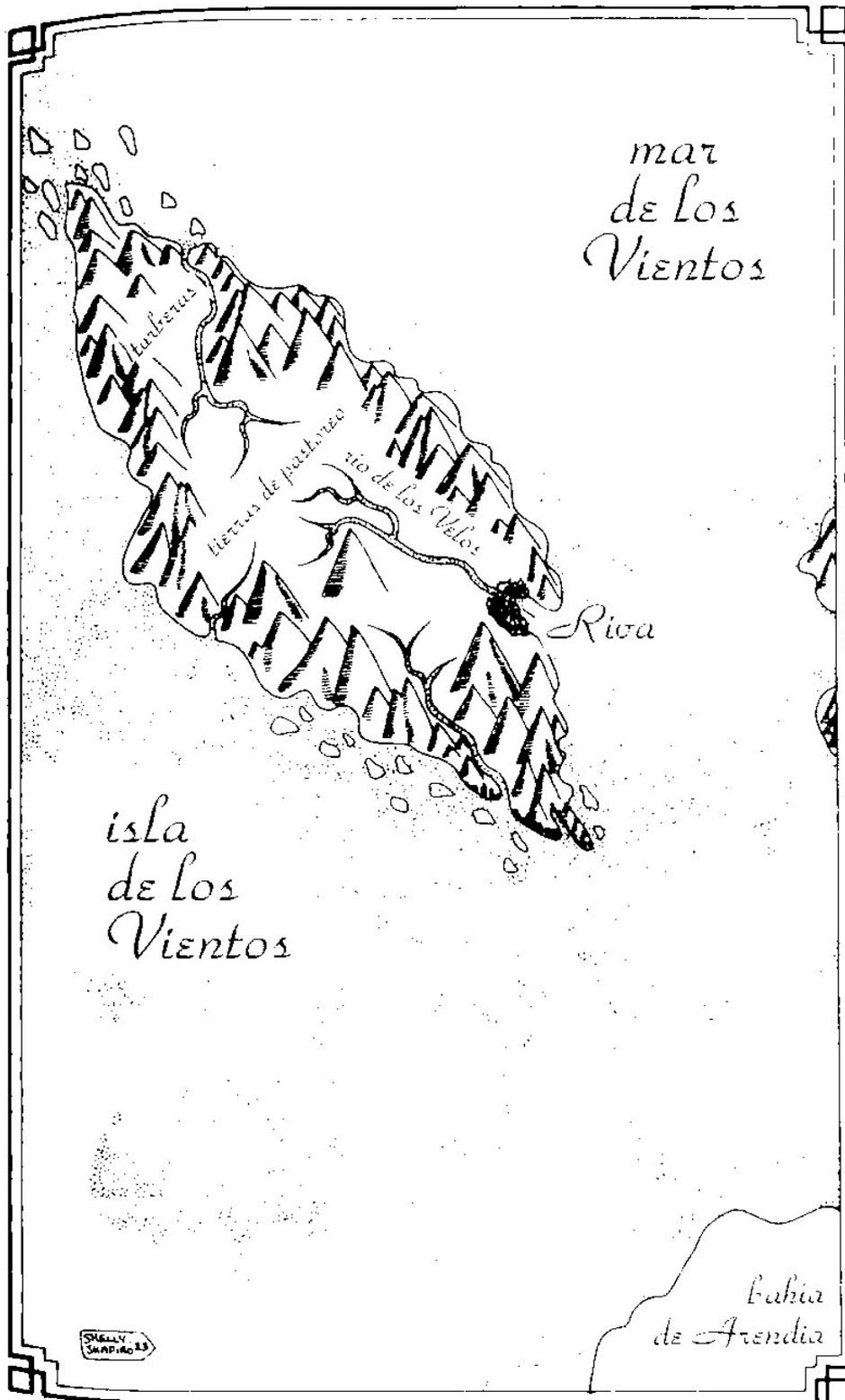
Polgara asintió con gravedad. Ce'Nedra dejó escapar un profundo suspiro. Toda aquella disputa había sido innecesaria. ¿Por qué hacer tanto problema por un simple viaje? En realidad no implicaba ningún peligro y haría feliz a mucha gente; así que ¿por qué seguir con su obstinación?

—Muy bien —se rindió—. Si es tan importante para todos, supongo que puedo ir a Riva.

Por alguna razón, el mero hecho de decirlo la había hecho sentir mejor. El pequeño volvió a sonreír, luego acarició con ternura la mejilla de la princesa y se quedó dormido otra vez. Embargada por una felicidad súbita e inexplicable, la princesa volvió a apoyar su mejilla sobre los rizos del niño y comenzó a acunarlo con cuidado mientras tarareaba una nana en voz muy baja.

SEGUNDA PARTE

Riva



mar  
de los  
Vientos

isla  
de los  
Vientos

Riva

Bahia  
de Arendia

SHILLY  
SAMPADO 13

Una vez más Relg los condujo a través del oscuro y silencioso mundo de las cavernas, y una vez más Garion odió cada minuto de aquella travesía. Le parecía que había pasado una eternidad desde la salida de Prolgu y la larga y llorosa despedida entre Ce'Nedra y el Gorim. La actitud de la princesa intrigaba a Garion, y el joven reflexionó sobre ella mientras caminaban a tropezones en la oscuridad, rodeados por un aroma a moho. En Prolgu había ocurrido algo. Ce'Nedra había experimentado un cambio muy sutil que, por alguna razón, ponía nervioso a Garion.

Por fin, después de innumerables días en las tenebrosas y laberínticas galerías, emergieron al aire y a la luz a través de una abertura irregular y cubierta por arbustos en un empinado barranco. Fuera estaba nevando mucho y los grandes copos de nieve caían con suavidad en el aire tranquilo.

—¿Estás seguro de que estamos en Sendaria? —le preguntó Barak a Relg mientras se abría camino entre los arbustos para salir de la cueva.

—Ya no estamos en Ulgo —dijo Relg encogiéndose de hombros y comenzó a cubrirse los ojos con un velo para protegerlos de la luz.

—Hay muchos lugares que no están en Ulgo, Relg —le respondió con acritud Barak.

—Parece Sendaria —observó el rey Cho-Hag inclinándose en su silla para mirar fuera de la caverna, donde la nieve caía con suavidad—. ¿Alguien puede adivinar qué hora es?

—Cuando nieva tanto es difícil asegurarlo —respondió Hettar—. Los caballos piensan que es mediodía, pero su idea del tiempo no es muy precisa.

—¡Maravilloso! —exclamó Seda con sarcasmo—. No sabemos dónde estamos ni qué hora es; es un magnífico comienzo.

—En realidad no tiene importancia, Seda —dijo Belgarath con tono de cansancio—. Todo lo que tenemos que hacer es ir hacia el norte. Tarde o temprano tendremos que encontrarnos con la Gran Ruta del Norte.

—Bien —respondió Seda—. Pero ¿hacia dónde está el norte?

Garion observó con atención a su abuelo mientras éste se asomaba por el barranco cubierto de nieve. La cara del anciano estaba llena de arrugas de cansancio y volvía a tener ojeras. A pesar de las dos semanas de reposo en el fuerte y de que Polgara había considerado que estaba en condiciones de seguir viaje, el hechicero todavía no se había recuperado por completo de la crisis.

Cuando estuvieron fuera de la cueva, se arroparon con las capas, ajustaron las cinchas de los caballos y se prepararon para partir.

—Un lugar poco acogedor, ¿verdad? —le dijo Ce'Nedra a Adara mientras miraba con ojo crítico a su alrededor.

—Es terreno montañoso —se apresuró a puntualizar Garion, saliendo en defensa de su tierra—. No es peor que las montañas del este de Tolnedra.

—No dije que lo fuera, Garion —respondió ella con acritud.

Cabalaron durante varias horas hasta que oyeron el ruido de unas hachas en algún lugar del bosque.

—Leñadores —adivinó Durnik—. Hablaré con ellos y les pediré que nos guíen. — Se dirigió hacia el lugar de donde venían los ruidos y cuando volvió su cara reflejaba un ligero disgusto—. Hemos estado cabalgando hacia el sur —les dijo.

—Es natural —comentó Seda con sarcasmo—. ¿Has averiguado qué hora es?

—Está atardeciendo —respondió Durnik—. Dicen los leñadores que si giramos hacia el oeste, nos encontraremos con un camino que va al noroeste y nos conducirá a la Gran Ruta de las caravanas del Norte, unos cien kilómetros más allá, de este lado de Muros.

—Veamos si podemos encontrar ese camino antes de que oscurezca —dijo Belgarath.

Tardaron vanos días en descender las montañas y varios más en atravesar los casi inhabitados territorios del este de Sendaria hasta llegar a las más populosas llanuras alrededor del lago Sulturn. Nevaba de forma intermitente y los caminos muy transitados del centro y el sur de Sendaria, cubiertos de barro, surcaban las colinas como horribles cicatrices marrones. El grupo se había vuelto tan numeroso que a menudo tenían que dividirse para alojarse en distintas posadas de las bonitas aldeas cubiertas por la nieve. La princesa Ce'Nedra empleaba con frecuencia el adjetivo «pintoresco» para referirse a los pueblos y a los hostales, y Garion no podía evitar que la elección de aquel término le resultara un tanto ofensiva.

El reino que recorrían no era el mismo que habían dejado un año antes. Garion advirtió que en todas las aldeas del camino había mudas señales de movilización. Los militares marchaban en grupos por las plazas cubiertas de lodo, y la gente sacaba viejas espadas y lanzas dobladas, olvidadas desde hacía tiempo en polvorientos o húmedos desvanes, y les quitaba el óxido, preparándose para una lucha que todos esperaban. Los preparativos para la guerra de aquellos pacíficos campesinos y granjeros resultaban patéticos. Sus uniformes caseros eran de todas las gamas posibles de verde y rojo y sus brillantes estandartes mostraban a las claras que sus apreciados refajos habían sido sacrificados por la causa. Sin embargo, aquella gente simple tenía una expresión seria en el rostro. A pesar de que los jóvenes se pavoneaban ante las muchachas vestidos de uniforme y los hombres mayores intentaban pasar por veteranos, en todos los pueblos reinaba una atmósfera de gravedad. Sendaria aguardaba en silencio, al borde de la guerra.

En Sulturn, tía Pol, que había contemplado cada aldea que pasaban con actitud pensativa, tomó una decisión.

—Padre —le dijo a Belgarath mientras entraban en un pueblo—. Tú, Cho-Hag y los demás id directamente hacia Sendar. Durnik, Garion y yo tenemos que desviarnos un poco.

—¿Adonde vais?

—A la hacienda de Faldor

—¿A la hacienda de Faldor? ¿Para qué?

—Todos dejamos cosas atrás, padre. Nos sacaste de allí con tanta prisa que apenas tuvimos tiempo de empacar.

Su tono y su expresión eran tan poco convincentes que Garion enseguida sospechó que se trataba de una excusa y Belgarath, con una ceja ligeramente levantada, parecía dudar de la veracidad de sus palabras.

—Vamos un poco cortos de tiempo, Pol —señaló el anciano.

—Aún tenemos el suficiente, padre —respondió ella—, y además, no tendremos que desviarnos mucho de nuestro camino. Sólo tardaremos unos días más que vosotros.

—¿De verdad es tan importante, Pol?

—Sí, padre, creo que sí. Vigila bien a Misión, ¿lo harás? No creo que deba venir con nosotros.

—De acuerdo, Pol.

En ese momento, la princesa dejó escapar una carcajada cristalina al ver los esfuerzos de un grupo de milicianos que intentaban marchar sin tropezar con sus armas. Polgara se volvió hacia la risueña joya del Imperio sin cambiar de expresión.

—Sin embargo, ella vendrá con nosotros —añadió.

Ce'Nedra protestó con amargura cuando se enteró de que no iría directamente hacia el acogedor palacio del rey Fulrach, en Sendar, pero tía Pol ignoró sus objeciones.

—¿*Nunca* escucha a *nadie*?

—Siempre escucha —respondió Garion.

—Pero nunca cambia de opinión, ¿verdad?

—No muy a menudo, pero *escucha*.

Polgara se volvió a mirarlos.

—Ponte la capucha, Ce'Nedra —le ordenó—, está comenzando a nevar otra vez y no quiero que cabalgues con la cabeza mojada.

La princesa hizo una profunda inspiración, como si se preparara para responder.

—Yo en tu lugar no diría nada —le aconsejó Garion en voz baja.

—Pero...

—Ahora no está de humor para discusiones.

Ce'Nedra le dirigió una mirada fulminante, pero se subió la capucha en silencio.

Aquella noche aún nevaba cuando llegaron a Medalia. La reacción de Ce'Nedra ante las comodidades de la posada fue la previsible. Garion advirtió que sus rabetas seguían una especie de ritmo natural; nunca comenzaban con toda su voz, sino que su tono iba ascendiendo poco a poco en un impresionante y estridente crescendo. Pero cuando la princesa estaba a punto de demostrar su potencia vocal, Polgara la puso en su lugar.

—¡Qué encantadora demostración de buenos modales! —le dijo con serenidad a Durnik—. Los amigos de Garion se quedarán impresionados ante este tipo de conducta, ¿no crees?

—Sin duda, señora Pol —respondió Durnik y miró hacia otro lado para ocultar su sonrisa.

Ce'Nedra aún tenía la boca abierta, pero interrumpió al instante su perorata.

—Me he comportado como una tonta, ¿verdad? —dijo un instante después con tono razonable, casi apacible.

—Sí, cariño..., sólo un poco —asintió tía Pol.

—Por favor, perdonadme —suplicó con una voz empalagosa.

—Tampoco te pases, Ce'Nedra —dijo tía Pol.

Aproximadamente al mediodía del día siguiente dejaron la ruta principal que conducía a Erat para internarse en el sendero de campo que llevaba a la hacienda de Faldor. Desde la mañana, la impaciencia de Garion había crecido hasta hacerse casi insoportable. Cada poste, cada arbusto y cada árbol le resultaban familiares. ¿Y no era aquél el viejo Cralto montado a pelo en su caballo para cumplir algún encargo de Faldor? Por fin, ante la visión de una figura alta y conocida que sacaba ramas y malezas de un desagüe, no pudo contenerse más. Clavó los talones en los flancos de su caballo, saltó sin dificultad una valla sobre el campo nevado en dirección al solitario trabajador.

—¡Rundorig! —gritó; detuvo su caballo y desmontó de un salto.

—¿Señor? —respondió Rundorig parpadeando con evidente asombro.

—Rundorig..., soy yo, Garion. ¿No me reconoces?

—¿Garion? —Rundorig parpadeó varias veces más y luego examinó con atención la cara del joven. Sus ojos lo reconocieron poco a poco y fue como si el sol saliera en un día nublado—. ¡Pues es verdad! —se maravilló—. Eres Garion, ¿verdad?

—¡Por supuesto, Rundorig! —exclamó Garion y se acercó a estrechar la mano de su amigo.

Pero Rundorig se llevó ambas manos a la espalda y retrocedió.

—¡Tu ropa, Garion! Ten cuidado, estoy todo sucio de barro.

—Mi ropa no me importa, Rundorig. Tú eres mi amigo.

—No deberías mancharla —dijo el joven alto mientras meneaba la cabeza con terquedad—. Es demasiado bonita. Ya tendremos tiempo de estrecharnos la mano después de que me lave. —Observó a Gañón con curiosidad—, ¿De dónde has sacado un atuendo tan refinado? ¿Y esa espada? Será mejor que Faldor no te vea con ella. Ya sabes que él no aprueba este tipo de cosas.

En cierto modo las cosas no estaban saliendo como Garion había esperado.

—¿Cómo está Doroon? —preguntó el joven—. ¿Y Zubrette?

—Doroon se marchó el año pasado —respondió Rundorig tras hacer un esfuerzo para recordar—. Creo que su madre volvió a casarse. Viven en una granja más allá de Winold. Y Zubrette... Bueno, Zubrette y yo comenzamos a salir juntos poco después de que tú te fueras. —El joven se ruborizó de repente y miró hacia el suelo avergonzado—. Tenemos una especie de relación... —titubeó.

—¡Qué bien, Rundorig! —se apresuró a decir Garion para ocultar su ligera desilusión.

Sin embargo, Rundorig siguió hablando.

—Ya sé que tú y ella os teníais mucho cariño —dijo con una expresión de profunda tristeza en su cara alargada—. Yo hablé con ella. —Alzó la mirada y había lágrimas en sus ojos—. No habríamos llegado tan lejos, Garion; pero ninguno de los dos creíamos que volverías.

—En realidad no lo he hecho, Rundorig —lo tranquilizó Garion—. Sólo hemos venido a hacer una visita y a recoger algunas cosas que nos habíamos olvidado. Luego nos iremos.

—¿Has venido a buscar a Zubrette? —preguntó Rundorig con una voz helada y ahogada que partió el corazón de Garion.

—Rundorig —le dijo con mucha calma—, ya ni siquiera tengo un hogar. Una noche duermo en un palacio y a la siguiente en el barro junto al camino. Ninguno de los dos querría una vida así para Zubrette.

—Pues aun así creo que se iría contigo si se lo pidieras —dijo Rundorig—. Me parece que sería capaz de cualquier sacrificio con tal de estar contigo.

—Pero no lo permitiremos, ¿verdad? Actuaremos como si la relación entre vosotros dos fuera oficial.

—Nunca podría mentirle, Garion —protestó el chico.

—Yo sí —dijo Garion con brusquedad—. Sobre todo si eso le evitará vivir como una vagabunda. Todo lo que tienes que hacer es mantener la boca cerrada y dejarme hablar a mí. —De repente sonrió—. Como en los viejos tiempos.

Una tímida sonrisa se dibujó en los labios de Rundorig.

El portón de la granja estaba abierto y el bueno y honesto de Faldor, rebosante de alegría, se frotaba las manos y daba vueltas alrededor de tía Pol, Durnik y Ce'Nedra. El

alto y flaco granjero estaba tan delgado como siempre y su larga mandíbula parecía haber crecido aún más durante el último año. Tenía unas cuantas canas más en las sienes, pero su corazón no había cambiado.

La princesa Ce'Nedra estaba apartada del grupo, en actitud tímida, y Garion examinó su rostro con atención para descubrir alguna señal de peligro. Si había alguien capaz de desbaratar el plan que tenía en mente, ésa era ella; pero aunque lo intentó no pudo adivinar sus pensamientos.

Entonces Zubrette bajó las escaleras desde la galería que rodeaba el patio. Su vestido era el de una chica de campo, pero su cabello seguía siendo dorado y la joven estaba aún más hermosa que antes. Garion sintió que lo asaltaban miles de recuerdos y también un gran dolor por lo que tenía que hacer. Se habían criado juntos y los vínculos entre ellos eran tan fuertes que ningún extraño podría llegar a comprender lo que podían llegar a decirse con una sola mirada. Y fue con esa mirada como Garion le mintió. Los ojos de Zubrette estaban llenos de amor, y sus dulces labios, apenas separados, parecían listos para responder a la pregunta que esperaba de él, incluso antes de que Garion la pronunciara. La mirada de Garion, sin embargo, fingió amistad, incluso afecto, pero no amor. Una expresión de incredulidad se dibujó un instante en el rostro de la chica y luego se ruborizó. El dolor que Garion sintió mientras veía morir la esperanza en los ojos azules de ella fue tan punzante como un cuchillo. Para colmo, se vio obligado a mantener su expresión de indiferencia mientras ella asimilaba con avidez cada rasgo de su cara, como si intentara almacenar un recuerdo que tendría que durarle toda la vida. Luego se volvió e inventando una excusa se alejó de ellos. Garion era consciente de que después de aquel incidente ella lo evitaría y de que la había visto por última vez.

Había hecho lo que debía, pero hacerlo le había roto el corazón. Intercambió una breve mirada con Rundorig que expresó todo lo necesario, y contempló con tristeza cómo se alejaba la chica con la que siempre había pensado que acabaría casándose. Cuando por fin Zubrette desapareció detrás de la esquina, suspiró con amargura, se volvió y descubrió que Ce'Nedra lo estaba mirando. La mirada de la princesa le demostró que sabía exactamente lo que acababa de hacer y cuánto le había costado hacerlo. Era una mirada llena de comprensión y extrañamente inquisitiva.

A pesar de la insistencia de Faldor, Polgara se negó a aceptar el papel de huésped de honor. Era como si sus dedos sintieran la imperiosa necesidad de volver a tocar los familiares cacharros de cocina una vez más. Un instante después de entrar en la cocina, colgó su capa en una percha, se puso un delantal y se dispuso a trabajar. Sus cortesías sugerencias se mantuvieron como tales durante casi un minuto y medio antes de convertirse en órdenes, y luego todo volvió a la normalidad. Faldor y Durnik, con las manos en la espalda, caminaron por el patio, controlaron las provisiones en el cobertizo y hablaron del tiempo y otros asuntos, y Garion se quedó con la princesa frente a la puerta de la cocina.

—¿Me enseñarás la granja, Garion? —le preguntó en voz muy baja.

—Si tú quieres...

—¿Tanto le gusta cocinar a Polgara? —preguntó y miró hacia el interior de la templada cocina donde tía Pol estiraba la masa de una tarta mientras tarareaba para sí con alegría.

—Eso creo —respondió Garion—. Su cocina es un lugar ordenado y ella ama el orden. Los alimentos entran por un lado y la comida sale por el otro. —Paseó la mirada por la estancia de techo bajo, donde los pulidos peroles y ollas colgaban de la pared. Su vida parecía cerrarse como un círculo. —Me he criado en esta habitación —dijo en voz baja—. Supongo que hay lugares peores.

La pequeña mano de Ce'Nedra estrechó la suya. Fue un gesto algo tímido, como si no estuviera segura de cómo iba a ser recibido. Garion experimentó un sentimiento curioso y reconfortante al estrechar aquella mano. Era muy pequeña. Garion pensó que con frecuencia olvidaba lo menuda que era Ce'Nedra en realidad. En aquel momento, la princesa parecía diminuta y muy vulnerable y por alguna razón Garion sintió deseos de protegerla. Se preguntó si sería apropiado pasarle el brazo por encima de los hombros.

Dieron un paseo alrededor de la granja, mirando los graneros, los establos y los corrales de las gallinas, hasta llegar al henal que siempre había sido el escondite preferido de Garion.

—Solía venir aquí cuando sabía que tía Pol tenía algún trabajo para mí —confesó con una risita melancólica.

—¿No querías trabajar? —le preguntó Ce'Nedra—. Aquí todo el mundo parece estar siempre ocupado.

—No me importa trabajar —le dijo Garion—, pero algunas de las cosas que me mandaba hacer eran bastante desagradables.

—¿Como lavar los cacharros?

—Esa no es una de mis tareas favoritas, lo reconozco.

Se sentaron el uno junto al otro sobre el heno suave y fragante. Ce'Nedra trazaba con aire ausente pequeños dibujos invisibles en el dorso de la mano del joven.

—Esta tarde has sido muy valiente, Garion —le dijo con seriedad.

—¿Valiente?

—Has abandonado algo que siempre había sido muy especial y muy importante para ti.

—¡Ah! —dijo él—. Te refieres a Zubrette. Creo que ha sido lo mejor. Rundorig la ama y podrá cuidar de ella mucho mejor que yo.

—Me parece que no te entiendo.

—Zubrette necesita mucha atención. Es inteligente y hermosa, pero no es muy valiente. Nunca le hacía frente a los problemas. Necesita alguien que la proteja y le dé seguridad... alguien que pueda consagrar toda su vida a ella. No creo que yo pudiera hacerlo.

—Pero si te hubieras quedado aquí, en la granja, te habrías casado con ella, ¿verdad?

—Tal vez —admitió él—. Pero no me he quedado en la granja.

—¿No te dolió dejarla de ese modo?

—Sí —dijo Garion con un suspiro—, en cierto modo sí, pero creo que fue lo mejor para todos. Tengo la impresión de que voy a pasar gran parte de mi vida viajando y Zubrette no es el tipo de persona a quien se le puede pedir que duerma en el suelo.

—Nunca dudasteis en pedirme a mí que durmiera en el suelo —señaló Ce'Nedra con un dejo de rencor.

Garion la miró.

—Nunca lo hemos hecho, ¿verdad? No me había detenido a pensarlo. Tal vez sea porque tú eres más valiente.

A la mañana siguiente, después de una larga despedida y muchas promesas de regresar, los cuatro partieron en dirección a Senda.

—¿Y bien, Garion? —dijo tía Pol después de atravesar la colina que dejaba la hacienda de Faldor atrás para siempre.

—¿Y bien qué? —Ella le dirigió una mirada larga, pero no dijo nada y él suspiró. No tenía sentido ocultarle nada—. No volveré nunca, ¿verdad?

—No, cariño.

—Siempre pensé que cuando todo esto acabara volveríamos a la hacienda, pero no lo haremos, ¿no es cierto?

—No, Garion, no lo haremos. Pero tenías que volver para darte cuenta. Era la única forma de que abandonaras los recuerdos que has llevado contigo en los últimos meses. No es que la hacienda de Faldor no sea un buen lugar, pero no es apropiado para cierta gente.

—¿Hemos hecho este viaje sólo para que yo me diera cuenta de eso?

—Es bastante importante, Garion. Claro que también disfruté de la visita a Faldor y además había algunas cosas en la cocina que conservé durante mucho tiempo y no deseaba perder.

De repente a Garion lo asaltó una idea.

—¿Y qué pasa con Ce'Nedra? ¿Por qué insististe en que viniera?

Tía Pol miró hacia atrás. La princesa cabalgaba varios metros detrás de ellos, abstraída en sus pensamientos.

—No le ha venido mal, y además ha visto algunas cosas que era importante que viera.

—Estoy seguro de que nunca entenderé lo que intentas decir.

—No, cariño —asintió ella—, tal vez no.

Durante el día y medio siguiente, mientras cabalgaban por el camino que cruzaba la llanura central hacia Sendar, nevó de forma intermitente. A pesar de que no hacía demasiado frío, el cielo permaneció cubierto y a medida que avanzaban hacia el oeste, el tiempo los sorprendió con chubascos periódicos. Cuando estaban cerca de la costa, el viento se hizo mucho más fuerte y las imágenes del mar que alcanzaban a vislumbrar resultaban desalentadoras. El viento levantaba olas enormes y sus crestas se rasgaban como hilachas de espuma.

En el palacio del rey Fulrach encontraron a Belgarath de pésimo humor. Faltaba poco más de una semana para la celebración del Paso de las Eras y el anciano contemplaba el mar tormentoso por la ventana como si lo estuvieran sometiendo a una enorme afrenta personal.

—Celebro que hayáis podido uniros a nosotros —le dijo con sarcasmo a tía Pol cuando ella y Garion entraron en la habitación donde rumiaba su rabia.

—Compórtate, padre —respondió ella con calma mientras se quitaba la capa azul y la dejaba sobre una silla.

—¿Has visto cómo están las cosas allí fuera? —preguntó y señaló enfadado hacia la ventana.

—Sí, padre —dijo ella sin volverse a mirar. Por el contrario, examinó con atención la cara del anciano—. No has descansado lo suficiente —lo acusó.

—¿Cómo quieres que descanses con lo que está ocurriendo? —Y volvió a hacer un gesto airado en dirección a la ventana.

—Sólo conseguirás agitarte, padre, y eso es malo para ti. Intenta mantener la compostura.

—Tenemos que estar en Riva para la celebración del Paso de las Eras, Pol.

—Sí, padre, lo sé. ¿Has tomado tu jarabe?

—No hay forma de hablar con ella —dijo el viejo dirigiéndose a Garion—. Tú eres testigo, ¿verdad?

—No puedes esperar que te conteste a una pregunta como ésta, ¿no es cierto, abuelo? No con ella aquí presente.

Belgarath lo miró con expresión ceñuda.

—Traidor —murmuró con furia.

Sin embargo, la preocupación del anciano era infundada. Cuatro días antes de la celebración de las Eras, el conocido barco del capitán Gredik apareció en el puerto bajo una tremenda tormenta de aguanieve. Los mástiles y malecones estaban cubiertos de hielo y la vela mayor tenía un tajo en el centro.

Cuando el barbudo marinero llegó al palacio, fue conducido a la habitación donde Belgarath aguardaba junto al capitán —ahora coronel— Brendig, el solemne baronet que los había rescatado en Camaar muchos meses antes. La ascensión de Brendig había sido muy rápida y ahora estaba, junto con el conde de Seline, entre los consejeros de confianza del rey Fulrach.

—Me ha enviado Anheg —informó Gredik con tono lacónico—. Él está esperando en Riva con Rhodar y Brand. Se preguntaba qué os habría demorado tanto.

—No he podido encontrar ningún capitán que quisiera llevarnos con esta tormenta —respondió disgustado Belgarath.

—Pues aquí estoy yo —le dijo Gredik—. Tengo que reparar la vela mayor, pero eso no llevará mucho tiempo. Estaremos listos para zarpar por la mañana. ¿Hay algo de beber por aquí?

—¿Cómo está el tiempo allí fuera? —preguntó Belgarath.

—Un poco agitado —admitió Gredik, y se encogió de hombros con indiferencia. Miró a través de la ventana a las verdes y espumosas olas de más de tres metros que rompían contra los muelles de piedra del puerto—. Una vez que pasas el rompeolas, la cosa no está tan mal.

—Entonces saldremos por la mañana —decidió Belgarath—. Seremos unos veinte pasajeros, ¿habrá sitio?

—Lo haremos —dijo Gredik—. Espero que esta vez no se te ocurra llevar los caballos. Después del último viaje, me pasé una semana limpiando la sentina.

—Sólo uno —respondió Belgarath—. Un potrillo que se ha hecho muy amigo de Garion. No creo que ensucie mucho. ¿Necesitas algo?

—Me vendría bien una copa —respondió esperanzado Gredik.

A la mañana siguiente, la reina de Sendaria tuvo un ataque de nervios. Cuando descubrió que también ella tendría que ir a Riva, la reina Layla se derrumbó. La regordeta esposa del rey Fulrach tenía pánico a los viajes en barco... incluso cuando el tiempo era óptimo, y la sola visión de un barco la hacía temblar. Cuando Polgara le informó que debía ir con ellos a Riva, la reina Layla no pudo resistirlo.

—Todo irá bien, Layla —repetía Polgara una y otra vez, en su intento por calmar a la desesperada reina—. No permitiré que te suceda nada malo.

— Nos hundiremos todos como ratas —gimió con horror la reina Layla—. ¡Igual que ratas! ¡Oh, mis pobres hijos huérfanos!

—Bueno, ¡para de una vez! —la riñó Polgara.

—Los monstruos marinos nos devorarán —continuó la reina con tono morboso—, y triturarán nuestros huesos con sus horribles dientes.

—No hay ningún monstruo en el mar de los Vientos, Layla —dijo Polgara con paciencia—. Tenemos que ir. Debemos estar en Riva para la celebración del Paso de las Eras.

—¿No podrías decirles que estoy enferma o que estoy moribunda? —suplicó la reina—. Si es necesario me moriré de verdad. Con franqueza, Polgara, prefiero morir aquí y ahora antes que meterme en ese horrible barco. ¡Por favor!

—Te estás comportando como una tonta, Layla —la reprendió Polgara con firmeza—. No tienes alternativa, ninguno la tenemos. Tú, Fulrach, Seline y Brendig

tendrán que venir a Riva con nosotros. La decisión fue tomada mucho antes de que tú nacieras; así que ahora déjate de tonterías y comienza a preparar el equipaje.

—¡No puedo! —dijo la reina entre sollozos y se arrojó a un sillón.

Polgara miró a la aterrorizada reina con expresión comprensiva, pero cuando por fin habló, en su voz no había indicios de esa comprensión.

—¡Levántate, Layla! —le ordenó con firmeza—. Ponte de pie y ve a preparar tu ropa. Vas a ir a Riva, incluso si debo arrastrarte hasta el barco y tenerte atada al mástil hasta que lleguemos allí.

—¡Serías incapaz de hacerme eso! —gimió boquiabierta la reina, saliendo de su ataque de histeria como si acabaran de tirarle un cubo de agua fría—. Tú nunca me harías algo así, Polgara.

—¿Que no? —respondió Polgara—. Creo que será mejor que empieces a preparar tus cosas, Layla.

—Vomitare durante todo el camino —prometió ella y se levantó con esfuerzo del sillón.

—Si eso te hace feliz, querida... —dijo Polgara con dulzura y le hizo una tierna caricia en la mejilla.

La travesía de Senda a Riva duró dos días. Navegaban empujados por un viento feroz, con la vela reparada extendida sobre el botalón, mientras las olas tempestuosas helaban todo lo que salpicaban.

La cabina estaba atestada de gente, y Garion prefería quedarse en cubierta, aunque allí tuviera que protegerse del viento y de los pisotones de los marineros. Por fin, como era inevitable, acabó resguardándose en la proa. Abstraído en sus pensamientos, se sentó con la espalda apoyada en el malecón y la capa azul con capucha bien arropada. El barco se balanceaba, se sacudía en la tempestuosa marejada y a menudo chocaba con enormes olas negras que salpicaban en todas las direcciones. El mar a su alrededor estaba cubierto de palomillas bajo un cielo gris y amenazador.

Los pensamientos de Garion eran casi tan sombríos como el clima. Durante los últimos quince meses había estado tan ocupado en la búsqueda del Orbe que no había tenido tiempo de pensar en su futuro. Ahora que la misión llegaba a su fin, el joven se preguntaba qué ocurriría una vez fuera devuelto el Orbe al palacio del rey de Riva. Ya no habría ninguna razón para que sus amigos siguieran juntos. Barak regresaría a Val Alorn; Seda sin duda encontraría más interesante algún otro lugar del mundo; Hettar, Mandorallen y Relg volverían a casa, e incluso Ce'Nedra, una vez acabada la ceremonia en la sala del trono, tendría que volver a Tol Honeth. La aventura casi había concluido y todos volverían a sus vidas de siempre. Prometerían encontrarse algún día, y quizá sus intenciones fueran sinceras; pero Garion sabía que una vez se separaran, nunca volverían a verse.

También se preguntaba por su propia vida. Después de su visita a la hacienda de Faldor había comprendido que aquella puerta se había cerrado para él, si es que alguna vez había estado abierta. Los fragmentos aislados de información que había logrado reunir en aquel último año sugerían con bastante claridad que no sería dueño de elegir su propia vida durante mucho tiempo.

«*Supongo que no tendrás intenciones de decirme lo que debo hacer*», dijo aunque en realidad no esperaba ninguna respuesta satisfactoria de la voz que habitaba en su interior.

«*Sería un poco prematuro*», respondió la voz seca de su mente.

«*Mañana llegaremos a Riva —señaló Garion—, y en cuanto devolvamos el Orbe al lugar que le corresponde, esta parte de la aventura habrá terminado. ¿No crees que ya es hora de que me des alguna pista.*»

«*No quisiera estropearle las cosas.*»

«*¿Sabes? A veces creo que guardas secretos porque sabes que eso irrita a la gente.*»

«*¡Qué idea tan interesante!*»

Después de aquello la conversación no condujo a ninguna parte.

Aproximadamente al mediodía de la víspera de la celebración del Paso de las Eras, el barco cubierto de hielo de Gredlik entró pesadamente al puerto cubierto de la ciudad

de Riva, en la costa este de la isla de los Vientos. Un promontorio de roca erosionado por el viento protegía la joya del puerto y la ciudad misma. Garion advirtió enseguida que Riva era una ciudad fortificada. Detrás de los muelles se alzaban las altas y gruesas murallas; y la ribera de grava cubierta de nieve que se extendía a ambos lados de los muelles, tampoco tenía acceso a la ciudad. La costa estaba salpicada de edificaciones provisionales y multicolores tiendas bajas, apiñadas contra las murallas semienterradas en la nieve. A Garion le pareció reconocer algunos mercaderes tolnedranos y unos pocos drasnianos que se movían a toda prisa por el pequeño poblado en medio de un viento feroz.

La ciudad se alzaba de forma abrupta sobre una empinada cuesta, con edificios de piedra gris dispuestos unos sobre otros en hileras cada vez más altas. Las ventanas que daban al puerto eran muy pequeñas y altas y Garion descubrió enseguida la función táctica de aquella arquitectura. La ciudad elevada se levantaba como una serie de barreras sucesivas, de modo que conseguir derribar las puertas de la ciudad no habría significado prácticamente nada. Cada crujía de casas resultaba tan impenetrable como la muralla exterior. En lo más alto, coronando toda la ciudad, se alzaba el fuerte más importante, con sus torres y almenas tan grises como el resto de los edificios de la sombría ciudad. Los estandartes azules y blancos de Riva, con la imagen de la espada, resaltaban sobre el fondo de nubes grises que se deslizaban sobre el cielo invernal.

El rey Anheg de Cherek, cubierto de pieles, y Brand, el Guardián de Riva, con capa gris, aguardaban frente a las puertas de la ciudad, mientras los marineros de Gredlik remaban en dirección al muelle. Tras ellos estaba Lelldorin de Wildantor, con su cabello pelirrojo sobre los hombros cubiertos por una capa verde. El joven asturio aguardaba con una amplia sonrisa. Garion miró con incredulidad a su amigo y luego, con un grito de alegría, saltó encima de la baranda sobre el muelle de piedra. Él y Lelldorin se estrecharon en un fuerte abrazo entre risas y mutuas palmadas en los hombros.

—¿Estás bien? —le preguntó Garion—. Me refiero a si ya te has recuperado por completo.

—Estoy tan fuerte como siempre —le aseguró Lelldorin con una carcajada.

—Dirías eso aunque te estuvieras desangrando, Lelldorin —observó Garion con expresión de desconfianza.

—No, de verdad estoy bien —protestó el asturio—. La joven hermana del barón Oltorain logró extraer el veneno del algoth de mis venas con cataplasmas y horribles pócimas y me devolvió la salud. ¡Es una chica maravillosa! —exclamó con los ojos brillantes.

—¿Qué haces en Riva? —le preguntó Garion.

—La semana pasada me llegó un mensaje de lady Polgara —explicó Lelldorin—. Yo todavía estaba en el castillo del barón de Oltorain. —Carraspeó un tanto incómodo—. Con una excusa u otra había estado aplazando mi partida; pero cuando me llegaron las órdenes de Polgara de acudir a Riva, he venido enseguida hacia aquí. Supuse que ya sabrías lo del mensaje.

—Es la primera noticia que tengo —dijo Garion y miró hacia tía Pol, que bajaba del barco seguida por las reinas Silar y Layla.

—¿Dónde está Rhodar? —le preguntaba el rey Cho-Hag al rey Anheg.

—Se quedó en la Ciudadela —respondió Anheg—. En realidad no hay necesidad de que mueva su enorme bargota más de lo estrictamente necesario.

—¿Cómo está? —preguntó el rey Fulrach.

—Me parece que ha perdido algo de peso —respondió Anheg—. La proximidad de la paternidad parece haber calmado su apetito.

—¿Cuándo nacerá el niño? —preguntó la reina Layla con curiosidad.

—No podría decírtelo, Layla —respondió el rey cherek—. Me cuesta recordar detalles como ésos. Sin embargo, Porenn tuvo que quedarse en Boktor, así que supongo que su embarazo estará muy avanzado. Pero Isleña está aquí.

—Necesito hablar contigo, Garion —dijo Lelldorin con nerviosismo.

—Por supuesto —respondió Garion y condujo a su amigo varios metros más allá del desembarcadero cubierto de nieve y atestado de gente.

—Temo que lady Polgara vaya a enfadarse conmigo, Garion —dijo Lelldorin en voz baja.

—¿Por qué? —preguntó Garion con desconfianza.

—Bien... —titubeó Lelldorin—, algunas cosas salieron mal en el camino... o algo así.

—¿A qué te refieres?

—Yo estaba en el castillo de Oltoram —comenzó Lelldorin.

—Eso ya lo sé.

—Ariana..., bueno, lady Ariana, la hermana del barón Oltorain...

—¿La joven mimbrana que te curó?

—¿La recuerdas? —Lelldorin parecía muy complacido de que lo hiciera—. ¿Recuerdas qué encantadora era, qué...?

—Creo que nos estamos desviando del asunto, Lelldorin —dijo Garion con firmeza—. Estábamos hablando de por qué tía Pol iba a enfadarse contigo.

—A eso iba, Garion. Bien, en pocas palabras... Ariana y yo nos hemos hecho..., bueno, amigos.

—Ya veo.

—Nada malo, ¿sabes? —se apresuró a remarcar Lelldorin—. Pero nuestra amistad era tan grande que... no queríamos estar separados. —El joven asturio lo miraba como si suplicara su comprensión—. La verdad es que iba más allá de no querer estar separados —continuó—. Ariana me dijo que moriría si yo la dejaba.

—Lo más probable es que estuviera exagerando.

—Pero ¿cómo podía arriesgarme? —protestó Lelldorin—. Las mujeres son mucho más ágiles que nosotros... y además, Ariana es médico, ella sabría si estaba a punto de morir, ¿no crees?

—No cabe duda —suspiró Garion—. ¿Por qué no vas directamente al grano, Lelldorin? Creo que ya estoy preparado para lo peor.

—No fue mi intención hacer nada malo —afirmó Lelldorin con firmeza.

—Por supuesto que no.

—Bueno, una noche, muy tarde, Ariana y yo salimos del castillo. Conocía al caballero que estaba de guardia en el puente, así que le di un golpe en la cabeza porque no quería hacerle daño. —Garion parpadeó—. Sabía que intentaría detenernos por una cuestión de honor —explicó Lelldorin—, y como no quería matarlo, lo golpeé en la cabeza.

—Eso parece tener sentido —dijo Garion con poca convicción.

—Ariana está casi segura de que no morirá.

—¿De que no morirá?.

—Creo que lo golpeé un poco fuerte.

Los demás habían terminado de desembarcar y se preparaban para seguir a Brand y al rey Anheg por las empinadas escaleras cubiertas de nieve que conducían a la parte alta de la ciudad.

—Y por eso crees que tía Pol se enfadará contigo —dijo Garion mientras él y Lelldorin seguían a los demás.

—Bueno, ésta no es toda la historia —admitió Lelldorin—. Han ocurrido algunas cosas más.

—¿Como cuáles?

—Bien..., nos persiguieron... durante un rato... y yo tuve que matar algunos caballos.

—Entiendo.

—Apunté a propósito a los caballos y no a los hombres. No fue culpa mía si el barón Oltorain no pudo sacar el pie del estribo, ¿verdad?

—¿Fueron heridas graves? —preguntó Garion, ya casi resignado.

—No, nada serio... al menos eso creo. Tal vez una pierna rota..., la misma que se rompió cuando Mandorallen lo tiró del caballo.

—Continúa —dijo Garion.

—Pero el sacerdote se lo buscó —afirmó Lelldorin con vehemencia.

—¿Qué sacerdote?

—El sacerdote de una pequeña capilla de Chaldan, que no nos quiso casar porque Ariana no tenía un documento con el consentimiento de su familia. Su actitud era insultante.

—¿Le rompiste algo?

—Sólo unos pocos dientes... y además dejé de golpearlo en cuanto accedió a realizar la ceremonia.

—¿Así que estás casado? ¡Enhorabuena! Estoy seguro de que seréis muy felices... en cuanto os permitan salir de prisión.

—Es sólo un matrimonio de palabra, Garion —dijo Lelldorin irguiéndose con dignidad—. Soy incapaz de aprovecharme de las circunstancias. Pensamos que si la gente se enteraba de que viajábamos juntos, la reputación de Ariana podría verse afectada. El matrimonio fue sólo para cubrir las apariencias.

Mientras Lelldorin describía su accidentado viaje a lo largo de Arendia, Garion miró con curiosidad la ciudad de Riva. Las calles cubiertas de nieve tenían un aspecto monótono y melancólico. Los edificios eran todos muy altos y de un color gris uniforme. Las escasas ramas verdes, coronas y banderas de vivos colores colocadas para celebrar la festividad del Paso de las Eras parecían acentuar el aire siniestro de la ciudad. Sin embargo, desde las cocinas de las casas llegaban los agradables aromas de los banquetes que las mujeres de Riva preparaban para la ocasión.

—¿Es eso todo? —le preguntó Garion a su amigo—. Has secuestrado a la hermana del barón Oltorain, te has casado con ella sin el consentimiento de su hermano, le has roto la pierna a éste y has atacado a varios de sus hombres... además de a un sacerdote. ¿Es todo?

—Bueno, no exactamente —dijo Lelldorin con una expresión algo triste.

—¿Aún hay más?

—Yo no quería herir a Torasin.

—¿Tu primo?

Lelldorin asintió muy serio.

—Ariana y yo nos refugiamos en la casa del tío Reldegm, y Torasin hizo algunos comentarios sobre Ariana. Después de todo ella es mimbrana y mi primo es muy

prejuicioso. Reconozco que teniendo en cuenta las circunstancias, mis protestas fueron bastante temperamentales, pero después que lo arrojé por las escaleras, él no quiso admitir otro arreglo que no fuera un duelo.

—¿Lo has matado? —preguntó horrorizado Garion.

—¡Claro que no! Todo lo que he hecho ha sido atravesarle la pierna con la espada... sólo un poquito.

—¿Cómo se puede atravesar a alguien con la espada sólo un poquito, Lelldorin? —preguntó Garion con exasperación.

—Te he decepcionado, ¿verdad, Garion? —preguntó el joven asturio al borde de las lágrimas.

Garion miró hacia arriba y se rindió.

—No, Lelldorin, no estoy decepcionado, sólo un poco asombrado. ¿Hay algo más que hayas olvidado decirme?

—Bueno, he oído decir que en Arendia me consideran una especie de criminal.

—¿Una especie?

—El rey ha puesto precio a mi cabeza —admitió Lelldorin —; al menos eso creo.

Garion no pudo contenerse y comenzó a reír a carcajadas.

—Un verdadero amigo no se reiría de mis desgracias —se quejó el joven, ofendido.

—¿Te las has ingeniado para meterte en todos esos problemas en apenas una semana?

—En realidad no fue culpa mía, Garion. Las cosas se me escaparon de las manos, eso es todo. ¿Crees que Polgara se enfadará?

—Yo hablaré con ella —aseguro Garion a su impulsivo amigo—. Tal vez ella y Mandorallen puedan hablar con el rey Korodullin y convencerlo de que te perdone.

—¿Es cierto que Mandorallen destruyó al murgo Nachak y a sus hombres en la sala del trono de Vo Mimbres? —preguntó Lelldorin de repente.

—Creo que la historia te ha llegado un poco distorsionada —respondió Garion—. Yo denuncié a Nachak y Mandorallen se ofreció a pelear para demostrar que lo que yo decía era verdad. Entonces los hombres de Nachak atacaron a Mandorallen e intervinieron Barak y Hettar. En realidad fue Hettar quien mató a Nachak. Al menos conseguimos que ni tu nombre ni el de Torasin fueran relacionados con él.

—Eres un verdadero amigo, Garion.

—¿Aquí? —decía Barak—. ¿Qué está haciendo aquí?

—Ha venido conmigo y con Islena —respondió el rey Anheg.

—¿Y ha traído al...?

—Tu hijo está con ella... y tus hijas también. El nacimiento del niño parece haberla ablandado un poco.

—¿Qué aspecto tiene? —preguntó Barak con ansiedad.

—Es un crío enorme y de fuerte pelo rojo —rió Anheg—. Cuando llora puedes oírlo a un kilómetro de distancia.

Barak esbozó una sonrisa tonta.

Cuando llegaron a lo alto de las escaleras y salieron a la plaza que estaba frente al palacio, dos niñas pequeñas con capas verdes los aguardaban con impaciencia. Las dos tenían largas trenzas de color rubio rojizo y parecían apenas un poco mayores que Misión.

—¡Papaíto! —gritó la más pequeña de las dos y corrió hacia Barak.

El hombretón la estrechó entre sus brazos y le dio un sonoro beso. La segunda niña, un año mayor que su hermana, se acercó con actitud digna, pero su padre también la cogió en brazos.

—Mis hijas —las presentó Barak—. Esta es Gundreg. —Le hizo cosquillas en la mejilla con su enorme barba roja y la niña rió—. Y ésta es la pequeña Terzie —agregó con una sonrisa señalando a la más pequeña.

—Tenemos un hermanito pequeño, papá —le informó con seriedad la mayor de las niñas.

—¡Qué increíble! —respondió Barak, fingiendo asombro.

—¡Ya lo sabías! —lo acusó Gundreg—. Queríamos decírtelo nosotras —protestó con un puchero.

—Su nombre es Unrak y es pelirrojo... igual que tú —anunció Terzie—, pero todavía no tiene barba.

—Supongo que eso llegará con el tiempo —le respondió Barak.

—Chilla mucho —informó Gundreg—, y no tiene ningún diente.

En ese momento se abrió la enorme puerta de la ciudadela rivana y apareció la reina Islena con una capa roja, acompañada por una encantadora muchacha arendiana y por Merel, la esposa de Barak. Merel estaba toda vestida de verde y llevaba un pequeño bulto cubierto de mantas entre sus brazos. Tenía una expresión de orgullo.

—Salud, Barak, conde de Trelheim y marido mío —dijo con gran solemnidad—. He cumplido con mi deber más importante —continuó y extendió los brazos—. Contempla a tu hijo Unrak, heredero de Trelheim.

Barak dejó a las niñas en el suelo con suavidad y luego cogió al niño. Su cara mostraba una extraña expresión. Con mucho cuidado, sus enormes dedos abrieron la manta y el hombretón miró por primera vez la cara de su hijo. Garion sólo alcanzó a ver el cabello rojo del niño, del mismo color que el de Barak.

—Salud, Unrak, heredero de Trelheim e hijo mío —saludó Barak al pequeño con su potente voz y le besó las manos. El bebé rió, pues la barba de su padre le hacía cosquillas en la cara. Alzó sus pequeñas manitas, cogió la barba de Barak y escondió la cara tras ella como si fuera un cachorrito—. Tiene mucha fuerza —le dijo Barak a su esposa con un guiño mientras el bebé seguía tirando de su barba. Los ojos de Merel estaban llenos de asombro, pero su expresión era impenetrable—. Este es mi hijo Unrak —anunció Barak a los demás y alzó el bebé para que todos pudieran verlo—. Tal vez sea un poco pronto para asegurarlo, pero el pequeño promete.

La esposa de Barak se irguió llena de orgullo.

—¿Entonces he hecho bien, mi señor?

—Has superado todas mis expectativas, Merel —le dijo y sosteniendo al bebé en un brazo, la acercó con el otro y la besó con pasión.

Ella parecía aún más asombrada que antes.

—Será mejor que entremos —dijo el corpulento rey Anheg—. Aquí fuera hace mucho frío y como soy un hombre sentimental, preferiría que las lágrimas no se me congelaran en la barba.

Cuando estaban entrando en el fuerte, la joven arendiana se acercó a Lelldorin y Garion.

—Y ésta es mi Ariana —dijo Lelldorin con expresión de absoluta adoración.

Por un instante —sólo por un instante— Garion vislumbró un atisbo de esperanza para su amigo Lelldorin. Lady Ariana era una delgada joven mimbrana de aspecto cuidado y sus estudios de medicina le conferían cierto aire de seriedad. Pero la forma en que ella contempló a Lelldorin hizo que esa esperanza se desvaneciera. Garion no

pudo evitar un temblor ante la total falta de sensatez de la mirada que intercambiaron. Ariana no detendría a Lelldorin cuando éste se arrojara de cabeza de desastre en desastre; por el contrario, lo alentaría, le brindaría su apoyo.

—Mi señor ha esperado vuestro regreso con ansiedad —le dijo ella a Garion mientras seguían a los demás a lo largo del amplio pasillo de piedra.

Su forma de acentuar las palabras «mi señor» le indicó a Garion que aunque Lelldorin pensara que su matrimonio era sólo formal, ella no creía lo mismo.

—Somos muy buenos amigos —le dijo Garion y desvió la vista, un poco incómodo por la forma en que aquellos dos continuaban mirándose—. ¿Es éste el palacio del rey de Riva? —preguntó.

—Suelen llamarlo así —respondió Ariana—. Sin embargo los rivanos hablan con mayor precisión. Lord Olban, el hijo menor del Guardián de Riva, ha tenido la amabilidad de mostrarnos el fuerte y él lo llama la ciudadela. El palacio del rey rivano es la misma sala del trono.

—¡Ah! Ya veo —dijo Garion y volvió a desviar la vista, incapaz de contemplar cómo sus ojos perdían toda sensatez al volver a encontrarse con los de Lelldorin.

El rey Rhodar de Drasnia, con su característica túnica roja, estaba sentado en el gran comedor de techo bajo donde el fuego ardía en un hogar similar a una cueva mientras infinidad de velas alumbraban el lugar con su luz cálida y dorada. Rhodar llenaba con creces la silla colocada en la cabecera de la mesa y tenía un montón de restos de comida delante. Su corona colgaba como al descuido del respaldo de la silla y su cara redonda y roja brillaba, empapada de sudor.

—¡Por fin! —gruñó, y se volvió pesadamente para saludarlos. Abrazó con cariño a Polgara, besó a las reinas Silar y Layla y estrechó las manos de los reyes Cho-Hag y Fulrach—. Hacía mucho tiempo que no nos veíamos —les dijo y se giró hacia Belgarath—. ¿Por qué has tardado tanto? —preguntó.

—Ha sido un viaje muy largo, Rhodar —respondió el viejo hechicero mientras se quitaba la capa y se volvía de espaldas al enorme hogar—. Es imposible ir de aquí a Rak Cthol en una semana, ya lo sabes.

—Me han dicho que tú y Ctuchik por fin os enfrentasteis —dijo el rey.

—Fue una reunión encantadora, tío —rió Seda con sarcasmo.

—Lamento habérmela perdido. —El rey Rhodar contempló a Ce'Nedra y a Adara con expresión de asombro, pero con evidente admiración—. Señoras —dijo e hizo una cortés reverencia—, si alguien nos presenta, estaré encantado de regalar unos pocos besos reales.

—Si Porenn te coge besando chicas guapas, te sacará las tripas, Rhodar —rió con brutalidad el rey Anheg.

Mientras tía Pol hacía las presentaciones, Garion se apartó a reflexionar sobre los problemas que Lelldorin había creado en apenas una semana. Iba a llevar meses deshacer aquel lío, y aun así no habría garantías de que no volviera a repetirse; de hecho sucedería cada vez que el joven se quedara solo.

—¿Qué le ocurre a tu amigo? —le preguntó la princesa Ce'Nedra tras darle un tirón en la manga.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué pasa con él?

—¿Quieres decir que siempre es así?

—Lelldorin... —titubeó Garion—. Bueno, es muy impulsivo y a veces actúa o habla sin detenerse a pensar —explicó, pues la lealtad para con su amigo lo obligaba a ver las cosas desde el punto de vista positivo.

—Garion. —Ce'Nedra lo miró directamente a los ojos—. Conozco a su pueblo y él es el arrendiano más arrendiano que he visto en mi vida. Tanto, que parece enfermo.

—No es tan terrible —protestó Garion saliendo en defensa de su amigo.

—¿De veras? Y Lady Ariana es una muchacha encantadora, un buen médico... sin el menor ápice de sensatez.

—Están enamorados —dijo Garion como si eso lo explicara todo.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—El amor afecta a la gente —afirmó Garion—. Parece sorberles el seso... o algo así.

—¡Qué observación tan fascinante! —respondió Ce'Nedra—. Continúa.

Garion estaba demasiado preocupado con el problema como para captar la advertencia de peligro en la voz de la princesa.

—En cuanto una persona se enamora, sus sesos parecen escapársele por las orejas —continuó disgustado.

—¡Qué forma tan gráfica de expresarlo! —exclamó Ce'Nedra.

Garion tampoco captó esa advertencia.

—Es casi como si fuera una enfermedad —añadió.

—¿Sabes una cosa, Garion? —dijo la princesa en tono normal, casi casual—. A veces me sacas de mis casillas. —Y se alejó, dejando al joven boquiabierto de asombro.

—¿Qué he dicho? —gritó tras ella, pero la joven lo ignoró.

Después de cenar, el rey Rhodar se dirigió a Belgarath:

—¿Crees que podríamos echarle un vistazo al Orbe? —preguntó.

—Mañana —respondió el anciano—. Lo mostraremos cuando vuelva al sitio que le corresponde en la sala del trono rivano, a mediodía.

—Todos lo hemos visto antes, Belgarath —afirmó el rey Anheg—. ¿Qué inconveniente hay para que volvamos a verlo ahora?

Belgarath meneó la cabeza con terquedad.

—Hay razones para que no lo hagáis, Anheg. Creo que mañana el Orbe os asombrará y no quisiera estropearle la sorpresa a nadie.

—¡Deténlo, Durnik! —exclamó Polgara al ver que Misión se bajaba de su silla y se dirigía hacia el rey Rhodar mientras intentaba abrir los nudos de su bolsa.

—¡Oh, no, pequeño! —dijo Durnik; cogió al pequeño y lo alzó en brazos.

—¡Qué niño tan hermoso! —observó la reina Islena—, ¿Quién es?

—Es nuestro ladrón —respondió Belgarath—. Zedar lo encontró en algún sitio y lo crió en la inocencia absoluta. Por el momento parece ser el único en el mundo que puede tocar el Orbe.

—¿Está en esa bolsa? —preguntó Anheg.

Belgarath asintió.

—Nos ha hecho pasar muchos nervios en el camino, pues no deja de ofrecerle el Orbe a la gente. Así que si os quiere dar algo, no lo cojáis.

—Jamás se me ocurriría hacerlo —asintió Anheg.

Como sucedía siempre, una vez que alguien distraía la atención de Misión, éste parecía olvidar el Orbe. Su mirada estaba fija en el bebé que Barak tenía en brazos, y en cuanto Durnik lo dejó en el suelo se acercó a él. Unrak le devolvió la mirada y dio la impresión de que intercambiaban una expresión de reconocimiento. Entonces Misión besó con ternura al bebé y Unrak, risueño, cogió el dedo del extraño niño. Luego se acercaron Gundreg y Terzie, y Barak alzó su enorme cara en medio del jardín de niños que se apiñaba a su alrededor. El hombretón miró a su esposa Merel y Garion

distinguió con claridad las lágrimas que se asomaban a los ojos de su amigo. Ella le devolvió la mirada con una peculiar expresión de ternura, y si Garion no recordaba mal, le sonrió por primera vez.

Aquella noche una súbita y feroz tormenta rugió desde el noroeste y se apoderó del firme peñasco de la isla de los Vientos. Enormes olas rompían con furia contra los acantilados y un furioso ventarrón bramaba entre las antiguas almenas de la resistente ciudadela. Las sólidas rocas del fuerte parecían temblar mientras la tormenta devastadora azotaba sus muros una y otra vez.

Garion se despertó varias veces. No sólo tenía que soportar el rugido del viento y el golpeteo del aguanieve sobre las ventanas cerradas y las ráfagas de aire que corrían por los pasillos y golpeaban las puertas, sino también esos otros extraños momentos en que el opresivo silencio resultaba casi tan terrible como el ruido. Algo enorme, monumental e inexplicable estaba a punto de ocurrir y él tenía que hacer infinidad de pequeñas cosas antes de que sucediera. No sabía por qué y nadie le decía si lo hacía bien o mal; pero daba la impresión de que existía una tremenda prisa y la gente lo apremiaba para que pasara de una cosa a otra sin darle tiempo para asegurarse de que había acabado con algo.

Incluso la tormenta parecía participar de aquello... como un poderoso enemigo que intentaba hacerle perder la concentración en su tarea con el ruido, el viento o las olas.

—¿Estás listo? —decía tía Pol y le colocaba un cacharro de cocina con una gran asa sobre la cabeza, como si fuera un casco, y luego le entregaba una tapa de olla como escudo y una cuchara de madera para que hiciera las veces de espada.

—¿Qué se supone que debo hacer? —preguntaba él.

—Ya lo sabes —respondía ella—. Date prisa, se está haciendo tarde.

—No, tía Pol, no lo sé... de verdad.

—Claro que lo sabes. Ahora deja de perder el tiempo.

Él miraba a su alrededor, lleno de miedo y confusión. No muy lejos estaba Rundorig, con su característica expresión estúpida en la cara. Él también tenía un perol en la cabeza, la tapa de una olla como escudo y una espada de madera. Por lo visto él y Rundorig tenían que hacer aquello juntos. Garion sonrió a su amigo y éste le devolvió la sonrisa.

—Muy bien —decía tía Pol con tono alentador—. Ahora mávalo. ¡Deprisa, Garion! Tienes que haber terminado para la hora de la cena.

Garion se volvía a mirarlo. ¿Matar a Rundorig? Pero cuando se daba la vuelta otra vez, el que estaba allí no era Rundorig, sino una cara horrible y tullida que lo miraba desde abajo del perol.

—No, no —decía Barak con tono de impaciencia—. No la cojas así, sostenla con las dos manos y apunta al pecho. Mantén la punta baja de modo que cuando él ataque no desvíe la lanza con sus colmillos. Ahora otra vez, e intenta hacerlo bien. Deprisa, Garion. No tenemos todo el día. —El enorme hombretón golpeaba con el pie el jabalí muerto y éste se levantaba y comenzaba a escarbar la nieve. Barak miraba a Garion—. ¿Estás listo? —le preguntaba.

Entonces aparecía de pie en medio de una llanura extraña, descolorida, rodeado de estatuas. No, no eran estatuas, sino figuras. El rey Anheg estaba allí —o más bien una figura que tenía su aspecto—, el rey Korodullin, la reina Islena, el conde de Jarvik y más allá estaba también Nachak, el embajador de los murgos en Vo Mímbré.

«¿Qué pieza quieres mover?», decía la voz seca de su mente.

«No conozco las reglas», objetaba Garion.

«Eso no importa, es tu turno y tienes que mover.»

Cuando Garion se volvía, descubrió que una de las figuras iba hacia él. Llevaba una túnica con capucha y sus ojos desorbitados reflejaban una expresión de locura. Sin detenerse a pensarlo, Garion levantaba la mano para protegerse del ataque de la figura.

«¿Es ése el movimiento que quieres hacer?», decía la voz.

«No lo sé.»

«Es demasiado tarde para cambiarlo, ya lo has hecho. De ahora en adelante tendrás que decidir tus propios movimientos.»

«¿Es una de las reglas?»

«Así es. ¿Estás listo?»

Había un aroma a tierra y a robles viejos.

—Debes aprender a controlar la lengua, Polgara —decía Asharak con una ligera sonrisa y le pegaba una brutal bofetada a tía Pol.

«Es tu turno otra vez —decía la voz—. Sólo tienes una opción.»

«¿Tengo que hacerlo? ¿No hay forma de evitarlo?»

«Es el único movimiento posible. Será mejor que te des prisa.»

Con un profundo suspiro de pesar, Garion extendió el brazo e hizo arder a Asharak con la palma de su mano.

Una súbita ráfaga de viento abrió con estrépito la puerta de la habitación que Garion compartía con Lelldorin y los dos jóvenes se sentaron en la cama sobresaltados.

—La cerraré otra vez —dijo Lelldorin; levantó las mantas y caminó con paso incierto sobre el frío suelo de piedra.

—¿Cuánto tiempo durará la tormenta? —preguntó Garion con mal humor—. ¿Cómo vamos a poder dormir con todo este ruido?

Lelldorin cerró la puerta y Garion notó que se movía en la oscuridad. Luego oyó un sonido áspero y vio un fognazo. La chispa se apagó y Lelldorin volvió a intentarlo, esta vez con éxito. El joven asturio sopló y la llama de la mecha se hizo más brillante, hasta alcanzar el grosor de un dedo.

—¿Tienes idea de qué hora es? —preguntó Garion mientras su amigo encendía la vela.

—Supongo que faltan unas horas para el amanecer —respondió Lelldorin.

—Tengo la impresión de que esta noche ya ha durado diez años —gruñó Garion.

—Podemos hablar un poco —sugirió Lelldorin—. Tal vez la tormenta se calme al amanecer.

—Es mejor hablar que estar echado en la oscuridad saltando cada vez que oímos un ruido —asintió Garion mientras se volvía a sentar en la cama y se cubría los hombros con una manta.

—Te han ocurrido muchas cosas desde la última vez que nos vimos, ¿verdad, Garion? —preguntó Lelldorin mientras volvía a su cama.

—Muchas —respondió Garion—, y no todas buenas.

—Has cambiado —observó Lelldorin.

—Me han cambiado, que es muy distinto. En su mayor parte no fue idea mía. Tú también has cambiado, ¿sabes?

—¿Yo? —Lelldorin rió con tristeza—. Me temo que no, amigo mío. El lío que organicé la semana pasada es señal de que no he cambiado en lo más mínimo.

—No hay duda de que eso habrá que arreglarlo —asintió Garion—. Lo más curioso es que todo este asunto tiene una lógica perversa. En realidad nada de lo que hiciste fue tan malo; el problema es que cuando lo sumas todo parece una verdadera catástrofe.

—Y ahora mi pobre Ariana y yo estamos condenados a un eterno exilio —suspiró Lelldorin.

—Creo que podremos arreglarlo —le aseguró Garion—. Tu tío te perdonará y tal vez también Torasin. Te tiene demasiado aprecio como para seguir enfadado mucho tiempo. El barón Oltorain sin duda estará furioso contigo, pero es un mimbrano y como tal es capaz de perdonar cualquier cosa que se haga por amor. Sin embargo, tendremos que esperar a que su pierna mejore. Eso sí que fue un error, Lelldorin. No deberías haberle roto la pierna.

—La próxima vez intentaré evitarlo —se apresuró a prometer Lelldorin.

—¿La próxima vez?

Entonces ambos rieron y prosiguieron la charla mientras la llama de la vela vacilaba con las ocasionales ráfagas de viento que levantaba la furiosa tormenta. Después de una hora, el viento comenzó a calmarse y ambos jóvenes volvieron a sentir sueño.

—¿Por qué no intentamos dormir otra vez? —sugirió Garion.

—Apagaré la vela —asintió Lelldorin—. ¿Estás listo? —le preguntó.

Garion se durmió casi de inmediato y también de inmediato volvió a oír un murmullo sibilante y un roce álgido y seco.

—¿Estás listo? —siseaba la voz y el joven se volvía para mirar con los ojos llenos de asombro la cara de la reina Salmisra, un rostro que se transformaba de mujer en serpiente una y otra vez pasando por una figura intermedia.

Luego se encontraba en la luminosa cueva abovedada de los dioses y se dirigía sin pensarlo hacia el lomo castaño, liso, del potrillo que había nacido muerto y extendía su mano hacia el vacío absoluto de la muerte.

—¿Estás listo? —le preguntaba Belgarath con calma.

—Eso creo.

—Muy bien. Concentra tu voluntad en ella y empuja.

—Es muy pesada, abuelo.

—No tienes que levantarla, Garion. Límitate a empujar. Si lo haces bien se moverá. Date prisa, tenemos muchas más cosas que hacer.

Garion comenzaba a concentrarse en su voluntad.

Entonces aparecía sentado en una colina, junto a su prima Adara, con una raniita y un manojo de hierba en la mano.

«¿Estás listo?», le preguntaba la voz de su mente.

—¿Tiene algún sentido? —preguntó Garion—. Me refiero a si tiene importancia que lo haga.

—Eso depende de ti y de lo bien que lo hagas.

—Ésa no es una buena respuesta.

—Tampoco ha sido una buena pregunta. Si estás listo, convierte la rama en una flor. Garion lo hacía y observaba la flor con ojo crítico.

—No es una flor muy bonita —se disculpaba.

«Tendremos que conformarnos», dijo la voz.

—Déjame intentarlo otra vez.

—¿Qué vas a hacer con ésta?

—Sólo voy a... —comenzaba y alzaba la mano para hacer desaparecer la flor defectuosa que acababa de crear.

—Eso está prohibido y tú lo sabes.

—Yo la creé, ¿no es cierto?

—Eso no tiene nada que ver. No puedes hacerla desaparecer. Estará bien. Ahora ven conmigo, tenemos que darnos prisa.

—Todavía no estoy preparado.

—Pues muy mal, porque no podemos esperar más.

Entonces Garion se despertó. Se sentía mareado, como si las horas de sueño le hubiesen sentado más mal que bien. Lelldorin aún dormía, así que Garion buscó su ropa en la oscuridad, se vistió y salió de la habitación sin hacer ruido. Mientras recorría los sombríos pasillos de la ciudadela de Puño de Hierro, no podía quitarse de la cabeza los extraños sueños de la noche pasada. Todavía lo angustiaba esa sensación de apremio de que todos esperaban impacientes que hiciera algo.

Encontró un patio barrido por el viento, donde la nieve se apiñaba en los rincones y las piedras negras brillaban cubiertas de escarcha. El alba ya alumbraba y la silueta de las almenas que rodeaban el patio se dibujaban sobre el cielo nuboso.

Del otro lado del patio estaban los establos, cálidos y llenos de la fragancia al heno y a los caballos. Durnik ya estaba allí. Como siempre, el herrero se sentía incómodo en presencia de la nobleza y buscaba la compañía de los animales.

—¿Tú tampoco podías dormir? —le preguntó a Garion cuando lo vio entrar.

—Por alguna razón, dormir sólo me hace sentir peor —dijo Garion y se encogió de hombros—. Siento como si tuviera la cabeza llena de paja.

—Feliz Paso de las Eras, Garion —dijo Durnik.

—Es verdad, es hoy, ¿no es cierto? —Con todas las prisas se había olvidado de la fiesta—. Feliz Paso de las Eras, Durnik.

El potrillo, que dormía en una casilla en la parte trasera del establo, dejó escapar un suave relincho al oler a Ganon y ambos fueron a ver al animalito.

—Feliz Paso de las Eras, caballo —lo saludó Garlón con expresión burlona, y el potrillo le restregó el hocico por la cara—, ¿Crees que la tormenta ya ha amainado por completo? —le preguntó a Durnik mientras acariciaba las orejas del potrillo—. ¿O aún continuará el temporal?

—Huele como si ya hubiera terminado —respondió Durnik—. Sin embargo, es probable que aquí en las islas el aire huelga distinto.

Garion asintió con un gesto, le dio unas palmadas al caballo y se volvió hacia la puerta.

—Será mejor que vaya a buscar a tía Pol —dijo—. Anoche comentó que quería revisar mi ropa, y si tiene que buscarme, me arrepentiré.

—Veo que la edad te está volviendo más sabio —sonrió Durnik—. Si alguien me necesita, estaré aquí.

Garion le dio una breve palmada en el hombro a Durnik y salió del establo en busca de tía Pol.

La encontró en compañía de otras mujeres en el ala que parecía haber sido destinada a su uso particular desde hacía siglos. Allí estaban Adara, Taiba, la reina Layla y Ariana, la joven mimbrana; y en el centro de la habitación, la princesa Ce'Nedra.

—Te has levantado temprano —observó tía Pol.

Estaba haciendo un pequeño arreglo en el vestido beige de Ce'Nedra.

—No podía dormir —explicó Garion, y advirtió con asombro que la princesa tenía un aspecto diferente—. ¿Qué te has hecho en el pelo? —le preguntó.

La resplandeciente melena de la princesa había sido peinada con maestría y recogida dejando al descubierto la frente y las sienes, con una corona de oro en forma de guirnalda de hojas de roble. El resto del cabello estaba trenzado en la nuca y luego caía en una cascada cobriza sobre uno de sus menudos hombros.

—¿Te gusta? —preguntó ella.

—Nunca lo llevas así —observó Garion.

—Eso lo sabemos todos, Garion —respondió con presunción.

Luego se volvió y miró con ojo crítico su propia imagen reflejada en el espejo—. Todavía no estoy convencida con la trenza, Polgara —dijo malhumorada—. Las mujeres tolnedranas no se trenzan el pelo. Así parece una alorn.

—No del todo, Ce'Nedra —murmuró Adara.

—Ya sabes lo que quiero decir, Adara..., todas esas rubias rollizas con trenzas y aspecto de lecheras.

—¿No es demasiado pronto para vestirse? —preguntó Garion—. El abuelo dijo que no íbamos a llevar el Orbe a la sala del trono hasta el mediodía.

—No falta tanto, Garion —dijo tía Pol mientras cortaba un hilo con los dientes y retrocedía para admirar el vestido de Ce' Nedra—. ¿Tú qué opinas, Layla?

—Parece una princesa —dijo la reina con tono efusivo.

—Es una princesa —le recordó tía Pol a la reina bajita y rechoncha. Luego se dirigió hacia Garion—: Desayuna y luego haz que te acompañen a los baños —le ordenó—. Están en el sótano del ala oeste. Después de bañarte, necesitarás un afeitado; pero intenta no cortarte, pues no quiero que manches la ropa de sangre.

—¿Tengo que ponerme todo eso? —Polgara le dirigió una mirada fulminante que sirvió de respuesta a aquella pregunta y a unas cuantas más que ya no se atrevió a formular—. Voy a buscar a Seda —dijo con rapidez—. Él sabrá dónde están los baños.

—Hazlo —ordenó ella con firmeza—. Y no te pierdas. Quiero que estés listo para cuando llegue el momento.

Garion asintió con un gesto y se marchó. Las palabras de su tía eran como un eco de las del sueño y mientras iba a buscar a Seda, meditó sobre aquella coincidencia.

Seda holgazaneaba en compañía de otros hombres en una gran habitación iluminada por antorchas del ala oeste. Allí estaban también los reyes, Brand, Belgarath y los demás amigos de Garion. Tomaban un desayuno a base de bollos y vino caliente.

—¿Dónde has ido esta mañana? —le preguntó Lelldorin—. Cuando me desperté ya no estabas.

—No podía dormir más —respondió Garion.

—¿Por qué no me has despertado?

—No te iba a fastidiar el sueño sólo porque yo tenía una mala noche.

Garion notó que los demás estaban enfrascados en una discusión y se sentó a esperar una oportunidad para hablar con Seda.

—Creo que en los últimos dos meses nos las hemos ingeniado para molestar bastante a Taur Urgas —decía Barak, repantigado en un sillón y con la cara oculta tras las sombras que proyectaba la antorcha que tenía a su espalda—. Primero Relg se lleva a Seda ante sus mismas narices; luego Belgarath destruye a Ctuchik y provoca un cataclismo en Rak Cthol en el proceso de robar el Orbe; y por último, Cho-Hag y Hettar exterminan gran parte de su ejército cuando viene a perseguirnos. El rey de los murgos ha tenido un mal año. —Las risotadas del hombretón resonaron en la oscuridad.

Por un momento, apenas un instante, a Garion le pareció ver una silueta distinta. La luz vacilante y las sombras movedizas le provocaron una ilusión óptica e hicieron que viera un oso enorme y peludo en el lugar de Barak. Garion se restregó los ojos e intentó despertar del estado de ensoñación que lo había perseguido toda la mañana.

—Aún no entiendo a qué te refieres cuando dices que Relg se sumergió en la piedra para salvar al príncipe Kheldar —observó ceñudo el rey Fulrach—. ¿Quieres decir que puede atravesar la roca?

—No lo comprenderás a menos que lo veas, Fulrach —dijo Belgarath—. Enséñaselo, Relg.

El fanático ulgo miró al anciano y se dirigió hacia la pared de piedra donde había una gran ventana. Seda se volvió de inmediato, tembloroso.

—Todavía no puedo verlo —le dijo a Garion.

—Tía Pol dijo que me indicaras dónde están los baños —murmuró Garion—. Quiere que me bañe y me afeite, y luego sin duda pretenderá que me ponga mis mejores galas.

—Iré contigo —se ofreció Seda—. Estoy convencido de que todos estos caballeros quedarán fascinados con la demostración de Relg y le pedirán que la repita. ¿Qué está haciendo?

—Atravesó la pared con el brazo y ahora los está saludando por la parte de afuera de la ventana —informó Garion.

Seda echó una breve ojeada por encima del hombro, se sobresaltó y desvió la vista con rapidez.

—Hace que se me hiele la sangre —observó con repulsión—. Vamos a bañarnos.

—Yo también voy —dijo Lelldorin y los tres salieron en silencio de la habitación.

Los baños estaban en un sótano con forma de cueva del ala oeste de la ciudadela. Había fuentes termales que surgían burbujeantes de las profundidades de la roca y llenaban las habitaciones azulejadas de vapor y de un ligero aroma a azufre. La estancia estaba iluminada por unas pocas antorchas y atendida sólo por un criado, que les dio toallas sin pronunciar palabra y se perdió entre el vapor para ajustar las válvulas que regulaban la temperatura del agua.

—El agua de la hoya más grande se hace más caliente a medida que te acercas al final —les dijo Seda a Garion y a Lelldorin mientras se desnudaban—. Algunos dicen que hay que entrar hasta donde ya no se pueda soportar el calor, pero yo prefiero quedarme donde la temperatura sea agradable —agregó y se arrojó al agua.

—¿Estás seguro de que aquí estaremos solos? —preguntó Garion con nerviosismo—. No me gustaría que irrumpiera un grupo de mujeres mientras me estoy bañando.

—Los baños de las mujeres están separados —le aseguró Seda—. Los rivanos son muy cuidadosos con estas cosas. No son tan progresistas como los tolnedranos.

—¿Estáis seguros de que bañarse en invierno es bueno para la salud? —preguntó Lelldorin mientras miraba el agua humeante con expresión de desconfianza.

Garion se arrojó a la piscina y se dirigió a toda prisa a la zona donde el agua estaba más caliente. El vapor se hacía más espeso a medida que avanzaba y las dos antorchas colocadas sobre soportes circulares en la pared del fondo se desdibujaban hasta convertirse en un tenue resplandor rojizo. Las paredes azulejadas devolvían los ecos de sus voces y chapoteos con el sonido de las cuevas. El vapor se arremolinaba sobre la superficie del agua y de pronto Garion se halló separado de sus amigos por una brumosa cortina de humo. El agua caliente lo relajaba y le hacía sentir deseos de flotar, semiinconsciente, y dejar escapar todos los recuerdos..., su pasado y su futuro enteros.

Se echó hacia atrás, en un estado de ensoñación, y luego, sin saber por qué, se hundió en el agua oscura y humeante. No sabía bien cuánto tiempo había permanecido flotando, con los ojos cerrados y todos los sentidos aletargados; pero por fin su cabeza emergió a la superficie y se puso en pie, con el cabello empapado goteando sobre los hombros. Aquella inmersión le produjo una extraña sensación de purificación. En ese momento el sol se asomó entre un montón de nubes y un solo rayo penetró a través de las rendijas de la ventana y cayó sobre Garion. El súbito resplandor se difuminó con el vapor y pareció oscilar con un brillo opalescente.

«*Salud, Belgarion* —dijo la voz de su mente—. *Os saludo en la celebración del Paso de las Eras.*»

La voz no tenía su característico tinte sarcástico y su solemnidad le resultó extraña y significativa.

«*Gracias*», respondió Garion con gravedad, y ya no volvieron a hablar.

El vapor ascendía y formaba remolinos a su alrededor mientras él caminaba con esfuerzo hacia las partes más frías de la fuente donde Seda y Lelldorin, ambos sumergidos hasta el cuello, hablaban en voz baja.

Una media hora antes del mediodía, tía Pol envió a buscar a Garion. El joven cruzó un largo pasillo de piedra en dirección a una habitación separada apenas por unos escalones de las enormes puertas talladas que conducían a la sala del trono del rey rivano. Llevaba su mejor jubón y calzas y sus botas de media caña de piel fina tenían un brillo resplandeciente. Tía Pol llevaba una túnica azul brillante con capucha y cinturón. Esta vez el atuendo de Belgarath, también vestido de azul, no estaba arrugado ni sucio. El anciano tenía una expresión muy seria y en su conversación con tía Pol no había lugar para sus características chanzas. Misió, sentado en silencio en un rincón de la pequeña habitación y vestido de lino blanco, miraba a su alrededor con expresión grave.

—Estás muy guapo, Garion —dijo tía Pol y extendió la mano para apartarle el cabello oscuro de la frente.

—¿No deberíamos entrar? —preguntó Garion, pues había visto a varios rivanos de capas grises y otros visitantes con ropas coloridas entrar en la sala.

—Ya lo haremos, Garion —respondió ella—. Todo en su momento. —Se volvió hacia Belgarath—: ¿Cuánto falta?

—Otro cuarto de hora más o menos.

—¿Está todo listo?

—Pregúntale a Garion —le dijo el anciano—. Yo me he ocupado de todo lo que he podido. El resto depende de él.

Entonces tía Pol se volvió hacia Garion con una mirada muy seria y el rizo plateado brillando sobre el fondo oscuro de su cabellera.

—Bien, Garion —le preguntó—. ¿Estás preparado?

El la miró atónito.

—Anoche tuve un sueño muy extraño —dijo—. Todo el mundo me hacía esa misma pregunta una y otra vez. ¿Qué significa, tía Pol? ¿Si estoy listo para qué?

—Eso se aclarará pronto —dijo Belgarath—. Saca tu amuleto. Hoy lo llevarás fuera de la ropa.

—Creí que no debía mostrarlo.

—Hoy es diferente —replicó el anciano—. En realidad hoy es un día distinto a cualquiera de los que he vivido. Y he vivido muchos.

—¿Porque es la celebración del Paso de las Eras?

—En parte sí. — Belgarath rebuscó en el interior de su túnica, sacó su propio medallón de plata y le echó una ojeada—. Está un poco gastado —observó y de repente sonrió—, supongo que yo también lo estoy.

Tía Pol también sacó su amuleto. Ella y Belgarath se acercaron a Garion y los tres se cogieron de las manos.

—Hemos esperado mucho tiempo, Polgara —dijo Belgarath.

—Sí, padre —asintió tía Pol.

—¿Te arrepientes de algo?

—Nada que no pueda superar, viejo Lobo.

—Entonces entremos.

Garion comenzó a andar hacia la puerta.

—Tú no, Garion —le dijo tía Pol—. Espera aquí con Misión, ya entrarás más tarde.

—¿Enviarás a alguien a buscarnos? —preguntó él—. ¿Cómo sabremos cuándo tenemos que entrar?

—Lo sabrás —le respondió Belgarath, y lo dejaron solo con Misión.

—No nos han dado unas instrucciones muy precisas, ¿verdad? —le dijo Garion al pequeño— Espero que no cometamos ningún error.

Misión le prodigó una sonrisa confiada y extendió su manita para que Garion la estrechara. En cuanto lo tocó, la canción del Orbe volvió a llenar su mente, disipando sus dudas y preocupaciones. El joven no hubiera podido precisar cuánto tiempo estuvo allí, con la mano de Misión en la suya, sumido en aquella melodía.

*«Por fin ha llegado, Belgarion.»*

Esta vez la voz parecía llegar del exterior, no ya del interior de su mente, y la expresión en la cara de Misión demostraba que también el pequeño podía oír aquellas palabras.

*«¿Es esto lo que se supone que debo hacer?»*, preguntó Garion.

*«En parte.»*

*«¿Qué están haciendo allí adentro?»*. Garion miró con curiosidad hacia la puerta.

*«Están preparando a la gente para lo que va a ocurrir.»*

*«¿Estarán listos?»*

*«¿Y tú? —Se hizo una pausa—. ¿Estás listo, Belgarion?»*

*«Sí —respondió Garion—. Sea lo que sea creo que estoy preparado para ello.»*

*«Entonces vamos.»*

*«¿Me dirás lo que tengo que hacer?»*

*«Si es necesario.»*

Con la mano de Misión todavía en la suya, Garion se dirigió a la entrada. Alzó su otra mano para abrir la puerta, pero ésta se movió de forma inexplicable antes de que la tocara.

Junto a la enorme puerta tallada había dos guardias, pero cuando Garion y Misión se acercaron, parecieron quedarse petrificados. Una vez más Garion alzó la mano y las inmensas puertas de la sala del rey rivano se abrieron en respuesta al movimiento de su mano.

La sala del rey rivano era una enorme estancia abovedada con enormes puntales de madera que sostenían las vigas del techo. Las paredes estaban adornadas con banderines y ramas verdes, y cientos de velas ardían en los soportes de hierro. En el suelo había tres enormes hoyos para el fuego dispuestos a intervalos regulares; en su interior en lugar de leños ardía alquitrán de turba e irradiaba un calor uniforme y fragante. La sala estaba atestada de gente, pero una ancha y larga alfombra azul

marcaba el camino desde las puertas hasta el trono. Los ojos de Garion, sin embargo, apenas se posaron en la multitud. Sus pensamientos estaban aletargados por la canción del Orbe que ahora llenaba su mente por completo. Absorto, libre de todo pensamiento, de cualquier temor o del más mínimo resabio de timidez, caminaba con Misión a su lado en dirección a tía Pol y Belgarath que aguardaban de pie a cada lado del trono.

El trono del rey rivano había sido esculpido en un solo bloque de basalto. El respaldo y los brazos tenían la misma altura y su aspecto imponente lo hacía parecer más firme que una montaña. Estaba apoyado contra la pared y a su espalda, colgada con la punta hacia abajo, había una gran espada.

En algún lugar de la ciudadela había comenzado a sonar una campana y su tañido se mezclaba con la canción del Orbe mientras Garion y Misión avanzaban a lo largo del camino alfombrado rumbo al frente de la sala. Cada vez que pasaban junto a un candelabro, las velas se caían de forma inexplicable. No había corrientes de aire ni nadie se movía, pero las velas se apagaron una a una y la sala quedó sumida en las sombras.

Cuando llegaron al trono, Belgarath los miró con expresión grave y misteriosa durante unos instantes y luego se dirigió a la multitud reunida en la sala del rey rivano.

—¡Aquí está el Orbe de Aldur! —anunció con voz solemne.

Misión soltó la mano de Garion, abrió la bolsa y metió su manita dentro. Mientras se volvía hacia la sala en penumbras, el pequeño extrajo la piedra de la bolsa y la alzó con las dos manos para que todo el mundo pudiera verla.

La canción del Orbe era ensordecedora y tras ella se oía un sonido potente y tintineante. Garion estaba de pie junto al niño, de frente a la multitud, mientras el sonido crecía, se elevaba y se volvía cada vez más agudo. En el interior de la piedra que sostenía Misión, había un punto con una intensa luz azul que se hacía más brillante a medida que subía la intensidad del sonido. Garion estaba rodeado de rostros familiares. Allí estaban Barak, Lelldorin, Hettar, Durnik, Seda y Mandorallen. Sentada en el palco real, junto al embajador tolnedrano y delante de Adara y Ariana, estaba Ce'Nedra, con el aspecto de una verdadera princesa real. Pero mezcladas con aquellas caras familiares había otras, extrañas, rígidas, tan similares unas a otras que parecían máscaras. Junto a Barak estaba el Temible Oso, y Hettar llevaba consigo la imagen de miles y miles de caballos. Al lado de Seda estaba la figura del Guía y junto a Relg la del Hombre Ciego. Lelldorin era el Arquero y Mandorallen el Caballero Protector. Alrededor de Taiba parecía revolotear la imagen apenada de la Madre de la Raza Desaparecida y su dolor era similar al dolor de Mara. Y Ce'Nedra ya no era una princesa, sino tal como la había llamado Ctuchik, la Reina del Mundo. Pero lo más extraño de todo era que Durnik, el bueno y fiable Durmk, estaba allí con sus dos vidas claramente visibles en el rostro. En la creciente luz azul del Orbe y en medio del extraño sonido que tintineaba en sus oídos, Garion miró asombrado a sus amigos, consciente de estar viendo por primera vez lo que Belgarath y tía Pol habían visto todo el tiempo.

Entonces, a su espalda, oyó la voz de tía Pol que hablaba con dulzura y serenidad.

—Tu tarea ha llegado a su fin, Misión. Ya puedes entregar el Orbe.

El pequeño dejó escapar una pequeña exclamación de placer, se volvió y le ofreció el Orbe resplandeciente a Garion. El joven se quedó mirando la brillante piedra sin comprender lo que ocurría. No podía tocarla. Aquel que tocara el Orbe moriría.

*«Extended vuestra mano, Belgarion y recibid lo que os corresponde por derecho de nacimiento del niño que os lo ofrece.»*

Era la voz familiar, pero al mismo tiempo no lo era. Cuando *esta* voz hablaba, no había posibilidades de negarse. Garion extendió la mano de forma inconsciente.

—¡Misión! —declaró el pequeño y depositó con firmeza el Orbe sobre la mano extendida. Garion sintió una extraña sensación de calor en la señal de su mano. ¡El Orbe estaba vivo! Él podía sentir la vida en su interior mientras miraba sin comprender el fuego vivo que ardía en la palma de su mano.

«*Vuelve a poner el Orbe en el pomo de la espada del rey rivano*», le ordenó la voz y Garion se volvió y obedeció sin pensarlo.

Se subió al trono de basalto y luego sobre el amplio reborde formado por el respaldo y los brazos. Se estiró, cogió la enorme empuñadura de la espada para sostenerse, y colocó el Orbe en el pomo. Se oyó un pequeño ruido y la espada y el Orbe se unieron. Entonces Garion pudo percibir la fuerza vital del Orbe que se extendía por la empuñadura. La enorme cuchilla de la espada comenzó a brillar y el sonido tintineante subió una octava más. Luego la enorme arma se separó de la pared en que había estado hundida durante tantos años. La multitud dejó escapar una exclamación de asombro. Y a medida que la espada comenzó a separarse de la pared, Garion la cogió con ambas manos y a volverse al mismo tiempo, luchando para que la gran cuchilla no cayera al suelo.

Pero lo que en realidad le hizo perder el equilibrio fue el hecho de que la espada no pesara nada. Era tan enorme que pensó que no sería capaz de sostenerla, y mucho menos de levantarla, pero mientras Garion se preparaba, con los pies abiertos y los hombros apoyados en la pared, la punta de la espada se levantó sin esfuerzo hasta que la enorme cuchilla quedó en posición vertical frente a él. Entonces la miró atónito y sintió una extraña sensación en las manos que estrechaban la empuñadura. El Orbe brillaba y comenzó a latir. Luego, mientras el sonido tintineante ascendía en un poderoso crescendo de júbilo, la espada del rey rivano ardió en una enorme y devastadora llamarada azul. Sin saber por qué. Garion alzó con ambas manos la espada ardiente por encima de su cabeza y se quedó mirándola atónito.

—¡Que Aloria vibre de alegría! —exclamó Belgarath con una voz atronadora—, pues el rey rivano ha regresado. ¡Salud a Belgarion, rey de Riva y señor supremo del Oeste!

Entonces, a pesar del clamor que siguió a aquellas palabras y el coro vibrante de las que parecían millones de millones de voces que se alzaban al unísono en un cántico de alegría de un extremo al otro del universo, Garion oyó el ruido sordo de la puerta oxidada de una siniestra sepultura que se abría y aquel sonido le heló el corazón. Una voz resonó desde el interior de la sepultura, pero no para unirse al universal clamor de alegría. Arrancada abruptamente de un sueño que había durado siglos, la voz de la tumba despertó furiosa y deseosa de sangre.

Garion, estupefacto e incapaz de pensar, seguía de pie, con la espada en alto, mientras las espadas de los alorn se alzaban con un ruido metálico para saludarlo.

—¡Salud, Belgarion, mi rey! —tronó Brand, el Guardián de Riva, mientras se arrodillaba y levantaba su espada.

Sus cuatro hijos se arrodillaron detrás de él, con las espadas también alzadas.

—¡Salud, Belgarion, rey de Riva! —exclamaron.

—¡Salud, Belgarion!

El enorme grito de la multitud se alzó en la sala del rey rivano y un bosque de espadas levantadas brilló bajo la ardiente luz azul del arma que Garion alzaba entre sus manos. En algún lugar de la ciudadela, comenzó a repicar una campana, y cuando las noticias llegaron a los asombrados visitantes de la ciudad, se sumaron otras campanas y el tañido de alegría resonó desde el despeñadero para anunciar a las aguas heladas el regreso del rey rivano.

Sin embargo, en la sala hubo alguien que no se alegró. En el preciso instante en que el resplandor de la espada desveló de forma irrevocable la identidad de Garion, la princesa Ce'Nedra se puso de pie con una palidez cadavérica en el rostro y los ojos muy abiertos, llenos de la más absoluta consternación. Ella comprendió en el acto algo que a él se le escapaba, algo lo suficientemente inquietante como para robarle todo el color a su rostro y hacerla levantar y mirarlo con una expresión de terrible desconsuelo. Entonces los labios de la princesa imperial Ce'Nedra dejaron escapar un lamento de furia y protesta.

Con una voz que hizo vibrar las alfardas gritó:

—¡OH, NO!

Lo peor de todo era que la gente no dejaba de hacerle reverencias y Garion no tenía la menor idea de cómo debía responder. ¿Tendría que devolver las reverencias?, o hacer una ligera inclinación de cabeza en señal de reconocimiento? ¿O tal vez debía ignorarlas y actuar como si no las viera? ¿Y qué se suponía que debía hacer cuando alguien lo llamaba «Majestad»?

Los acontecimientos del día anterior estaban rodeados de una confusa neblina. Le parecía recordar que lo habían presentado a los habitantes de la ciudadela de Puño de Hierro, con la enorme y liviana espada todavía ardiendo entre sus manos y la multitud aclamándolo desde abajo.

Por extraordinarios que parecieran, sin embargo, los problemas reales de aquel día no tenían importancia comparados con las cosas que estaban sucediendo en otro nivel de la realidad. Fuerzas poderosísimas se habían concentrado en la revelación del rey rivano y Garion todavía estaba atontado por las cosas que había visto y percibido cuando por fin descubrió quién era.

Había recibido innumerables felicitaciones y presenciado los preparativos para la coronación, pero él lo recordaba todo de una forma confusa. Aunque su vida hubiera dependido de ello, Garion habría sido incapaz de hacer un resumen racional y coherente de lo que había sucedido el día anterior.

Aquel día prometía ser todavía peor, si eso era posible. No había dormido bien. Por un lado, la enorme cama de las habitaciones reales donde había sido conducido la noche antes era muy incómoda. Era una cama de dosel, con grandes pilares redondeados en cada esquina y cortinas de terciopelo púrpura. Parecía demasiado grande para él y era muy blanda. Durante el último año había dormido casi siempre en el suelo, y el colchón relleno de pluma de la cama real era demasiado mullido para ser cómodo. Además, tenía la absoluta certeza de que pronto se convertiría en el centro de atención.

Llegó a la conclusión de que lo mejor sería quedarse en la cama, y cuanto más pensaba en ello, más le gustaba la idea. Sin embargo, la puerta no estaba cerrada y poco después del amanecer Garion notó que había entrado alguien y se movía de un lado a otro de la habitación real. Espió con curiosidad a través de una rendija de las cortinas púrpuras que rodeaban la cama y vio a un criado de expresión seria que recorría los cortinajes de las ventanas y avivaba el fuego. No obstante, la atención de Garion se desvió rápidamente hacia una gran bandeja con tapa que estaba sobre la mesa junto al fuego. Su olfato reconoció el aroma a salchichas, pan recién horneado y mantequilla. Sí, no había duda de que en aquella bandeja había mantequilla. Entonces su estómago comenzó a hablar con voz propia y alta.

El criado echó una ojeada a la habitación para comprobar que todo estaba en orden y luego se acercó a la cama con una expresión solemne en la cara. Garion se apresuró a esconderse entre las mantas.

—El desayuno, Majestad —anunció el criado con voz firme mientras ataba las cortinas a los postes de la cama.

Garion suspiró. Era evidente que la decisión de quedarse en la cama no dependía de él.

—Gracias —respondió.

—¿Su Majestad desea algo más? —preguntó el solícito criado mientras desplegab una bata para que Garion se la pusiera.

—Eh..., no..., no, gracias —respondió Garion y bajó los tres peldaños alfombrados que separaban la cama real del suelo.

El criado lo ayudó a ponerse la bata, luego hizo una reverencia y dejó la habitación en silencio.

Garion se dirigió a la mesa, se sentó, levantó la tapa de la bandeja y dio cuenta del desayuno con voracidad.

Cuando terminó de comer, se sentó un rato en un enorme sillón tapizado y se entretuvo mirando por la ventana los peñascos nevados que se alzaban sobre la ciudad. La tormenta que había assolado la costa durante días había amainado, al menos por el momento; el sol invernal estaba radiante y el cielo de un azul intenso. El joven rey rivano estuvo un rato mirando por la ventana, abstraído en sus pensamientos.

En algún lugar de su memoria se escondía un recuerdo impreciso que lo perturbaba, algo que había oído una vez pero que había olvidado. Tenía la impresión de que era necesario recordar algo relacionado con la princesa Ce'Nedra. El día anterior, poco después de que la espada anunciara su identidad de forma tan extravagante, la menuda joven había salido a toda carrera de la sala del trono. Garion estaba seguro de que ambas cosas estaban vinculadas. Fuera lo que fuese lo que no podía recordar tenía algo que ver con la huida de la princesa. Tal vez si se tratara de otra persona habría sido mejor dejar que las cosas se calmaran antes de hacer nada, pero Garion sabía que esa táctica no funcionaría con Ce'Nedra. No debía permitir que la mente de la joven tergiversara los hechos; eso sólo complicaría las cosas. Garion suspiró y comenzó a vestirse.

Mientras caminaba por los pasillos con actitud decidida, la gente lo miraba con asombro y le hacía rápidas reverencias. Enseguida advirtió que los hechos del día anterior lo habían despojado de su anonimato para siempre. Un individuo a quien Garion apenas pudo ver la cara, llegó al punto de perseguirlo a todos lados, tal vez con intención de rendirle algún servicio. Quienquiera que fuese, caminaba detrás guardando una distancia razonable, pero Garion alcanzó a vislumbrar su silueta. Llevaba una capa gris y sus pasos eran extrañamente silenciosos. Al joven le molestaba que lo siguieran, aunque tuvieran motivos para hacerlo, pero resistió la tentación de darse la vuelta y decirle a aquel hombre que se marchara.

La princesa Ce'Nedra ocupaba una habitación unos cuantos metros más allá de la de tía Pol. Garion se armó de valor y llamó a la puerta.

—Majestad —lo saludó, estupefacta, la doncella de Ce'Nedra con una reverencia.

—¿Podrías preguntarle a Su Alteza si puedo hablar con ella un momento? —preguntó Garion.

—Por supuesto, Majestad —dijo la joven y entró corriendo en la habitación contigua.

Se oyó un breve murmullo y enseguida apareció Ce'Nedra. Llevaba una túnica lisa y su cara estaba tan pálida como el día anterior.

—Majestad —lo saludó con una voz helada y una pequeña reverencia rígida que lo decía todo.

—Hay algo que te preocupa —le dijo Garion sin rodeos—. ¿Por qué no lo dices de una vez?

—Lo que Su Majestad desee —respondió ella.

—¿Es necesario que hagamos esto?

—No entiendo a qué os referís, Majestad.

—¿No crees que nos conocemos lo suficientemente bien y que debemos hablar con sinceridad?

—Por supuesto. Supongo que tendré que ir acostumbrándome a obedecer a Su Majestad de inmediato.

—¿Qué significa eso?

—No te hagas el que no lo sabes —dijo ella, indignada.

—Ce'Nedra, no tengo la más remota idea de a qué te refieres.

Ella lo contempló con desconfianza y luego su mirada se suavizó un poco.

—Tal vez no lo sepas —murmuró—. ¿Has leído los Acuerdos de Vo Mímbre?

—Tú misma me has enseñado a leer hace seis u ocho meses —le recordó él—, y sabes cuáles son los libros que he leído. Me los has dado tú misma.

—Eso es verdad —dijo—. Espera un momento, ahora vuelvo. —Entró un instante en la otra habitación y regresó con un pergamino—. Te lo leeré —le dijo—. Algunas palabras son un poco difíciles.

—No soy tan estúpido —se quejó él.

Pero la princesa ya había comenzado a leer.

—... Y el día en que el rey rivano regrese, será dueño y señor de estas tierras, y todos juraremos fidelidad a él, Señor Supremo de los Reinos del Oeste. Él tomará por esposa a una princesa imperial de Tolnedra y...

—Espera un momento —la interrumpió Garion con voz ahogada.

—¿No entiendes algo? Para mí está todo muy claro.

—Repite lo último que has leído.

—... El tomará por esposa a una princesa imperial de Tolnedra y...

—¿Hay otras princesas en Tolnedra?

—Que yo sepa, no.

—Entonces eso significa que... —se interrumpió y la miró boquiabierto.

—Exacto —dijo ella y su voz sonó como el ruido de una trampa metálica al cerrarse.

—¿Por eso ayer saliste corriendo de la sala?

—Yo no corrí.

—No quieres casarte conmigo —dijo casi en tono de acusación.

—Yo no he dicho eso.

—¿Entonces sí quieres?

—Tampoco he dicho eso. Pero en realidad no tiene importancia. No tenemos opción... ninguno de los dos.

—¿Es eso lo que te preocupa?

—Claro que no —dijo con expresión altiva—. Siempre he sabido que elegirían a mi marido por mí.

—¿Entonces cuál es el problema?

—Soy una princesa imperial, Garion.

—Ya lo sé.

—No estoy acostumbrada a estar por debajo de nadie.

—¿Por debajo?, ¿de quién?

—Los Acuerdos dicen que tú eres el Señor Supremo del Oeste.

—¿Y eso qué significa?

—Significa, Majestad, que tu rango es superior al mío.

—¿Y por eso te enfadaste tanto?

La mirada de ella fue tan punzante como una daga.

—Con el permiso de Su Majestad, creo que debo retirarme —dijo y salió de la habitación sin esperar respuesta.

Garion la miró marcharse. Las cosas estaban yendo demasiado lejos. Se le ocurrió ir a ver a tía Pol para protestar, pero cuanto más pensaba en ello, más se convencía de que ella no se mostraría comprensiva. De repente empezaban a encajar muchas cosas. Tía Pol no era un miembro más del grupo, sino que había hecho todo lo posible para no dejarlo escapar. Necesitaba hablar con alguien..., alguien lo suficientemente astuto e inescrupuloso como para ayudarlo a salir de aquel lío. Dejó la sala de Ce'Nedra y fue a buscar a Seda.

El hombrecillo no estaba en su habitación y el criado que en ese momento hacía la cama hizo mil reverencias y tartamudeó sus disculpas por no saber dónde podría encontrarlo. Garion se fue enseguida.

Como el apartamento que Barak compartía con su esposa e hijos estaba muy cerca, Garion se dirigió hacia allí, intentando ignorar al asistente de capa gris que todavía lo perseguía.

—Barak —dijo mientras llamaba a la puerta del corpulento cherek—, soy yo, Garion. ¿Puedo entrar?

Merel abrió la puerta enseguida y lo saludó con una respetuosa reverencia.

—Por favor, no hagas eso —le rogó Garion.

—¿Qué ocurre, Garion? —le preguntó Barak desde el sillón verde donde estaba sentado con su hijito en las rodillas.

—Busco a Seda —respondió Garion mientras entraba en la habitación grande y confortable, llena de ropa y juguetes.

—Tienes una mirada extraña —observó el hombretón—. ¿Hay algún problema?

—Acabo de recibir malas noticias —respondió Garion— y quiero hablar con Seda. Tal vez él encuentre una solución.

—¿Quieres desayunar? —sugirió Merel.

—Ya he desayunado, gracias —dijo Garion.

Entonces la miró con más atención. La esposa de Barak se había quitado las trenzas que solía llevar y su cabello rubio proporcionaba un delicado marco a su rostro. Llevaba su acostumbrada túnica verde, pero su corte no tenía la rigidez habitual. Garion reparó en que Barak también había perdido la expresión sombría y defensiva que siempre acusaba en presencia de su esposa.

En ese momento las dos hijas de Barak entraron en la habitación, una a cada lado de Misión. Los tres niños se sentaron en un rincón y comenzaron a jugar a un complicado juego que parecía causarles mucha gracia.

—Creo que mis hijas han decidido secuestrarlo —sonrió Barak—. De repente me encuentro rodeado de esposa y niños, y lo más gracioso es que no me molesta en absoluto.

Merel le dirigió una mirada breve y algo tímida y luego observó a los niños que reían.

—Las niñas lo adoran —dijo; luego se volvió hacia Garion—. ¿Has notado que es imposible mirarlo a los ojos durante más de un segundo? Parece que fuera capaz de ver hasta el fondo de tu corazón.

Garion asintió con un gesto.

—Supongo que tendrá algo que ver con el hecho de que confía en todo el mundo — sugirió; luego se volvió hacia Barak—: ¿Tienes idea de dónde puedo encontrar a Seda? Barak rió.

—Recorre los pasillos hasta que oigas el ruido de unos dados. El ladronzuelo ha estado jugando desde que llegamos. Es probable que Durnik sepa dónde está. Lo encontrarás en los establos. Se ha estado escondiendo allí porque el contacto con la realeza lo pone nervioso.

—A mí me pasa lo mismo —dijo Garion.

—Pero tú eres miembro de la realeza, Garion —le recordó Barak.

—Eso me pone todavía más nervioso —respondió él.

Se podía ir a los establos a través de una serie de pasillos traseros, y Garion decidió recorrerlos para no tener que pasar por los más lujosos, donde corría el riesgo de encontrarse con miembros de la nobleza. Aquellos estrechos corredores eran usados en su mayor parte por los criados que iban y venían de la cocina y Garion pensó que aún no lo reconocerían. Mientras caminaba con rapidez por un pasillo, con la cabeza gacha para evitar que lo descubrieran, Garion volvió a vislumbrar al hombre que lo seguía desde que había salido de las habitaciones reales. Se enfadó tanto que olvidó sus esfuerzos por ocultar su identidad y se volvió a enfrentarse con su perseguidor.

—Sé que estás ahí —afirmó—. Sal a donde pueda verte —agregó, y esperó dando golpecitos de impaciencia con el pie. El pasillo permaneció silencioso y desierto—. Sal de inmediato — repitió Garion con un desacostumbrado tono de autoridad. Pero no notó ningún movimiento ni oyó sonido alguno. Garion pensó en retroceder para buscar al asistente que lo perseguía, pero justo entonces vio que se aproximaba un criado por el mismo camino que había seguido él.

—¿Has visto a alguien por allí? —le preguntó Garion.

—¿Allí, dónde? —preguntó el criado, que obviamente no había reconocido a su rey.

—Al fondo del pasillo.

—No he visto a nadie desde que salí de las habitaciones del rey de Drasnia — respondió el criado meneando la cabeza—. ¿Me creerás si te digo que éste es su tercer desayuno? Nunca he conocido a nadie capaz de comer tanto. —Miró a Garion con curiosidad—. No deberías estar por aquí, ¿sabes? —le advirtió—. Si te coge el jefe de cocineros, te azotará. No quiere que nadie pase por aquí sin motivo.

—Voy camino a los establos —le dijo Garion.

—Entonces date prisa. El jefe de cocineros tiene un carácter terrible.

—Lo tendré en cuenta —le aseguró Garion.

Cuando Garion cruzaba el patio cubierto de nieve en dirección al establo, se encontró con Lelldorin que en aquel momento salía de allí. El joven arendiano miró a su amigo con asombro.

—¿Cómo has logrado escapar de los oficiales? —le preguntó, y de pronto, como si acabara de recordar su rango, le hizo una reverencia.

—Por favor, Lelldorin, no hagas eso —dijo Garion.

—La situación es bastante embarazosa, ¿verdad? —asintió Lelldorin.

—Nos comportaremos del mismo modo que antes —dijo Garion con firmeza—. Al menos hasta que nos lo prohíban. ¿Tienes idea de dónde puede estar Seda?

—Lo he visto esta mañana temprano. No tenía buen aspecto —respondió Lelldorin— y dijo que iba a los baños. Creo que anoche estuvo celebrando.

—Vamos a buscarlo —sugirió Garion—. Tengo que hablar con él.

Encontraron a Seda sentado en el baño azulejado, rodeado de vapor. El hombrecillo tenía una toalla atada a la cintura y estaba empapado en sudor.

—¿Estás seguro de que esto te hace bien? —le preguntó Garion mientras agitaba la mano frente a su cara para disipar una nube de vapor.

—Esta mañana nada puede hacerme bien —respondió Seda con tristeza.

Luego apoyó los codos sobre las rodillas y escondió la cara entre las manos, en un gesto angustiado.

—¿Te encuentras mal?

—Muy mal.

—Si sabías que acabarías sintiéndote así, ¿por qué bebiste tanto anoche?

—En su momento me pareció una buena idea..., al menos eso creo, pues no puedo recordar lo que sucedió.

Un criado le trajo una jarra rebosante de cerveza y Seda bebió con avidez.

—¿Crees que es un buen remedio? —preguntó Lelldorin.

—Tal vez no —admitió Seda con un escalofrío—, pero es lo único que se me ha ocurrido hasta el momento. —Volvió a temblar—. Me siento absolutamente desgraciado —afirmó—. ¿Queríais algo en particular?

—Tengo un problema —confesó Garion de repente y echó una rápida mirada a Lelldorin—. Preferiría que esto no saliera de no otros tres —dijo.

—Te doy mi palabra de honor —respondió Lelldorin de inmediato.

—Gracias, Lelldorin. —Era más fácil aceptar su palabra que intentar explicarle que no era necesario que la diera—. Acabo de leer los Acuerdos de Vo Mimbres —dijo—. En realidad me los leyeron. ¿Sabíais que tengo que casarme con Ce'Nedra?

—Todavía no me había dado cuenta —admitió Seda—, pero es cierto que los Acuerdos dicen algo al respecto, ¿verdad?

—¡Enhorabuena, Garion! —exclamó Lelldorin y le dio unas palmadas en la espalda a su amigo—. Es una joven preciosa.

Garion ignoró su felicitación.

—¿Se te ocurre alguna forma de librarme de esa obligación? —le preguntó a Seda.

—Garion, ahora mismo no puedo pensar en nada excepto en lo mal que me siento. Sin embargo, mi primera impresión es que no existe una forma de librarse. Todos los pueblos del Oeste han firmado los Acuerdos... y además creo que la profecía tiene algo que ver con todo esto.

—Lo había olvidado —admitió Garion con expresión sombría.

—Estoy seguro de que te darán tiempo para que te acostumbres a la idea —dijo Lelldorin.

—¿Pero cuánto tiempo le darán a Ce'Nedra? He hablado con ella esta mañana y la idea no le gusta nada.

—En realidad no le disgustas —dijo Seda.

—Ese no es el problema. Por lo visto ella piensa que mi rango es superior al suyo y eso le molesta. —Seda dejó escapar una débil carcajada—. Un verdadero amigo no se reiría de algo así —lo acusó Garion.

—¿Es tan importante el rango para tu princesa? —preguntó Lelldorin.

—Tan importante como su brazo derecho —respondió Garion con amargura—. Creo que se recuerda a sí misma que es una princesa imperial seis o siete veces por hora. Para ella es algo fundamental. Y de repente aparezo yo de la nada y la supero en rango. Es el tipo de cosa capaz de enfurecerla..., supongo que para siempre. —Se interrumpió y miró a Seda con atención—. ¿Crees que hay alguna posibilidad de que te mejores en el resto del día.

—¿Qué estás tramando?

—¿Conoces bien Riva?

—Por supuesto.

—Yo había pensado que tal vez podríamos bajar a la ciudad, pero sin que sonaran trompetas, ya sabes, vestidos como gente corriente. No sé nada acerca de los rivanos y ahora... —titubeó.

—Y ahora eres su rey —terminó Lelldorin por él.

—Tal vez no sea mala idea —asintió Seda—, aunque no puedo asegurarlo. En estos momentos mi cerebro no funciona muy bien. Y tendrá que ser hoy, por supuesto. Tu coronación está programada para mañana, y una vez hayan colocado una corona sobre tu cabeza, no es probable que te permitan moverte con libertad. —Garion no quería ni pensar en eso—. Espero que no os importe que antes me tome un rato para recuperarme un poco —añadió Seda y bebió otro sorbo de cerveza—. En realidad, da igual que os importe o no. Es cuestión de necesidad.

El hombrecillo con cara de rata empleó apenas una hora en recuperarse. Su medicina era brutalmente drástica. Se remojó en cantidades casi iguales de vapor caliente y cerveza fría, luego salió de la sauna y se sumergió directamente en una fuente de agua helada. Cuando salió estaba morado y tembloroso, pero parecía haber superado la peor parte de la resaca. Eligió con cuidado ropas poco llamativas para los tres y luego los condujo fuera de la ciudadela por una salida clandestina. Cuando salían, Garion se volvió varias veces a mirar atrás, pero por lo visto había logrado esquivar al persistente ayudante que lo había estado persiguiendo toda la mañana.

Mientras recorrían la ciudad, Garion volvió a reparar en el aspecto monótono y sombrío del lugar. El exterior de las casas era de un color gris uniforme y carecía de todo tipo de decoración. Eran edificios sólidos, cuadrangulares y absolutamente anodinos. La capa gris, la prenda más característica del pueblo rivano, confería a la gente que vagaba por las calles estrechas de la ciudad la misma apariencia sombría. Garion se entristeció al pensar que tendría que pasar el resto de su vida en un sitio tan poco acogedor.

Descendieron por una calle larga bajo la pálida luz del sol invernal, aspirando el fuerte olor a sal que llegaba del puerto. Desde una casa les llegó el sonido de un coro infantil. Las voces eran cristalinas y se fundían en una sutil armonía. Garion se asombró de la complejidad de la canción.

—Es el pasatiempo nacional —dijo Seda—; los rivanos tienen un gran interés por la música. Supongo que los ayudará a superar la monotonía. No pretendo ofenderte, Majestad, pero tu reino es un lugar bastante aburrido. —Echó un vistazo a su alrededor—. No muy lejos de aquí vive un viejo amigo mío. ¿Por qué no vamos a visitarlo?

Los condujo por una larga escalera hasta la calle de abajo. No muy lejos, sobre esa misma calle, había un gran edificio de construcción sólida situado en la pendiente de la colina. Seda subió la cuesta con grandes zancadas y llamó a la puerta. Un instante después, salió un rivano con un delantal de cuero con manchas de hollín.

—¡Radek, viejo amigo! —exclamó sorprendido—. Hace años que no nos vemos.

—Hola, Torgan —saludó Seda con una sonrisa—. Se me ocurrió pasar a ver cómo estabas.

—Adelante, adelante —dijo amablemente Torgan abriendo más la puerta.

—Veo que has ampliado el negocio —observó Seda mientras miraba en torno.

—He tenido suerte con las ventas —respondió Torgan con modestia—. Los fabricantes de perfume de Tol Borune compran todas las botellas que pueden conseguir.

El rivano era un hombre corpulento, con cabello gris oscuro y mejillas extrañamente rechonchas y sonrojadas. Observó a Garion con curiosidad y frunció ligeramente el entrecejo, como si intentara recordar algo. Garion se volvió para evitar su mirada y se dedicó a examinar la hilera de delicadas botellitas colocadas sobre una mesa cercana.

—¿Entonces te especializas en frascos de perfume? —preguntó Seda.

—¡Oh!, todavía intentamos hacer piezas buenas —respondió Torgan con un dejo de tristeza—. Tengo un aprendiz que es un verdadero genio y tengo que darle tiempo para dedicar a su obra. Temo que si lo hago soplar botellas todo el día, se vaya. —El vidriero abrió una vitrina y extrajo un pequeño bulto envuelto en terciopelo—. Ésta es una de sus obras.

Era un pájaro de cristal, con las alas semiabiertas, apoyado sobre una ramita llena de hojas, con brotes en la punta. La obra estaba realizada con tanta minuciosidad que era posible distinguir con claridad cada una de las plumas.

—¡Asombroso! —Seda examinó el pájaro boquiabierto—. Es exquisito, Torgan. ¿Cómo ha conseguido que los colores salieran tan perfectos?

—No tengo idea —admitió Torgan—. Ni siquiera mide los ingredientes de las mezclas y los colores salen siempre perfectos. Como te he dicho, es un genio.

El rivano envolvió con cuidado el pájaro de cristal y lo guardó en la vitrina.

Detrás del taller, el vidriero tenía su vivienda y las habitaciones estaban llenas de calor, afecto y colorido. Por todas partes había cojines de colores vivos y cuadros. Los aprendices de Torgan parecían miembros de la familia más que trabajadores y su hija mayor tocaba el arpa mientras ellos se concentraban en el vidrio molido. Los dedos de la joven pulsaban las cuerdas y las notas se desgranaban en un verdadero torrente musical.

—Es tan distinto al exterior... —observó Lelldorin con expresión de perplejidad.

—¿Qué quieres decir?

—El exterior es tan sórdido, tan severo y gris...; pero cuando entras en la casa, todo es calidez y colorido.

—Los extraños no lo esperan —asintió Torgan con una sonrisa—. Nuestras casas son en gran medida como nosotros mismos. Por razones de necesidad, las fachadas son tristes. La ciudad de Riva fue construida para defender el Orbe y cada edificio forma parte de la fortificación general. No podemos cambiar el exterior, pero en el interior tenemos arte, música y poesía. Nosotros, además llevamos capas grises. Se trata de una prenda útil, tejida con lana de cabras, liviana, abrigada y casi impermeable... pero no coge el tinte, por eso es siempre gris. Sin embargo, el hecho de que nos vistamos de gris no quiere decir que en nuestros corazones no haya amor y belleza.

Cuanto más pensaba en ello, más comprendía a aquellos isleños de aspecto sórdido. La severa reserva de los rivanos de capa gris era sólo la cara que mostraban al mundo; pero detrás de aquella máscara la gente era muy distinta.

Casi todos los aprendices soplaban las pequeñas y delicadas botellitas que constituían el artículo principal para el comercio con los fabricantes de perfumes de Tol Borune. Pero había un aprendiz que trabajaba solo en la fabricación de un barco apoyado sobre la cresta de una ola de cristal. Era un joven de cabello color arena y tenía una expresión atenta. De repente el aprendiz levantó la vista de su obra y vio a Garion, sus ojos se llenaron de asombro, pero enseguida bajó la cabeza y volvió a su trabajo.

Cuando volvieron a la parte delantera de la tienda y se preparaban para partir, Garion le pidió a Torgan que le dejara contemplar otra vez el delicado pájaro de cristal

posado sobre la brillante rama. La figurilla era tan hermosa que le producía un dolor en el corazón.

—¿Le gusta a Su Majestad? —dijo el joven aprendiz, que había entrado en silencio. Hablaba con suavidad—. Ayer, cuando Brand os presentó ante el pueblo, yo estaba en la plaza —explicó—, y hoy os he reconocido en cuanto os he visto.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Garion con curiosidad.

—Joran, Majestad —respondió el aprendiz.

—¿Crees que podríamos obviar lo de «Majestad»? Aún no me siento cómodo con ese tipo de tratamiento. Todo esto ha sido una verdadera sorpresa para mí.

—Por la ciudad corren todo tipo de rumores —sonrió Joran—. Dicen que habéis sido criado por Belgarath el Hechicero, en su torre de Aldur.

—En realidad he sido criado en Sendaria por mi tía Pol, la hija de Belgarath.

—¿La hechicera Polgara? —Joran parecía impresionado—. ¿Es tan hermosa como dicen los hombres?

—Yo siempre he pensado que sí.

—¿Es verdad que puede convertirse en un dragón?

—Supongo que podría si quisiera —admitió Garion—, pero prefiere la forma de un búho. Por alguna razón ama a los pájaros y los pájaros enloquecen de alegría al verla. Hablan con ella todo el tiempo.

—¡Qué asombroso! —se maravilló Joran—. Daría cualquier cosa por conocerla. —Frunció los labios en actitud pensativa y dudó un instante—. ¿Crees que le gustaría esta pequeña pieza?

—¿Gustarle? —dijo Garion—. ¡Le encantaría!

—¿Se la darías en mi nombre?

—¡Joran! —exclamó Garion asombrado por la idea—. No puedo aceptarla. Es demasiado valiosa y no tengo dinero para pagártela.

Joran esbozó una tímida sonrisa.

—Sólo es cristal —señaló—. El cristal está hecho de arena molida y la arena es el material más barato del mundo. Si crees que le gustará, me alegraría mucho que la tuviera ¿Se la darás en mi nombre? ¡Por favor! Dile que es un regalo de Joran, el vidriero.

—Lo haré, Joran —prometió Garion y estrechó impulsivamente la mano del joven—. Será un orgullo para mí llevársela.

—La envolveré —dijo Joran—. No es bueno sacar el cristal de una habitación caliente y llevarlo al frío. —Fue a coger el trozo de terciopelo y de repente se detuvo—. No he sido del todo sincero —admitió con expresión algo culpable—. El pájaro es una pieza muy buena, y si los nobles de la ciudadela lo ven, es probable que me encarguen otras cosas. Si quiero abrir mi propia tienda necesitaré trabajar bastante y... —se interrumpió para mirar a la hija de Torgan y sus sentimientos se reflejaron en sus ojos.

—Y no puedes casarte hasta que tengas tu propio negocio... —sugirió Garion.

—Su Majestad será un rey muy sabio —dijo Joran con seriedad.

—Si logro superar todos los disparates que cometeré en las primeras semanas de reinado —añadió Garion con tristeza.

Aquella misma tarde, en las habitaciones privadas de tía Pol, Garion le entregó el pequeño pájaro de cristal a la hechicera.

—¿Qué es esto? —dijo ella y cogió el paquete envuelto en terciopelo.

—Es un regalo para ti de parte de un joven vidriero que he conocido en la ciudad —respondió Garion—. Su nombre es Joran y ha insistido en que te lo diera. Ten cuidado. Creo que es bastante frágil

Tía Pol desenvolvió con cuidado la pieza de cristal y sus ojos se llenaron de asombro al contemplar el pájaro exquisitamente tallado.

—¡Oh, Garion! —murmuró ella—. Nunca había visto nada tan hermoso.

—Joran es muy bueno —dijo Garion—. Trabaja para un vidriero llamado Torgan y éste dice que es un verdadero genio. Quiere conocerte.

—Y yo quiero conocerlo a él —suspiró con la vista fija en los detalles de la brillante figura de cristal. Le temblaban las manos y sus maravillosos ojos estaban llenos de lágrimas.

—¿Qué ocurre, tía Pol? —le preguntó Garion un poco alarmado.

—Nada, Garion —respondió ella—. Nada en absoluto.

—Entonces ¿por qué lloras?

—Nunca lo comprenderías, cariño —dijo ella; luego lo rodeó con sus brazos y lo estrechó en un impetuoso abrazo.

La coronación tuvo lugar al mediodía del día siguiente. La sala del rey rivano estaba atestada de nobles y miembros de la realeza, y, abajo, la ciudad entera vibraba con el tañir de las campanas. Garion nunca recordaría muchos detalles de su coronación. Recordaba que la capa ribeteada de armiño le daba demasiado calor y que la corona de oro macizo que el diácono rivano colocó sobre su cabeza era muy pesada. Lo que no podía borrar de su memoria fue la forma en que el Orbe llenaba toda la sala con una intensa luz azul que se hacía más brillante a medida que él se aproximaba al trono y hacía resonar en sus oídos la extraña y exultante melodía que tocaba siempre que se acercaba a él. La canción del Orbe era tan fuerte que apenas podía oír los vivas que lo saludaban cuando se volvió a mirar a la multitud. Sin embargo una voz se alzó con claridad sobre las demás: «¡Salud, Belgarion!», dijo en silencio la voz de su mente.

El rey Belgarion estaba sentado en el trono de Riva, escuchando con cierto desconsuelo la charla interminable y atronadora de Valgon, el embajador tolnedrano. Eran momentos difíciles para Garion. ¡Había tantas cosas que no sabía hacer! Por un lado, se sentía incapaz de dar órdenes: por otro, descubrió que no tendría tiempo libre para él y que no tenía la menor idea de cómo quitarse de encima a los criados que pululaban todo el tiempo a su alrededor. Lo seguían adonde fuera y ya había abandonado la idea de atrapar al eficiente guardaespaldas, criado o mensajero que siempre iba tras él.

Sus amigos se sentían incómodos en su presencia e insistían en llamarlo «Majestad», por más que él les rogara que no lo hicieran. No se sentía distinto y el espejo le demostraba que tampoco tenía un aspecto diferente, pero todo el mundo lo trataba como si hubiera cambiado. La mirada de alivio que advertía en sus rostros cuando se marchaba hería sus sentimientos e hizo que se encerrara en una coraza protectora, rumiando su soledad en silencio.

Tía Pol estaba continuamente a su lado, pero también en ella se había operado un cambio. Antes él había estado siempre a sus órdenes, ahora era al revés, y eso parecía muy poco natural.

—La propuesta, si Su Majestad me permite decirlo, es de lo más generosa —observó Valgon cuando acabó de leer el último tratado presentado por Ran Borune.

El embajador de Tolnedra era un hombre cínico, nariz aguileña y porte aristocrático. Era un Honeth, miembro de la familia que había fundado el Imperio y de donde procedían las dinastías imperiales, y no disimulaba su desprecio por los alorn. Para Garion, Valgon era como una espina clavada siempre en su costado. Era raro el día en que no llegaba un nuevo tratado o acuerdo comercial propuesto por el emperador. Muy pronto Garion llegó a la conclusión de que los tolnedranos se ponían nerviosos ante la idea de que hubiera algún trozo de pergamino en el mundo que no hubieran firmado, y procedían con el convencimiento de que, si se pasaban el tiempo presentando papeles a un hombre, éste acabaría por firmarlos sólo para quitárselos de encima.

La contraestrategia de Garion era muy simple: se negaba a firmar cualquier papel, *«Es exactamente igual a lo que propusieron la semana pasada —observó la voz de tía Pol en su mente—. Sólo se han limitado a cambiar algunas palabras y el orden de las cláusulas. Diles que no.»*

Garion miró con expresión de disgusto al relamido embajador.

—De ninguna manera —respondió sin rodeos. Entonces Valgon comenzó a protestar, pero Garion lo interrumpió—. Es exactamente igual a la propuesta de la semana pasada, Valgon, y ambos lo sabemos. La respuesta fue negativa entonces y sigue siéndolo ahora. No pienso dar preferencia a Tolnedra en el comercio con Riva; no pediré permiso a Ran Borune antes de firmar un acuerdo con cualquier otra nación; y desde luego, no aceptaré ninguna modificación de los Acuerdos de Vo Mimbren. Por

favor, pídele a Ran Borune que no me moleste hasta que se decida a hablar con sensatez.

—¡Majestad! —exclamó Valgon, horrorizado—. ¡No se puede hablar así del emperador de Tolnedra!

—Yo hablo como quiero —le dijo Garion—. Tienes mi... nuestro permiso para retirarte.

—Majestad...

—Puedes retirarte, Valgon —lo interrumpió Garion.

El embajador se puso de pie, hizo una fría reverencia y salió de la sala.

—No ha estado mal —dijo el rey Anheg asomándose de su escondite en la aspillera donde él y los demás reyes se reunían.

La presencia de aquellos observadores reales hacía que Garion se sintiera incómodo todo el tiempo. Era consciente de que vigilaban todos sus movimientos, que juzgaban y evaluaban sus decisiones, sus modales y sus palabras. Sabía que en aquellos primeros meses iba a cometer errores y habría preferido hacerlo sin espectadores; pero ¿cómo se le dice a un grupo de reyes soberanos que uno preferiría no ser el centro de atención?

—Un poquitín brusco, tal vez, ¿no os parece? —sugirió el rey Fulrach.

—Con el tiempo aprenderá a ser más diplomático —predijo el rey Rhodar—. Espero que a Ran Borune este tono directo le resulte refrescante... en cuanto se recupere de la parálisis que le producirá la respuesta de Belgarion.

Todos los reyes rieron con el chiste del rey Rhodar y Garion intentó, sin éxito, no ruborizarse.

—¿Es necesario que hagan esto? —murmuró furioso, dirigiéndose a tía Pol—. Cada vez que digo una palabra, por breve que sea, tengo que oír todos estos comentarios.

—No te enfades, cariño —respondió ella con calma—. La verdad es que has estado un poco descortés. ¿Te parece que debes usar ese tono con tu futuro suegro?

Garion odiaba que le recordaran aquella cuestión. La princesa Ce'Nedra aún no lo había perdonado por su súbito ascenso y Garion tenía grandes dudas sobre la idea de casarse con ella. Por más que le gustara —y lo cierto es que le gustaba mucho—, había llegado a la triste conclusión de que no sería una buena esposa para él. Era inteligente, malcriada y terca como una mula y Garion estaba convencido de que encontraría un placer maligno en hacerle la vida lo más miserable posible. Sentado en el trono, escuchando los comentarios jocosos de los reyes de Aloria, pensó que ojalá nunca hubiera oído hablar del Orbe.

Como siempre, ese pensamiento lo impulsó a levantar la vista y contemplar la empuñadura de la enorme espada, colocada encima del trono, donde estaba engarzada la piedra. La forma en que el Orbe brillaba cada vez que él se sentaba en el trono resultaba irritante y presuntuosa. Parecía que se felicitara a sí mismo, como si Belgarion de Riva fuese obra suya. Garion no entendía al Orbe. Sabía que la piedra tenía una especie de conciencia; pues su propia mente la había rozado y luego había retrocedido con cuidado. Garion había sentido el contacto de las mentes de los dioses, pero aquello era algo muy distinto. El Orbe tenía un poder que él no alcanzaba a comprender; y además, el apego que demostraba hacia él parecía bastante irracional. Garion se conocía a sí mismo y era consciente de que no merecía tanto amor. Sin embargo, cada vez que se acercaba al Orbe, éste comenzaba a brillar de una forma insoportable y llenaba su mente de la extraña y ensordecedora canción que había oído por primera vez en la torre de Ctuchik. Aquella melodía era una especie de invitación apremiante, y Garion sabía que si la aceptaba, el poder del Orbe se uniría al suyo y nada en el mundo les estaría vedado. Torak había producido una enorme grieta en el mundo con el Orbe y Garion

estaba convencido de que, si quería, él podría usar el Orbe para soldar aquella grieta. Lo más alarmante fue que, en cuanto Garion tuvo esa idea, el Orbe comenzó a darle instrucciones precisas de cómo lograrlo.

«*Presta atención, Garion*», dijo la voz de tía Pol en su mente.

Sin embargo, ya casi habían acabado con los asuntos de aquella mañana. Hubo algunas peticiones más y una extraña nota de felicitación procedente de Nyissa. El tono de la nota pretendía ser conciliatorio y llevaba la firma de Sadi, el eunuco. Garion decidió que debía reflexionar en profundidad sobre la carta antes de enviar una respuesta. El recuerdo de lo ocurrido en la sala del trono de Salmisra todavía lo atormentaba y no estaba seguro de querer normalizar las relaciones con el pueblo de los hombres serpiente, al menos por el momento.

Una vez cumplidas sus obligaciones en la corte, Garion se disculpó y salió de la sala. La túnica ribeteada de armiño era demasiado abrigada y la corona comenzaba a darle dolor de cabeza. Lo que más deseaba era regresar a sus habitaciones y cambiarse de ropa.

Los guardias que esperaban en la puerta saludaron con cortesía y comenzaron a formar filas para acompañarlo.

—En realidad no voy a ningún sitio —le dijo Garion al sargento—. Sólo a mis habitaciones, y conozco el camino. ¿Por qué tú y tus hombres no vais a comer?

—Sois muy amable, Majestad —respondió el sargento—. ¿Nos necesitaréis luego?

—No estoy seguro, pero si os necesito os mandaré llamar.

El sargento volvió a saludar y Garion se perdió en un sombrío pasillo. Había descubierto aquel pasillo trasero unos dos días después de su coronación. Era un lugar poco transitado y constituía la ruta más directa desde las habitaciones reales a la sala del trono. Además, a Garion le gustaba porque podía ir y venir de la sala del trono con el mínimo de formalidades y ceremonias. En el camino había apenas unas pocas puertas y los candelabros estaban lo suficientemente espaciados en las paredes como para proporcionar una luz muy tenue. Por alguna razón, aquella penumbra le resultaba reconfortante, como si le devolviera su anonimato, al menos hasta cierto punto.

¡Tenía tantas cosas en qué pensar! Garion caminaba por el pasillo, abstraído en sus pensamientos. Su principal preocupación era la guerra inminente entre el Oeste y los reinos de Angarak. Se esperaba que él, como Señor Supremo, liderara las fuerzas del Oeste; y Torak, que había despertado de su sueño, se enfrentaría a él con el apoyo de una verdadera multitud de angaraks. ¿Cómo podría pelear contra un adversario tan terrible? El solo nombre de Torak le producía escalofríos, ¿y qué sabía él de armas y batallas? Era inevitable que cometiera errores, y eso permitiría a Torak aplastar a las fuerzas del Oeste sin el menor esfuerzo.

Ni siquiera la hechicería podría ayudarlo. Tenía muy poca experiencia en el uso de su poder como para arriesgarse a un enfrentamiento con Torak. Tía Pol haría todo lo posible para ayudarlo, por supuesto; pero sin Belgarath tendrían pocas probabilidades de éxito, y Belgarath aún no mostraba indicios de haber recuperado sus facultades.

Garion intentó no pensar más en ello, pero los demás problemas eran casi tan graves como éste. Muy pronto tendría que hacer algo con respecto a la negativa de Ce'Nedra a hacer las paces. Garion estaba convencido de que si la joven se comportaba de forma razonable, la pequeña diferencia de rangos no tendría ninguna importancia. Le gustaba Ce'Nedra, e incluso estaba dispuesto a admitir que sus sentimientos hacia ella iban más allá. Cuando quería, la joven podía llegar a ser absolutamente adorable; y si lograban superar aquel pequeño inconveniente, las cosas irían bastante bien. Esa posibilidad hizo

que Garion se animara un poco, y el joven siguió su camino reflexionando sobre este tema.

Sólo había caminado unos metros, cuando volvió a oír unos pasos furtivos tras él. Suspiró y se preguntó si su omnipresente ayudante no tendría nada mejor que hacer; pero se encogió de hombros y siguió su camino enfrascado en sus pensamientos sobre la carta de Nyissa.

De repente oyó una advertencia apremiante.

«¡Cuidado!», bramó la voz de su mente.

Sin saber por qué, y sin siquiera pensar en ello, Garion reaccionó al instante arrojándose al suelo. Su corona salió rodando y una daga chocó contra el muro de piedra, sacando chispas, y cayó sobre las baldosas dando rápidos saltos. Garion soltó una maldición, rodó sobre el suelo y se puso de pie con su propia daga en la mano. Enfurecido por aquel súbito ataque, retrocedió corriendo por el pasillo, con su túnica ribeteada de armiño agitándose y enredándose entre sus piernas de forma exasperante.

Apenas alcanzó a distinguir a su atacante de capa gris. Garion vio cómo el asesino giraba y escapaba por una puerta semioculta unos metros más allá, y unos instantes después oyó el ruido de una puerta que se cerraba con estrépito. Cuando llegó a la puerta y la abrió, todavía con la daga en la mano, sólo encontró otro pasillo largo y oscuro; pero no había nadie a la vista.

Le temblaban las manos, aunque más de furia que de miedo. Pensó un instante en la posibilidad de llamar a los guardias, pero enseguida cambió de idea. Cuanto más pensaba en la idea de seguir persiguiendo a su atacante menos conveniente le parecía. La única arma que tenía era la daga y podrían atacarlo con una espada; además, era posible que hubiera más de una persona implicada en aquello y esos oscuros y desiertos pasillos no poseían un buen lugar para confrontaciones.

Cuando iba a cerrar la puerta, algo llamó su atención. En el suelo, junto al marco de la puerta, había un pequeño trozo de tela gris. Garion se agachó, lo recogió y lo llevó junto a una de las velas para verlo mejor. El tejido no tenía más de dos dedos de ancho y parecía haber sido arrancado del extremo de una capa gris rivana. Garion supuso que en su prisa por escapar, al asaltante se le habría enganchado la capa en la puerta y aquel fragmento de tela se habría desgarrado al intentar huir. Garion frunció el entrecejo, dio media vuelta y corrió por el corredor, deteniéndose sólo a recoger su corona y la daga de su atacante. Luego miró a su alrededor. El pasillo estaba desierto y tenía un aire amenazador. Si el desconocido atacante volvía con tres o cuatro compañeros, las cosas podían volverse muy desagradables. Teniendo en cuenta las circunstancias, lo mejor sería volver de inmediato a sus habitaciones y cerrar la puerta. Como no había nadie que pudiera presenciar su falta de dignidad, Garion levantó la falda de su túnica y corrió como un conejo hasta ponerse a salvo.

Cuando por fin llegó a su habitación, el joven se apresuró a abrir la puerta, entró a toda prisa y echó el cerrojo tras él. Luego se quedó allí, con la oreja apoyada contra la puerta, intentando oír si alguien lo seguía.

—¿Hay algún problema, Majestad?

Garion dio un salto del susto. Se giró y se encontró con su criado, que lo miraba con los ojos muy abiertos al ver las dagas en las manos del rey.

—Eh... nada —se apresuró a responder Garion, tratando de disimular su confusión—. Ayúdame a quitarme esto.

Se esforzó por desabrocharse la túnica. Tenía las manos ocupadas con las dagas y la corona. Con un gesto descuidado arrojó la corona sobre una silla cercana, guardó su

daga en la funda y luego colocó con cuidado el otro cuchillo y el trozo de tela sobre una mesa lustrosa.

El criado le ayudó a quitarse la túnica y la dobló con esmero sobre un brazo.

—¿Desea Su Majestad que me deshaga de estas cosas? —preguntó mirando con disgusto hacia la daga y el trozo de tela que había sobre la mesa.

—No —dijo Garion con firmeza. De repente tuvo una idea—: ¿Sabes dónde está mi espada? —preguntó.

—La espada de Su Majestad está en la sala del trono —respondió.

—Ésa no —dijo Garion—, la otra. La espada que traía cuando llegué.

—Supongo que podré encontrarla —respondió el criado no muy convencido.

—Hazlo —ordenó Garion—. Me gustaría tenerla a mano. Y por favor, ve a buscar a Lelldorin de Wildantor. Necesito hablar con él.

—Enseguida, Majestad —dijo el criado y salió de la habitación.

Garion cogió el cuchillo y el trozo de tela y los examinó con atención. La daga era un cuchillo normal, pesado y tosco, con el mango atado con alambre. No tenía ningún adorno ni marcas de identificación. La punta estaba un poco doblada, como resultado del choque contra la piedra. Quienquiera que fuese el que la había arrojado, lo había hecho con todas sus fuerzas. Garion experimentó una desagradable sensación en la espalda, entre las clavículas. La daga no serviría de mucho; pues sin duda habría cientos iguales en la ciudadela; pero el trozo de tela podría resultar útil. En algún lugar de la fortaleza había un hombre con la capa rasgada, y ese pequeño trozo de tela encajaría a la perfección en aquel agujero.

Una media hora más tarde llegó Lelldorin.

—¿Me mandaste llamar, Garion? —preguntó.

—Siéntate, Lelldorin —le dijo Garion a su amigo y luego esperó a que el criado saliera de la habitación—. Creo que tengo un pequeño problema —dijo mientras se repantigaba en un sillón, junto a la mesa—. Me preguntaba si podrías ayudarme.

—Ya sabes que no necesitas preguntarlo —respondió el joven asturio con seriedad.

—Esto tiene que quedar entre tú y yo —le advirtió Garion—. No quiero que lo sepa nadie más.

—Te doy mi palabra de honor —respondió de inmediato Lelldorin.

—Hace un rato, cuando venía para aquí, alguien me tiró esto —dijo Garion y le pasó la daga a su amigo haciéndola deslizar por encima de la mesa.

Lelldorin se quedó boquiabierto y sus ojos se llenaron de asombro.

—¿Traición? —preguntó.

—O bien eso o una cuestión personal —respondió Garion—. No sé de qué se trata.

—Debes avisar a tus guardias —declaró Lelldorin y se puso de pie de un salto.

—No —respondió Garion con firmeza—; si lo hago, me mantendrán encerrado. No me queda mucha libertad, y no quiero perder la poca que tengo.

—¿Has alcanzado a verlo? —le preguntó Lelldorin mientras volvía a sentarse y examinaba la daga.

—Sólo le he visto la espalda. Llevaba una de esas capas grises.

—Todos los rivanos llevan capas grises, Garion.

—Pero tenemos una pista. —Garion sacó el trozo de tela del interior de su túnica—. Después de arrojarme el cuchillo escapó por una puerta. Entonces se le enganchó la capa y se desgarró este trozo de tela.

Lelldorin examinó el tejido.

—Parece un extremo —observó.

—Lo mismo pensé yo —asintió Garion—. Si los dos mantenemos los ojos abiertos, es probable que veamos a alguien con el extremo de la capa rasgado. Luego, si podemos coger la capa, sabremos si el trozo de tela coincide con el agujero.

Lelldorin asintió con un gesto.

—Pero cuando lo encontremos, yo me ocuparé de él. Un rey no puede verse implicado en este tipo de cosas.

—Es probable que decida cambiar las leyes al respecto —dijo Garion con amargura—. No me gusta que me arrojen cuchillos. Pero primero encontremos al culpable.

—Comenzaré de inmediato —dijo Lelldorin y se apresuró a levantarse—. Si es necesario, examinaré todas las capas de Riva. Encontraremos a ese traidor, Garion, te lo prometo.

Después de aquella charla, Garion se sintió mejor; pero cuando aquella misma tarde se dirigió a las habitaciones del Guardián de Riva acompañado por un grupo de guardias, el joven rey se mostró cauteloso. Miraba a su alrededor de forma constante y su mano nunca se alejaba de la espada que llevaba a la cintura.

Encontró a Brand sentado frente a una enorme arpa. Las grandes manos del Guardián acariciaban las cuerdas del instrumento e interpretaban una clara y vibrante melodía. La cara del hombre corpulento y melancólico tenía una expresión suave y reflexiva, y Garion descubrió que la música parecía aún más hermosa por lo inaudita.

—Tocas muy bien, señor —dijo Garion con respeto cuando se apagaron las últimas notas.

—Practico mucho, Majestad —respondió Brand—. A veces, cuando toco, logro olvidar que mi esposa ya no está conmigo. —Se levantó de la silla, alzó los hombros y toda la suavidad se disipó de su rostro—. ¿En qué puedo servirlos, rey Belgarion?

Garion se aclaró la garganta con cierto nerviosismo.

—Es probable que no sepa expresarme muy bien —admitió—, pero por favor, intérpreto por el contenido y no por la forma.

—Por supuesto, Majestad.

—Yo no he elegido esto, ¿sabes? —comenzó Garion e hizo un gesto que abarcó toda la ciudadela—. Me refiero a la corona, ser rey y todo eso. Yo estaba bastante contento con la vida que llevaba.

—¿Y bien, Majestad?

—Lo que intento decir es que... Bueno, tú estabas a cargo de Riva antes de que yo llegara. —Brand asintió con un gesto grave—. Yo no quería ser rey —continuó Garion—, y de ningún modo quiero quitarte el cargo.

Brand lo miró y luego, lentamente, esbozó una sonrisa.

—Me preguntaba por qué os poníais tan nervioso cada vez que entraba en la habitación, Majestad. ¿Es eso lo que os hacía sentir incómodo? —Garion asintió en silencio—. Aún no nos conocéis, Belgarion —le dijo Brand—. Sólo habéis estado aquí poco más de un mes. Somos un pueblo extraño. Durante más de tres mil años hemos estado custodiando el Orbe, desde que Puño de Hierro vino a esta isla. Ésa es la razón de nuestra existencia y creo que por ese mismo motivo hemos perdido ese individualismo tan importante para otros hombres. ¿Sabéis por qué me llaman Brand?

—Nunca me he detenido a pensarlo —admitió Garion.

—Por supuesto tengo otro nombre —dijo Brand—, pero se supone que no debo mencionarlo. Todos los Guardianes se han llamado Brand para que nunca adquirieran un sentimiento de gloria personal. Servimos al Orbe y ése es nuestro único propósito. Para seros sincero, estoy bastante contento de que hayáis venido. Se acercaba la hora en

que tenía que elegir un sucesor, desde luego con la ayuda del Orbe, y no tenía la más remota idea de a quién escoger. Vuestra llegada me ha librado de esa tarea.

—¿Entonces podernos ser amigos?

—Creo que ya lo somos, Belgarion —respondió Brand con seriedad—. Ambos servimos al mismo amo, y eso une a los hombres.

Garion dudó y luego dijo:

—¿Lo estoy haciendo bien?

—Yo no habría actuado del mismo modo en algunas de las cosas que habéis hecho —dijo Brand tras reflexionar un momento—, pero eso es lógico. Rhodar y Anheg tampoco hacen las cosas del mismo modo. Cada uno tiene su estilo.

—Se ríen de mí, ¿verdad? Me refiero a Anheg, Rhodar y los demás. Cada vez que tomo una decisión, ellos hacen comentarios jocosos.

—Yo no me preocuparía demasiado por eso, Belgarion. Son alorn, y los alorn no se toman a los reyes muy en serio. Ya sabéis que también se ríen el uno del otro. Casi podríamos decir que mientras hagan bromas significa que las cosas van bien. Si de repente se ponen serios y formales, entonces sabréis que tenéis problemas.

—No había pensado en eso —admitió Garion.

—Con el tiempo os acostumbraréis —le aseguró Brand.

Después de su conversación con Brand, Garion se sintió mucho mejor. Salió hacia las habitaciones reales acompañado de sus guardias, pero a mitad de camino se arrepintió y fue a ver a tía Pol. Adara estaba sentada junto a tía Pol mientras ésta cosía una de las túnicas viejas de Garion. La joven se puso de pie e hizo una reverencia formal.

—Por favor, Adara —dijo él con un tono de tristeza en la voz—, no hagas eso cuando estemos solos. Ya recibo bastantes reverencias allí fuera —y señaló hacia las dependencias públicas del edificio.

—Lo que Su Majestad desee —respondió ella.

—Y no me llames así, soy sólo Garion.

Ella lo miró con una expresión de seriedad en sus ojos serenos y hermosos.

—No, primo —replicó ella—, ya nunca serás "sólo Garion". —El suspiró, pues en el fondo de su corazón sabía que era verdad—. Si me disculpáis —dijo—, tengo que ir a ver a la reina Silar. No se encuentra bien y dice que le reconforta tenerme a su lado.

—A todos nos reconforta tenerte cerca —le dijo Garion sin detenerse a pensarlo.

Ella le sonrió con afecto.

—Después de todo, es probable que aún quede alguna esperanza para él —dijo tía Pol, ocupada en la costura.

—Nunca ha sido tan malo, Polgara —dijo Adara y luego se marchó tras hacer una pequeña inclinación con la cabeza.

Garion anduvo de un lado para otro de la habitación y de repente se sentó en una silla. Aquel día habían ocurrido muchas cosas y él se sentía enfadado con el mundo entero.

Tía Pol seguía con su costura.

—¿Por qué haces eso? —le preguntó Garion por fin—. Nunca volveré a usar esa vieja túnica.

—Necesita un remiendo, cariño.

—Hay cientos de personas a tu alrededor que podrían hacerlo por ti.

—Prefiero hacerlo yo —dijo y puso la túnica a un lado—. ¿Y de qué quiere hablarme Su Majestad? —preguntó.

—¡Tía Pol! —exclamó horrorizado Garion—. Tú no.

—Entonces no me des órdenes, cariño —le aconsejó ella volviendo a coger la túnica.

Garion la miró coser durante algunos minutos, sin saber qué decir. De repente una idea extraña se cruzó por su cabeza.

—¿Por qué haces eso, tía Pol? —le preguntó esta vez con verdadera curiosidad—. Es probable que nadie use nunca esa túnica, por lo tanto estás perdiendo el tiempo.

—Es mi tiempo, cariño —le recordó ella.

Polgara alzó la vista de la costura, pero su mirada era inexpresiva. Entonces, sin dar ninguna explicación, levantó la túnica con una mano y pasó el índice de la otra por la rasgadura. Garion sintió una leve agitación y un sonido que fue sólo un murmullo. La tela se arregló sola ante sus ojos y quedó tan perfecta como si nunca se hubiera roto.

—Ya ves, los remiendos son bastante innecesarios —dijo ella.

—Entonces ¿por qué lo haces?

—Porque me gusta coser, cariño —respondió ella y con un pequeño tirón volvió a desgarrar la túnica. Luego cogió la aguja y comenzó a remendar otra vez—. La costura mantiene las manos y los ojos ocupados, pero deja la mente libre para otras cosas. Es relajante.

—A veces eres muy complicada, tía Pol.

—Sí, cariño, ya lo sé.

Garion paseó un rato por la habitación y de repente se arrodilló junto a ella, le quitó la túnica de las manos y apoyó la cabeza en su falda.

—¡Oh, tía Pol! —dijo, al borde de las lágrimas.

—¿Qué te ocurre, cariño? —le preguntó mientras le acariciaba el pelo.

—¡Me siento tan solo!

—¿Y eso es todo? —Garion levantó la cabeza y la miró con incredulidad. No se esperaba aquello—. Todo el mundo se siente solo, cariño —le explicó, atrayéndolo de nuevo hacia ella—. Apenas rozamos a los demás y luego estamos solos otra vez. Con el tiempo te acostumbrarás.

—Nadie me hablará como antes. Todos me hacen reverencias y me llaman "Majestad".

—Después de todo, eres el rey.

—Pero no quiero serlo.

—Eso está muy mal. Es el destino de nuestra familia, y tú no puedes hacer nada para evitarlo. ¿Alguien te habló alguna vez del príncipe Gared?

—Creo que no. ¿Quién era?

—Fue el único superviviente cuando los asesinos nyissanos mataron al rey Gorek y a su familia. Se escapó y se arrojó al mar.

—¿Cuántos años tenía?

—Seis. Era un niño muy valiente. Todo el mundo pensó que se había ahogado y que su cuerpo había sido arrastrado por el mar, y tu abuelo y yo alentamos esa creencia. Durante los últimos mil trescientos años hemos escondido a todos los descendientes del príncipe Gared. Generaciones enteras han vivido su vida en la oscuridad con el único propósito de que tú pudieras llegar al trono..., ¿y ahora dices que no quieres ser rey?

—Yo no conozco a ninguna de esas personas —dijo de mal humor.

Sabía que no se estaba comportando bien, pero por alguna razón no podía evitarlo.

—¿Te serviría de algo conocerlos, al menos a algunos de ellos? —La pregunta lo dejó perplejo—. Tal vez sí —decidió ella. Hizo a un lado la costura y se puso de pie haciéndole levantar también a él—. Ven conmigo —le dijo.

Lo condujo hacia la gran ventana con vistas a la ciudad. Fuera había un pequeño balcón y en un rincón, donde se había roto un canalón, el frío del otoño y el invierno había formado una lámina brillante de hielo negro que se inclinaba sobre la baranda y se extendía por el suelo del balcón. Tía Pol soltó el pestillo de la ventana y la abrió dejando entrar una ráfaga de aire helado que hizo vacilar la llama de las velas.

—Fija la vista en el hielo, Garion —le dijo señalando la lámina negra y brillante—. Míralo con atención.

El joven hizo lo que le indicaba y enseguida sintió la fuerza de la mente de Polgara.

En el hielo había algo; al principio era sólo una imagen sin forma, pero luego se hizo cada vez más visible. Por fin reconoció la figura de una mujer pálida y rubia, muy hermosa y con una cálida sonrisa en los labios. Parecía joven y sus ojos estaban fijos en la cara de Garion.

—Mi niño —susurró una voz—. Mi pequeño Garion.

Garion comenzó a temblar con violencia.

—¿Madre? —dijo boquiabierto.

—Ahora estás tan alto... —continuó el murmullo—, ya casi eres un hombre.

—Y ya es rey, Ildera —le dijo tía Pol a la voz dulce y espectral.

—Entonces él fue el elegido —dijo el fantasma de la madre de Garion con alegría—. ¡Lo sabía! Ya lo intuía cuando lo llevaba en el vientre, debajo de mi corazón.

Una segunda figura comenzó a cobrar forma junto a la primera. Era un hombre alto y joven, con cabello oscuro y una cara extrañamente familiar. Garion enseguida advirtió que se parecía a él.

—Salud, Belgarion, hijo mío —dijo la figura.

—Padre —respondió Garion sin saber qué decir.

—Te damos nuestra bendición, Garion —dijo el segundo fantasma mientras las dos figuras comenzaban a difuminarse.

—Te he vengado, padre —dijo Garion mientras la imagen de sus padres se borraba.

Le parecía importante que lo supieran, pero nunca podría estar seguro de que lo hubieran oído.

Tía Pol estaba apoyada en el marco de la ventana con una expresión de cansancio en la cara.

—¿Estás bien? —le preguntó Garion, preocupado.

—Hacer esto es muy difícil —le dijo mientras se pasaba una mano por la cara con un gesto de agotamiento.

Pero hubo otro movimiento en lo más profundo del hielo y apareció la silueta familiar de un lobo azul, el mismo que había ayudado a Belgarath en la pelea con Grul, el eldrak, en las montañas de Ulgo. El lobo se quedó mirándolos un momento, luego se transformó en un búho blanco y por último en una mujer de cabello leonado con ojos dorados. Su rostro se parecía tanto al de tía Pol que Garion no pudo evitar mirar a uno y a otro para compararlos.

—Dejaste la puerta abierta, Polgara —dijo con dulzura la mujer de ojos dorados. Su voz era cálida y suave como una noche de verano.

—Sí, madre —respondió Polgara—. La cerraré en un momento.

—Está bien, Polgara —dijo la mujer-lobo—. Así he tenido oportunidad de conocerlo. —Miró la cara de Ganon con atención—. Todavía quedan uno o dos rasgos parecidos —observó—. Los ojos y la forma de la barbilla. ¿Lo sabe ya?

—No todo, madre —respondió tía Pol.

—Tal vez sea mejor así —dijo Polendra.

Y aún otra figura emergió de las oscuras profundidades del hielo. El cabello de la segunda mujer era del color de los rayos del sol y su rostro era aún más parecido al de tía Polgara que el de Polendra.

—Polgara, querida hermana —dijo.

—Beldaran —respondió tía Pol con una voz llena de amor.

—Y Belgarion —dijo la tátaratstara abuela de Garion—. La última flor de mi amor por Riva.

—Tienes nuestra bendición, Belgarion —afirmó Polendra—. Adiós por ahora, pero recuerda que te amamos. Entonces las dos siluetas desaparecieron.

—¿Te ha ayudado algo? —preguntó tía Pol con la voz grave por la emoción y los ojos llenos de lágrimas.

Garion estaba demasiado asombrado por lo que acababa de ver y de oír como para responder, así que asintió con un gesto silencioso.

—Me alegro de que el esfuerzo no haya sido en vano —dijo Polgara—. Por favor, cierra la ventana, el invierno entero está entrando por ella.

Era el primer día de primavera y el rey Belgarion de Riva estaba terriblemente nervioso. Había esperado el cumpleaños de la princesa Ce'Nedra con creciente ansiedad, y ahora que por fin había llegado, se sentía aterrorizado. Media docena de sastres habían trabajado durante semanas en la confección de su jubón de brocado azul oscuro, pero aun así le resultaba incómodo. Le quedaba un poco estrecho en los hombros y el cuello duro le molestaba. Para colmo, mientras se movía con nerviosismo en su asiento, tuvo la sensación de que aquel día la corona de oro parecía más pesada que nunca y el trono más incómodo de lo habitual.

La sala del trono había sido decorada para la ocasión, pero ni las banderas ni las guirnaldas de pálidas flores primaverales alcanzaban a disimular el aspecto sombrío y tétrico de aquella estancia. Sin embargo, los nobles allí reunidos charlaban y bromeaban como si no ocurriera nada importante. Garion no podía evitar sentirse resentido por el cruel desinterés que demostraban hacia lo que estaba a punto de sucederle.

Tía Pol estaba de pie a la izquierda del trono, ataviada con una nueva túnica plateada y una corona de plata en la cabeza. Belgarath, vestido con un jubón verde que ya había logrado arrugar, se repantigaba con pereza a su derecha.

—No te muevas tanto, cariño —le dijo tía Pol con calma.

—Para ti es fácil —respondió Garion en tono acusatorio.

—Intenta no pensar en ello —le aconsejó Belgarath—. Dentro de un rato, todo habrá terminado.

En ese momento entró Brand por una puerta lateral, con la cara más pálida de lo habitual, y se acercó a la plataforma del trono.

—En las puertas de la ciudadela hay un nyissano, Majestad —dijo en voz baja—. Dice que es un emisario de la reina Salmisra y que quiere presenciar la ceremonia.

—Pero eso es imposible —le dijo Garion a tía Pol, asombrado por el anuncio del Guardián.

—No del todo —respondió ella—. Aunque lo más probable es que sea una farsa diplomática. Los nyissanos preferirán mantener la condición de Salmisra en secreto.

—¿Qué debo hacer? —preguntó Ganon.

—Hazlo pasar —dijo Belgarath y se encogió de hombros.

—¿Aquí? —preguntó, horrorizado, Brand—. ¿Un nyissano en la sala del trono? Belgarath, no hablas en serio.

—Garion es el Señor Supremo del Oeste, Brand —respondió el anciano—, y eso incluye a Nyissa. No creo que el pueblo de hombres serpiente nos resulte útil nunca, pero al menos seamos corteses con ellos.

La cara de Brand se crispó con una expresión de desaprobación.

—¿Cuál es la decisión de Su Majestad? —le preguntó directamente a Garion.

—Bueno... —titubeó Garion—, supongo que habrá que hacerlo pasar.

—No demuestres tus dudas, Garion —le dijo tía Pol con firmeza.

—Lo siento —se disculpó enseguida.

—Y no te disculpes —añadió ella—. Los reyes no piden perdón.

El la miró con un gesto de impotencia y luego se volvió a Brand.

—Dile al emisario de Nyissa que pase —dijo; su tono era conciliador.

—A propósito, Brand —sugirió Belgarath—, sería conveniente que nadie se exaltara demasiado por esta visita. El nyissano es un embajador, y si le sucediera algo de forma inesperada, se crearía un serio problema de protocolo.

Brand hizo un saludo bastante frío, dio media vuelta y salió de la sala.

—¿De verdad crees que era necesario decir eso, padre? —preguntó tía Pol.

— Los viejos rencores nunca mueren, Pol —respondió Belgarath—. A veces es mejor dejar las cosas claras desde el principio para que después no haya malentendidos.

Cuando el emisario de la reina serpiente entró en la sala, Garion dio un brinco de sorpresa. Era Sadi, el jefe de los eunucos del palacio de Salmisra, un hombre delgado de ojos apagados y cabeza afeitada ataviado con la típica túnica color turquesa tornasolado de los nyissanos. El eunuco se acercó al trono e hizo una sinuosa reverencia.

—Majestad Belgarion de Riva, traigo saludos de Salmisra, reina del pueblo de los hombres serpiente —entonó en su peculiar voz de contralto.

—Bienvenido, Sadi —respondió Ganon con formalidad.

—Mi reina envía su enhorabuena en este feliz día —continuó Sadi.

—Eso no es cierto, ¿verdad, Sadi? —dijo Garion con tono significativo.

—No exactamente, Majestad —admitió Sadi con total desparpajo—. Aunque estoy seguro de que si hubiésemos logrado hacerle entender lo que sucedía, lo habría hecho.

—¿Cómo está? —preguntó Garion, recordando la horrible transformación que había sufrido.

—Insoportable —respondió Sadi con suavidad—, aunque eso no es nada nuevo. Por fortuna, después de comer duerme durante una o dos semanas. La semana pasada mudó y eso la puso de pésimo humor. —Alzó la vista hacia el techo, recordando—. Fue espantoso —dijo—. Mordió a tres criados y todos murieron en el acto, por supuesto.

—¿Es venenosa? —preguntó Garion un poco sorprendido.

—Siempre ha sido venenosa, Majestad.

—No me refiero a eso.

—Perdonad mi pequeño chiste —se disculpó Sadi—. A juzgar por las reacciones de la gente a la que ha mordido, creo que es al menos diez veces más peligrosa que una cobra.

—¿Es muy desgraciada? —dijo Garion, que sentía cierta pena por la horrible trasmutación de la reina.

—Es difícil asegurarlo, Majestad —respondió Sadi con tono desapasionado—. No es fácil saber qué siente una serpiente. Cuando por fin aprendió a comunicarnos sus deseos, ya se había acostumbrado a su nueva forma. La alimentamos y la mantenemos limpia, y mientras tenga su espejo y alguien a quien morder cuando se siente agresiva, parece bastante contenta.

—¿Todavía se mira en el espejo? Creí que ya no querría hacerlo.

—Nuestra raza tiene una concepción distinta de las serpientes, Majestad —explicó Sadi—. Nos parece una criatura bastante atractiva y, después de todo, nuestra reina es una serpiente de espléndido aspecto. Su piel nueva es hermosa y Salmisra está muy orgullosa de ella. —Se volvió y le dedicó una gran reverencia a tía Pol—. Lady Polgara —la saludó.

—Sadi —respondió ella con una breve inclinación de cabeza.

—¿Puedo demostrarte la gratitud del gobierno de Su Majestad? —Tía Pol alzó una ceja con expresión inquisitiva—. Del gobierno, no de la reina. Tu... eh... digamos, tu intervención ha simplificado muchísimo las cosas en el palacio. Ya no tenemos que preocuparnos por los caprichos y curiosos apetitos de la reina. Gobernamos a través de un comité y no necesitamos envenenarnos unos a otros con tanta frecuencia. Hace meses que nadie intenta envenenarme. Las cosas en Sthiss Tor funcionan sin sobresaltos y de forma muy civilizada. —Echó una breve ojeada a Garion—. Permíteme también que te felicite por el éxito que has tenido con Su Majestad. Parece haber madurado bastante. La verdad es que la última vez que lo vi era muy inexperto.

—¿Y qué ocurrió con Issus? —preguntó Garion ignorando su último comentario.

— ¿Issus? —preguntó Sadiy se encogió de hombros—. Todavía anda por ahí, ganándose la vida como asesino a sueldo. Supongo que algún día lo encontraremos flotando cabeza abajo en el río. La gente como él suele acabar de ese modo.

De repente se oyó un súbito estruendo de trompetas detrás de las grandes puertas de la sala. Garion se sobresaltó y de inmediato se le secó la boca.

Se abrieron las enormes puertas y entraron dos columnas de soldados tolnedranos, con los petos de las armaduras tan brillantes que parecían espejos y las plumas carmesíes de sus cascos agitadas a su paso.

La inclusión de los legionarios en la ceremonia había enfurecido a Brand. Tras descubrir que Garion había accedido al pedido del embajador Valgon de traer una guardia apropiada para la princesa Ce'Nedra, el Guardián de Riva se había refugiado durante días en un frío mutismo. Brand no simpatizaba con los tolnedranos y había anhelado ver cómo el orgullo del Imperio se desmoronaba con la solitaria entrada de Ce'Nedra en la sala del trono. Por supuesto, la presencia de los legionarios estropeaba esos sueños y el desencanto y la desaprobación de Brand habían sido penosamente obvios. Garion no quería perder la amistad de Brand, pero no podía iniciar las relaciones oficiales con su futura esposa humillándola de forma pública. A Garion no le importaba admitir su falta de educación, pero no estaba dispuesto a pasar por estúpido.

Cuando Ce'Nedra entró, con su mano apoyada con suavidad en el brazo de Valgon, tenía el aspecto de una princesa imperial de la cabeza a los pies. A pesar de que los Acuerdos de Vo Mimbres disponían que debía presentarse con traje de novia, Garion no estaba preparado para la magnificencia de su atuendo. El vestido era de brocado dorado y blanco con pequeñas perlas y una larga cola que se arrastraba por el suelo. Su llameante cabellera estaba rizada en un elaborado peinado y caía sobre su hombro izquierdo como una cascada de intenso color rojo. La corona de oro templado sujetaba un corto velo que, más que ocultar su rostro, lo suavizaba otorgándole un brillo luminoso. Era menuda y perfecta, increíblemente delicada y sus ojos parecían pequeñas ágatas verdes.

Valgon y la princesa avanzaron a paso regular entre las dos columnas de altos y resplandecientes legionarios hasta llegar al frente de la sala.

Brand, con expresión grave y porte imponente, cogió el bastón de mando de manos de Bralon, su hijo mayor, y dio tres fuertes golpes en el suelo de piedra.

—Su Alteza Imperial, la princesa Ce'Nedra del Imperio de Tolnedra —dijo con voz grave y atronadora—. ¿Su Majestad desea recibirla?

—Recibiré a la princesa —afirmó Garion y se incorporó un poco en el trono.

—La princesa Ce'Nedra puede acercarse al trono —proclamó Brand.

A pesar de que sus palabras respondían al formulismo del rito, era evidente que las había elegido con gran cuidado para dejar absolutamente claro que el Imperio de Tolnedra venía al palacio del rey rivano como suplicante. Los ojos de Ce'Nedra sacaban

chispas y Garion gruñó para sus adentros. Sin embargo, la princesita caminó con suavidad hasta el sitio indicado, frente al estrado, e hizo una majestuosa reverencia, aunque en aquel gesto no hubo el menor indicio de sumisión.

—La princesa tiene permiso para hablar —prosiguió Brand con voz atronadora y por un instante Garion sintió deseos de estrangularlo.

Ce'Nedra se irguió con dignidad. La expresión de su rostro era tan fría como el mar en invierno.

—Yo, Ce'Nedra, hija de Ran Borune XXIII y princesa del Imperio de Tolnedra, me presento ante Su Majestad, el rey Belgarion de Riva, tal como lo determinan la ley y los acuerdos —declaró—. De este modo, el Imperio de Tolnedra demuestra una vez más su voluntad para cumplir con sus obligaciones estipuladas en los Acuerdos de Vo Mimbren. Que otros reinos contemplen la escrupulosa respuesta de Tolnedra y sigan su ejemplo. Declaro ante estos testigos que soy una virgen soltera de la edad apropiada. ¿Aceptarán Su Majestad tomarme como esposa?

Garion había meditado mucho su respuesta. La silenciosa voz que habitaba en su interior había sugerido una forma de evitar años y años de discordia matrimonial. El joven rey se puso de pie y dijo:

—Yo, Belgarion, rey de Riva, acepto a la princesa Ce'Nedra como esposa y reina. Y declaro, además, que ella gobernará junto conmigo Riva y cualquier otro lugar donde extienda la autoridad de nuestro trono.

Se oyeron con claridad exclamaciones de asombro de los presentes y la cara de Brand palideció. Ce'Nedra lo miró de forma inquisitiva y su expresión se suavizó un poco.

—Su Majestad es muy amable —respondió con una pequeña y graciosa reverencia. Su voz ya no reflejaba tanto enfado y dirigió una larga mirada al furioso Brand—. ¿Tengo permiso de Su Majestad para retirarme? —preguntó con dulzura.

—Como Su Alteza desee —respondió Garion y volvió a hundirse en el trono, empapado de sudor.

La princesa hizo otra reverencia, con un brillo travieso en los ojos, dio media vuelta y abandonó la sala con los legionarios marchando en orden a ambos lados.

Las puertas se cerraron tras ellos con estrépito y entre la multitud se oyeron murmullos de furia. La palabra «ultrajante» parecía ser la que más se repetía.

—¡Esto es inaudito, Majestad! —protestó Brand.

—No del todo —respondió Garion a la defensiva—. El trono de Arendia es compartido por el rey Korodullin y la reina Mayaserana —añadió y miró hacia donde estaba Mandorallen, vestido con su reluciente armadura, con una muda súplica en los ojos.

—Su Majestad dice la verdad, señor Brand —asintió Mandorallen—. Y os aseguro que nuestro reino no ha sufrido por esta singularidad en el trono.

—Aquello es Arendia —objetó Brand—, y esto es Riva. Las situaciones son muy distintas. Ningún reino alorn ha sido gobernado jamás por una mujer.

—Tal vez podríamos estudiar las ventajas de esa situación —sugirió el rey Rhodar—. Mi propia reina, por ejemplo, desempeña un papel mucho más importante en los asuntos de Drasnia que el que le ha sido asignado por tradición.

Con enorme dificultad, Brand logró recuperar su compostura, al menos en parte.

—¿Puedo retirarme, Majestad? —preguntó con la cara todavía lívida.

—Si así lo deseas... —respondió Garion en voz baja.

Las cosas no iban bien. Garion no había reparado en que las ideas conservadoras de Brand podrían constituir un obstáculo insalvable.

—Es una idea interesante, cariño —le dijo tía Pol en voz baja—. ¿Pero no crees que hubiera sido conveniente discutirla con alguien antes de hacer una declaración pública?

—¿No ayudaría a fortalecer las relaciones con Tolnedra?

—Es muy probable —admitió ella—. No digo que sea mala idea, Garion, sólo pienso que primero debiste advertir a la gente. ¿Y tú de qué te ríes? —le preguntó a Belgarath, que se apoyaba en el trono, riendo a carcajadas.

—Los miembros del culto al Oso van a tener un ataque colectivo de apoplejía —rió.

—¡Oh, no! —dijo ella con los ojos muy abiertos—. Me había olvidado de ellos.

—No les gustará mucho, ¿verdad? —preguntó Garion—. Sobre todo teniendo en cuenta que Ce'Nedra es tolnedrana.

—Puedes estar seguro de que sacarán chispas —respondió el viejo hechicero, todavía riendo.

Durante los días siguientes, las sombrías estancias de la ciudadela se llenaron de color con la presencia de visitantes y representantes oficiales que iban de un lado a otro mientras charlaban, cotilleaban y cerraban tratos en rincones apartados. Los magníficos y variados regalos que habían traído para celebrar la ocasión, colmaban varias mesas que ocupaban de punta a punta una de las paredes de la sala del trono. Garion, sin embargo, no había tenido tiempo de ir a verlos. Pasaba los días en una habitación con sus consejeros, el embajador tolnedrano y sus asistentes, discutiendo los detalles del documento oficial de compromiso. Valgon estaba encantado con la idea de Garion y pretendía sacar todas las ventajas posibles de su ruptura con la tradición. Brand, por el contrario, intentaba con desesperación añadir cláusulas y leyes que restringieran la autoridad de Ce'Nedra. Mientras los dos hombres practicaban aquel tira y afloja, Garion se pasaba cada vez más tiempo mirando por la ventana. El cielo de Riva tenía un intenso color azul y el viento empujaba las abultadas nubes blancas. La primavera salpicaba los desolados peñascos de la isla con las primeras pinceladas de verde. Por la ventana abierta el viento trajo la voz suave, aguda y clara de una pastora que cantaba a su rebaño. Aquella voz tenía una pureza innata, sin el menor indicio de timidez, como si nadie pudiera oírla en cientos de kilómetros a la redonda. Cuando las últimas notas de la canción se desvanecieron, Garion suspiró y volvió a centrar su atención en las tediosas negociaciones.

No obstante, en aquellos primeros días de primavera, la atención de Garion se encontraba dividida. Como le resultaba imposible ocuparse de encontrar al hombre que se había roto la capa, se veía obligado a confiar en Lelldorin. Pero la búsqueda del supuesto asesino parecía inflamar la imaginación del joven asturio y sus investigaciones no eran siempre fiables. Recorría la ciudadela con aire clandestino, prodigando largas y tenebrosas miradas de soslayo, y luego transmitía su falta de hallazgos con misteriosos murmullos. Es probable que dejar las cosas en manos de Lelldorin fuera un error, pero no había tenido otra elección. Cualquiera de sus otros amigos habría avisado a los demás y todo el asunto habría salido a la luz de forma irrevocable. Garion no quería que sucediera eso; no estaba en condiciones de tomar ninguna decisión con respecto a su atacante hasta que descubriera quién era y por qué le había arrojado el cuchillo. Muchas otras cosas podrían haberse visto complicadas en este asunto y sólo podía confiar en la absoluta discreción de Lelldorin, aunque dejarlo suelto por la ciudadela, con una licencia para buscar a alguien, pudiera resultar bastante peligroso. El joven asturio tenía la habilidad de convertir los asuntos más simples en verdaderas catástrofes, y eso a Garion le preocupaba tanto como la posibilidad de que otro cuchillo surgiera de entre las sombras y se clavara en su espalda.

Entre los invitados a las ceremonias de compromiso estaba Xera, la prima de Ce'Nedra, que había venido como representante personal de la reina Xantha. Aunque al

principio parecía tímida, la dríada pronto perdió su reserva, sobre todo cuando se convirtió en el centro de atención de un grupo de jóvenes nobles, prendados por su belleza.

Garion pensó que el regalo de la reina Xantha era muy extraño: dos bellotas germinadas envueltas en simples hojas de árboles. Ce'Nedra, sin embargo, pareció encantada con él; insistió en plantar las dos semillas de inmediato y corrió en dirección al pequeño jardín privado que había junto a las habitaciones reales.

—Supongo que es muy bonito —comentó Garion poco convencido mientras observaba a la princesa que de rodillas sobre la turba húmeda preparaba la tierra para albergar el regalo de Xantha.

Ce'Nedra levantó la vista de forma abrupta.

—Creo que Su Majestad no entiende el significado del regalo —dijo en el odioso tono formal con que le hablaba últimamente.

—¡Déjalo ya! —le dijo, enfadado, Garion—. Después de todo, todavía tengo un nombre... y estoy casi seguro de que no lo has olvidado.

—Si Su Majestad insiste... —respondió ella con actitud altiva.

—Su Majestad insiste. ¿Qué tienen de significativo un par de bellotas?

—No lo entenderías —dijo ella y lo miró de una forma casi compasiva.

—Sobre todo si no te molestas en explicármelo.

—Muy bien —dijo con un tono de exasperante superioridad—. Una bellota es de mi propio árbol y la otra es del árbol de Xantha.

—¿Y entonces?

—¿Ves qué estúpido es? —le dijo la princesa a su prima.

—No es una dríada, querida Ce'Nedra —respondió Xera con calma.

—Eso es obvio.

Xera se volvió hacia Garion.

— En realidad las bellotas no son un regalo de mi madre, sino de los mismos árboles.

—¿Por qué no me has dicho eso desde el principio? —le preguntó Garion a Ce'Nedra.

Ella hizo un gesto de desdén y siguió cavando.

—Mientras los brotes sean jóvenes, Ce'Nedra los mantendrá atados —continuó Xera— y crecerán juntos, abrazándose el uno al otro para formar un solo árbol. Es el símbolo dríada del matrimonio. Dos seres que se convierten en uno..., tal como sucederá contigo con Ce'Nedra.

—Eso está por verse —dijo Ce'Nedra con tono desdeñoso mientras alisaba la tierra.

—Espero que los árboles sean pacientes —suspiró Garion.

—Los árboles son muy pacientes —respondió Xera y lo condujo al otro extremo del jardín con un pequeño gesto que Ce'Nedra no alcanzó a ver—. Ella te quiere, ¿sabes? —le dijo en voz baja—. No lo admite, por supuesto, pero te quiere. La conozco lo suficiente como para saberlo.

—Entonces ¿por qué actúa de ese modo?

—No le gusta que la obliguen a hacer las cosas, eso es todo.

—No soy yo el que la obliga, así que ¿por qué la toma conmigo?

—¿Con quién más puede tomarla?

Garion no había pensado en eso. Salió del jardín en silencio. Las palabras de Xera le habían dado esperanzas de que al menos uno de sus problemas podría estar resuelto. Ce'Nedra protestaría y se enfadaría por un tiempo, pero luego —después de hacerlo

sufrir lo suficiente— se calmaría. Tal vez si hacía que sus sufrimientos parecieran más obvios, podría acelerar las cosas.

Los demás problemas no habían cambiado mucho. Todavía tenía que dirigir un ejército para enfrentarse a Torak; Belgarath no había dado muestras de que su poder siguiera intacto; y, por lo que sabía, en la ciudadela había alguien afilando un cuchillo para matarlo. El joven rey suspiró y se dirigió a sus habitaciones donde podía preocuparse en privado.

Un poco más tarde le avisaron que tía Pol quería verlo en sus habitaciones privadas. Fue hacia allí de inmediato y la encontró sentada junto al fuego, cosiendo, como siempre. Belgarath, vestido con sus ropas viejas y desaliñadas, estaba sentado al otro lado de la chimenea, en un sillón grande y cómodo, con los pies levantados y una jarra de cerveza en la mano.

—¿Querías verme, tía Pol? —preguntó Garion al entrar en la habitación.

—Sí, cariño —respondió ella—. Siéntate. —Lo miró con ojo crítico—. Todavía no tiene aspecto de rey, ¿verdad, padre?

—Dale tiempo, Pol —dijo el anciano—. Aún no lleva mucho tiempo.

—Siempre supisteis quién era yo, ¿verdad? —los acusó Garion.

—Por supuesto —respondió tía Pol con ese tono exasperante que la caracterizaba.

—Bueno, si esperabais que me comportara como un rey, debisteis habérmelo dicho. Así habría tenido tiempo de acostumbrarme.

—Tengo la impresión de que esto ya lo discutimos antes —observó Belgarath—, hace mucho tiempo. Si te detienes a pensarlo, estoy seguro de que comprenderás por qué lo hemos mantenido en secreto.

—Tal vez —dijo Garion no muy convencido—. Pero todo ha ocurrido demasiado deprisa. Todavía no me he acostumbrado a la idea de ser un hechichero y también tengo que ser rey. Esto me ha desequilibrado.

—Tú tienes capacidad de adaptación, Garion —dijo tía Pol sin dejar de mover la aguja.

—Será mejor que le des el amuleto, Pol —sugirió Belgarath—. La princesa llegará pronto.

—Iba a hacerlo ahora mismo, padre —dijo ella y apartó lo que estaba cosiendo.

—¿Qué pasa? —preguntó Garion.

—La princesa tiene un regalo para ti —dijo tía Pol—, un anillo. Es un poco ostentoso, pero compórtate como si te gustara mucho.

—¿Y yo no debería regalarle algo?

—Ya me he ocupado de eso, cariño —respondió ella y cogió de la mesa una pequeña caja forrada en terciopelo—. Le darás esto. —Y le pasó la caja.

En su interior había un amuleto de plata, un poco más pequeño que el de Garion, con la figura detallada y exacta de aquel enorme árbol que se alzaba en solitario esplendor en el centro del Valle de Aldur. Entre las ramas, se distinguía la imagen de una corona. Garion cogió el amuleto con su mano derecha para ver si irradiaba una fuerza similar a la del suyo; pero aunque pudo percibir algo extraño, no era lo mismo.

—No es como el nuestro —afirmó.

—No —respondió Belgarath—. Al menos no exactamente. Ce'Nedra no es una hechicera, así que no podría usar uno como el nuestro.

—Has dicho «no exactamente», ¿eso significa que tiene alguna clase de poder?

—Con él tendrá ciertas percepciones —respondió el anciano—, si es lo bastante paciente como para aprender a utilizarlo.

—¿A qué te refieres con la palabra «percepciones»?

—A la habilidad de ver y oír cosas que de otro modo sería incapaz de ver u oír — explicó Belgarath.

—¿Hay algo más que debería saber antes de que llegue Ce'Nedra?

—Dile que es una herencia de familia —sugirió tía Pol—. Pertenece a mi hermana, Beldaran.

—Entonces deberías conservarlo, tía Pol —objetó Garion—. Yo puedo regalarle otra cosa.

—No, cariño. Beldaran quiere que se lo des.

Aquella costumbre de tía Pol de hablar en presente de gente que había muerto hacía tiempo le resultaba desconcertante, así que no insistió.

Alguien llamó con suavidad a la puerta.

—Adelante, Ce'Nedra —respondió tía Pol.

La princesita llevaba una túnica verde lisa, abierta en el cuello, y su expresión era algo más suave.

—Acércate al fuego —le dijo tía Pol—. Las noches todavía son frías en esta época del año.

—¿Riva es siempre tan frío y húmedo? —preguntó Ce'Nedra mientras se acercaba a la chimenea.

—Estamos muy lejos de Tol Honeth —señaló Garion.

—Ya me he dado cuenta —respondió ella con su típico sarcasmo.

—Pensé que lo habitual era esperar hasta después de la boda para empezar a reñir —observó Belgarath con tono burlón—. ¿Han cambiado las reglas?

—Sólo estamos practicando, Belgarath —respondió Ce'Nedra con picardía—, nos preparamos para el futuro.

El anciano soltó una carcajada.

—Cuando te lo propones, puedes ser una muchachita adorable — le dijo.

Ce'Nedra le respondió con una pequeña reverencia burlona y luego se volvió hacia Garion:

—En Tolnedra la tradición indica que una joven debe dar un regalo valioso a su prometido antes de la boda —le informó y le enseñó un anillo pesado y muy trabajado, con varias piedras brillantes engarzadas—. Este anillo perteneció a Ran Horb II, el más grande de todos los emperadores tolnedranos. Es probable que usarlo te ayude a reinar mejor.

Garion suspiró. Iba a ser uno de esos encuentros.

—Me sentiré honrado de llevar este anillo —respondió con el tono más inofensivo posible—, y me gustaría que tú usaras esto —añadió y le entregó la cajita de terciopelo—. Pertenece a la esposa de Riva Puño de Hierro, hermana de tía Pol.

Ce'Nedra cogió la caja y la abrió.

—¡Oh, Garion! —exclamó—, ¡es precioso! —Acercó el amuleto al fuego para verlo mejor— El árbol parece tan real que casi puedes sentir la fragancia de las hojas.

—Gracias —respondió Belgarath con modestia.

—¿Lo has hecho tú? —preguntó la princesa, atónita.

El anciano asintió con la cabeza.

—Cuando Polgara y Beldaran eran pequeñas, vivíamos en el Valle. Allí no había muchos orfebres, así que yo mismo tenía que hacer los amuletos. Aldur me ayudó con los detalles más delicados.

—Este regalo no tiene precio, Garion. —La menuda joven estaba rebosante de alegría y Garion vislumbró alguna esperanza para el futuro—. Ayúdame —le ordenó; le dio los dos extremos de la cadena y con una mano apartó la masa de su cabellera roja.

—¿Aceptas el regalo, Ce'Nedra? —le preguntó tía Pol con un extraño énfasis en la voz.

—Por supuesto que sí —respondió la princesa.

—¿Sin reservas y por tu propia voluntad? —insistió tía Pol con una mirada significativa.

—Acepto el regalo, lady Polgara —respondió Ce'Nedra—. Abróchamelo, Garion, por favor. Y comprueba que el broche cierre bien, no quisiera que se soltara.

—No creo que debas preocuparte al respecto —le dijo Belgarath.

Las manos de Garion temblaban de forma imperceptible mientras abrochaba el extraño cierre, y cuando ambos extremos se unieron con un sonido apenas audible, sintió un curioso cosquilleo en los dedos.

—Coge el amuleto, Garion —le ordenó tía Pol.

Ce'Nedra levantó la barbilla y Garion cogió el medallón con su mano derecha. Luego tía Pol y Belgarath apoyaron sus manos sobre la suya y entre ellos y el amuleto de Ce'Nedra pareció pasar una extraña corriente.

—Ahora estás unida a nosotros, Ce'Nedra —dijo tía Pol en voz baja—, con un vínculo que nunca podrá romperse.

Ce'Nedra la miró con expresión de perplejidad y sus ojos se abrieron cada vez más a medida que una horrible sospecha comenzó a reflejarse en ellos.

—¡Quítamelo! —le dijo a Garion con brusquedad.

—No puede hacerlo —le informó Belgarath mientras se repantigaba en su sillón y cogía la jarra de cerveza.

Ce'Nedra comenzó a tirar de la cadena con las dos manos.

—Sólo conseguirás hacerte daño en el cuello, cariño —le advirtió tía Pol con dulzura—. La cadena no se romperá, no puede cortarse y no saldrá por la cabeza. Nunca tendrás que preocuparte por temor a perderla.

—Tú has hecho esto —le gritó la princesa, enfurecida, a Garion.

—¿Que he hecho qué?

—Ponerme esta cadena de esclava. No te bastaba con que tuviera que hacerte reverencias, también tenías que encadenarme.

—Yo no sabía nada —protestó él.

—¡Mentiroso! —le gritó ella. Luego se volvió y salió corriendo de la habitación, llorando con amargura.

Garion estaba de mal humor. La perspectiva de otro día de ceremonias y aburridas conferencias le resultaba insoportable y se había levantado temprano para escapar de las habitaciones reales antes de que el insufriblemente cortés secretario de citas llegara a organizarle todo el día con sus interminables listas. En el fondo, Garion detestaba a aquel hombre inofensivo, aunque sabía que sólo cumplía con su deber. Un rey necesitaba tener su tiempo programado y organizado, y ésa era la función del secretario de citas. Cada mañana, después de desayunar, oía unos suaves golpes en la puerta, y el secretario de citas entraba. Hacía una reverencia y luego pasaba a organizar el día del joven rey, minuto a minuto. Garion tenía la triste convicción de que, escondida en algún lugar cuidadosamente guardada, estaba la lista principal, una agenda del resto de su vida... incluido el funeral real.

Pero aquel amanecer era demasiado hermoso para pensar en engorrosas formalidades y aburridas conferencias. El sol había salido radiante del mar de los Vientos, matizando los picos de los peñascos con un suave tono rosado y las sombras de la mañana en los profundos valles encima de la ciudad eran de un brumoso color azul. El aroma de la primavera se colaba por la ventana que daba a su pequeño jardín, y Garion sintió que debía escaparse, aunque sólo fuera por una hora. Se apresuró a ponerse una túnica, calzas y botas rivanas de piel suave, eligiendo con cuidado la ropa menos suntuosa posible. Se detuvo un instante para sujetarse la espada a la cintura, y luego salió de forma clandestina de las habitaciones reales. Incluso llegó a pensar en no llevar a los guardias, pero luego decidió que era más prudente hacerlo.

Las investigaciones en torno al hombre que había intentado matarlo en el oscuro pasillo estaban en un punto muerto, pero tanto Lelldorin como Garion habían descubierto que casi todas las capas de los rivanos necesitaban remiendos. La capa gris no era una vestimenta ceremonial, sino una prenda que se echaban encima para protegerse del frío. Estaba hecha de una tela gruesa y práctica y muchas de ellas estaban en un estado deplorable. Para colmo, ahora que se acercaba la primavera los hombres dejarían de usarla y la única prueba en contra de su atacante quedaría oculta en algún armario.

Mientras caminaba de mal humor por los silenciosos pasillos de la ciudadela, con dos guardias siguiéndolo a cierta distancia, Garion meditaba sobre aquella cuestión. Sabía que el atacante no había sido un grolim, pues tía Pol habría percibido su presencia de inmediato. Tampoco le parecía posible que se tratara de un extranjero, ya que había muy pocos en la isla. Tenía que ser un rivano; pero ¿por qué razón un rivano iba a querer matar a su rey que volvía después de mil trescientos años?

Aquel problema lo dejaba perplejo, así que suspiró y permitió que sus pensamientos tomaran otro rumbo. Su mayor deseo hubiera sido ser sólo Garion, nada más. Le habría gustado despertarse en alguna posada lejana y cabalgar bajo la luz plateada del amanecer, subir solo a la cima de la colina más cercana y admirar el paisaje. Volvió a suspirar. Ahora era un personaje público y aquella libertad le estaba vedada. Tenía la triste y absoluta certeza de que nunca volvería a tener un rato para sí.

De repente, al pasar junto a una puerta abierta, oyó una voz familiar.

—El pecado se cuela en nuestras mentes en cuanto dejamos volar nuestros pensamientos —decía Relg.

Garion se detuvo e hizo un gesto a sus guardias para que guardaran silencio.

—¿Todo tiene que ser pecado? —preguntó Taiba.

Estaban juntos, como siempre. Prácticamente no se habían separado desde que Relg había rescatado a Taiba de su entierro en vida en la cueva de Rak Cthol. Garion estaba seguro de que ninguno de los dos era consciente de aquel hecho. Además, cuando no estaban juntos, en el rostro de ambos se reflejaba una expresión de inquietud. Los unía algo que iba más allá del control de cualquiera de los dos.

—El mundo está lleno de pecado —afirmó Relg—. Debemos defendernos de él de forma constante. Tenemos que resguardar con celo nuestra pureza y protegernos contra todo tipo de tentación.

—Eso sería agotador —respondió Taiba con un tono algo divertido.

—Creí que querías instrucción —la acusó Relg—. Si sólo has venido a burlarte de mí, me iré de inmediato.

—Oh, vamos, siéntate, Relg —dijo ella—. Si te ofendes por todo lo que digo, nunca llegaremos a nada.

—¿Es cierto que no sabes nada del significado de la religión? —preguntó él después de un momento, con un tono que reflejaba verdadera curiosidad.

—En las celdas de los esclavos, la palabra religión era equivalente a muerte. Significaba que iban a sacarte el corazón.

—Ésa era una perversión de los grolims. Pero ¿tú no tenías religión propia?

—Los esclavos venían de todas partes del mundo y rezaban a muchos dioses... casi siempre pidiéndoles la muerte.

—¿Y qué hay de tu propio pueblo? ¿Cuál es tu dios?

—Me dijeron que su nombre era Mara, pero no le rezábamos, pues nos abandonó.

—Los hombres no tienen derecho a juzgar a los dioses —dijo Relg con firmeza—. Tenemos la obligación de glorificarlos y rezarles, aunque no respondan a nuestras plegarias.

—¿Y cuál es el deber de los dioses para con los hombres? —preguntó ella con agudeza—. ¿Acaso un dios no puede ser tan negligente como un hombre? ¿No considerarías negligente a un dios que permite que sus hijos sean esclavizados y asesinados, o que sus hijas sean ofrecidas como recompensa a otros esclavos por complacer a sus amos, como me ocurrió a mí? —Relg se esforzó por encontrar una respuesta a aquella dolorosa pregunta—. Creo que has vivido muy aislado, Relg —le dijo ella al fanático—. Creo que tienes una idea muy limitada de los sufrimientos humanos, del tipo de cosas que los hombres les hacen a otros hombres o mujeres... con el permiso de sus dioses.

—Deberías haberte suicidado —dijo él con terquedad.

—¿Para qué?

—Para evitar la corrupción, por supuesto.

—Tú eres un verdadero ingenuo, ¿no es cierto? No me suicidé porque no estaba preparada para morir. Incluso en las celdas de los esclavos la vida puede ser dulce, Relg, y la muerte es amarga. Lo que tú llamas corrupción es algo insignificante... y no siempre desagradable.

—¡Mujer pecadora! —exclamó él.

—No te preocupes tanto por eso, Relg —le aconsejó ella—. La crueldad es un pecado y la falta de compasión también, pero esa insignificancia no creo que lo sea.

Tengo dudas sobre ti. Es posible que ese UL a quien adoras no sea tan severo e implacable como tú crees. ¿Es él quien espera de ti todas esas plegarias, rituales y humillaciones? ¿O son tu propia forma de esconderte de tu dios? ¿Acaso piensas que si rezas en voz alta y golpeas tu cabeza contra el suelo eso evitará que él vea en tu corazón? —Relg emitía sonidos ahogados—. Si nuestros dioses nos amaran de verdad, querrían que nuestras vidas estuvieran llenas de alegría —continuó ella sin piedad—, pero por alguna razón tú odias la alegría..., tal vez le tengas miedo. La felicidad no es pecado, Relg, sino una forma de amor y yo creo que los dioses la aprueban, aunque tú no lo hagas.

—Eres una depravada sin remedio.

—Quizás —admitió ella de forma casual—, pero al menos yo veo la vida tal como es. No la temo y no intento esconderme de ella.

—¿Por qué haces esto? —preguntó Relg en un tono casi trágico—. ¿Por qué me sigues todo el tiempo y te burlas de mí con la mirada?

—No lo sé —respondió ella, perpleja—. No eres muy atractivo. Desde que salimos de Rak Cthol he conocido a docenas de hombres más interesantes que tú. Al principio quería ponerte nervioso porque me tenías miedo y eso me divertía; pero luego hubo algo más. No tiene sentido, por supuesto. Tú eres lo que eres y yo soy lo que soy, pero por alguna razón tengo ganas de estar contigo. —Hizo una pausa—. Dime, Relg, y no intentes mentirme, ¿de verdad te gustaría que me fuera y no verme nunca más?

Se hizo un largo y doloroso silencio.

—Que UL me perdone —gimió por fin Relg.

Garion se alejó de la puerta en silencio. Algo que no comprendía bien comenzaba a cobrar sentido.

*«Eres tú quien está haciendo esto, ¿verdad?»*, preguntó en silencio.

*«Por supuesto»*, respondió la voz seca de su mente.

*«Pero ¿por qué esos dos?»*

*«Porque era necesario, Belgarion. Yo no hago las cosas por capricho. A todos nos obliga la necesidad, incluso a mí. En realidad lo que sucede entre Relg y Taiba no te concierne en lo más mínimo.»*

Garion se sintió algo defraudado.

*«Bueno, yo pensé...»*

*«¿Supusiste que eras mi única preocupación, que eras el centro absoluto del universo? Pues no lo eres, por supuesto. Hay otras cosas casi tan importantes y Relg y Taiba están implicados en una de esas cosas. En cambio, tu participación en ese asunto en particular es sólo tangencial.»*

*«Si los obligas a unirse, van a ser terriblemente desgraciados»*, acusó Ganon.

*«Eso no tiene la más mínima importancia. Es necesario que estén juntos. Sin embargo no tienes razón. Les llevará un tiempo acostumbrarse, pero cuando lo hagan, ambos van a ser muy felices. Después de todo la obediencia a la necesidad tiene sus recompensas.»*

Garion se esforzó por comprender aquella idea, pero por fin se dio por vencido. Sus propios problemas volvieron a ocupar sus pensamientos, como siempre que se sentía confuso, fue a buscar a tía Pol. La encontró sentada ante el fuego acogedor de sus habitaciones, mientras bebía a pequeños sorbos una aromática taza de té y contemplaba por la ventana el resplandor de la luz rosada de la mañana sobre los campos nevados, en lo alto de la ciudad.

—Te has levantado temprano —observó al verlo entrar.

—Quería hablar contigo —le dijo—, y la única forma de hacerlo es salir de la habitación antes de que aparezca el secretario con el programa del día. —Se dejó caer en un sillón—. No me dejan ni un minuto libre.

—Eres una persona importante, cariño.

—Eso no fue idea mía. —Miró por la ventana con expresión de mal humor—. El abuelo ya está bien, ¿verdad? —preguntó de repente.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Bueno, el otro día, cuando le dimos el amuleto a Ce'Nedra, ¿no hizo...?

—Casi todo provino de ti, cariño —respondió ella.

—Yo sentí otra cosa.

—Pude haber sido yo. Es algo muy sutil y ni siquiera yo podría asegurar si él participó o no.

—Tiene que haber una forma de averiguarlo.

—Sólo hay una, Garion, y es que él haga algo.

—Muy bien, vayamos con él a algún sitio y hagámosle probar... tal vez con algo poco importante.

—¿Y cómo se lo explicarás?

—¿Quieres decir que no lo sabe? —Garion se incorporó de repente en su asiento.

—Es posible que sí, pero lo dudo.

—¿No se lo has dicho?

—Por supuesto que no. Si le creamos dudas, fallará, y si falla una vez, ése será el fin.

—No lo entiendo.

—Uno de los aspectos más importantes de la hechicería es saber que va a funcionar. Si uno no tiene una certeza absoluta, fracasa. Por eso no podemos decírselo.

Garion reflexionó un momento.

—Parece lógico, pero ¿no es peligroso? ¿Qué ocurrirá si se presenta un problema apremiante, él intenta hacer algo al respecto y descubre que no puede?

—Tú y yo tendríamos que ocuparnos de eso, cariño.

—Pareces muy tranquila.

—Ponerse nerviosos no ayuda mucho, Garion.

La puerta se abrió con estrépito y la reina Layla, con el cabello enmarañado y la corona balanceándose de forma precaria sobre una oreja, irrumpió en la habitación.

—No puedo soportarlo, Polgara —afirmó furiosa—, de ningún modo. Tienes que hablar con él. Oh, perdón, Majestad —añadió la pequeña y rolliza reina al reparar en Garion—, no os había visto —dijo con una pequeña y graciosa reverencia.

—Alteza —respondió Garion poniéndose de pie enseguida y devolviéndole la reverencia.

—¿Con quién quieres que hable, Layla? —preguntó tía Pol.

—Con Anheg. Insiste en que mi pobre marido se quede con él bebiendo todas las noches. Esta mañana Fulrach está tan mareado que no puede levantar la cabeza de la almohada. Ese grandísimo pendenciero cherek está arruinando la salud de mi esposo.

—Anheg quiere a tu marido, Layla. Esa es la forma de demostrarle su amistad.

—¿No pueden ser amigos sin beber tanto?

—Hablaré con él, querida —prometió tía Pol.

La reina Layla se marchó un poco más tranquila, tras hacerle otra reverencia al joven rey.

Justo cuando Garion se disponía a volver al tema del estado de salud de Belgarath, la criada de tía Pol entró para anunciar la visita de lady Merel.

La esposa de Barak entró en la habitación con una expresión sombría en el rostro.

—Majestad —saludó con formalidad a Garion.

Garion volvió a levantarse y le respondió con una cortés reverencia. Comenzaba a cansarse de aquello.

—Necesito hablar contigo, Polgara —declaró Merel.

—Por supuesto —respondió tía Pol—. ¿Nos disculpas, Garion?

—Esperaré en la habitación contigua —ofreció él.

Salió de la sala de tía Pol, pero sin cerrar la puerta del todo. Una vez más, su curiosidad superó su buena educación.

—Todos me lo echan en cara —dijo Merel de forma abrupta, casi antes de que Garion saliera de la habitación.

—¿A qué te refieres?

—Bueno... —Merel vaciló, pero luego comenzó a hablar con resolución—, mi señor y yo no solíamos llevarnos bien —admitió.

— Eso lo sabe todo el mundo —respondió tía Pol con diplomacia.

— Ese es el problema —se quejó Merel—. Todos se ríen a mis espaldas y esperan que yo vuelva a ser la misma de antes. —Su voz adquirió un tono de firmeza—. Pues no va a suceder —afirmó—, así que pueden reírse cuanto quieran.

—Me alegra oír eso, Merel —respondió tía Pol.

—¡Oh, Polgara! —exclamó Merel con una risita involuntaria—. Parece un enorme oso peludo, pero en el fondo es muy tierno. ¿Por qué no lo habré descubierto antes? Todos estos años desperdiciados.

—Tenías que crecer, Merel —le dijo tía Pol—. A algunas personas les lleva más tiempo; eso es todo.

Después de que Merel se hubo marchado, Garion volvió y miró a tía Pol de forma inquisitiva.

—¿Siempre ha sido así? —preguntó—. Me refiero a si la gente viene a verte cuando tiene problemas.

—Sucede de vez en cuando —respondió ella—. La gente suele creer que soy muy sabia. Por lo general ya saben lo que deben hacer, así que los escucho, les doy la razón y les ofrezco un poco de apoyo inofensivo. Eso los hace felices. Cada mañana, reservo un rato de mi tiempo para estas visitas. Ellos saben que si sienten la necesidad de hablar con alguien, me encontrarán aquí. ¿Quieres un poco de té?

Garion negó con la cabeza.

—Todos esos problemas ajenos, ¿no resultan muy molestos?

—No es tan difícil, Garion —respondió ella—. Por lo general sus problemas son pequeños y domésticos y es agradable enfrentarse a conflictos que no son acuciantes. Además, no me molesta tener visitas, vengan a lo que vengan.

La siguiente visitante, sin embargo, fue la reina Islena y su problema era más serio. Garion se retiró en cuanto la doncella de tía Pol anunció que la reina de Cherek quería hablar en privado con Polgara, pero otra vez su curiosidad lo empujó a escuchar a través de la puerta de la habitación colindante.

—He hecho todo lo que he podido, Polgara —afirmó Islena—, pero Grodeg no me deja marchar.

—¿El sumo sacerdote de Belar?

—Lo sabe todo, como es natural —confirmó Islena—; sus secuaces lo ponen al tanto de todas mis imprudencias. Dice que si intento abandonar el culto del Oso se lo contará todo a Anheg. ¿Cómo he podido ser tan estúpida? Me pone entre la espada y la pared.

—¿Hasta dónde ha llegado tu imprudencia, Islena? —preguntó tía Pol con tono significativo.

—Asistí a algunas de sus ceremonias —confesó Islena—, concedí cargos en el palacio a unos pocos adeptos al culto y le pasé cierta información a Grodeg.

—¿Qué rituales, Islena?

—¡No esos, Polgara! —respondió Islena horrorizada—. Nunca me degradaría de ese modo.

—Así que todo lo que hiciste fue asistir a unas reuniones inofensivas donde la gente se disfraza con pieles de oso, emplear a algunos adeptos en palacio, donde de todos modos ya trabajan una docena o más de ellos, y hacer algunos comentarios inofensivos... Porque fueron inofensivos, ¿verdad?

—No pasé ningún secreto de Estado, si te refieres a eso —dijo la reina con solemnidad.

—Entonces Grodeg no tiene ningún poder sobre ti, Islena.

—¿Qué debo hacer, Polgara? —preguntó la reina con tono angustiado.

—Cuéntale todo a Anheg.

—¡No puedo!

—Debes hacerlo, de lo contrario Grodeg te obligará a hacer algo peor. En realidad, la situación podría ser ventajosa para Anheg. Dime, ¿qué información tienes de las actividades del culto?

—Han comenzado a crear organizaciones locales de campesinos, por ejemplo.

—Nunca habían hecho eso —musitó tía Pol—. El culto siempre había estado restringido a la nobleza y a los sacerdotes.

—No estoy segura —le dijo Islena—, pero tengo la impresión de que se están preparando para algo importante, una especie de confrontación.

—Se lo comentaré a mi padre —respondió tía Pol—, creo que querrá tomar medidas. Mientras sea un divertimento de los sacerdotes y de los nobles de rango inferior, no tendrá importancia, pero levantar a los campesinos es algo muy distinto.

—También me he enterado de otras cosas —continuó Islena—. Creo que intentan infiltrarse en el servicio de inteligencia de Rhodar. Si logran colocar a algunas personas en los puestos apropiados en Boktor, tendrían acceso a la mayoría de los secretos de Estado del Oeste.

—Ya veo. —La voz de tía Pol era fría como el hielo.

—Una vez escuché hablar a Grodeg —dijo Islena con tono de disgusto—, antes de que descubriera que yo no quería apartarme de él. Él había estado leyendo los augurios y las señales del cielo y hablaba del regreso del rey rivano. El culto toma los términos «Señor Supremo del Oeste» muy en serio. Con franqueza, creo que su objetivo fundamental es elevar a Belgarion a la posición de emperador de todo el Oeste: Aloria, Sendaria, Arendia, Tolnedra... e incluso Nyissa.

—Pero esos términos no deben interpretarse así —objetó Polgara.

—Ya lo sé —respondió Islena—, pero Grodeg quiere modificar las cosas. Es un verdadero fanático y quiere convertir a todos los habitantes del Oeste al culto de Belar... empleando las armas, si fuera necesario.

—¡Qué idiota! —se enfureció tía Pol—. Si lo intentara, comenzaría una guerra generalizada en el Oeste. Incluso podría hacer que los dioses se enfrentaran. ¿Por qué

los alorn no pueden dejar de pensar en expandirse hacia el sur? Las fronteras fueron establecidas por los mismos dioses. Creo que es hora de que alguien le plante cara a Grodeg... con firmeza. Ve a hablar con Anheg de inmediato. Cuéntaselo todo y dile que quiero verlo. Supongo que mi padre también querrá discutir este asunto con él.

—Anheg se pondrá furioso conmigo, Polgara —titubeó Islena.

—No lo creo —la tranquilizó tía Pol—. Cuando se dé cuenta de que has puesto al descubierto el plan de Grodeg, es probable que te lo agradezca. Es un motivo perfectamente respetable y la clase de cosas que una buena esposa debería hacer.

—No lo había pensado —dijo Islena más segura de sí misma—. Hubiese sido un acto de valentía, ¿verdad?

—De verdadero heroísmo, Islena —respondió tía Pol—. Ahora ve a hablar con Anheg.

—Lo haré, Polgara.

Se oyeron unas pisadas rápidas, ya seguras, y el sonido de una puerta al cerrarse.

—Garion, vuelve aquí —ordenó tía Pol con voz firme. El joven abrió la puerta—. Estabas escuchando —dijo en tono de afirmación más que de pregunta.

—Bueno...

—Tendremos que tener una charla al respecto —dijo ella—, pero esta vez no importa. Ve a buscar a tu abuelo y dile que quiero verlo de inmediato. No importa lo que esté haciendo, haz que venga ahora mismo.

—¿Pero cómo sabes que él puede hacer algo? —preguntó Garion—. Me refiero a que si ha perdido su poder...

—Hay muchas clases de poder, Garion. La hechicería es sólo uno de ellos. Ahora ve a buscarlo enseguida.

—Sí, tía Pol —respondió Garion mientras se dirigía a la puerta.

El sumo sacerdote de Belar era un hombre de aspecto imponente, de más de dos metros de altura. Tenía una larga barba gris y ojos brillantes y hundidos bajo unas encrespadas cejas negras. Había llegado de Val Alorn una semana antes, después de las interminables negociaciones que concluyeron con la elaboración del documento de compromiso. Lo acompañaba un séquito de dos docenas de guerreros de expresión severa, vestidos con pieles de oso.

—Adeptos al culto del Oso —comentó con acritud Barak a Garion y Seda mientras contemplaban la llegada del sumo sacerdote y sus hombres desde lo alto de la muralla de la ciudadela.

Los fanáticos subían los escalones que separaban la ciudadela del puerto, bajo la radiante luz del sol primaveral.

—Yo no le di permiso para que trajera soldados —protestó Garion con indignación.

—Supongo que se lo otorgó él mismo —respondió Seda—. Grodeg es especialista en tomar decisiones por su cuenta.

—Me pregunto cómo reaccionaría si lo metiera en el calabozo —dijo Garion con vehemencia—. Tengo un calabozo, ¿verdad?

—Supongo que podríamos improvisar uno —sonrió Barak—. Un buen sótano húmedo en algún lugar de la ciudad. Aunque tendrías que importar ratas, pues la isla tiene fama de no tenerlas.

—Te estás riendo de mí —lo acusó Garion y se sonrojó un poco.

—Sabes que nunca haría eso, Garion —respondió Barak mientras se mesaba la barba.

—Yo hablaría con Belgarath antes de meter a Grodeg entre rejas —sugirió Seda—. Las consecuencias políticas de esa acción podrían llegar más lejos de lo que crees. Haz lo que hagas, no permitas que Grodeg te convenza de que se queden algunos de sus hombres. Hace veinte años que intenta ganar posiciones en la isla de los Vientos y ni siquiera Brand se ha atrevido a tanto.

—¿Brand?

—¿No resulta obvio? Yo no diría que Brand es un miembro del culto, pero es evidente que les tiene simpatía.

Aquellas palabras sorprendieron mucho a Garion, incluso le hicieron sentir náuseas.

—¿Qué crees que debo hacer? —preguntó.

—No intentes jugar a la política con esa gente —respondió Barak—. Grodeg está aquí para conducir la ceremonia oficial del compromiso. Déjalo ahí.

—Sin embargo querrá hablar conmigo —dijo, preocupado, Garion—. Intentará convencerme de que dirija una invasión a los reinos del Sur para convertir a los arendianos, tolnedranos y nyissanos al culto de Belar.

—¿Quién te dijo eso? —preguntó Seda con curiosidad.

—Prefiero no decirlo —dijo Garion evasivo.

—¿Lo sabe Belgarath?

—Se lo dijo tía Pol —asintió Garion.

Seda se mordisqueó una uña con aire pensativo.

—Compórtate como un estúpido —dijo por fin.

—¿Qué?

—Simula ser un campesino palurdo que no tiene ni idea de lo que ocurre a su alrededor. Grodeg hará todo lo posible para verte a solas y sacarte concesiones. Tú límitate a sonreír y a asentir como un tonto y cada vez que te haga una propuesta manda llamar a Belgarath. Hazle pensar que eres incapaz de tomar cualquier decisión solo.

—¿No quedaré como un..., bueno....?

—¿De verdad te importa lo que piense de ti?

— Supongo que no, pero...

—Eso lo pondrá nerviosísimo —señaló Barak con una sonrisa maligna—. Creerá que eres un completo idiota..., una ciruela madura lista para arrancar del árbol. Pero se dará cuenta de que si quiere ganarte, tendrá que pelear con Belgarath. Antes de irse, se estará tirando de los pelos de frustración. —Se volvió y miró a Seda con admiración—. Es lo peor que puedes hacerle a Grodeg, ¿sabes?

—¿Verdad que sí? —dijo Seda con una risita burlona.

Los tres se miraron entre sí, sonrientes, y de repente comenzaron a reír a carcajadas.

La ceremonia oficial de compromiso tuvo lugar al día siguiente. Había habido largas negociaciones sobre quién debía entrar primero a la sala del trono, pero Belgarath encontró la solución con la sugerencia de que Garion y Ce'Nedra entraran cogidos del brazo.

—Después de todo es la preparación para la boda —había señalado—, al menos deberían dar una imagen de amistad.

A medida que se acercaba la hora, Garion se sentía más y más nervioso. La princesa le había rehuido después del incidente del amuleto y estaba casi seguro de que tendrían problemas. Pero, para su sorpresa, mientras ambos aguardaban en la pequeña antecámara que los invitados oficiales se acomodaran en la sala del trono, Ce'Nedra estaba radiante. Garion no dejaba de moverse, se arreglaba la ropa con nerviosismo e iba de un lado a otro de la habitación; pero Ce'Nedra permanecía sentada en actitud tímida, esperando pacientemente la fanfarria de trompetas que anunciaría su entrada.

—Garion —dijo después de un rato.

—¿Sí?

—¿Te acuerdas de cuando nos bañamos juntos en el Bosque de las Dríadas?

—No nos bañamos juntos —se apresuró a responder Garion ruborizándose hasta la raíz del pelo.

—Bueno, casi. —Ignoró su objeción—. ¿Te das cuenta de que Polgara intentó emparejarnos todo el tiempo mientras viajábamos? Ella sabía que iba a suceder esto, ¿verdad?

—Sí —admitió Garion.

—Así que nos obligaba a estar juntos para que sucediera algo entre nosotros.

Garion reflexionó un momento.

—Es probable que tengas razón —concluyó—. Le gusta arreglar la vida de la gente.

—¡Piensa en todas las oportunidades que perdimos! —suspiró Ce'Nedra con tristeza.

—¡Ce'Nedra! —exclamó Garion, horrorizado por su sugerencia.

Ella dejó escapar una risita maligna y luego volvió a suspirar.

—Ahora todo va a ser horriblemente oficial y no tan divertido. —La cara de Garion estaba ardiendo—. A propósito —continuó—, ¿recuerdas que aquella vez que nos bañamos juntos te pedí que me besaras? —Garion asintió con un gesto, incapaz de hablar—. Nunca recibí aquel beso —dijo con tono socarrón al tiempo que se ponía de pie y caminaba hacia él—, y me gustaría que me lo dieras ahora. —Cogió el cuello de la casaca de Garion firmemente con sus dos pequeñas manos—. Me debes un beso, Belgarion de Riva, y una buena tolnedrana siempre acaba cobrando lo que le deben —agregó con los párpados entornados y una mirada peligrosamente ardiente. En ese momento resonó un largo clamor de trompetas.

—Se supone que debemos entrar —balbuceó Garion con desesperación.

—Deja que esperen —murmuró ella mientras le rodeaba el cuello con los brazos.

Garion intentó contentarla con un beso breve y formal, pero su princesa tenía otras intenciones. Sus pequeños brazos tenían una fuerza sorprendente y sus dedos se enredaron entre los cabellos de Garion. El beso fue muy lento y a Garion le empezaron a temblar las rodillas.

—Eso es —suspiró Ce'Nedra cuando por fin lo soltó.

—Será mejor que entremos —sugirió Garion tras un nuevo toque de trompetas.

—Un momento. ¿Me has arrugado la ropa? —preguntó y se volvió para inspeccionarse mejor.

—No —respondió él—. Todo está en orden.

—La próxima vez intenta hacerlo un poco mejor —dijo la princesa y sacudió la cabeza con un gesto de desaprobación—. De lo contrario, pensaré que no me tomas en seno.

—Nunca te entenderé, Ce'Nedra.

—Ya lo sé —respondió ella con una pequeña sonrisa misteriosa y le dio una suave palmadita en la mejilla—. Y yo haré todo lo posible para que siga siendo así. ¿Entramos? Sabes que no deberíamos hacer esperar a los invitados.

—Es lo que te he dicho hace un rato.

—Entonces estábamos ocupados —declaró con un pomposo gesto de indiferencia—. Espera un momento. —Se alisó el cabello con cuidado—. Bueno, así está mejor. Ahora dame el brazo.

Garion le ofreció el brazo y la princesa apoyó su mano en él. Luego el joven rey abrió la puerta justo cuando el coro de trompetas tocaba por tercera vez. Entraron en la sala y entre la multitud se oyó un murmullo de excitación. Garion imitó los movimientos de Ce'Nedra y avanzó a paso regular, con una expresión seria y distinguida en la cara.

—No tan serio —susurró ella—. Sonríe un poco y saluda con la cabeza de vez en cuando. Es lo habitual.

—Si tú lo dices... —respondió él—. Yo no sé mucho de estas cosas.

—Lo harás muy bien —le aseguró ella.

La pareja real atravesó la sala, sonriendo y saludando a los espectadores, hasta llegar a la silla que habían colocado al frente para la princesa. Garion le sostuvo la silla, hizo una reverencia y subió al estrado para sentarse en el trono. Como era habitual, el Orbe de Aldur comenzó a brillar en cuanto se sentó; pero esta vez su luz parecía tener un tenue matiz rosado.

La ceremonia oficial comenzó con una cadenciosa invocación pronunciada por la atronadora voz del sumo sacerdote de Belar. Grodeg explotó toda la fuerza dramática de la situación.

—Es un aburrido charlatán, ¿verdad? —murmuró Belgarath desde su sitio habitual a la derecha del trono.

—¿Qué hacíais tú y Ce'Nedra allí adentro? —le preguntó tía Pol a Garion.

—Nada —respondió Garion y se ruborizó de forma notable.

—¿De veras? ¿Y os llevó todo ese tiempo? ¡Qué raro!

Grodeg había comenzado a leer las primeras cláusulas del acuerdo de compromiso, que a Garion le sonaba a pura palabrería. En varias ocasiones Grodeg paró de leer y miró a Garion con expresión severa.

—¿Su Majestad, Belgarion de Riva, aprueba este acuerdo? —preguntó todas las veces.

—Sí —respondió Garion.

—¿Su Alteza Ce'Nedra del Imperio de Tolnedra aprueba este acuerdo? —le preguntó Grodeg a la princesa.

—Sí —respondió Ce'Nedra en voz muy clara.

—¿Cómo os lleváis? —preguntó Belgarath ignorando la monótona voz del sacerdote.

—No lo sé —respondió Garion con tono de impotencia—. Nunca sé qué va a hacer al minuto siguiente.

—Así es como debe ser —le dijo tía Pol.

—Supongo que no te molestarás en explicármelo.

—No, cariño —respondió con una sonrisa tan misteriosa como la que había esbozado Ce'Nedra.

—Lo sabía —refunfuñó él.

Durante la interminable lectura del documento que lo convertiría en un prisionero para el resto de su vida, Garion meditó sobre la abierta invitación de Ce'Nedra a reñir, y cuanto más pensaba en ello, más atractiva le parecía la idea. Esperaba que la princesa se quedara allí después de la ceremonia para discutirlo en privado. Sin embargo, tras la pomposa bendición de Grodeg, todas las jóvenes de la corte rodearon a Ce'Nedra y se la llevaron a participar de su propia celebración. Por las risitas y miradas malignas que le dedicaban, Garion llegó a la conclusión de que durante aquella pequeña reunión la conversación sería muy franca, quizá picara, y que cuanto menos supiera de ella mejor.

Tal como Seda y Barak habían imaginado, el sumo sacerdote de Belar intentó varias veces hablar con Garion en privado, pero en todas las ocasiones Garion, con una expresión de absoluta ingenuidad, mandó llamar a Belgarath. Al día siguiente, Grodeg abandonó la isla con su comitiva, y para completar el tratamiento insultante hacia el furioso sacerdote, Garion insistió en acompañarlo al barco, junto con Belgarath, para despedirlo y asegurarse de que ningún adepto al culto se quedaba inadvertidamente en la isla.

—¿De quién fue esta idea? —preguntó Belgarath mientras él y Garion subían las escalinatas de regreso a la ciudadela.

—Mía y de Seda —respondió Garion con presunción.

—Debí haberlo imaginado.

—Creo que las cosas fueron muy bien —dijo Garion felicitándose a sí mismo.

—Has conseguido un peligroso enemigo, ¿sabes?

—Podemos manejarlo.

—Abusas demasiado del plural, Garion —dijo Belgarath en tono de desaprobación.

—Todos estamos metidos en esto, ¿verdad, abuelo?

Belgarath lo miró con expresión de impotencia y luego comenzó a reír.

Durante los días que siguieron a la partida de Grodeg, sin embargo, tuvieron pocas ocasiones para la risa. Una vez terminadas las ceremonias oficiales, los reyes alorns, el rey Fulrach y varios consejeros y generales se reunieron para parlamentar. El tema central de las discusiones era la guerra.

—Los últimos informes que me llegan de Cthol Murgos dicen que Taur Urgas se prepara para traer al norte los murgos de Rak Hagga en cuanto el tiempo cambie en la costa del este — les comunicó el rey Anheg.

—Da la impresión de que se están movilizand, pero siempre queda el asunto de los nadraks. Juegan su propio juego, así que se necesitan un montón de grolims para controlarlos. Los thulls sólo obedecen órdenes.

—Los thulls no le importan a nadie —observó Brand—. La clave del asunto está en cuántos malloreanos serán capaces de empezar una campaña contra nosotros.

—Han preparado una zona de estacionamiento de tropas en Thull Zelik —informó Rhodar—, pero también están esperando que cambie el tiempo en el mar del Este.

—Los malloreanos son malos marinos —musitó el rey Anheg con rostro ceñudo y aire pensativo—. No se moverán hasta el verano y navegarán cerca de la costa todo el camino hasta Thull Zelik. Necesitamos enviar una flota al mar del Este lo antes posible. Si logramos hundirles suficientes barcos y ahogar a bastantes soldados, conseguiremos que no intervengan en la guerra. Creo que tenemos que entrar a la fuerza en Gar og Nadrak. Una vez en los bosques, mis hombres pueden construir barcos. Luego bajaremos por el río Cordu hasta llegar al mar del Este.

—Vuestro plan es bueno, Majestad —aprobó Mandorallen mientras estudiaba el enorme mapa que colgaba de la pared—. Los nadraks forman el grupo menos numeroso y más alejado de las hordas del sur de Cthol Murgos.

El rey Rhodar sacudió la cabeza con obstinación.

—Ya sé que quieres salir al mar lo antes posible, Anheg —dijo—, pero me estás comprometiendo en una campaña en los bosques nadraks. Yo necesito campo abierto para maniobrar. Si atacamos a los thulls, podemos cortar directamente por la zona norte del río Mardu y por allí podrás salir al mar.

—En Mishrak ac Thull no hay tantos árboles —protestó Anheg.

—¿Por qué construir barcos con madera verde si no hay necesidad? —preguntó Rhodar—. ¿Por qué no subir por el río Aldur y luego cruzar por tierra?

—¿Pretendes que mis hombres transporten los barcos por el acantilado del Este?

Garion no quería interferir con su inexperiencia, pero la pregunta brotó de sus labios antes de que tuviera tiempo de pensarla.

—¿Ya habéis decidido dónde será la batalla final? —preguntó.

—¿A qué batalla final te refieres, Garion? —preguntó.

—Cuando nos enfrentemos cara a cara... como en Vo Mimbren.

—Si podemos evitarlo, en esta guerra no habrá un Vo Mimbren —respondió Anheg.

—La batalla de Vo Mimbren fue un error, Garion —dijo Belgarath en voz baja—. Todos lo sabíamos, pero no pudimos hacer nada para evitarlo.

—Pero ganamos, ¿verdad?

—Eso fue obra de la suerte y no se puede planear una campaña basándose en la esperanza de que la suerte nos acompañe. Nadie quiso la batalla de Vo Mimbren, ni nosotros ni Kal Torak, pero no tuvimos otra opción. Tuvimos que pelear antes de que la segunda columna angarak llegara al Oeste. Kal Torak tenía a los murgos del sur y a los malloreanos del este en reserva cerca de Rak Hagga y comenzaron a avanzar cuando él se alejó hacia el oeste, tras el sitio del fuerte. Si hubieran unido sus fuerzas a las de Kal

Torak, no habría habido hombres suficientes en todo el Oeste para enfrentarse a ellos, así que debimos luchar. Y Vo Mimbre era el campo de batalla más conveniente.

—¿Y por qué Kal Torak no se limitó a esperar a que llegaran? —preguntó Garion.

—Un ejército no puede detenerse en territorio enemigo, rey Belgarion —explicó el coronel Brendig—. Hay que estar en continuo movimiento, o los habitantes del lugar destruyen la comida o salen por la noche a matar a los soldados. Se puede perder la mitad de un ejército de ese modo.

—Kal Torak no quería el encuentro de Vo Mimbre más que cualquiera de nosotros —continuó Belgarath—. La columna de Rak Hagga quedó atrapada en una neblina primaveral en las montañas y no pudo moverse durante semanas. Al final tuvieron que volver y Kal Torak se vio obligado a luchar en Vo Mimbre sin superarnos en número y nadie en su sano juicio pelea en esas condiciones.

—Vuestra fuerza debe ser superior en un cuarto a la de vuestro adversario —asintió Mandorallen—, de lo contrario el resultado no será bueno.

—En un tercio —corrigió Barak con su voz atronadora—, o en la mitad si es posible.

—¿Entonces todo lo que haremos es dispersarnos por la mitad este del continente y librar una serie de pequeñas batallas? —preguntó Garion con expresión de incredulidad—. Eso podría llevar años, decenios... incluso siglos.

—Si es necesario así se hará —le dijo Belgarath con brusquedad—. ¿Qué esperabas, Garion? ¿Un breve paseo a caballo bajo la luz del sol, una divertida batallita, y luego regresar a casa antes del invierno? Me temo que no será así. Deberías acostumbrarte a usar la armadura y la espada, porque sin duda tendrás que vestirte así durante el resto de tu vida. Ésta será una guerra muy larga.

Las ilusiones de Garion se iban desmoronando con demasiada rapidez.

En ese momento se abrió la puerta de la sala de reuniones. Era Olban, el hijo menor de Brand, que venía a hablar con su padre. El clima se había embravecido y una tormenta de primavera se cernía sobre la isla. La capa gris de Olban estaba empapada.

Afligido por la perspectiva de años y años de campañas militares en el este, Garion miró distraídamente el charco que se formaba a los pies de Olban mientras el joven hablaba en voz baja con Brand. Luego, inducido por la costumbre, levantó la vista y se fijó en el dobladillo de la capa de Olban. En el extremo de la capa había una pequeña rasgadura y parecía faltar un trozo de tela.

Garion se quedó mirando aquel agujero delator sin terminar de comprender lo que veía, pero de repente se le heló el corazón. Tras un pequeño sobresalto, levantó la vista para observar la cara de Olban. El hijo menor de Brand tendría la misma edad que Garion, aunque era un poco más bajo y más corpulento. Su cabello era rubio claro y su rostro juvenil tenía una expresión seria y reflexiva, como era habitual entre los rivanos. Daba la impresión de que rehuía los ojos de Garion, pero no mostraba ningún otro signo de nerviosismo. Hubo un instante, sin embargo, en que sus ojos se encontraron con los del joven rey y pareció encogerse de forma imperceptible mientras la culpa se reflejaba con claridad en su mirada. Garion acababa de encontrar al hombre que había intentado matarlo.

La reunión continuó, pero Garion ya no escuchó una palabra más. ¿Qué debía hacer? ¿Estaría Brand involucrado en aquello? Era difícil saber lo que pensaba un rivano. Él confiaba en Brand, pero la vinculación del Guardián de Riva con el culto del Oso le hacía albergar dudas sobre su lealtad. ¿Estaría Grodeg detrás de todo esto?, ¿o quizás un grolim? Garion recordó al conde de Jarvik, cuya alma estaba en poder de Asharak y había organizado una rebelión en Val Alorn. ¿Habría caído Olban bajo el

hechizo del oro rojo de Angarak igual que Jarvik? Pero Riva era una isla, el único lugar del mundo donde los grolims no podían llegar. Garion descartó la posibilidad de un soborno. En primer lugar, no era propio del carácter de los rivanos; en segundo lugar, no era probable que Olban hubiera tenido oportunidad de entrar en contacto con un grolim. Con bastante amargura, Garion decidió un plan de acción.

Lelldorin, por supuesto, tendría que quedar fuera de todo aquello. El joven y vehemente asturio era incapaz de la discreción y delicadeza necesarias en este caso. Lelldorin cogería su espada y estropearía las cosas.

A última hora de la tarde, cuando la reunión acabó por ese día, Garlón fue en busca de Olban. No se hizo acompañar por ningún guardia, pero llevó su espada.

Quiso el azar que Garion se cruzara con el hijo más joven de Brand en un pasillo oscuro, no muy distinto a aquel donde había tenido lugar el intento de asesinato. Olban iba en una dirección y Garion en la contraria. La cara de Olban palideció cuando vio a su rey e hizo una gran reverencia para simular su expresión. Garion respondió con una inclinación de cabeza, como si intentara pasar sin hablarle, pero se volvió poco después de cruzarse con él.

—Olban —dijo en voz baja. El hijo de Brand se giró, con una expresión de miedo en la cara—. He notado que tienes un agujero en el extremo de la capa —dijo Garion en un tono casi neutral—. Cuando la lleves a remendar, esto te servirá. —Sacó el trozo de tela del interior de su jubón y se lo ofreció al pálido rivano. Olban lo miró con los ojos muy abiertos, sin moverse—. A

propósito —continuó Garion—, también puedes llevarte esto. Creo que se te perdió en algún sitio.

Volvió a meter la mano debajo del jubón y sacó la daga con la punta torcida.

Olban comenzó a temblar con violencia y de repente se arrojó de rodillas.

—Por favor, Majestad —rogó—, permitidme que me suicide. Si mi padre descubre lo que he hecho, se le partirá el corazón.

—¿Por qué has intentado matarme, Olban? —preguntó Garion.

—Por amor a mi padre —confesó el hijo de Brand con los ojos llenos de lágrimas—. Él era el soberano de Riva antes de que vos llegarais. Vuestra llegada lo degradó y yo no he podido soportarlo. Por favor, Majestad, no me matéis en el cadalso como a un criminal común. Dadme la daga y yo me la clavaré en el corazón aquí mismo. Ahorradle a mi padre esta última humillación.

—No digas tonterías —le dijo Garion— y levántate. Así arrodillado pareces un tonto.

—Majestad —comenzó a protestar Olban.

—¡Oh, cállate! —exclamó, irritado, Garion—. Déjame pensar un momento. —Una idea imprecisa comenzó a cobrar forma en su mente—. Muy bien —dijo por fin—, haremos lo siguiente: te llevarás el cuchillo y el trozo de tela al puerto y los arrojarás al mar y luego actuarás como si nada hubiera ocurrido.

—Majestad...

—Aún no he terminado. Ninguno de los dos volverá a mencionar este tema jamás. No quiero una histérica confesión pública y te prohíbo de forma terminante que te suicides. ¿Me entiendes, Olban? —El joven asintió en silencio—. Necesito demasiado la ayuda de tu padre como para permitir que lo distraiga una tragedia personal. Nada de esto ha ocurrido y aquí acaba todo. Coge estas cosas y desaparece de mi vista. —Le entregó el cuchillo y el trozo de tela de mal modo. De repente se sentía furioso. Las nerviosas miradas de soslayo de las últimas semanas habían sido innecesarias, inútiles—. ¡Ah!, otra cosa, Olban —añadió cuando el asustado joven se giraba para

marcharse—, no vuelvas a tirarme un cuchillo. Cuando quieras pelear conmigo, avísame y nos encontraremos en un lugar privado para hacernos pedazos, si eso es lo que quieres.

Olban se marchó sollozando.

«*¡Muy bien hecho, Belgarion!*», lo felicitó la voz.

«*¡Oh, cállate!*», respondió Garlón.

Aquella noche durmió muy poco. Tenía algunas dudas sobre la resolución que había tomado con respecto a Olban, pero en general, estaba convencido de que había actuado bien. El ataque de Olban había sido sólo un intento impulsivo por vengar la degradación que, según él, había sufrido su padre. Detrás no había ninguna conspiración. Tal vez Olban se sintiera humillado por el gesto magnánimo de Garion, pero no volvería a arrojar un cuchillo a la espalda de su rey. Lo que en realidad no lo dejaba dormir era la siniestra previsión de Belgarath sobre la guerra en que estaban a punto de embarcarse. Logró dormir un rato, casi al amanecer, pero tuvo una pesadilla y se despertó con la frente empapada de helado sudor. Acababa de verse a sí mismo, viejo y cansado, conduciendo a un patético ejército de hombres canosos y harapientos a una batalla imposible de ganar.

«*Claro que hay otra alternativa, y si dejas de ser tan terco y escuchas la descubrirás*», le aconsejó la voz de su mente cuando él se sentó de golpe y tembloroso en la cama.

—¿Qué? —preguntó Garion en voz alta—. Ah, te refieres a eso... Siento haberte hablado de ese modo. Estaba irritado, eso es todo.

«*En muchos sentidos eres como Belgarath..., muy parecido. Vuestro mal humor debe de ser hereditario.*»

—Supongo que sería lo más natural —reconoció Garion—. Has dicho que había otra alternativa. Otra alternativa ¿a qué?

«*A esta guerra que te produce pesadillas. Vístete, quiero enseñarte algo.*»

Garion se levantó de la cama y se vistió a toda prisa.

—¿Adonde vamos? —preguntó, otra vez en voz alta.

«*No muy lejos.*»

La habitación mohosa adonde aquella otra conciencia lo condujo mostraba señales de estar deshabitada. Los libros y pergaminos que abarrotaban los estantes estaban cubiertos de polvo y en los rincones colgaban telas de araña. La única vela de Garion proyectaba sombras imprecisas que parecían danzar sobre las paredes.

«*En el estante superior —le dijo la voz—, el pergamino envuelto en tela amarilla. Bájalo.*»

Garion se subió a una silla y bajó el pergamino.

—¿Qué es esto? —preguntó.

«*El Códice Mrin. Quítale el envoltorio y comienza a desenrollarlo. Yo te diré cuándo parar.*»

Garion necesitó un par de minutos para cogerle la mano al sistema de desenrollar la parte inferior del pergamino con una mano y enrollar la superior con la otra.

«*Ahí —dijo la voz—. Ese es el pasaje. Léelo.*»

Garion luchó con las palabras. La caligrafía era de trazos muy finos y Garion no alcanzaba a comprenderla bien.

—No tiene sentido —protestó.

«*El hombre que lo escribió estaba loco —se excusó la voz—, y además era un imbécil, pero era el único con quien podía trabajar. Inténtalo otra vez, en voz alta.*»

Garion leyó:

—«Mirad, llegará el día en que lo que debemos ser y lo que no debemos ser se unirán y a través de esa unión se decidirá todo lo que ha sucedido antes y lo que sucederá en el futuro. Entonces el Niño de la Luz y el Niño de las Tinieblas se enfrentarán en la tumba abierta, y las estrellas temblarán y se apagarán» —concluyó la voz de Garion—. Aún no tiene sentido —protestó.

*«Es un poco oscuro —admitió la voz—. Como ya te he dicho, el hombre que lo escribió estaba loco. Yo puse las ideas, pero él usó sus propias palabras para expresarlas.»*

—¿Quién es el Niño de la Luz? —preguntó Garion.

*«Tú. Al menos por el momento. Va cambiando.»*

—¿Yo?

*«Por supuesto.»*

—¿Entonces quién es el Niño de las Tinieblas a quien deberé enfrentarme?

*«Torak.»*

—¡Torak!

*«Pensé que a esta altura resultaría obvio. Una vez te hablé de los dos destinos que al final se encontrarían. Tú y Torak, el Niño de la Luz y el Niño de las Tinieblas, encarnan esos destinos.»*

—Pero Torak está dormido.

*«Ya no. Cuando tocaste el Orbe por primera vez, aquel contacto lo despertó. En este momento se revuelve al borde de la conciencia y su mano busca a tientas la empuñadura de Cthrek-Goru, su espada negra.»*

Garion se quedó helado.

—¿Pretendes decirme que yo tendré que luchar contra Torak solo?

*«Así sucederá, Belgarion. El universo entero se dirige hacia ese hecho. Puedes reunir un ejército, si quieres, pero ni tu ejército ni el de Torak significarán nada. Tal como dice el Códice, todo se decidirá cuando por fin os enfrentéis. Al final os encontraréis cara a cara. A eso me refería al hablar de otra opción.»*

—¿Quieres decir que yo debo ir a buscarlo solo y luego enfrentarme con él? —preguntó Garion con tono de incredulidad.

*«Sí, algo así.»*

—No pienso hacerlo.

*«Como prefieras.»*

Garion se esforzó por asimilar la idea.

—¿Si llevo un ejército, sólo conseguiré que muera un montón de gente, sin que al final haya ninguna diferencia?

*«Ni la más mínima. Al final os encontraréis tú; Torak; Cthrek-Goru, la espada de Torak, y la espada del rey rivano.»*

—¿Tengo alguna otra opción?

*«Ninguna en absoluto.»*

—¿Tengo que ir solo? —preguntó Garion sin rodeos.

*«No dice eso.»*

—¿Podría llevar a una o dos personas conmigo?

*«Eso es decisión tuya, Belgarion. Pero no olvides llevar tu espada.»*

Meditó sobre aquello durante el resto del día y al final su elección fue la más obvia. Cuando la tarde caía sobre la gris ciudad de Riva, mandó llamar a Belgarath y a Seda. Sabía que surgirían algunos problemas, pero no tenía nadie más en quien confiar. Incluso en el caso de que Belgarath hubiera perdido gran parte de su poder, su sabiduría

era tal que Garion no podía pensar en hacer nada sin consultarlo antes con el anciano. Y Seda, por supuesto, era imprescindible. Garion llegó a la conclusión de que su propio y creciente talento para la hechicería podría sufrir algunas dificultades si Belgarath fallaba, pero sin duda Seda encontraría una forma de evitar serias confrontaciones. Garion confiaba en que los tres juntos serían capaces de superar cualquier situación... hasta que encontraran a Torak. Prefería no pensar en lo que podría suceder en ese momento.

Cuando los dos hombres llegaron, el joven rey miraba por la ventana con expresión preocupada.

—¿Nos has mandado llamar? —preguntó Seda.

—Tengo que hacer un viaje —dijo Garion en voz casi inaudible.

—¿Qué es lo que te preocupa? —preguntó Belgarath—. Pareces enfermo.

—Acabo de descubrir lo que debo hacer, abuelo.

—¿Quién te lo ha dicho?

—El lo hizo.

—Tal vez sea un poco prematuro —sugirió Belgarath—. Yo pensaba esperar un tiempo más antes de decírtelo, pero supongo que sabe lo que hace.

—¿De quién habláis? —preguntó Seda.

—Garion tiene un visitante de vez en cuando —respondió el anciano—, un visitante bastante especial.

—Ésa es una respuesta muy poco precisa, viejo amigo.

—¿Estás seguro de que quieres saberlo?

—Sí —respondió Seda—. Creo que sí. Tengo la sensación de que voy a verme implicado en este asunto.

—¿Conoces la profecía?

—Claro que sí.

—Pues parece que la profecía es algo más que un anuncio del futuro. Parece ser capaz de tomar las cosas en sus manos de vez en cuando, y a veces le habla a Garion.

Seda meditó sobre aquello con los ojos entrecerrados.

—De acuerdo —dijo por fin.

—No pareces sorprendido.

—Belgarath, ya no hay nada en relación con este asunto que pueda sorprenderme —rió el hombrecillo con cara de rata.

—¿Qué te ha dicho con exactitud? —preguntó Belgarath volviéndose hacia Garion.

—Me ha enseñado el Códice Mrin. ¿Lo has leído?

—De arriba abajo y de abajo arriba... incluso de lado a lado un par de veces. ¿Qué parte te ha mostrado?

—La parte sobre el encuentro entre el Niño de la Luz y el Niño de las Tinieblas.

—¡Oh! —exclamó Belgarath—. Temía que fuera esa parte. ¿Te la ha explicado? —Garion asintió en silencio—. Bien —dijo el anciano con una mirada penetrante—, ahora sabes lo peor. ¿Qué piensas hacer al respecto?

—Me ha dado un par de opciones —dijo Garion—. Puedo esperar a que reunamos un ejército y luchemos contra los angaraks durante generaciones y generaciones. Ese es un método, ¿verdad? —Belgarath asintió con un gesto—. Pero por supuesto de ese modo morirían millones de personas para nada, ¿no es cierto? —El anciano volvió a asentir y Garion hizo una profunda inspiración—. O de lo contrario —continuó—, puedo irme solo, encontrar a Torak donde sea que esté e intentar matarlo. —Seda silbó

y abrió mucho los ojos—. Le he preguntado si podían acompañarme —añadió Garion con esperanza—, y me ha dicho que no tenía por qué ir solo.

—Gracias —dijo Belgarath con frialdad.

Seda se repantigó en un sillón cercano y se frotó su puntiaguda nariz con aire pensativo. Luego miró a Belgarath.

—Sabes que Polgara nos despellejará vivos si lo dejamos ir solo, ¿verdad?

Belgarath gruñó.

—¿Dónde dijiste que está Torak?

—En Cthol Mishrak, Malloreia.

—Nunca he estado allí.

—Yo sí... unas pocas veces. No es un lugar muy agradable.

—Quizás haya mejorado con el tiempo.

—No es muy probable.

—Tal vez deberíamos ir con él —dijo Seda y se encogió de hombros—, al menos para enseñarle el camino y orientarlo. De todos modos ya era hora de que dejara Riva. Han empezado a correr algunos rumores desagradables sobre mí.

—Es una buena época del año para viajar —admitió Belgarath con una larga y astuta mirada de soslayo a Garion.

Garion comenzó a sentirse mejor. Sabía por el tono burlón de los dos hombres que ya habían tomado la decisión de acompañarlo. No tendría que ir solo en busca de Torak y eso por ahora era suficiente. Ya tendría tiempo más adelante de preocuparse por lo demás.

—Muy bien —dijo—, ¿qué hacemos?

—Hemos de salir de Riva de forma furtiva —respondió Belgarath—. No ganaríamos nada complicándonos en largas discusiones al respecto con tu tía.

—Habla la sabiduría de los años —asintió Seda con vehemencia—. ¿Cuándo partimos? —preguntó con sus ojos de hurón muy brillantes.

—Cuanto antes mejor —dijo Belgarath—. ¿Tenías algún plan para esta noche?

—Nada que no pueda posponer.

—Muy bien. Esperaremos a que todos se hayan ido a la cama, luego cogeremos la espada de Garion y partiremos.

—¿Por dónde iremos? —le preguntó Garion.

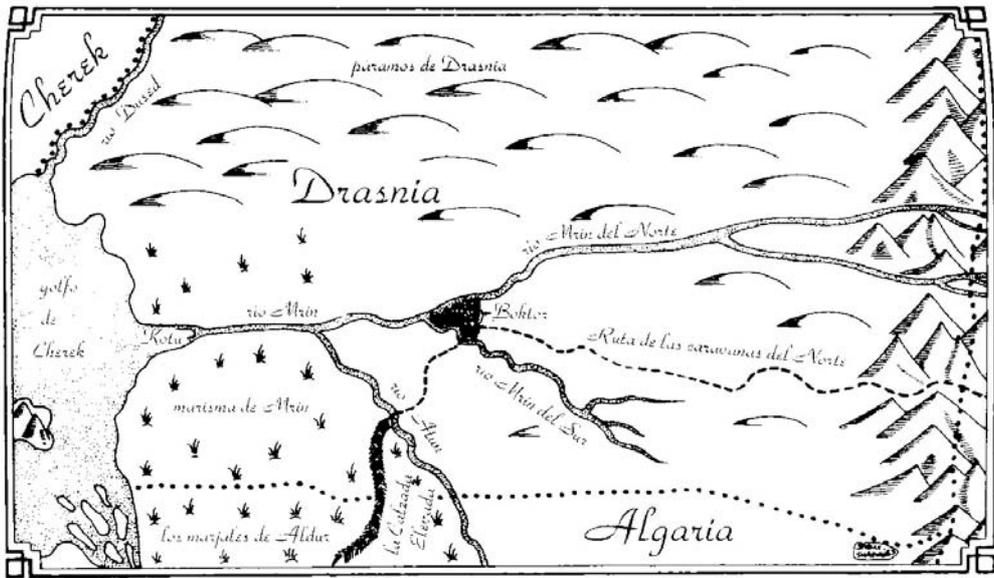
—Primero a Sendaria —respondió Belgarath—, luego cruzaremos Drasnia en dirección a Gar og Nadrak y por fin hacia el norte, por el archipiélago que conduce a Mallorca. Hay un largo camino hasta Cthol Mishrak y la tumba del Dios tuerto.

—¿Y luego?

—Luego, Garion, solucionaremos este asunto de una vez para siempre.

TERCERA PARTE

Drasnia



"Querida tía Pol —comenzaba la nota de Garion—, sé que te vas a enfadar por esto, pero no había otra forma de hacerlo. He visto el Códice Mrin y ahora sé lo que debo hacer. La..." Interrumpió la carta con gesto ceñudo.

—¿Cómo se escribe profecía? —preguntó.

Belgarath deletreó la palabra.

—No te explayes mucho —le aconsejó el anciano—. Nada de lo que digas podrá hacerla feliz, así que ve directamente al grano.

—¿No crees que debo explicarle por qué hacemos esto? —preguntó Garion, inquieto.

—Ya ha leído el Códice, Garion —respondió Belgarath—. Sabrá el motivo sin necesidad de que se lo expliques.

—También tendría que dejarle una nota a Ce'Nedra —observó Garion.

—Polgara se encargará de decirle lo que necesita saber —dijo Belgarath—. Tenemos cosas que hacer y no podemos pasarnos toda la noche escribiendo cartas.

—Nunca había escrito una carta —señaló Garion—, no es tan fácil como parece.

—Limitate a decir lo que tienes que decir —le aconsejó el anciano—. No le des tantas vueltas.

Se abrió la puerta y Seda volvió a entrar. Estaba vestido con la ropa vulgar que había usado en el viaje y llevaba dos bultos.

—Creo que esto os estará bien —dijo, dándole uno de los bultos a Belgarath y el otro a Garion.

—¿Has traído el dinero? —le preguntó el anciano.

—Lo he tomado prestado de Barak.

—Es sorprendente —respondió Belgarath—. Barak no se destaca por su generosidad.

—No le he avisado que me lo llevaba —dijo el hombrecillo con un guiño explícito—. Pensé que ahorraría tiempo si no me detenía a dar largas explicaciones. —Belgarath levantó una ceja— Tenemos prisa, ¿verdad? —preguntó Seda con expresión inocente—. Y Barak puede ser un poco pesado en asuntos de dinero.

—Ahórrate las excusas —le dijo Belgarath y se volvió hacia Garion—. ¿Ya has terminado?

—¿Qué te parece? —le preguntó Garion tras pasarle la nota.

El anciano le echó una mirada.

—Está bien —dijo—. Ahora firmala y la pondremos donde alguien pueda encontrarla mañana.

—Mañana bien tarde —sugirió Seda—. Me gustaría estar lejos del alcance de Polgara cuando descubra que nos hemos ido.

Garion firmó la nota, la dobló y escribió «Para lady Polgara» en la parte de atrás.

—La dejaremos en el trono —dijo Belgarath—. Cambiémonos de ropa y vayamos a buscar la espada.

—¿Esa espada no es demasiado voluminosa? —preguntó Seda después de que Garion y Belgarath hubieran acabado de cambiarse.

—En la antecámara hay una vaina para transportarla —respondió Belgarath mientras abría la puerta con cuidado y espiaba en el silencioso pasillo—. Tendrá que llevarla colgada a la espalda.

—Ese brillo resultará un poco ostentoso —dijo Seda.

—Cubriremos el Orbe —respondió Belgarath—. Vayámonos.

Los tres salieron al oscuro pasillo y caminaron con sigilo en la quietud de la medianoche rumbo a la sala del trono. Estuvieron a punto de chocarse con un criado soñoliento que se dirigía a la cocina, pero lograron esconderse en una habitación vacía hasta que el criado se fue. Luego siguieron adelante.

—¿Está cerrada? —murmuró Seda cuando llegaron a la puerta de la sala del trono.

Garion cogió el pomo y lo giró, sobresaltándose con el ruido de la cerradura en medio del silencio de la noche. Empujó la puerta y ésta se abrió con un crujido.

—Tienes que hacer mirar eso —susurró Seda.

El Orbe de Aldur comenzó a despedir un ligero brillo en cuanto los tres hombres entraron en la sala.

—Da la impresión de que te reconoce —le dijo Seda a Garion.

Cuando Garion cogió la espada, el Orbe brilló y llenó la sala del rey rivano con su intenso resplandor azul. Garion miró a su alrededor con nerviosismo, temiendo que alguien viera la luz y fuera a investigar.

—Para ya —riñó a la piedra, sin detenerse a pensarlo.

Tras un breve resplandor de asombro, el brillo de la piedra se apagó, convirtiéndose en una luz tenue y pulsante y la exultante canción del Orbe pasó a ser un murmullo.

Belgarath miró a su nieto con expresión de perplejidad, pero no dijo nada. Luego los condujo a una antecámara y sacó una vaina larga y plana de un estuche que estaba junto a la pared. El cinturón de la vaina estaba muy desgastado. El anciano se lo colocó a Garion, pasándolo por encima del hombro derecho y a través del pecho, de modo que la vaina, sujeta al cinturón en dos puntos distintos, se ajustaba a su espalda en diagonal. En el estuche también había un tubo tejido, algo parecido a un calcetín estrecho.

—Coloca esto encima de la empuñadura —le indicó Belgarath.

Garion cubrió la empuñadura de su enorme espada con el tubo y luego, sujetando con cuidado la espada, comenzó a meterla en la vaina. Resultaba complicado, pero ni Seda ni Belgarath se ofrecieron a ayudarlo. Los tres conocían bien el motivo. Por fin la espada quedó colocada en su sitio y, como no parecía tener peso, no resultaba incómoda. El travesaño de su empuñadura, sin embargo, sobresalía justo en la base de su nuca y le golpeaba cada vez que se movía demasiado rápido.

—No estaba pensada para llevarla encima —dijo Belgarath—. Tuvimos que improvisar.

Una vez más, los tres amigos tuvieron que atravesar los oscuros pasillos del palacio dormido y luego salieron por una puerta lateral. Seda iba delante; se movía en silencio como un gato y se escondía entre las sombras. Belgarath y Garion esperaron. Una de las ventanas que daba al patio estaba abierta, a unos seis metros de altura. Mientras aguardaban debajo, se encendió una luz tenue y una voz les habló con suavidad.

—¿Misión? —dijo.

—Sí —respondió Garion sin pensarlo dos veces—. Todo va bien. Vuelve a la cama.

—Belgarion —dijo el pequeño con un extraño tono de satisfacción—. Adiós —agregó luego con cierta melancolía y se fue.

—Esperemos que no vaya directamente a contárselo a Polgara —murmuró Belgarath.

—Creo que podemos confiar en él, abuelo. Sabía que nos íbamos y sólo quería despedirse.

—¿Podrías explicarme cómo lo sabes?

—No tengo idea —dijo Garion y se encogió de hombros—, pero lo sé.

Seda les silbó desde la puerta del patio y Belgarath y Garion lo siguieron a través de las tranquilas calles de la ciudad.

Estaban a principios de la primavera y la noche era fresca, aunque no fría. La fragancia de las altas praderas de las montañas que había detrás de Riva inundaba la ciudad y se mezclaba con el olor a turba y el aroma a sal de mar. Las estrellas sobre sus cabezas y la luna recién nacida avanzaba, pictórica, sobre el horizonte e iluminaba un brillante sendero dorado sobre el lecho del mar de los Vientos. Garion se sintió presa de aquel entusiasmo que siempre lo embargaba cuando viajaba de noche. Había estado encerrado demasiado tiempo y cada paso que daba alejándose de la aburrida tanda de citas y ceremonias lo llenaba de una impaciencia casi abrumadora.

—¡Qué bien sienta volver a viajar! —murmuró Belgarath como si le hubiera leído los pensamientos.

—¿Es siempre así? —preguntó Garion en voz muy baja—. ¿Incluso después de tantos años de hacerlo?

—Siempre —respondió Belgarath—. ¿Por qué crees que prefiero la vida de un vagabundo?

Siguieron avanzando a través de las oscuras calles de la ciudad y salieron por una pequeña poterna a los muelles que se alzaban sobre las aguas del puerto, moteadas por la luz de la luna.

El capitán Gredlik estaba bastante borracho cuando los tres amigos llegaron a su barco. El marinero trotamundos había pasado el invierno al amparo del puerto de Riva. Habían transportado el buque hasta la costa, para desguazar el fondo y calafatear las costuras de los tablones. También habían reparado el palo mayor, que se había agrietado seriamente en el viaje desde Sendaria, y colocado nuevas velas. A partir de entonces, Gredlik y sus hombres se habían pasado la mayor parte del tiempo de juerga. Cuando lo despertaron, Garion y sus amigos pudieron observar en su cara las señales de tres meses de vida disipada. Tenía los ojos vidriosos y grandes ojeras oscuras. La cara del barbudo Gredlik estaba hinchada y desmejorada.

—Tal vez mañana —gruñó cuando Belgarath le dijo que tenían que salir con urgencia de la isla—, o pasado. Creo que pasado mañana será mejor. —Belgarath le habló con más firmeza—. Mis marineros no podrían con los remos —objetó Gredlik—. Vomitarían toda la cubierta y se necesita por lo menos una semana para limpiar un desastre así.

Belgarath le dio un violento ultimátum y Gredlik se levantó de su desaliñada litera refunfuñando. Se dirigió, tambaleante, hacia donde dormía la tripulación, deteniéndose apenas un momento para vomitar con un ruido exagerado por encima de la baranda. Luego descendió a la bodega de proa, donde despertó a sus hombres con puntapiés y maldiciones.

Cuando el barco de Gredlik zarpó en silencio del puerto hacia las altas y bamboleantes olas del mar de los Vientos, la luna estaba alta y sólo faltaban unas horas para el amanecer. Cuando por fin salió el sol, ya estaban mar adentro.

El tiempo permaneció estable, a pesar de que los vientos no eran favorables, y dos días después, Gredik dejó a Garion, Seda y Belgarath en una playa desierta al norte de la desembocadura del río Seline, en la costa noroeste de Sendaria.

—No hay necesidad de que tú y tu tripulación se apresuren a volver a Riva —le dijo Belgarath a Gredik mientras bajaban del pequeño bote que los había llevado a la playa al tiempo que le entregaba una pequeña bolsa de monedas—. Estoy convencido de que tú y tu tripulación podréis encontrar una forma de divertirlos por aquí.

—Camaar es muy agradable a esta altura del año —musitó Gredik mientras sopesaba la bolsa con aire pensativo—, y allí vive una joven viuda que siempre ha sido muy simpática conmigo.

—Deberías ir a visitarla —sugirió Belgarath—. Has estado lejos durante bastante tiempo y estoy seguro de que te habrás sentido muy solo.

—Creo que lo haré —dijo Gredik con un súbito brillo en los ojos—. Buen viaje —agregó; luego hizo una seña a sus hombres y éstos comenzaron a remar en dirección al pequeño barco anclado a cientos de metros de la costa.

—¿A qué viene todo esto? —preguntó Garion.

—Quiero que pase un tiempo antes de que Polgara logre dar con Gredik —respondió el anciano—. No me gusta la idea de que nos siga. —Miró a su alrededor—. Veamos si podemos encontrar a alguien con un bote que nos lleve río arriba hasta Seline. Allí podremos comprar caballos y provisiones.

Un pescador, que comprendió enseguida que convertir su bote en transbordador le reportaría más beneficios que confiar en su suerte en los bancos de la costa noroeste, aceptó llevarlos río arriba, y cuando el sol comenzaba a ponerse, llegaron a la ciudad de Seline. Pasaron la noche en una posada confortable y a la mañana siguiente se dirigieron al mercado central. Seda se encargó de la compra de los caballos, negociando hasta el último céntimo. Garion observó que regateaba más por hábito que por verdadera necesidad. Luego compraron provisiones para el viaje, a media mañana ya estaban en camino hacia Darine, unos doscientos kilómetros más allá.

Los campos del norte de Sendaria comenzaban a revivir con ese primer verdor que anunciaba la primavera y cubría la tierra húmeda como un delicado y brumoso manto de jade. Unas pocas nubes algodonosas salpicaban el azul del cielo, y a pesar de que el viento soplaba con fuerza, el sol caldeaba el aire. El camino que se abría ante ellos se extendía a través de los campos verdes, y aunque la misión que debían cumplir era mortalmente seria, Garion sintió deseos de gritar de alegría.

Dos días después llegaron a Darine.

—¿Quieres parar y embarcar aquí? —le preguntó Seda a Belgarath mientras subían a la colma donde se habían detenido tantos meses antes con los tres carros de nabos—. Podríamos estar en el interior de Kotu dentro de una semana.

Belgarath se mesó la barba con la vista fija en la extensión del golfo de Cherek, radiante bajo el sol del atardecer.

—No lo creo —decidió y señaló los muy delgados barcos de guerra cherek que patrullaban en el límite de las aguas territoriales de Sendaria.

—Los chereks siempre están por ahí —dijo Seda—. Es probable que no tenga nada que ver con nosotros.

—Polgara es muy tenaz —dijo Belgarath—. No podrá abandonar Riva mientras haya tantos problemas allí, pero puede enviar a otros a buscarnos. Siempre que sea posible, intentemos evitar complicaciones. Seguiremos la costa del norte y luego subiremos a través de los marjales rumbo a Boktor.

—Tardaremos mucho más —protestó Seda y lo miró con una expresión de profundo disgusto.

—No tenemos tanta prisa —señaló Belgarath con suavidad—. Los alorn están comenzando a reunir sus tropas, pero aún tardarán en hacerlo y llevará bastante tiempo lograr que los arendianos marchen todos en la misma dirección.

—¿Y eso qué tiene que ver? —preguntó Seda.

—Tengo planes para ambos ejércitos y me gustaría que comenzaran a moverse antes de cruzar Gar og Nadrak, si es posible, y por supuesto antes de que llegemos a Mallorea. Podemos permitirnos el lujo de perder el tiempo intentando evitar enfrentamientos con la gente que envíe Polgara.

Por lo tanto dieron un rodeo alrededor de Darine y luego tomaron la estrecha y rocosa ruta del despeñadero, donde las espumosas olas rompían con estrépito contra las rocas de la costa norte.

Las montañas del este de Sendaria se extendían hasta el golfo de Cherek a lo largo de aquella horrible costa y el camino era accidentado: zigzagueaba, subía y bajaba de forma abrupta. Seda protestó durante cada minuto del viaje.

Garion, sin embargo, tenía otras preocupaciones. La decisión que había tomado después de leer el Códice Mrin le había parecido bastante lógica en su momento, pero ahora la lógica era un pobre consuelo. Viajaba por voluntad propia hacia Mallorea para enfrentarse a Torak en un duelo. Cuanto más pensaba en ello, más loca le parecía la idea. ¿Qué esperanza podía tener de vencer a un dios? Siguió reflexionando sobre ese asunto mientras cabalgaban a lo largo de la costa rocosa y su humor se volvió tan irritable como el de Seda.

Alrededor de una semana después, los peñascos se hicieron más bajos y la tierra menos escarpada. Desde la cima de la última colina del este, contemplaron lo que parecía ser una enorme y llana pradera, verde oscura y muy húmeda.

—Bueno, allí están —le informó Seda a Belgarath con cierta acritud.

—¿Por qué estás de tan mal humor? —le preguntó el anciano.

—Una de las razones fundamentales por las cuales me marché de Drasnia fue para evitar que alguna vez me obligaran a acercarme a los marjales —respondió Seda con brusquedad—. Y ahora tú te propones hacérmelos cruzar en toda su húmeda y pestilente extensión. Estoy amargamente decepcionado de ti, viejo amigo, y es muy posible que nunca te perdone por esto.

Mientras tanto, Garion miraba ceñudo la tierra pantanosa que se extendía a sus pies.

—Eso no es Drasnia, ¿verdad? —preguntó—. Pensé que Drasnia estaba más al norte.

—En realidad es Algaria —dijo el anciano—, el comienzo de los brezales de Aldur. Más allá de las embocaduras del río Aldur está la frontera de Drasnia. Allí lo llaman la marisma de Mrin, pero es todo el mismo pantano. Se extiende unos ciento cincuenta kilómetros más allá de Kotu, a lo largo del río Mrin.

—La mayoría de la gente se limita a llamarlos los marjales —observó Seda—, y tiene la suficiente sensatez de mantenerse lejos de ellos —añadió con un tono significativo.

—Deja de quejarte tanto —le dijo Belgarath con brusquedad—. En la costa hay pescadores. Les compraremos un bote.

—Entonces podemos ir por la costa —sugirió con un súbito brillo en los ojos.

—Eso no sería muy prudente —objetó Belgarath—, sobre todo con la flota de Anheg buscándonos por todo el golfo de Cherek.

—No sabes si están buscándonos —dijo enseguida Seda.

—Conozco a Polgara —respondió Belgarath.

—Tengo la impresión de que este viaje va a ser muy desagradable —protestó Seda.

Los pescadores de aquellas costa, reservados y recelosos de los extraños, eran una curiosa mezcla de algarios y drasnianos. Las aldeas se levantaban sobre recalzos con pilotes enterrados profundamente en el terreno pantanoso, y estaban inundadas por el extraño olor a peces muertos que suele rodear a las aldeas de pescadores de todas partes del mundo. Les llevó bastante tiempo encontrar a un hombre que estuviese dispuesto a vender su bote y mucho más aún persuadirlo de que tres caballos y unas pocas monedas de plata eran un precio justo por él.

—Tiene un agujero por donde entra el agua —anunció Seda señalando los tres centímetros de agua que habían entrado en el bote mientras lo empujaban para alejarse de la apestosa aldea.

—Todos los botes tienen filtraciones, Seda —respondió Belgarath con calma—, forma parte de su naturaleza. Saca el agua.

—Se llenará otra vez.

—Entonces la volverás a sacar. Intenta que no te gane de mano.

Los marjales se extendían hasta donde se perdía la vista, una selva de espadañas, juncos y lentas aguas oscuras. Había canales y arroyuelos y con frecuencia pequeños lagos donde era mucho más fácil avanzar. El aire era húmedo y al atardecer se llenaba de jejenes y mosquitos. Las ranas —pequeñas ranillas parlanchinas y grandes y ruidosas ranas con voz de toro, del tamaño de un plato— entonaban su canción de amor durante toda la noche. Los peces saltaban en las charcas y en los lagos, y castores y ratas almizcleras tenían sus madrigueras en las húmedas islas.

Avanzaban empujando la embarcación con una pértiga a través de un confuso laberinto de canales que señalaban las embocaduras del río Aldur y continuaban hacia el noroeste mientras la primavera se hacía cada vez más cálida. Una semana después, cruzaron la imprecisa frontera y dejaron atrás Algaria.

En una ocasión, un falso canal los hizo encallar en un banco de arena y se vieron obligados a empujar el bote con todas sus fuerzas para desencallarlos. Cuando salieron a flote otra vez, Seda se sentó en la borda con expresión de desconsuelo y contempló sus arruinadas botas que chorreaban un espeso barro dentro del agua. Cuando por fin habló, su voz reflejaba un profundo disgusto.

—Encantador —dijo—. Qué maravilla volver a casa, a la querida e inmundada Drasnia.

Aunque se trataba de un mismo y vasto terreno pantanoso, Garion tenía la impresión de que los marjales de Drasnia guardaban una ligera diferencia en relación a los del sur. Por un lado, los canales eran más estrechos y tenían más curvas. Después de dos días de avanzar con la ayuda de la pértiga, llegó a la conclusión de que estaban perdidos.

—¿Estás seguro de que sabes adonde vamos? —le preguntó a Seda.

—No tengo ni la menor idea —respondió Seda con candidez.

—Tú siempre dices que sabes ir a cualquier sitio —lo acusó Garion.

—En los marjales no hay ningún camino preciso —le dijo Seda—. Todo lo que puedes hacer es avanzar en contra de la corriente y esperar lo mejor.

—Tiene que haber una ruta —objetó Garion—. ¿Por qué no ponen señales o algo así?

—No serviría de nada. Mira.

El hombrecillo empujó con su pértiga un montecillo al parecer sólido que se asomaba por encima del agua, a un lado del bote. El montecillo se alejó muy despacio. Ganon lo contempló estupefacto.

—Es vegetación flotante —le explicó Belgarath, dejando su pértiga un momento para limpiarse el sudor de la cara—. Caen semillas y crece hierba igual que en tierra firme... pero no es firme. Los montecillos flotan hacia donde los lleva el viento o la corriente. Por eso no hay canales permanentes ni ningún camino preciso.

—No sólo los empuja el viento y la corriente —añadió Seda con expresión sombría y miró hacia donde se ponía el sol—. Será mejor que busquemos tierra firme para atracar por la noche —sugirió.

—¿Qué tal allí? —dijo Belgarath, y señaló un montecillo con arbustos algo más altos que los que lo rodeaban.

Avanzaron con las pértigas hacia el montículo de tierra que se alzaba sobre el agua y Seda le dio varios puntapiés para comprobar su solidez.

—Parece firme —confirmó. Salió del bote y subió a lo alto del montecillo, dando frecuentes golpes con los pies. La tierra respondió con un satisfactorio sonido a sólido—. Hay un trozo seco aquí arriba —informó— y una pila de madera para leña al otro lado. Podremos dormir en tierra firme, para variar, e incluso comer una comida caliente.

Subieron el bote a la cuesta del montecillo y Seda tomó insólitas precauciones para asegurarse de que quedara bien atado.

—¿No exageras un poco? —le preguntó Ganon.

—El bote no es gran cosa —respondió Seda—, pero es el único que tenemos. Mejor no correr riesgos con él.

Encendieron un fuego y montaron su única tienda mientras el sol se escondía despacio en el oeste detrás de un banco, cubriendo los marjales de un resplandor rosado. Seda sacó algunas cacerolas y comenzó a preparar la cena.

—Está demasiado caliente —le advirtió Garion al hombrecillo, que se preparaba para colocar lonchas de tocino sobre una humeante sartén de hierro.

—¿Quieres hacerlo tú?

—Sólo quería advertírtelo.

—Yo no he tenido tu suerte, Garion —respondió Seda con acritud—. Yo no he crecido en la cocina de Polgara como tú. Lo hago lo mejor que puedo.

—No tienes por qué enfadarte —dijo Garion—. Pensé que te gustaría saber que la sartén está demasiado caliente.

—Creo que podré arreglármelas sin más consejos.

—Haz lo que quieras... pero vas a quemar el tocino.

Seda lo miró con disgusto y comenzó a arrojar lonchas de tocino en la sartén. Las lonchas chisporrotearon, humearon y sus bordes se pusieron negros casi de inmediato.

—Te lo he advertido —murmuró Garion.

—Belgarath —protestó Seda—, dile que me deje en paz.

—Sal de ahí, Garion —dijo el anciano—. Seda no necesita ayuda para quemar la comida.

—Gracias —respondió Seda con sarcasmo.

La cena no fue tan desastrosa. Cuando acabaron, se sentaron junto al fuego a contemplar el crepúsculo que avanzaba tímidamente sobre los marjales. El numeroso coro de ranas comenzó a croar entre las cañas, y los pájaros, posados sobre los tallos flexibles de las espadañas, gorjeaban y picaban soñolientos. Se oían ligeros chapoteos y murmullos en el agua marrón y el gas de los pantanos emergía a la superficie en ocasionales erupciones de burbujas.

—Odio este lugar —dijo Seda con un suspiro de amargura—. Lo odio con todas mis fuerzas.

Aquella noche, Garion tuvo una pesadilla. No era la primera vez que le ocurría desde que salieran de Riva; y al sentarse, tembloroso y empapado en sudor, tuvo la seguridad de que no sería la última. No era una pesadilla nueva, sino una que le había hecho pasar muchas noches de angustia desde que era pequeño. A diferencia de otros sueños desagradables, en éste no lo perseguían ni lo amenazaban. En él veía una sola imagen: la imagen de una cara horriblemente mutilada. Aunque Garion nunca había visto a aquel hombre, sabía a ciencia cierta de quién se trataba y ahora también comprendía por qué aparecía en sus más horribles sueños.

El día siguiente amaneció nublado y con amenazas de lluvia. Mientras Belgarath apagaba el fuego y Seda buscaba algo para desayunar en los sacos, Garion se entretuvo en la contemplación del pantano que los rodeaba. Una bandada de gaviotas pasó por encima de sus cabezas en forma de V produciendo un sonido silbante con las alas y sus chillidos apagados flotaron solitarios en el aire. Un pez saltó no muy lejos del borde de un montecillo y Garion contempló las ondulaciones del agua que se ensanchaban hacia la lejana orilla. Dejó la vista fija allí un buen rato antes de alcanzar a comprender lo que estaba viendo. Primero con interés, y luego también con alarma, comenzó a mirar de un lado a otro.

—¡Abuelo! —gritó—. ¡Mira!

—¿Qué?

—Todo ha cambiado. Ya no hay más canales. Estamos en medio de una enorme charca y no hay forma de salir de ella.

Giró en redondo, en un desesperado intento de encontrar alguna salida, pero las orillas de la charca no tenían ninguna abertura. No había canales que condujeran fuera y el agua estaba completamente quieta, sin señales de corriente.

Entonces, del centro de la charca, sin provocar casi ninguna ondulación en el agua, emergió una cabeza peluda y redonda. Los ojos del animal eran muy grandes y brillantes, no tenía orejas y su pequeña nariz era negra como un botón. La bestia emitía un extraño gorjeo. De repente, otra cabeza salió del agua unos metros más allá.

—¡Criaturas de los pantanos! —exclamó Seda y sacó su espada corta con un ruido metálico.

—Oh, guarda eso —le dijo, disgustado, Belgarath—. No te harán daño.

—Nos tienen atrapados, ¿verdad?

—¿Qué es lo que quieren? —preguntó Garion.

—Su desayuno, por supuesto —respondió Seda, todavía con la espada en la mano.

—No seas estúpido, Seda —dijo Belgarath—. ¿Por qué iban a querer comer crudo a un drasniano cuando tienen un pantano lleno de peces a su disposición? Guarda esa espada.

La primera criatura que había asomado la cabeza levantó una de sus patas palmeadas e hizo un gesto imperioso. La pata guardaba un extraño parecido con una mano.

—Da la impresión de que quieren que las sigamos —dijo Belgarath con calma.

—¿Y vas a hacerlo? —Seda estaba horrorizado—. ¿Estás loco?

—¿Acaso tenemos otra opción?

Sin una palabra más, Belgarath comenzó a desmontar la tienda.

—¿Son monstruos, abuelo? —preguntó preocupado Garion mientras lo ayudaba—. ¿Cómo los algoths o los trolls?

—No, son sólo animales... como las focas o los castores. Son curiosos, inteligentes y muy juguetones.

—Pero sus juegos son muy desagradables —añadió Seda.

Una vez acomodadas todas sus pertenencias en el bote, lo empujaron al agua. Las criaturas de los pantanos los observaban con curiosidad, sin ningún indicio de amenaza o malicia en la mirada, aunque con una expresión de firme resolución en sus pequeñas caras peludas. Entonces, la orilla de la charca que parecía sólida se abrió para revelar un canal que había estado oculto durante la noche. La cara extrañamente redonda de la criatura que les había hecho un gesto avanzaba delante de ellos; les señalaba el camino y se volvía a mirar atrás a menudo para comprobar si la seguían. Varias criaturas más seguían al bote, con sus grandes ojos alerta.

Entonces rompió a llover; unas pocas gotas que enseguida se convirtieron en una llovizna continua que ensombrecía la interminable extensión de cañas y espadañas que se abría a ambos lados.

—¿Dónde crees que nos llevan? —preguntó Seda, dejando la pértiga un momento para secarse la cara empapada por la lluvia.

Una de las criaturas de los pantanos que seguían al bote emitió un chillido de disgusto hasta que el hombrecillo hundió la pértiga otra vez en el canal.

—Tendremos que esperar para averiguarlo —respondió Belgarath.

El canal continuaba abriéndose ante ellos y avanzaron a paso uniforme, siguiendo al ser de cabeza redonda que había salido en primer lugar.

—¿Eso que se ve allí son árboles? —preguntó Seda intentando ver algo a través de la brumosa llovizna.

—Eso parece —respondió Belgarath—. Sospecho que nos dirigimos allí.

El gran grupo de árboles emergió despacio de entre la bruma. Cuando se acercaron un poco más, Garion pudo ver una pequeña elevación de terreno que se alzaba entre las

cañas, sobre la superficie del agua. El bosquecillo que cubría la isla parecía formado sobre todo por sauces de ramas largas y flexibles.

La criatura que los guiaba siguió nadando, y cuando llegó a la isla, sacó medio cuerpo fuera del agua y emitió un extraño grito sibilino. Un instante después, una figura encapuchada salió de entre los árboles y se dirigió despacio hacia la orilla. Garion no sabía qué esperar, pero se quedó muy sorprendido cuando la figura de túnica marrón llegó a la orilla, se quitó la capucha y dejó al descubierto el rostro de una mujer que, aunque muy anciana, aún guardaba los radiantes rasgos de la que alguna vez habría sido una belleza extraordinaria.

—Salud, Belgarath —saludó al viejo hechicero con una voz extrañamente inexpresiva.

—Hola, Vordai —respondió él en tono informal—. Ha pasado mucho tiempo, ¿verdad?

Las pequeñas criaturas que los habían guiado a la isla salieron del agua y se reunieron en torno a la mujer de la túnica marrón. Gorgojearon y parlotearon, mientras ella las miraba con afecto y tocaba sus pieles húmedas con dulzura. Eran animales de tamaño medio, con cortas patas traseras y pequeños vientres redondeados y caminaban erguidos con un curioso y rápido arrastre de las patas traseras, con las delanteras levantadas frente a sus peludos pechos.

—Entra y protégete de la lluvia, Belgarath —dijo la mujer—. Trae a tus amigos.

Dio media vuelta y subió por el camino que conducía al bosquecillo de sauces, con las molas retozando a su lado.

—¿Qué hacemos? —murmuró Garion.

—Entrar —respondió Belgarath y se bajó del bote.

Garion no sabía bien qué esperar, mientras él y Seda seguían al anciano por el camino de sauces empapados, pero la casa de techo de paja con su pequeño jardín adyacente lo cogió totalmente desprevenido. La casa estaba construida con troncos resistentes a la intemperie, con las grietas rellenas de musgo, y un fino hilo de humo salía de la chimenea.

En la puerta, la mujer vestida de marrón se limpió los pies en una alfombrilla de juncos y sacudió el agua de su capa. Luego abrió la puerta y entró sin mirar atrás.

Seda se detuvo en la puerta con una expresión de desconfianza.

—¿Estás seguro de que es una buena idea, Belgarath? —preguntó en voz baja—. He oído muchas historias sobre Vordai.

—Es la única forma de descubrir lo que quiere —le dijo Belgarath—. Estoy casi seguro de que no podremos seguir adelante hasta que hablemos con ella. Entremos y no olvidéis limpiaros los pies.

El interior de la casa de Vordai estaba escrupulosamente limpio. Los techos eran bajos y tenían grandes vigas. El suelo de madera había sido tan pulido que estaba blanco. Delante de la chimenea con forma de arco, donde se calentaba una olla que colgaba de un soporte de hierro, había una mesa y varias sillas. Sobre la mesa había un jarrón con flores silvestres y la ventana con vista al jardín estaba cubierta por unas cortinas.

—¿Por qué no me presentas a tus amigos, Belgarath? —sugirió la mujer mientras colgaba su capa en un perchero y se alisaba la falda de su vestido marrón.

— Como quieras, Vordai —respondió el anciano con tono cortés—. Éste es el príncipe Kheldar, tu compatriota. Y éste es el rey Belgarion, de Riva.

—Unos invitados muy distinguidos —observó la mujer en aquel tono inexpresivo que la caracterizaba—. Bienvenidos a la casa de Vordai.

—Perdonadme, señora —dijo Seda con sus mejores modales—, pero no os merecéis vuestra reputación.

—¿Vordai, la bruja de los marjales? —preguntó con expresión divertida—. ¿Aún me llaman así?

Seda le devolvió la sonrisa.

—Las descripciones de la gente son engañosas, para decirlo con suavidad.

—El demonio de los marjales —dijo imitando la forma de hablar de un campesino crédulo— La reina de las criaturas de los pantanos que ahoga a los viajeros —agregó y frunció los labios con amargura.

—Eso es más o menos lo que dicen —asintió Seda—. Yo siempre creí que erais un mito inventado para asustar a los niños desobedientes.

—¡Vordai te cogerá y te comerá! —rió ella, pero en su risa no había humor—. He estado oyendo eso durante generaciones. Quitaos las capas, caballeros. Sentaos y poneos cómodos. Os quedaréis un tiempo.

Una de las criaturas —según le pareció a Garion, la que los había guiado hasta la isla— parloteaba con ella con una voz suave y aguda mientras miraba con nerviosismo la olla que estaba en el fuego.

—Sí —respondió la mujer con tranquilidad—, ya sé que está hirviendo, Tupik. Tiene que hervir, de lo contrario no se cocinará. —Entonces se volvió hacia sus invitados—. El desayuno estará listo en un momento —les dijo—. Dice Tupik que aún no habéis desayunado.

—¿Podéis comunicaros con ellos? —dijo, sorprendido, Seda.

—¿No resulta obvio, príncipe Kheldar? Permitidme que cuelgue vuestras capas junto al fuego para que se sequen. —De repente se detuvo y observó a Garion con seriedad—. Una espada tan grande para alguien tan joven —observó mirando la empuñadura que sobresalía por encima del hombro de Garion—. Déjala en un rincón, Belgarion. Aquí no hay nadie con quien pelear.

Garion inclinó la cabeza en un gesto cortés, desabrochó el cinturón de la espada y le entregó la capa a Vordai.

Otra criatura, algo más pequeña, salió de un rincón con un trapo y comenzó a secar con esmero el agua que había chorreado de las capas mientras parloteaba en tono de desaprobación.

—Tenéis que perdonar a Poppi —sonrió Vordai—. Está obsesionada con la limpieza. Creo que si la dejara sola, fregaría el suelo hasta hacerle agujeros.

—Están cambiando, Vordai —dijo Belgarath con seriedad mientras se sentaba a la mesa.

—Ya lo sé —respondió ella y se acercó a la chimenea a revolver el contenido de la burbujeante olla—. Los he estado observando durante años y ya no son iguales que cuando llegué aquí.

—Fue un error experimentar con ellos —dijo él.

—Eso dijisteis antes... tú y Polgara. A propósito, ¿cómo está ella?

—Es probable que furiosa. Nos escapamos de la ciudadela de Riva sin decirle que nos íbamos y este tipo de cosas la pone de mal humor.

—Polgara tiene mal humor desde que nació.

—En eso estamos de acuerdo.

—El desayuno está listo. —Levantó la olla con un gancho curvo de hierro y la colocó sobre la mesa. Poppi corrió hacia una alacena al otro extremo de la sala y trajo una pila de cuencos de madera. Luego regresó a buscar cucharas. Sus grandes ojos eran muy brillantes y parloteaba con seriedad a los tres visitantes.

—Dice que no tiréis migas en el suelo, pues está limpio —les explicó Vordai, mientras sacaba una humeante hogaza de pan del horno construido a un costado de la chimenea—. Las migas la ponen furiosa.

—Tendremos cuidado —prometió Belgarath.

A Garion le pareció un desayuno extraño. El guiso humeante de la olla era espeso, con verduras extrañas y grandes trozos de pescado. Sin embargo estaba condimentado con delicadeza y al joven le pareció delicioso. Cuando terminó de comer, llegó a la conclusión de que Vordai era tan buena cocinera como Polgara.

—Excelente, Vordai —la felicitó Belgarath cuando por fin puso su plato a un lado—. Ahora será mejor que vayamos al grano. ¿Por qué nos has traído aquí?

—Para hablar, Belgarath —respondió ella—. No tengo mucha compañía y una conversación es una buena forma de pasar una mañana lluviosa. ¿Por qué has venido a los marjales?

—La profecía sigue su camino, Vordai..., incluso cuando nosotros no lo hacemos. El rey rivano ha regresado y Torak se revuelve en sueños.

—Ah —dijo ella sin demostrar demasiado interés.

—El Orbe de Aldur está en la empuñadura de la espada de Belgarion. No falta mucho para el día en que el Niño de la Luz y el Niño de las Tinieblas se encuentren. Nosotros nos dirigimos a esa reunión y toda la humanidad espera las consecuencias.

—Excepto yo, Belgarath —dijo con una mirada penetrante—. El destino de la humanidad no me produce la menor curiosidad. Yo fui excluida de la humanidad hace trescientos años, tú lo recordarás.

—Esa gente lleva muchos años muerta, Vordai.

—Sus descendientes no son distintos. ¿Podría entrar a cualquier aldea de esta zona de Drasnia y decirles a sus buenos habitantes quién soy sin que me apedrearán o me quemaran?

—Los habitantes de los pueblos son iguales en todo el mundo, señora —intervino Seda—. Provincianos, estúpidos y supersticiosos. Pero no todos los hombres son iguales.

—Todos los hombres son iguales, príncipe Kheldar —objetó ella—. Cuando yo era joven, intenté preocuparme por los asuntos de mi aldea. Sólo pretendía ayudar, pero en cuanto moría una vaca o un bebé tenía dolor de barriga, me culpaban por ello. Al final me apedrearán e intentaron arrastrarme hasta la aldea para quemarme. Habían organizado una gran ceremonia; pero logré escapar y me escondí aquí, en los marjales. Después de aquello, perdí todo interés por los asuntos de los hombres.

—Quizá no debiste haber demostrado tus poderes de una forma tan evidente —le dijo Belgarath—. La gente prefiere no creer en este tipo de cosas. Hay un catálogo entero de pequeños sentimientos negativos latentes en el alma humana y cualquier cosa fuera de lo normal sugiere la posibilidad de un castigo.

—Mi pueblo tuvo oportunidad de descubrir que era algo más que una posibilidad —respondió ella con una sombría expresión de satisfacción.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Garion con curiosidad.

—Comenzó a llover —le dijo Vordai con una sonrisa extraña.

—¿Y eso es todo?

—Fue suficiente. Llovió en el pueblo durante cinco años, rey Belgarion. A cien metros de distancia de la última casa, el clima era normal, pero en el pueblo no dejaba de llover. En dos ocasiones intentaron mudarse, pero la lluvia los siguió. Por fin se rindieron y abandonaron la zona. Por lo que sé, algunos de sus descendientes siguen vagando sin rumbo.

—No habláis en serio —se burló Seda.

—Muy en serio —respondió ella con una sonrisa divertida—. Tu credulidad parece selectiva, príncipe Kheldar. Aquí estás, viajando por el mundo en compañía de Belgarath el Hechicero, cuyo poder sin duda reconocerás; pero te niegas a creer en el poder de la bruja de los marjales. —Seda se la quedó mirando fijamente—. Es cierto que soy una bruja, príncipe Kheldar. Puedo demostrártelo si lo deseas, pero no creo que te gustara mucho. Es muy raro que la gente sepa apreciarlo.

—En realidad no es necesario, Vordai —dijo Belgarath—. ¿Qué es exactamente lo que quieres?

—A eso iba, Belgarath —respondió—. Poco después de esconderme en los marjales, descubrí mis pequeños amigos. —Acarició con afecto la mejilla peluda de Poppi y el animalito refregó su hocico en la mano de Vordai con expresión de éxtasis—. Al principio me tenían miedo, pero con el tiempo perdieron la timidez. Comenzaron a traerme pescado y flores como muestra de amistad, y en aquella época yo estaba muy necesitada de amigos. Los cambié un poco en señal de gratitud.

—No debiste haberlo hecho, ¿sabes? —dijo el anciano con tono de tristeza en la voz.

—Lo que se debe o no se debe hacer ya no me preocupa —dijo ella y se encogió de hombros.

—Ni siquiera los dioses lo habrían hecho.

—Los dioses tienen otras diversiones. —Entonces lo miró directamente a los ojos—. Te he estado esperando, Belgarath... durante años. Sabía que tarde o temprano volverías a los marjales. Ese encuentro del que me hablaste es muy importante para ti, ¿verdad?

—Es el hecho más importante en la historia del mundo.

—Supongo que eso depende de cómo se mire. Pero necesitas mi ayuda.

—Creo que podemos arreglarnos solos, Vordai.

—Tal vez, pero ¿cómo piensas salir de los marjales? —Él le dirigió una mirada fulminante—. Puedo guiarte hasta tierra firme, a la orilla del pantano, o limitarme a contemplar cómo das vueltas y vueltas por los marjales para siempre; en cuyo caso el encuentro que has mencionado nunca tendrá lugar, ¿verdad? Eso me pone en una posición muy interesante, ¿no crees? —Belgarath frunció el entrecejo—. He notado que cuando los hombres se ayudan, hay siempre un intercambio de por medio —agregó con una sonrisita extraña—. Una cosa por otra, nada por nada. Parece un acuerdo razonable.

—¿Y qué habías pensado en concreto?

—Las criaturas de los pantanos son mis amigas —respondió ella—, y en cierto modo, mis hijas. Pero los hombres se interesan en estos animales por sus pieles. Los atrapan y los matan para sacarles la piel. Las mujeres distinguidas de Boktor y Kotu se visten con las pieles de mis hijos, sin preocuparse por el dolor que esto me causa. Llaman a mis hijos animales y vienen a los marjales para cazarlos.

—Son animales, Vordai —dijo él con suavidad.

—Ya no. —Sin pensarlo, Vordai rodeó los hombros de Poppi con su brazo—. Tal vez tuvieran razón al decir que no debí haberlos modificado, pero ahora es demasiado tarde para repararlo —suspiró—. Soy una bruja, Belgarath —continuó—, no una hechicera. Mi vida tiene comienzo y fin y creo que está llegando a su fin. No viviré para siempre como tú y Polgara. Ya he vivido varios cientos de años y me estoy cansando. Mientras siga aquí, puedo evitar que los hombres entren en los marjales; pero cuando yo no esté, mis hijos no tendrán quién los proteja.

—¿Y quieres que yo me ocupe de ellos?

—No, Belgarath. Tú estás demasiado ocupado, y a veces olvidas las promesas que no te interesa recordar. Quiero que hagas algo que hará que los hombres no vuelvan a pensar en las criaturas de los pantanos como animales. —Los ojos de Belgarath se llenaron de asombro al comprender lo que Vordai le pedía—. Quiero que les concedas el don de la palabra, Belgarath —dijo—. Yo no puedo hacerlo, pues mi poder no llega tan lejos. Sólo un hechicero podría hacerlas hablar.

—¡*Vordai!*

—Éste es mi precio, Belgarath. Tómallo o déjalo.

Pasaron la noche en la casa de Vordai, pero Garion durmió muy poco. El ultimátum de la bruja de los marjales le preocupaba sobremanera. Sabía que alterar la naturaleza podría producir secuelas trascendentes y que hacer lo que pretendía Vordai podría borrar para siempre la línea divisoria entre animales y humanos. Las consecuencias filosóficas y teológicas de aquel paso eran asombrosas, pero además Garion tenía otro motivo de preocupación: era muy probable que Belgarath no pudiera hacer lo que Vordai le pedía. Garion estaba casi seguro de que su abuelo no había intentado usar su poder desde la crisis de hacía algunos meses, y ahora Vordai le exigía una misión casi imposible.

¿Qué le ocurriría a Belgarath si intentara hacerlo y fallara? ¿Cómo reaccionaría ante algo así? ¿Lo embargarían las dudas, haciendo desaparecer cualquier posibilidad de recuperar su poder? Garion intentó encontrar con desesperación una forma de prevenir a su abuelo para que no sufriera aquellas terribles dudas.

Pero era imprescindible que salieran de los marjales. A pesar de que Garion había tomado la decisión de enfrentarse a Torak con bastante reticencia, ahora sabía que era su única posibilidad. Sin embargo, no podían demorar demasiado aquel encuentro. Si ellos tardaban demasiado, los acontecimientos seguirían su curso y el mundo se vería inmerso en una guerra que todos se empeñaban en evitar. La amenaza de Vordai de retenerlos en los marjales a no ser que Belgarath accediera a cumplir su voluntad, no sólo los afectaba a ellos, sino también al resto del mundo. En realidad, el destino de la humanidad estaba en las negligentes manos de Vordai. Por más que se esforzara, Garion no lograba imaginar una forma de evitar que Belgarath pusiera a prueba sus poderes. Tal vez él mismo habría podido hacer lo que pedía Vordai, aunque con reticencia, pero lo cierto es que no sabía por dónde empezar. Si alguien podía hacerlo, su abuelo era el único indicado... en el caso de que su enfermedad no lo hubiera privado de sus poderes.

Cuando amaneció sobre los brumosos marjales, Belgarath se levantó y se sentó junto a la chimenea, pensativo, con la vista fija en las llamas crepitantes y una expresión sombría en la cara.

—¿Y bien? —le preguntó Vordai—. ¿Has tomado una decisión?

—No está bien, Vordai —dijo él—. La naturaleza se rebela a gritos contra esto.

—Estoy mucho más cerca de la naturaleza que tú, Belgarath —respondió ella—. Las brujas tenemos más intimidad con ella que los hechiceros. Yo puedo sentir el cambio de las estaciones en mi propia sangre y la tierra está viva bajo mis pies. Sin embargo, no escucho ningún grito de rebelión. La naturaleza ama a todas sus criaturas y lloraría por la extinción de las criaturas de los pantanos como yo. Pero eso no viene al caso, ¿verdad? Aunque las mismísimas rocas chillaran a voz en cuello, yo no cedería. —Seda intercambió una rápida mirada con Garion. La cara del hombrecillo reflejaba tanta preocupación como la de Belgarath—. ¿Son estos seres verdaderas bestias? —continuó Vordai.

Señaló a Poppi que dormía con las garras delanteras abiertas, como pequeñas manos. Tupik entró en la casa subrepticamente con un ramo de flores del pantano

empapadas por el rocío. Con mucho esmero las colocó junto a la adormilada Poppi y puso una con suavidad en su mano abierta. Luego, con una extraña expresión de paciencia, se sentó sobre sus patas traseras a esperar que despertara.

Poppi comenzó a moverse, se estiró y bostezó. Luego se llevó la flor a su pequeña nariz negra y la olió, mientras contemplaba con ternura al expectante Tupik. Entonces emitió un gritito de alegría y los dos se fueron retozando a tomar un baño matinal en las frescas aguas del pantano.

—Es un ritual amoroso —explicó Vordai—. Tupik quiere que Poppi sea su compañera, y mientras siga aceptando sus regalos, él sabrá que ella lo quiere. El ritual continuará durante algún tiempo y luego ambos se irán nadando al pantano y permanecerán allí una semana. Cuando regresen, serán pareja por el resto de sus vidas. ¿Es un comportamiento muy distinto al de los jóvenes humanos? —Aquella pregunta perturbó mucho a Garion, aunque él mismo no podía comprender por qué—. Mirad —dijo Vordai y señaló al otro lado de la ventana, donde jugaba un grupo de jóvenes criaturas, casi cachorros. Habían fabricado una pelota con musgo y se la pasaban en círculo, con las miradas atentas al juego—. ¿No creéis que cualquier niño humano podría unirse al juego sin sentirse fuera de lugar? —insistió Vordai. No muy lejos de aquel grupo había una hembra acunando a su cría con la mejilla pegada a la de su pequeño—. ¿Acaso la maternidad no es un sentimiento universal? —preguntó Vordai—. ¿En qué se diferencian mis hijos de los humanos? Quizá sólo en que son más decentes, más buenos, honestos y cariñosos los unos con los otros.

—¡Muy bien, Vordai! —suspiró Belgarath—. Ya te has explicado bien. Reconozco que es posible que las criaturas de los pantanos sean mejores que los seres humanos. No creo que el uso de la palabra vaya a ayudarlas, pero si eso es lo que quieres... —dijo y se encogió de hombros.

—¿Entonces lo harás?

—Sé que está mal, pero lo intentaré. En realidad, no me dejas otra opción, ¿verdad?

—No —respondió ella—, no la tienes. ¿Necesitas algo? Tengo todos los instrumentos y polvos tradicionales.

—La hechicería no funciona así —dijo Belgarath y meneó la cabeza—. En brujería hay que convocar a los espíritus, pero la fuerza de la hechicería procede del interior de la persona. Algún día, si tenemos tiempo, te explicaré la diferencia. —Se puso de pie—. Supongo que no hay ninguna posibilidad de que cambies de idea, ¿verdad?

—No, Belgarath —respondió ella y su expresión se endureció.

—De acuerdo, Vordai —volvió a suspirar Belgarath—. Volveré dentro de un momento.

Belgarath salió de la casa y se perdió en la húmeda neblina de la mañana.

En medio del silencio que siguió a su partida, Garion observó con atención a Vordai con la esperanza de descubrir alguna señal de que su determinación no fuera tan férrea como parecía. Por un momento se le ocurrió que si fuera por la ciega obstinación de la anciana, tal vez podría explicarle la situación y convencerla de que cambiara de idea. La bruja de los marjales iba con nerviosismo de un lado a otro de la habitación, recogiendo cosas con aire ausente y volviéndolas a colocar en su sitio. Parecía incapaz de concentrar su atención en algo durante más de un segundo.

—Esto podría acabar con él, ¿sabes? —le dijo Garion en voz baja, pensando que, una vez fracasados todos los demás intentos, tal vez la crudeza pudiera convencerla.

—¿De qué hablas? —preguntó ella con brusquedad.

—El invierno pasado estuvo muy enfermo —respondió Garion—. Él y Ctuchik pelearon por el Orbe. Ctuchik fue destruido, pero Belgarath casi muere. Es probable que haya perdido sus poderes.

El resuello de asombro de Seda fue claramente audible.

—¿Por qué no nos has dicho nada? —exclamó.

—Tía Pol dijo que no debíamos hacerlo —respondió Garlón—. No podíamos arriesgarnos a que se enteraran los angaraks. El poder de Belgarath es lo único que los ha mantenido a raya durante todos estos años. Si lo ha perdido y ellos lo descubren, invadirán el Oeste.

—¿Lo sabe él? —se apresuró a preguntar Vordai.

—No lo creo. Nosotros no se lo dijimos, pues no podíamos permitir que pensara que algo fallaba. Si tiene una sola duda, no podrá hacer nada. La característica fundamental de la hechicería es que es necesario creer que lo que uno quiere que suceda realmente sucederá. De lo contrario, no ocurre nada en absoluto... y la situación se vuelve más grave con cada nuevo fracaso.

—¿A qué te referías cuando has dicho que esto podría acabar con él? —preguntó Vordai con una expresión de horror que hizo que Garion alimentara algunas esperanzas.

—Es probable que todavía tenga poder —explicó él—, pero no el suficiente para hacer lo que tú quieres. Hacer las cosas más simples cuesta un gran esfuerzo y lo que tú le has pedido es muy difícil. Podría ser demasiado para él, pero una vez que comience no podrá detenerse, y el esfuerzo podría consumir su poder y su energía vital hasta el punto de que no pudiera recuperarse nunca más... o quizás hasta causarle la muerte.

—¿Por qué no me lo has dicho? —preguntó Vordai con una expresión de angustia en la cara.

—No podía hacerlo sin que me escuchara.

Ella se giró con rapidez hacia la puerta.

—¡Belgarath! —gritó—. ¡Espera! —Luego se volvió hacia Garion—: ¡Ve tras él! ¡Deténlo!

Era lo que Garion estaba esperando. Se puso de pie de un salto y corrió hacia la puerta. La abrió, y cuando estaba a punto de gritar, sintió una extraña opresión en el pecho, como si fuera a suceder algo... aunque aún no. El grito no alcanzó a brotar de sus labios.

—Vamos, Garion —lo apremió Seda.

—No puedo —gruñó Garion—. Ya ha empezado a concentrarse en su voluntad. Ni siquiera me escucharía.

—¿No puedes ayudarlo?

—Ni siquiera sé bien qué intenta hacer, Seda —respondió Garion con un gesto de impotencia—. Si interfiero puedo complicar más las cosas.

Vordai y Seda lo miraron con consternación.

De repente Garion percibió un extraño eco. No era nada parecido a lo que esperaba y lo cogió totalmente de improviso. Su abuelo no intentaba mover ni cambiar nada, sino que estaba llamando a alguien muy lejano con la voz de su mente.

—Maestro —oyó Garion por un instante con absoluta claridad.

Belgarath llamaba a Aldur. Garion contuvo el aliento, y de pronto, desde una distancia infinita, la voz de Aldur respondió a su llamada. El hechicero y su Maestro hablaron durante algunos minutos, y Garion tuvo la sensación de que el poder de Belgarath, alimentado y potenciado por el de Aldur, se volvía cada vez más fuerte.

—¿Qué ocurre? —preguntó Seda casi con temor.

—Está hablando con Aldur, pero no alcanzo a oír lo que dicen.

—¿Aldur lo ayudará? —preguntó Vordai.

—No lo sé. No estoy seguro de que Aldur pueda volver a usar su poder. Hay ciertas limitaciones que él y los demás dioses acordaron respetar.

Entonces acabó la extraña conversación y Garion sintió cómo Belgarath volvía a concentrarse en su voluntad.

—Ha comenzado —murmuró Garion.

—¿Sigue teniendo poder? —preguntó Seda y Garion asintió con un gesto—. ¿Tan fuerte como siempre?

—No lo sé. No hay forma de medirlo.

La tensión creció hasta que se hizo casi intolerable. Lo que Belgarath estaba llevando a cabo era muy sutil y profundo al mismo tiempo. Esta vez no había sentimientos de agitación ni ruidos sordos. En su lugar, Garion percibió un extraño y zumbante murmullo mientras el anciano liberaba su poder con angustiosa lentitud. El murmullo parecía repetir algo una y otra vez, algo que Garion casi podía comprender, pero cuyo significado se le escapaba de forma exasperante.

Fuera, las jóvenes criaturas de los pantanos interrumpieron el juego. Los jugadores se quedaron inmóviles, escuchando con atención, y la pelota cayó al suelo sin que nadie reparara en ella. Poppi y Tupik, que regresaban del pantano cogidos de la mano, se detuvieron y se quedaron quietos, mientras Belgarath les hablaba con suavidad; sumergido en sus pensamientos, les murmuraba, les explicaba, les enseñaba. Entonces aquellas criaturas abrieron mucho los ojos, como si de repente lo comprendieran todo.

Por fin Belgarath salió de entre los brumosos sauces con pasos lentos y cansados. Caminó despacio hacia la casa y se detuvo en la puerta para mirar con atención a las estupefactas caras de las criaturas reunidas en el jardín. Entonces las saludó con una inclinación de cabeza y entró en la casa. Tenía los hombros hundidos por el cansancio y la cara de barba blanca estaba mustia.

—¿Estás bien? —le preguntó Vordai sin su habitual indiferencia.

Belgarath asintió con un gesto y se dejó caer en una silla junto a la mesa.

—Ya está hecho —se limitó a decir. Vordai lo miró con gesto de desconfianza.

—No es ningún truco, Vordai —dijo él—; estoy demasiado cansado como para mentirte. He pagado el precio que me has pedido, así que si no te importa, mis amigos y yo nos iremos después de desayunar. Aún nos queda mucho camino por recorrer.

—Necesitaré algo más que tu palabra, Belgarath. En realidad no confío en ti... ni en ningún otro ser humano. Quiero una prueba de que has pagado.

Pero entonces se escuchó un ruido extraño en el umbral de la casa. Poppi, con su canta peluda crispada por el esfuerzo, luchaba por decir algo.

—M—m—m —tartamudeaba. Frunció los labios y lo intentó otra vez—: M—m—m—m. —Parecía la cosa más difícil que intentara hacer en su vida. Hizo una profunda inspiración y probó de nuevo—: M—m—m—madre —dijo por fin.

Vordai dejó escapar un grito ahogado, luego corrió hacia la pequeña criatura, se arrodilló y la abrazó.

—Madre —repitió Poppi, esta vez con mayor claridad.

Desde el exterior de la casa llegó un creciente balbuceo de vocecitas agudas repitiendo:

—Madre, madre, madre.

Las exaltadas criaturas de los pantanos se reunieron en la casa. El ruido de sus voces aumentaba a medida que más y más seres salían de los pantanos.

Vordai sollozaba.

—Tendrás que enseñarles, por supuesto —dijo Belgarath con tono de cansancio—. Les he concedido la capacidad de hablar, pero todavía no conocen demasiadas palabras.

Vordai lo miró con las mejillas empapadas de lágrimas.

—Gracias, Belgarath —dijo con voz balbuciente.

—Una cosa por la otra —respondió el anciano y se encogió de hombros—. ¿No era ése el trato?

Tupik los condujo fuera de los marjales. El gorjeo de la criaturita hacia sus compañeras ahora incluía palabras titubeantes, mal pronunciadas, pero palabras al fin y al cabo.

Garion estuvo pensando un largo rato antes de hablar, luchando por comprender una idea mientras empujaba el bote con la pértiga.

—Abuelo —dijo por fin.

—Sí, Garion —respondió el anciano, que descansaba en la popa de la embarcación.

—Tú lo has sabido siempre, ¿verdad?

—¿Si supe qué?

—Que existía la posibilidad de que no pudieras practicar la hechicería nunca más.

Belgarath lo miró fijamente.

—¿De dónde has sacado esa idea? —preguntó.

—Tía Pol dijo que a causa de la enfermedad que sufriste el invierno pasado, podrías haber perdido tu poder.

—¿Que dijo *qué*?

—Dijo que...

—Ya te he oído. —El anciano estaba ceñudo y tenía la cara crispada con aire pensativo—. Esa posibilidad nunca se me cruzó por la cabeza —admitió. De repente parpadeó y abrió mucho los ojos—. ¿Sabes? —dijo—, ella podría haber tenido razón. La enfermedad podría haber producido ese efecto. ¡Qué extraordinario!

—¿No te has sentido..., bueno, más débil?

—¿Qué? Por supuesto que no. —Belgarath seguía ceñudo, dando vueltas a aquella idea en la cabeza—. ¡Qué extraordinario! —repetió, y de repente comenzó a reír.

—No le veo la gracia.

—¿Eso es lo que os ha estado preocupando a ti y a tu tía durante los últimos meses? Los dos habéis estado caminando a mi alrededor de puntillas, como si estuviera hecho de cristal fino.

—Teníamos miedo de que los angaraks lo descubrieran y no nos atrevíamos a decirte nada porque...

—¿Porque teníais miedo de que comenzara a dudar de mi capacidad? —Garion asintió en silencio—. Tal vez no haya sido tan mala idea. Lo último que hubiera necesitado esta mañana habría sido que me atormentaran las dudas.

—¿Ha sido muy difícil?

—Sí, bastante. No quisiera tener que hacer algo así todos los días.

—Pero en realidad no necesitabas hacerlo, ¿verdad?

—¿Hacer qué?

—Enseñar a hablar a las criaturas de los pantanos. Si aún tenías tu poder, entre tú y yo podríamos haber abierto un canal que atravesara el pantano, sin que Vordai ni esos seres pudieran detenernos.

—Me preguntaba cuánto tiempo pasaría antes de que se te ocurriera eso —respondió el anciano con suavidad.

—De acuerdo —dijo Garion con una mirada de disgusto—. ¿Por qué lo has hecho si no era necesario?

—Ésa es una pregunta muy poco cortés —lo riñó Belgarath—. Es necesario respetar ciertas costumbres y es de mala educación preguntarle a otro hechicero por qué hizo algo.

—Estás eludiendo mi pregunta —dijo con brusquedad y le dirigió una mirada más dura que la anterior—. Acepto que soy un mal educado, pero de todos modos contéstame lo que te he preguntado.

—No es culpa mía que tú y tu tía os preocupaseis tanto —dijo Belgarath un poco ofendido—. En realidad no tienes ningún motivo para enfadarte conmigo. —Hizo una pausa y luego miró a Garion—. Vas a seguir insistiendo, ¿verdad? —preguntó.

—Sí, eso creo, ¿por qué lo has hecho?

—Vordai ha estado sola casi toda la vida —respondió Belgarath con un suspiro—, y la vida ha sido muy difícil para ella. En el fondo siempre pensé que se merecía algo mejor. Tal vez esto la compense... aunque sea un poco.

—¿Y Aldur estuvo de acuerdo contigo? —insistió Garion—. Lo he oído hablar contigo.

—Escuchar las conversaciones ajenas es muy mala costumbre, Garion.

—Tengo muchísimas malas costumbres, abuelo.

—No sé por qué me hablas en ese tono, muchacho —se quejó el anciano—. Bueno, como veo que vas a seguir insistiendo, te diré que he tenido que hablar con bastante prisa para que mi Maestro aceptara.

—¿Lo has hecho sólo porque te daba pena?

—Ésa no es la palabra justa, Garion. Digamos que tengo cierta inclinación por la justicia.

—Si sabías que acabarías haciéndolo, ¿por qué has discutido con ella?

—Quería asegurarme de que lo deseaba de verdad. Además, no conviene que la gente crea que uno hará todo lo que le pidan, porque pueden sentir que nos dominan.

Seda miraba estupefacto al anciano.

—¿Compasión, Belgarath? —preguntó con incredulidad—. ¿Viniendo de *ti*? Si esto se hace público, arrumarás tu reputación.

—No veo la necesidad de que lo vayas a contar por ahí —dijo Belgarath con una súbita y penosa expresión de vergüenza—. La gente no tiene por qué enterarse, ¿no crees?

Ganon sintió como si acabara de abrirse una puerta. Seda tenía razón; aunque nunca se había detenido a pensar en ello, Belgarath tenía, reputación de duro. Casi todos los hombres creían que el hombre eterno era implacable y que estaba dispuesto a sacrificar cualquier cosa en aras de un objetivo tan oscuro que nadie más podía llegar a comprenderlo. Pero con aquel simple acto de compasión, había revelado una parte más de su naturaleza. Después de todo, Belgarath era capaz de tener sentimientos y emociones humanas. De repente, Garion comprendió hasta qué punto le habrían afectado todos los horrores y el dolor que había visto y soportado durante aquellos siete mil años y se encontró a sí mismo mirando a su abuelo con un nuevo y profundo respeto.

El límite de los marjales estaba señalado por un dique de apariencia firme que se perdía en la neblina hacia ambos lados.

—La Calzada Elevada —le dijo Seda a Garion, señalando el dique—. Forma parte del sistema de carreteras de los tolnedranos.

—Bel-grath —dijo Tupik, asomando la cabeza fuera del agua junto al bote—, gracias.

—Oh, creo que de cualquier forma hubierais aprendido a hablar —respondió el anciano—. Estabais a punto de hacerlo.

—Tal-vez, tal-vez no —dijo Tupik—. Ha-blar y que-rer ha-blar distinto. No-igual.

—Pronto aprenderéis a mentir —le dijo Seda con sarcasmo—, y entonces seréis iguales a los hombres.

—¿Por qué aprender a hablar sólo para mentir? —preguntó Tupik, perplejo.

—Con el tiempo lo comprenderás.

Tupik lo miró ceñudo y luego sumergió la cabeza en el agua. Un poco más allá, volvió a salir a la superficie.

—Adiós —les gritó—. Tupik agradece por madre —dijo y desapareció sin hacer ni una sola ola.

—¡Qué criaturita más extraña! —sonrió Belgarath.

De repente, con una exclamación de asombro, Seda rebuscó en su bolsillo. Algo de color verde claro saltó de su mano y se sumergió en el agua.

—¿Qué pasa? —le preguntó Garion.

Seda tembló.

—El pequeño monstruo me puso un sapo en el bolsillo.

—Tal vez haya querido hacerte un regalo —sugirió Belgarath.

—¿Una rana?

—Aunque tal vez no lo fuera —sonrió Belgarath—. Quizá sea un poco pronto, pero podrían ser los albores de su sentido del humor.

Unos kilómetros más allá, subiendo por la Calzada Elevada que cruzaba de norte a sur el límite este de los marjales, había una posada tolnedrana. Llegaron al atardecer y compraron caballos a un precio que hizo sobresaltar a Seda. A la mañana siguiente, salieron al galope en dirección a Boktor.

El extraño interludio de los marjales le había dado mucho que pensar a Garion. Comenzó a darse cuenta de que la compasión era una especie de amor... más amplio y comprensivo que la idea un tanto limitada que él tenía de aquel sentimiento. Ahora que pensaba en ello con mayor profundidad se daba cuenta de que la palabra amor incluía una serie de cosas que a primera vista no parecían tener ninguna relación con ella. A medida que su comprensión de este tema se hacía más profunda, una idea extraña comenzó a cobrar forma en su mente. Era probable que en sus siete mil años de existencia su abuelo, el hombre al que llamaban eterno, hubiera desarrollado una capacidad de amar que iba más allá de lo que la mayoría de los hombres sería capaz de imaginar. A pesar de su apariencia de hombre ceñudo e irritable, toda la vida de Belgarath había sido una expresión de aquel amor trascendental. Mientras cabalgaban, Garion dirigió frecuentes miradas al extraño anciano y la imagen del hechicero todopoderoso que se alzaba por encima del resto de la humanidad comenzó a desvanecerse, dejando paso a la de un hombre real; sin duda un hombre complicado, pero muy humano.

Dos días más tarde llegaron a Boktor con un tiempo más despejado.

Mientras cabalgaban por las amplias calles de Boktor, Garion reparó en el aspecto espacioso de la ciudad. Los edificios no tenían más de dos plantas, y no estaban pegados unos a otros como en las demás ciudades que conocía. Las avenidas eran anchas, rectas y muy limpias.

Al pasar por un paseo amplio, flanqueado de árboles, el joven hizo un comentario sobre la ciudad.

—Boktor es una ciudad nueva —explicó Seda—, o relativamente nueva.

—Pensé que era de la época de Dras Cuello de Toro.

—Y lo es —respondió Seda—, pero la antigua ciudad fue destruida durante la invasión de los angaraks, hace quinientos años.

—Lo había olvidado —admitió Garion.

—Después de la batalla de Vo Mimbres, cuando llegó la hora de la reconstrucción, se decidió aprovechar la oportunidad de empezar de nuevo —continuó Seda. Miró a su alrededor con cierto disgusto—. La verdad es que a mí no me gusta Boktor —dijo—. No hay suficientes callejuelas ni pasadizos y es casi imposible moverse sin que te vean. —Se volvió hacia Belgarath—. Eso me recuerda algo. Tal vez sería preferible no pasar por el mercado central. Allí soy bastante conocido y no hay necesidad de que toda la ciudad se entere de nuestra llegada.

—¿Crees que podremos pasar sin que se fijen en nosotros?

—¿En Boktor? Por supuesto que no. Ya nos han identificado al menos media docena de veces. El espionaje es la industria más importante de este país. Poren sabía que veníamos mucho antes de que entráramos a la ciudad. —Alzó la vista hacia una segunda planta y sus dedos hicieron un rápido gesto de reprimenda en el lenguaje secreto de los drasnianos y hubo un pequeño movimiento culpable en la cortina de la ventana—. Demasiado torpe —observó Seda con tono de profunda desaprobación—. Debe de ser un alumno del primer año de la academia.

—Acaso se ha puesto nervioso al ver una celebridad —sugirió Belgarath—. Después de todo, eres casi una leyenda, Seda.

—Eso no es excusa para un trabajo tan chapucero —dijo Seda—. Si tuviera tiempo pasaría por la academia y se lo contaría al director —suspiró—. El trabajo de los estudiantes ha empeorado mucho desde que dejaron de usar el palo de flagelación.

—¿El qué? —exclamó Garion.

—En mis épocas, cuando un estudiante era descubierto por la persona que debía vigilar, se lo azotaba —dijo Seda—. Los azotes son una buena técnica de enseñanza, Garion.

De repente, a escasos metros más adelante, se abrió una puerta y salió una docena de piqueros uniformados que se detuvieron frente a ellos. El oficial al mando se adelantó e hizo una cortés reverencia.

—Príncipe Kheldar —saludó a Seda—. Su Alteza se pregunta si seríais tan amables de pasar por el palacio.

—Ya ves —le dijo Seda a Garion—. Te dije que sabía que estábamos aquí. —Se volvió hacia el oficial—. Sólo por curiosidad, capitán, ¿qué ocurriría si no fuéramos tan amables de pasar por el palacio?

—Es probable que me viera obligado a insistir —respondió el capitán.

—Suponía que sería así.

—¿Estamos arrestados? —preguntó Garion con nerviosismo.

—No exactamente, Majestad —respondió el capitán—. Sin embargo, la reina Porenn tiene mucho interés en hablar con vosotros. —Luego hizo una reverencia a Belgarath—. Noble anciano —saludó con respeto—. Creo que si entráramos por una puerta lateral, no llamaríamos tanto la atención —agregó, y se volvió para ordenar a sus hombres que reanudaran la marcha.

—Sabe quiénes somos —le dijo Garion a Seda en un murmullo.

—Por supuesto —dijo Seda.

—¿Cómo vamos a salir de esto? ¿La reina Porenn no nos enviará de vuelta a Riva?

—Hablares con ella —dijo Belgarath—. Porenn es muy sensata. Estoy seguro de que nos comprenderá.

—A no ser que Polgara le haya hecho llegar un ultimátum —añadió Seda—. He notado que suele hacerlo cada vez que se enfada.

—Ya nos enteraremos.

La reina Porenn estaba más encantadora que nunca. Era evidente por su delgadez que ya había dado a luz a su primer hijo y la maternidad le había dado un brillo especial al rostro y una expresión de plenitud a su mirada. Al entrar al palacio, la reina los saludó con afecto y los condujo de inmediato a sus habitaciones privadas, femeninas y llenas de encajes, con carpetas sobre los muebles y cortinas de suave color rosa en las ventanas.

—¿Dónde habéis estado? —les preguntó en cuanto estuvieron solos—. Polgara está furiosa.

—Se recuperará —dijo Belgarath y se encogió de hombros—. ¿Qué está ocurriendo en Riva?

—Os están buscando, por supuesto —respondió Porenn—. ¿Cómo conseguisteis llegar tan lejos? Todos los caminos están cortados.

—Fuimos más rápidos que todos los demás, queridísima tía —dijo Seda con una sonrisa desvergonzada—. Cuando ellos empezaron a bloquear los caminos, nosotros ya habíamos pasado.

—Te pedí que no me llamas así, Kheldar —lo riñó ella.

—Perdonadme, Alteza —dijo con una reverencia aunque siguió sonriendo con sarcasmo.

—Eres imposible —dijo ella.

—Claro que sí —respondió él—. Es parte de mi encanto.

—¿Qué voy a hacer con vosotros ahora? —suspiró la reina Porenn.

—Nos dejarás continuar el viaje —respondió Belgarath con serenidad—. Lo discutiremos, por supuesto, pero al final se hará. —Ella lo miró fijamente—. Tú lo has preguntado, después de todo. Estoy seguro de que ahora que lo sabes te sentirás mejor.

—Eres igual o peor que Kheldar —acusó ella.

—He tenido más práctica.

—Eso es imposible —dijo ella con firmeza—. Tengo órdenes estrictas de Polgara de devolveros a todos a Riva. —Belgarath se encogió de hombros—. ¿Iréis? —dijo con tono de inquietud.

—No —respondió él—, no iremos. ¿Dices que Polgara te dio órdenes estrictas de que nos enviaras de vuelta? Pues yo te doy órdenes estrictas de que no lo hagas. ¿En qué quedamos entonces?

—Eso es cruel, Belgarath.

—Corren tiempos difíciles.

—Antes de entrar en discusiones serias, ¿crees que podríamos echar un vistazo al heredero del trono? —preguntó Seda.

Era una pregunta astuta. Ninguna madre que acaba de dar a luz puede resistir la tentación de mostrar a su bebé y la reina Porenn ya se dirigía a la cuna situada en un rincón de la habitación, antes de darse cuenta de que estaba siendo manipulada de forma sutil.

—Eres malo, Kheldar —dijo ella con tono de reprobación, pero de todos modos apartó la colcha de raso para mostrar al bebé que había pasado a ser lo más importante de su vida. El príncipe de la Corona de Drasnia se esforzaba por llevarse los dedos de los pies a la boca con expresión seria. Con una suave exclamación de alegría, Porenn lo levantó y lo abrazó. Luego dio media vuelta y se lo enseñó a los demás—. ¿No es hermoso? —preguntó.

—Salud, primo —dijo Seda con seriedad—. Tu oportuna llegada me ha servido para ahorrarme la última indignidad.

—¿Qué significa eso? —le preguntó Porenn con desconfianza.

—Sólo que este pequeño y sonrosado soberano ha desterrado para siempre la posibilidad de que yo ascienda al trono —respondió Seda—. Sería muy mal rey, Porenn. Si alguna vez ocurriera ese desastre, Drasnia sufriría tanto como yo. Nuestro Garion, aquí presente, ya es mejor rey de lo que yo nunca podría llegar a ser.

—Oh, santo cielo —dijo Porenn y se ruborizó ligeramente—, lo había olvidado por completo. —Hizo una reverencia algo torpe con el bebé todavía en brazos—. Majestad —saludó a Garion con formalidad.

—Alteza —respondió Garion con la reverencia que tía Pol le había hecho practicar durante horas.

Porenn dejó escapar una carcajada cristalina.

—Todo esto parece tan ridículo... —dijo. Luego le puso una mano en la nuca, obligándolo a bajar la cabeza, y lo besó con afecto. El bebé que estaba en sus brazos balbució con alegría—. Querido Garion —dijo ella—. ¡Cuánto has crecido! —Él no supo qué responder y la reina estudió su cara durante un instante—. Te han ocurrido muchas cosas —observó con sagacidad—. Ya no eres el mismo chico que conocí en Val Alorn.

—Está aprendiendo —asintió Belgarath—. ¿Cuántos espías nos escuchan en este momento, Porenn?

—Dos, que yo sepa —respondió ella mientras volvía a acomodar al niño en la cuna.

—¿Y cuántos espías están espionando a tus espías? —rió Seda.

—Supongo que muchos —le dijo Porenn—. Si intentara desentrañar la maraña del espionaje que tiene lugar aquí, no tendría tiempo para hacer otra cosa.

—Supongo que todos serán muy discretos —dijo Belgarath con una mirada significativa hacia las paredes y las cortinas.

—Por supuesto que sí —afirmó Porenn algo ofendida—. Es gente de mucho nivel. A los aficionados no se les permite espiar en palacio.

—De acuerdo, entonces vamos al grano. ¿Va a ser necesario entrar en una discusión larga y complicada sobre la posibilidad de que nos envíes de vuelta a Riva?

Ella suspiró y dejó escapar una risita de impotencia.

—Supongo que no —claudicó—, pero tendrás que darme una buena excusa para Polgara.

—Limitate a decirle que actuamos según las instrucciones del Códice Mrin.

—¿Hay instrucciones en el Códice Mrin? —preguntó ella sorprendida.

—Es probable —respondió él—. La mayor parte del texto es tan absolutamente ininteligible que nadie puede estar seguro de nada.

—¿Me pides que intente engañarla?

—No, te pido que le hagas creer que yo te he engañado a ti; lo cual es distinto.

—Es una diferencia muy sutil, Belgarath.

—No habrá problemas —le aseguró él—. Ella siempre está dispuesta a pensar lo peor de mí. De todos modos, nosotros tres vamos en dirección a Gar og Nadrak. Hazle saber a Polgara que necesitaremos que distraigan al enemigo. Dile que deje de perder el tiempo buscándonos, que reúna un ejército en algún lugar del sur y que hagan mucho ruido. Quiero que los angaraks estén tan ocupados vigilándolos a ellos que no les quede tiempo para buscarnos a nosotros.

—¿Qué diablos vais a hacer en Gar og Nadrak? —preguntó Porenn con curiosidad.

Belgarath dirigió una mirada sugestiva a las paredes donde se escondían los espías oficiales... y los no oficiales.

—Polgara sabrá lo que hacemos. ¿Cómo está la situación en la frontera Nadrak?

—Tensa —respondió ella—. Todavía no es hostil, pero dista mucho de ser cordial. En realidad los nadraks no quieren ir a la guerra. Si no fuera por los grolims, creo que podríamos convencerlos de que se mantuvieran neutrales. Prefieren matar a murgos que a drasnianos.

Belgarath asintió con un gesto.

—Dile a tu marido que me gustaría que vigilara a Anheg —continuó Belgarath—. Anheg es brillante, pero a veces se comporta como un excéntrico. Rhodar es más sensato. Dile que lo que quiero en el sur es una acción para distraer la atención del enemigo, no una guerra generalizada. Los alorn suelen entusiasmarse demasiado.

—Le enviaré tu mensaje —prometió Porenn—. ¿Cuándo partirás?

—Dejemos eso en suspenso —dijo el anciano con una nueva mirada hacia las paredes de la habitación de la reina.

—Al menos te quedarás a pasar la noche —insistió ella.

—¿Cómo podríamos rehusar? —preguntó Seda con sarcasmo.

La reina Porenn lo miró largamente y luego suspiró.

—Creo que debo decírtelo, Kheldar —murmuró—: Tu madre está aquí.

Seda palideció.

—¿Aquí?, ¿en el palacio? —preguntó.

—Está en el ala oeste —asintió la reina—. Le he dado las habitaciones junto al jardín que tanto le gusta.

A Seda le habían empezado a temblar las manos de forma evidente y su cara tenía un color ceniciento.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí? —preguntó preocupado.

—Varias semanas. Ha venido antes de que naciera el bebé.

—¿Cómo está?

—Como siempre. —La voz de la menuda reina tenía un dejo de tristeza—. Tendrías que ir a verla, ¿sabes?

Seda hizo una profunda inspiración y sacó pecho; pero su cara seguía reflejando preocupación.

—Supongo que no habrá forma de evitarlo —dijo casi como si hablara consigo mismo—. Tal vez sea mejor que lo haga de una vez. ¿Me disculpáis?

—Por supuesto.

Se dio la vuelta y salió de la habitación con una expresión sombría.

—¿No quiere a su madre? —preguntó Garion.

—La quiere mucho —respondió la reina—, por eso le resulta tan difícil verla. Ella está ciega... por suerte.

—¿Por suerte?

—Hace unos veinte años hubo una epidemia al oeste de Drasnia —le explicó Poren—. Fue una enfermedad terrible y dejó cicatrices espantosas en la cara de los supervivientes. La madre del príncipe Kheldar era una de las mujeres más hermosas de Drasnia. Su cara está muy desfigurada, pero le hemos ocultado la verdad y ella no lo sabe... al menos eso esperamos. Los encuentros entre Kheldar y su madre son desgarradores. En su voz no hay un solo indicio de lo que ve, pero sus ojos... —se interrumpió—: A veces pienso que ésa es la razón por la cual no vuelve a Drasnia —agregó. Enseguida recuperó la compostura—. Avisaré que nos traigan la cena —dijo—, y algo de beber. Kheldar suele necesitarlo después de visitar a su madre.

Una hora después regresó Seda y enseguida comenzó a beber. Lo hacía con una expresión sombría, como si hubiera resuelto perder la conciencia lo más pronto posible.

Fue una velada incómoda para Garion. La reina Poren se ocupaba de su pequeño hijo, sin dejar de vigilar a Seda; Belgarath estaba sentado en silencio y Seda no paraba de beber. Por fin, con el pretexto de un cansancio que no sentía, Garion se fue a la cama.

Hasta entonces no se había dado cuenta de lo mucho que había dependido de Seda en el año y medio de su relación. El humor sardónico y la imponente confianza en sí mismo del pequeño drasmano con cara de rata siempre le habían dado algo a lo que aferrarse. Seda tenía sus rarezas y peculiaridades. Era un hombrecillo nervioso y complejo, pero su inagotable buen humor y su agilidad mental los habían ayudado a salir de situaciones muy desagradables. Ahora, sin embargo, había desaparecido hasta el último vestigio de humor e ingenio y el hombrecillo parecía al borde de una crisis total.

La horrible confrontación hacia la cual se encaminaban ahora parecía más peligrosa. Aunque Seda no habría podido ayudarlo en la batalla final con Torak, Garion había contado con que su amigo lo ayudara en los días terribles que precedían a aquel encuentro. Ahora no le quedaba ni siquiera aquel pequeño consuelo. Incapaz de dormir, Garion dio vueltas en la cama durante horas y al final, pasada la media noche, se levantó descalzo, se echó la capa encima y fue a ver si su amigo se había retirado a dormir.

Seda no se había acostado y seguía sentado en la misma silla. Se le había caído la jarra de las manos y el hombrecillo estaba apoyado sobre la mesa, con los codos en un charco de cerveza y la cara oculta entre las manos. No muy lejos, con el rostro totalmente inexpresivo, estaba la menuda y rubia reina de Drasnia, muerta de cansancio. Garion los observó desde la puerta y oyó un ruido ahogado entre las manos de Seda. Entonces la reina Poren se levantó, dio la vuelta a la mesa, con una expresión dulce, casi tierna, le rodeó la cabeza con los brazos y lo abrazó. Seda se aferró a ella con un grito desesperado y comenzó a llorar sin tapujos como un niño herido.

La reina Poren miró a Garion por encima de la temblorosa cabeza del hombrecillo. Su expresión revelaba con claridad que sabía lo que el hombrecillo sentía por ella. Miraba con impotencia y pena a aquel hombre al que amaba, aunque no de la forma que

él hubiera deseado, y a aquellos sentimientos se sumaba la profunda compasión por el sufrimiento que le había causado la visita de su madre.

Garion y la reina de Drasnia se miraron en silencio. Las palabras eran innecesarias; ambos comprendían lo que sucedía. Cuando por fin habló, el tono de Poren reflejaba un extraño sentido práctico.

—Creo que ya puedes llevarlo a la cama —dijo—. Una vez ha logrado llorar, ha pasado lo peor.

A la mañana siguiente partieron del palacio y se unieron a una caravana que iba rumbo al oeste. Los páramos drasnianos, más allá de Boktor, estaban desiertos. La Ruta de las caravanas del Norte cruzaba las colmas bajas e irregulares, cubiertas por unos pocos árboles y escasa hierba. A pesar de que estaban en plena primavera, la vegetación de los páramos parecía marchita, como si en aquel lugar las estaciones no tuvieran ninguna importancia. El viento soplaba desde el polo y aún tenía el aroma del invierno.

Seda cabalgaba en silencio, con la vista fija en el suelo, quizá por la pena o por la resaca de su borrachera con cerveza, Garion no podía saberlo a ciencia cierta. Belgarath también estaba callado, así que los tres cabalgaban en silencio, acompañados sólo por el sonido de los cascabeles de las mulas del mercader drasniano.

Alrededor del mediodía, Seda recobró su compostura y sus ojos, aunque vidriosos, recuperaron su expresión alerta.

—¿A alguien se le ha ocurrido traer algo de beber? —preguntó.

—¿No tuviste suficiente anoche? —respondió Belgarath.

—Aquello fue para entretenerme, ahora lo necesito con fines terapéuticos.

—¿Agua? —sugirió Garion.

—No estoy sucio, Garion, tengo sed.

—Aquí tienes —dijo Belgarath, y le pasó una bota de vino—. Pero no te pases.

—Confía en mí —dijo Seda; bebió un gran sorbo de vino y luego tembló con una mueca de disgusto—. ¿Dónde lo has comprado? —preguntó—. Parece que alguien hubiera hervido sus zapatos viejos dentro.

—No tienes por qué beberlo.

—Me temo que sí —dijo Seda. Bebió otro sorbo y le devolvió la bota a Belgarath. Luego miró a su alrededor con expresión de amargura—. Esto no ha cambiado mucho —observó—. Me parece que Drasnia tiene pocos atractivos. Es demasiado húmeda o demasiado seca. —El viento frío lo hizo temblar—. ¿Os habéis dado cuenta de que no hay nada que ataje el viento del polo aparte de algún reno vagabundo?

Garion comenzó a tranquilizarse. Los comentarios y humoradas de Seda se hicieron más frecuentes y disparatados a medida que avanzaba la tarde, y cuando la caravana se detuvo para pasar la noche, el hombrecillo ya era casi el mismo de siempre.

La caravana avanzaba lenta y zigzagueante a través de los monótonos páramos del este de Drasnia seguida por el triste son de los cascabeles de las muías. Unos pocos brezos con diminutas florecillas rosadas recién nacidas salpicaban las colinas bajas y ondulantes. El cielo se había nublado y el viento incansable soplabla sin pausa desde el norte.

El humor de Garion se volvió tan triste y melancólico como los brezales que lo rodeaban. Había un hecho ineludible que ya no podía ocultarse a sí mismo. Cada kilómetro, cada paso lo acercaba a Malloreia y a su encuentro con Torak. Ni siquiera la suave melodía que el Orbe le susurraba al oído desde la empuñadura de la enorme espada sujeta a su espalda lograba tranquilizarlo. Torak era un dios invencible e inmortal; y Garion, que todavía no había alcanzado la edad adulta, se encaminaba por propia voluntad hacia Malloreia a buscarlo y desafiarlo a muerte. «Muerte» era una palabra en la que Garion prefería no pensar. Durante la larga persecución de Zedar y el Orbe, la muerte había estado allí como una posibilidad; pero ahora era casi una certeza. Se enfrentaría a Torak solo. Mandorallen, Hettar o Barak no podrían acudir en su ayuda a pesar de su excelente dominio de la espada; Belgarath y tía Pol no podrían interceder con la hechicería; y las ingeniosas estrategias de Seda no servirían para ayudarlo a escapar. Furioso e imponente, el dios de las tinieblas arremetería contra él, sediento de sangre. Garion empezó a temer la hora de dormir, pues tenía pesadillas que no se disipaban, que lo perseguían durante días y hacían cada jornada peor que la anterior.

Tenía miedo. Cada día que pasaba el temor se hacía más grande y su amargo sabor no se le quitaba de la boca. Lo que más deseaba en el mundo era escapar, pero sabía que eso era imposible. Lo cierto es que ni siquiera conocía un sitio al que poder escapar. No había un solo lugar en la tierra donde esconderse. Los propios dioses lo habrían buscado para obligarlo a asistir a aquel horrible encuentro que había sido previsto desde el comienzo de los tiempos. Por eso, enfermo de terror, Garion se dirigía a encontrarse con su destino.

Belgarath, que aunque lo pareciera no siempre dormía mientras cabalgaba, estaba alerta y aguardaba con astucia que el miedo de Garion alcanzara su punto más alto antes de hablar. Entonces, una mañana nublada, cuando el cielo plomizo era tan melancólico como los páramos que los rodeaban, acercó su caballo al de Garion.

—¿Quieres hablar de ello? —le preguntó con calma.

—¿Para qué, abuelo?

—Tal vez te ayude.

—Nada puede ayudarme. Va a matarme.

—Si hubiese sabido que era inevitable, no te habría dejado hacer este viaje.

—¿Cómo podré pelear con un dios?

—Con valor —fue la inútil respuesta—. En el pasado te has comportado como un valiente en situaciones bastante insólitas. No creo que hayas cambiado tanto.

—Tengo mucho miedo, abuelo —confesó Garion con tono de angustia—. Creo que ya entiendo cómo se sentía Mandorallen. El terror es tan espantoso que no puedo soportarlo.

—Eres más fuerte de lo que crees y podrás soportarlo si es necesario.

Garion reflexionó sobre aquellas palabras, pero no parecieron ayudarle mucho.

—¿Cómo es? —preguntó presa de una súbita curiosidad morbosa.

—¿Quién?

—Torak.

—Arrogante. Nunca me ha gustado mucho.

—¿Es parecido a Ctuchik o a Asharak?

—No. Ellos intentaban ser como *él*, aunque no lo lograron, por supuesto. Si te sirve de consuelo, lo más probable es que esté tan asustado como tú. Él sabe quién eres, y cuando se enfrente a ti no verá a Garion, un simple pinche de cocina sendario; sino a Belgarion, el rey rivano, y a la espada de Riva sedienta de sangre. También verá el Orbe de Aldur y eso lo asustará más que nada en el mundo.

—¿Cuándo lo viste por primera vez?

De repente Garion quería que el anciano hablara, que le contara historias antiguas; pues aquellos relatos siempre lo ayudaban. Podía abstraerse en ellos, y durante un rato las cosas le resultarían más tolerables.

—Veamos —musitó Belgarath mientras se mesaba la barba corta y blanca—. Creo que la primera vez que lo vi fue en el Valle, hace mucho tiempo. Los demás, Belzedar, Beldin y los otros, se habían reunido allí y todos estábamos ocupados con los estudios. Nuestro Maestro se había retirado a su torre con el Orbe y a veces pasaban meses sin que nos viéramos.

»Un día, llegó un extraño. Era más o menos de la misma altura que yo, pero caminaba como si midiera cientos de metros. Tenía el cabello negro, la piel pálida y, según recuerdo, ojos verdosos. Su cara era asombrosamente hermosa y el cabello tenía un aspecto cuidado, como si se pasara el día peinándolo. Parecía una de esas personas que siempre llevan un espejo en el bolsillo.

—¿Os dijo algo? —preguntó Garion.

—Oh, sí —respondió Belgarath—. Se aproximó a nosotros y nos dijo: «Quiero hablar con mi hermano, vuestro Maestro» y su tono no me gustó *nada*. Hablaba como si fuéramos sus criados; es una de sus características. Mi Maestro, aunque con mucho trabajo, había logrado enseñarme modales. «Le diré a mi Maestro que has venido», le dije con todo el respeto de que era capaz. «Eso no es necesario, Belgarath», me dijo él en su típico y exasperante tono de superioridad. «Mi hermano sabe que estoy aquí.»

—¿Cómo conocía tu nombre, abuelo?

—Nunca lo supe —respondió Belgarath y se encogió de hombros—. Supongo que de vez en cuando mi Maestro se comunicaría con él y los demás dioses y le habría hablado de nosotros. En resumen, llevé a aquel hermoso visitante a la torre de mi Maestro sin molestarme en hablarle durante el camino. Cuando llegamos allí, él me miró a los ojos y me dijo: «Os daré un consejo, Belgarath, como muestra de agradecimiento por vuestro servicio: No os excedáis en vuestras atribuciones. No os corresponde a *vos* juzgarme a *mí*. Por vuestro bien, espero que la próxima vez que nos veamos, lo recordéis y os comportéis de una forma más decorosa».

»"Gracias por el consejo —le dije, debo admitir que con cierto sarcasmo—. ¿Se os ofrece algo más?"

»"Sois gracioso, Belgarath —me dijo—. Quizás algún día ocuparé mi tiempo en enseñaros la conducta apropiada."

»Luego entró en la torre. Como veis, Torak y yo nos caímos mal de entrada. A mí no me gustaba su actitud y a él tampoco la mía.

—¿Entonces qué ocurrió?

La curiosidad de Garion comenzaba a ganarle terreno al miedo.

—Ya conoces la historia —respondió Belgarath—. Torak subió a la torre y habló con Aldur. Una cosa condujo a la otra, y al final Torak golpeó a mi Maestro y robó el Orbe. —La cara del anciano se puso triste—. Cuando volvió a verlo, su cara ya no era tan hermosa —continuó con cierta satisfacción maligna—. Fue después de que el Orbe lo quemara y llevaba una máscara de metal para ocultar su rostro mutilado.

Seda había aproximado su caballo al de sus amigos y escuchaba fascinado.

—¿Qué hiciste entonces? —preguntó—. Me refiero a después de que Torak robara el Orbe.

—Nuestro Maestro nos envió a avisar a los demás dioses —respondió Belgarath—. Yo debía encontrar a Belar, que estaba en algún lugar del norte, de juerga con sus alorn. En aquella época Belar era joven y le gustaban las diversiones de la gente de su edad. Las jóvenes de Aloria soñaban con que se les apareciera, y él intentaba hacer realidad la mayor cantidad posible de esos sueños... Al menos, eso me han dicho.

—Nunca me había enterado de eso —dijo atónito Seda.

—Es probable que sean simples cotilleos —admitió Belgarath.

—¿Lo encontraste? —preguntó Garion.

—Me llevó bastante tiempo. En aquel entonces los continentes eran distintos. Lo que ahora es Algaria se extendía a través de miles y miles de kilómetros de pradera hacia el este. Al principio tomé la forma de un águila, pero no me fue muy bien.

—Parece una forma adecuada —observó Seda.

—La altura me marea —respondió el anciano—, y me distraía todo el tiempo por lo que veía en el suelo. Después de un tiempo, las características de la forma que asumimos acaban por dominar nuestra mente, y a pesar de que el águila tiene un aspecto imponente, en el fondo es un pájaro bastante estúpido. Al final deseché aquella idea y elegí la forma de un lobo, con la cual me fue mucho mejor. Lo único que me distrajo fue una joven loba con ganas de jugar —dijo con una ligera sombra en la mirada y un tono extraño en la voz.

—*¡Belgarath!* —exclamó Seda, horrorizado.

—No seas tan rápido para sacar conclusiones, Seda. Yo tuve en cuenta el aspecto moral de la situación, y era consciente de que aunque ser padre era de lo más lógico y apropiado, una carnada de cachorros podría resultar algo vergonzoso en el futuro. Así que me resistí a sus insinuaciones, a pesar de que me persiguió todo el viaje hasta el norte, donde el dios vivía con sus alorn. —Se interrumpió y miró a lo lejos, más allá de los páramos de color verde grisáceo, con cara inexpresiva.

Garion intuyó que el viejo les ocultaba algo; algo importante.

—Entonces —continuó Belgarath—, Belar nos acompañó al valle donde se habían reunido los demás dioses. Hicieron una asamblea y decidieron luchar contra Torak y los angaraks. Así comenzó la guerra, y el mundo no ha vuelto a ser el mismo desde entonces.

—¿Qué ocurrió con la loba? —preguntó Garion, interesado por averiguar el porqué de la evasiva de su abuelo.

—Se quedó conmigo —respondió Belgarath con calma—. Se pasaba los días sentada junto a mí en mi torre, observándome. Tenía una forma curiosa de pensar y sus comentarios solían ser desconcertantes.

—¿Comentarios? —preguntó Seda—. ¿Podía hablar?

—En el lenguaje de los lobos, por supuesto. Yo lo había aprendido durante el viaje. Es un idioma bastante conciso y hermoso. Una vez que uno se acostumbra a entender su lenguaje sin palabras, los lobos pueden resultar elocuentes e incluso poéticos.

—¿Cuánto tiempo se quedó contigo? —preguntó Garion.

—Bastante tiempo —respondió Belgarath—. Recuerdo que una vez le hice una pregunta al respecto y ella me contestó con otra. Era uno de sus hábitos exasperantes. Me dijo: «¿Qué significa el tiempo para un lobo?». Hice unos cuantos cálculos y me di cuenta de que había estado a mi lado durante más de mil años. Yo me asombré, pero ella pareció indiferente. «Los lobos viven el tiempo que eligen vivir», se limitó a decir. Un día tuve que cambiar de forma por alguna razón que no recuerdo; ella vio cómo lo hacía y entonces se acabó la paz. «¿O sea que es así como lo haces?», me dijo, y se convirtió en un búho blanco. Mi asombro parecía producirle un gran placer, así que nunca sabía en qué forma se convertiría al minuto siguiente; aunque la que más le gustaba era la del búho. Unos años más tarde me dejó y me sorprendió descubrir cuánto la echaba de menos. Habíamos estado juntos durante muchos años... —se interrumpió y volvió a desviar la vista.

—¿Alguna vez volviste a verla? —quiso saber Garion.

—Ella se ocupó de que así fuera —asintió Belgarath—, aunque entonces yo no lo sabía. Me dirigía a cumplir un encargo de mi Maestro al norte del valle, cuando me topé con una casa pequeña, con un bonito techo de paja, junto a un riachuelo, en un claro rodeado de árboles. Allí vivía Polendra, una mujer de cabello leonado y ojos de un extraño color dorado. Intimamos y con el tiempo nos casamos. Ella fue la madre de Polgara y de Beldaran.

—Dijiste que te habías vuelto a encontrar con la loba —le recordó Ganon.

—No prestas atención, Garion —dijo el anciano y miró a su nieto a los ojos.

En su mirada había una herida profunda y antigua; una herida tan grande que Garion supo que estaría allí durante el resto de la vida del anciano.

—¿No querrás decir...?

—A mí también me costó aceptarlo. Polendra era muy paciente y perseverante. Al descubrir que nunca la aceptaría como compañera en la forma de loba, se limitó a transformarse en otra cosa. Al final consiguió lo que quería —suspiró.

—¿La madre de tía Pol era una loba? —preguntó, atónito, Garion.

—No, Garion —respondió Belgarath con calma—, era una mujer y muy hermosa. El cambio de forma es total.

—Pero... empezó siendo una loba.

—¿Y qué?

—Pero... —La idea lo horrorizaba.

—No te dejes llevar por prejuicios —dijo Belgarath.

Garion se esforzó por asimilar aquella idea que, en cierto modo, le parecía monstruosa.

—Lo siento —dijo por fin—, pero no es normal, digas lo que digas.

—Garion —le recordó el anciano con expresión de tristeza—, casi nada de lo que hacemos es normal. Si te paras a pensarlo, mover rocas con la mente no es lo más natural del mundo.

—Pero esto es distinto —protestó Garion—. Abuelo, tú te casaste con una loba y ella tuvo hijos. ¿Cómo pudiste hacer algo así?

—Eres un joven muy testarudo —suspiró Belgarath y meneó la cabeza—. Pareces incapaz de entender algo a no ser que lo hayas vivido en carne propia. Vayamos detrás

de aquella colina y te enseñaré cómo se hace. No hay necesidad de asustar al resto de la caravana.

—¿Os importa que os acompañe? —preguntó Seda con la nariz crispada de curiosidad.

—Creo que es una buena idea —asintió Belgarath—. Sujeta los caballos, pues pueden asustarse cuando ven lobos. —Se desviaron del camino de la caravana bajo el cielo plomizo y rodearon una colina baja, llena de brezos—. Aquí está bien —decidió Belgarath mientras detenía su caballo y desmontaba junto a un bajío poco profundo, al otro lado de la colina. El bajío estaba cubierto de hierba verde y primaveral—. El truco consiste en formar la imagen del animal en la mente —explicó Belgarath—, hasta el más mínimo detalle. Luego uno dirige la fuerza del poder hacia el interior, hacia uno mismo, y se transforma, metiéndose en la imagen. —Garion frunció el entrecejo, sin comprender—. Si intento explicarlo con palabras, tardarás demasiado en comprenderlo —dijo Belgarath—. Observa bien, y hazlo con la mente además de con los ojos.

De repente, la imagen del enorme lobo gris que Garion había visto alguna vez cobró forma en su mente y pudo ver con claridad el hocico jaspeado y el collarín de piel plateada. Entonces sintió la familiar agitación y oyó el ruido de rugidos en su mente. Por un instante, la imagen del lobo se mezcló de forma extraña con la del propio Belgarath, como si ambas intentaran ocupar el mismo espacio. Luego Belgarath desapareció y sólo quedó el lobo.

Seda silbó y sujetó con fuerza las riendas de los inquietos caballos.

Belgarath volvió a transformarse en el anciano de aspecto vulgar, con la túnica marrón rojizo y la capa gris con capucha.

—¿Lo entiendes? —le preguntó a Garion.

—Eso creo —respondió Garion, no muy convencido.

—Inténtalo. Yo te guiaré paso a paso.

Garion comenzó a formar la idea mental de un lobo.

—No olvides las uñas —le dijo Belgarath—. Aunque no lo parezcan, son muy importantes. —Garion agregó las uñas—. El rabo es muy corto. —El joven lo arregló—. Ahora está bastante bien. Métete dentro. —Garion lo intentó empleando su poder—. Transfórmate —le dijo el hechicero.

Tuvo la impresión de que su cuerpo se deshacía, se movía, se modificaba hasta convertirse en la imagen del lobo que había formado en su mente. Cuando la agitación desapareció, se encontró a sí mismo sentado sobre las patas traseras, jadeante. Se sentía muy raro.

—Levántate y deja que te vea —le dijo Belgarath.

Garion se incorporó sobre sus cuatro patas. Tener rabo era una experiencia muy extraña.

—Has hecho las patas traseras demasiado largas —observó Belgarath con aire crítico.

Garion quiso responderle que era la primera vez que lo hacía, pero su voz brotó como una extraña serie de gemidos y aullidos.

—Para ya —gruñó Belgarath—. Pareces un cachorro. Vuelve a transformarte.

Garion lo hizo.

—¿Adonde va a parar la ropa? —preguntó Seda con curiosidad.

—Está con nosotros —respondió Belgarath—, pero al mismo tiempo no lo está. En realidad es bastante difícil de explicar. Una vez, Beldin intentó averiguar el lugar preciso adonde iba la ropa. Él cree que tiene la respuesta, pero yo nunca alcancé a comprender su teoría. Beldin es mucho más inteligente que yo y sus explicaciones

suelen ser algo extravagantes. De todos modos, cuando regresamos a nuestra forma original, la ropa está igual que antes.

—¿Incluso la espada de Garion? —preguntó Seda—. ¿Y el Orbe? —El anciano asintió con un gesto—. ¿No es peligroso tenerlo flotando por ahí, digamos... suelto?

—En realidad no está suelto. Está allí... y al mismo tiempo no está.

—Te creo —aceptó Seda no muy convencido.

—Inténtalo otra vez, Garion —sugirió Belgarath. Garion se transformó varias veces hasta que su forma de lobo pareció con formar a su abuelo—. Quédate con los caballos —le dijo el anciano a Seda—. Volveremos dentro de un momento. —Su imagen se difuminó y se transformó en el gran lobo gris—. Corramos un poco —le dijo a Garion.

Sus pensamientos se transmitían directamente de su mente a la de Garion, con la única ayuda de las expresiones y posturas de su cara, sus orejas y unos pocos aullidos. De repente Garion comprendió por qué era tan fuerte el vínculo entre los lobos de la misma jauría; podía decirse de forma bastante literal que unos habitaban las mentes de los otros. Lo que veía uno, lo veían todos; lo que sentía uno, lo sentían también los demás.

—¿Hacia dónde corremos? —preguntó Garion sin sorprenderse demasiado por la rapidez con que había aprendido el lenguaje de los lobos.

—Hacia ningún lugar en particular. Sólo quiero hacer un poco de ejercicio —dijo el lobo gris y se alejó de allí a una velocidad asombrosa.

Al principio la cola era un verdadero problema. Garion olvidaba que la tenía y sus constantes balanceos le hacían perder el equilibrio. Cuando por fin aprendió cómo controlarla, el viejo lobo ya se había perdido en los páramos de color verde grisáceo. Poco después, sin embargo, Garion sintió que volaba sobre el suelo. Sus patas apenas tocaban la tierra y él encogía y estiraba su cuerpo en grandes brincos. Se maravilló ante la economía de movimientos de un lobo en la carrera. No corría sólo con las patas, sino con todo el cuerpo, y supo que, en caso necesario, podría correr durante días sin cansarse.

Los ondulados brezales tenían un aspecto diferente. Lo que antes le pareciera desolado y desierto como el cielo plomizo que los cubría, de repente estaba lleno de vida. Había ratones, ardillas que se escondían en sus madrigueras; y entre los pequeños y marchitos matorrales, los conejos, petrificados por el miedo, lo miraban pasar arañando con las uñas la blanda hierba. En silencio, Garion gozó de la fuerza y la libertad de su nuevo cuerpo. Era el señor de las praderas y todas las criaturas se apartaban a su paso.

De repente descubrió que no estaba solo. Otro lobo corría junto a él; un lobo de extraño aspecto incorpóreo que parecía irradiar una luz azulina y vacilante.

—¿Hasta cuándo piensas seguir corriendo? —le preguntó la loba en el lenguaje de su especie.

—Podemos parar si quieres —respondió Garion con cortesía mientras aminoraba el paso a medio galope y luego al trote.

—Es más fácil hablar cuando uno no corre —asintió ella. La loba paró y se sentó sobre sus patas traseras. Garion también se detuvo.

—Eres Polendra, ¿verdad? —le preguntó de forma muy directa ya que aún no estaba acostumbrado a las sutilezas del lenguaje de los lobos.

—Los lobos no necesitan nombres —respondió ella con desdén—. El también solía preocuparse por esas cosas.

Aquella voz no era exactamente igual a la que habitaba en el interior de su mente desde la infancia. En realidad no la escuchaba, pero de algún modo sabía lo que ella quería decirle.

—¿Te refieres al abuelo?

—¿A quién si no? Los hombres parecen tener la necesidad de clasificar las cosas y ponerles nombres. Creo que de ese modo pasan por alto aspectos importantes.

—¿Cómo es que estás aquí? ¿No estabas... bueno...?

—¿Quieres decir muerta? No tengas miedo de decirlo, después de todo es sólo una palabra. Supongo que lo estoy, pero no es algo tan distinto a estar vivo.

—¿No es necesario que alguien haga algo para traerte, como hizo la tía Pol el día de la pelea con Grul en las montañas de Ulgo? —preguntó.

—No siempre es necesario. Pueden llamarme de ese modo, pero también puedo hacerlo sola si es preciso. —Lo miró con curiosidad—. Estás muy confundido con todo esto, ¿verdad?

—¿Con qué?

—Con todo. Quién eres, quiénes somos nosotros y lo que tienes que hacer.

—Un poco —admitió él.

—Veamos si puedo explicártelo. Tomémoslo a él, por ejemplo. Yo nunca lo vi como a un hombre, ya sabes. Tiene una marcada personalidad de lobo, y siempre pensé que su nacimiento en forma de hombre había sido un error. Tal vez fuera a causa de la misión que tenía que cumplir. Pero en realidad la forma no tiene ninguna importancia.

—¿No?

—¿Acaso creías que la tenía? —contestó con algo que casi parecía una risa—. Mira, deja que te enseñe algo; me transformaré. —Su imagen resplandeció en el aire y de repente Garion se encontró ante una mujer de cabello rojizo y ojos dorados, vestida con una túnica lisa y marrón. Ganon volvió a asumir su forma natural—. ¿De verdad crees que soy distinta, Belgarion? —le preguntó—. En realidad soy lo que soy, en la forma de lobo, de búho o de mujer.

Entonces él comprendió.

—¿Puedo llamarte abuela? —le preguntó en tono avergonzado.

—Si eso te hace feliz... —respondió ella—. Aunque no es muy exacto.

—Ya lo sé —dijo él—, pero así me siento más cómodo.

—¿Por fin has aceptado tu identidad?

—No tengo otra opción, ¿verdad?

—Pero tienes miedo de ser quien eres y de lo que tienes que hacer, ¿no es cierto? —Garion asintió en silencio—. No estarás solo, ¿sabes?

—Creí que el Códice decía... —dijo él asombrado.

—El Códice no lo explica todo —afirmó ella—. Tu encuentro con Torak será el enfrentamiento de dos enormes fuerzas opuestas. Vosotros dos sólo sois los representantes de esas fuerzas. Habrá tanto poder en juego en esa batalla, que tu presencia y la de Torak será casi fortuita.

—Entonces ¿por qué no lo hace otro? —se apresuró a preguntar Garion—. Alguien mejor dotado para esto.

—Dije casi fortuita —dijo ella con firmeza—. Es necesario que seáis tú y Torak, pues sois los canales de las fuerzas que chocarán. Creo que cuando todo haya ocurrido te sorprenderás de lo fácil que habrá sido.

—¿Ganaré?

—No lo sé. Ni el mismo universo lo sabe. Por eso tienes que enfrentarte a él. Si supiéramos el resultado, este encuentro no sería necesario. —Miró a su alrededor—. Se aproxima Belgarath, así que tengo que irme.

—¿Por qué?

—Mi presencia lo entristece mucho más de lo que puedas llegar a imaginar.

—¿Porque...? —se interrumpió sin saber qué decir.

—Estábamos más unidos que muchas otras parejas y vivimos juntos durante muchos años. A veces me gustaría que comprendiera que en realidad no estamos separados; pero tal vez sea demasiado pronto para ello.

—Han pasado tres mil años, abuela.

—¿Qué significa el tiempo para un lobo? —preguntó ella con un tono enigmático—. La unión entre lobos es permanente y el dolor que causa la separación también lo es. Tal vez algún día... —Su voz se apagó con melancolía y Polendra suspiró—. En cuanto me vaya, vuelve a transformarte. Belgarath querrá que vayas a cazar con él. Es una especie de formalidad. Lo comprenderás cuando vuelvas a asumir la forma de lobo.

Garion asintió y comenzó a dibujar la imagen del lobo en su mente.

—Algo más, Belgarion.

—¿Sí, abuela?

—Te quiero, ¿sabes?

—Yo también te quiero, abuela.

Y entonces desapareció. Garion suspiró y se transformó en lobo otra vez. Luego se alejó de allí y se fue a cazar con Belgarath.

CUARTA PARTE

La reina de Riva

La princesa Ce'Nedra estaba pensativa, casi melancólica. A pesar de lo mucho que se divertía con la confusión que provocaban sus ocasionales rabietas, llegó a la triste conclusión de que debía abandonar tal actitud y hacer las paces con Garion. Después de todo iban a casarse y no tenía sentido inquietarlo más de lo estrictamente necesario. Con sus berrinches había dejado claro que aunque él tuviera un rango superior, ella no entraría al matrimonio como un ser inferior; y en realidad eso era todo lo que le preocupaba.

En líneas generales, la perspectiva de casarse con Garion no le resultaba tan desagradable como quería aparentar. En realidad lo amaba y ahora que él comprendía exactamente cómo iban a ser las cosas entre ellos, todo funcionaría de forma satisfactoria. Decidió ir a verlo ese mismo día y hacer las paces con él.

Aquel día de primavera se había pasado casi toda la mañana estudiando un libro de protocolo y dibujando con cuidado un diagrama. Como princesa imperial de Tolnedra y reina de Riva era evidente que estaría por encima de las grandes duquesas de todas las casas del Imperio. Estaba casi convencida de que también superaba en rango a las reinas Islena de Cherek y Silar de Algaria. La posición de Mayaserana como consoberana de Arendia presentaba algunos problemas. Era muy posible que Mayaserana y ella fueran iguales. Ce'Nedra garabateó una nota en un trozo de pergamino para acordarse de ordenar al embajador Valgon que consultara aquel asunto con el jefe de protocolo de Tol Honeth. Observó con satisfacción el diagrama que había dibujado. Ce'Nedra llegó a la conclusión de que igualaba o superaba a todas las mujeres nobles del Oeste, a excepción de Polgara y la maternal reina Layla de Sendaria, a quien todo el mundo rendía honores porque era encantadora.

De repente se oyó un tronido tan violento que hizo vibrar las paredes de la ciudadela. Asombrada, Ce'Nedra miró por la ventana y vio que la mañana estaba radiante y soleada. ¿Cómo era posible que tronara? Otro ruido descomunal irrumpió en la quietud y se oyeron exclamaciones de pánico en los pasillos. Intrigada, la princesa cogió una campanilla de plata y llamó a su doncella.

—Ve a ver qué ocurre —le ordenó y volvió al estudio del diagrama que había dibujado.

Pero enseguida se oyó otro estallido y más gritos confusos en los pasillos. ¡Era indignante! ¿Cómo iba a poder concentrarse con todos esos ruidos? Disgustada, se levantó y se dirigió a la puerta.

La gente corría, o mejor dicho huía. Al otro extremo del pasillo, la reina Layla de Sendaria salía corriendo de las habitaciones privadas de tía Pol, con los ojos llenos de terror y la corona balanceándose en su cabeza.

—¿Qué ocurre, Majestad? —le preguntó Ce'Nedra a la reina.

—¡Es Polgara! —exclamó la reina Layla tropezando en su prisa por escapar—. ¡Está destrozando todo lo que tiene a la vista!

—¿Lady Polgara?

Otro estrépito ensordecedor estuvo a punto de hacer caer a la reina que se agarró de Ce'Nedra, aterrorizada.

—Por favor, Ce'Nedra, averigua qué ha pasado. Haz que se detenga antes de que destruya la fortaleza entera.

—¿Yo?

—Ella te escuchará porque te quiere. Hazla parar.

Sin detenerse a considerar los posibles riesgos, Ce'Nedra se dirigió con rapidez a la puerta de Polgara y espió hacia el interior. Los muebles estaban patas arriba, los tapices que colgaban de las paredes rasgados, los cristales de las ventanas hechos añicos y la habitación llena de humo. Ce'Nedra había tenido suficientes rabietas en su vida como para saber apreciar la calidad artística de ésta, pero el desastre que había tenido lugar en las habitaciones de Polgara era tan tremendo que superaba las fronteras del arte para entrar en el campo de las catástrofes naturales. La misma Polgara estaba de pie en el centro de la habitación, desgredada y con los ojos sacando chispas, maldiciendo de forma incoherente en una docena de idiomas a la vez. Tenía un trozo de pergamino en una mano y alzaba la otra como una garra, despidiendo una masa incandescente de energía ardiente que parecía haber obtenido del propio aire y que ahora alimentaba con su propia furia. Las horribles maldiciones comenzaban en un timbre de contralto e iban en un espantoso crescendo hasta superar los registros más agudos. Cuando llegaba al límite de su voz, comenzaba a azotar el aire con la ardiente llama de su mano, acentuando cada maldición con una crepitante erupción de energía que surgía de entre sus dedos como un rayo y destruía todo aquello que se cruzaba ante su vista. Con una serie de malignas blasfemias, hizo estallar en pedazos seis tazas de té; luego, de forma muy metódica, volvió al principio de la hilera e hizo explotar los platillos donde se habían apoyado las tazas. Después, como si acabara de ocurrírsele la idea, convirtió la mesa en astillas.

Ce'Nedra oyó una exclamación ahogada justo detrás de ella. El rey Anheg, con una palidez cadavérica en la cara, echó una mirada desde la puerta, se volvió y huyó.

—Lady Polgara —le dijo Ce'Nedra a la hechicera, no tanto para hacerla entrar en razón como para reducir al mínimo la destrucción.

Polgara hizo estallar cuatro valiosísimos jarrones mediante cuatro explosiones diferentes. Al otro lado de la ventana, la radiante mañana de primavera se oscureció como si el sol acabara de apagarse; se oyó un súbito rugido de truenos y Ce'Nedra rogó con todas sus fuerzas que fueran naturales.

—¿Qué pasa? —preguntó la princesa, deseosa de que la furiosa hechicera comenzara a explicarse y dejara de maldecir, pues Polgara parecía sentir la imperiosa necesidad de enfatizar sus blasfemias con explosiones.

Polgara, sin embargo, no respondió; se limitó a arrojarle a Ce'Nedra el trozo de pergamino, dio media vuelta y redujo a pequeños guijarros blancos una estatua de mármol. Después, con la mirada desquiciada, comenzó a andar de un lado a otro en busca de algo más para romper, pero en la habitación humeante quedaban pocas cosas en pie.

—¡No! —gritó Ce'Nedra de repente cuando los furiosos ojos de la hechicera se posaron sobre el exquisito reyezuelo de cristal que Garion le había regalado.

—¡Cógelo! —le ordenó Polgara con los dientes apretados—. ¡Quítalo de mi vista!

Sus ojos ardían con la imperiosa necesidad de romper algo más. Polgara dio media vuelta y arrojó la incandescente bola de fuego que había formado por la ventana rota. La bola chocó contra el aire lóbrego del exterior con una espantosa explosión. Polgara apretó los puños con fuerza, alzó su cara crispada y comenzó a maldecir otra vez. De

repente comenzaron a caer rayos destructores desde las tempestuosas nubes negras que habían surgido de la nada. La hechicera ya no estaba satisfecha con aquella destrucción localizada y hacía extensiva su rabia a toda la isla y al mar de los Vientos, azotándolos con fuego ardiente y truenos ensordecedores. Entonces, con una sorprendente intensidad, levantó un puño y abrió las nubes, produciendo un diluvio increíble. Luego entrecerró sus brillantes ojos y alzó el otro puño. De inmediato la lluvia se convirtió en granizo: grandes y dentados trozos de hielo que chocaban y se astillaban contra las rocas y llenaban el aire de minúsculos fragmentos voladores y de denso vapor.

Ce'Nedra cogió el reyezuelo de cristal, se agachó para levantar el arrugado trozo de pergamino y huyó de allí.

El rey Anheg asomó su cara asustada por un rincón.

—¿No puedes detenerla? —le preguntó con voz temblorosa.

—Nada puede detenerla, Majestad.

—¡Anheg! ¡Ven aquí! —retumbó la voz de Polgara por encima de los truenos y el terrible diluvio de granizo que estremecía la ciudadela.

—Oh, Belar —murmuró el rey Anheg con devoción y la vista alzada hacia el cielo mientras se dirigía a toda prisa a las habitaciones de Polgara.

—¡Avisa de inmediato a Val Alorn! —le ordenó—. Mi padre, Seda y Garion se escaparon de la ciudadela anoche. ¡Envía a tu flota a buscarlos! No me importa si tienes que remover el mundo entero, piedra por piedra. ¡Encuétralos y tráelos de vuelta!

—Polgara, yo... —titubeó el rey de Cherek.

—No te quedes ahí con la boca abierta como un idiota. ¡Muévete!

Con cuidado, con una calma casi estudiada, la princesa Ce' Nedra le entregó el reyezuelo de cristal a su asustada doncella.

—Pon esto en un lugar seguro —le dijo. Luego se volvió y se dirigió otra vez al centro de la tormenta—. ¿Qué acabas de decir? —le preguntó a Polgara con tono sereno.

—Que anoche el idiota de mi padre, Garion y ese maldito ladrón decidieron marcharse solos —respondió Polgara con una voz gélida que sonaba aún más terrible por el control sobrehumano que reflejaba.

—¿Qué? —preguntó Ce'Nedra con voz contenida.

—Que se fueron. Se escaparon durante la noche.

—Entonces debes ir tras ellos.

—No puedo, Ce'Nedra —dijo Polgara como si le explicara algo a un niño—. Alguien debe quedarse aquí, pues podrían presentarse muchos problemas. El lo sabe y por eso lo hizo. Me ha dejado atrapada aquí.

—¿Garion?

—¡No, tonta, mi padre! —exclamó Polgara y comenzó a maldecir otra vez, acentuando cada blasfemia con un trueno.

Ce'Nedra, sin embargo, apenas la oía. La hechicera miró a su alrededor; allí ya no quedaba nada por romper.

—Te ruego que me disculpes —dijo; luego dio media vuelta, regresó a sus habitaciones y comenzó a romper todo lo que encontraba, gritando como una pescadera de Camaar.

Las rabietas de Ce'Nedra y de Polgara duraron varias horas y durante ese período ambas evitaron encontrarse. Necesitaban compartir algunos sentimientos, pero la furia descontrolada no era uno de ellos. Al final, Ce'Nedra sintió que había agotado las posibilidades de su explosión de ira y se invistió de la fría calma de alguien que ha sido mortalmente insultado. No importaba cuál fuera la versión de los hechos que Garion

diera en su inculta nota, antes de una semana el mundo entero sabría que él la había abandonado. La huida de su reacio prometido se convertiría en un chiste universal y eso era algo del todo intolerable.

Sin embargo, ella se presentaría ante el mundo con la frente alta y la mirada arrogante. Por más que llorara, se enfureciera o gritara en privado, la cara que vería el mundo no delataría ni el más mínimo indicio de la profunda herida que acababa de sufrir. Todo lo que le quedaba era el orgullo, y no pensaba renunciar a él.

Polgara, empero, no parecía sentir ninguna necesidad de hacer gala de aquella reserva imperial. Una vez que su furia inicial se hubo calmado, decidió acabar con la tormenta que había desatado y unos pocos valientes supusieron que lo peor ya había pasado. El conde de Trelheim fue a verla en un intento por ablandarla; pero dejó sus habitaciones corriendo, con los demoledores vituperios de Polgara todavía zumbando en sus oídos. Barak, pálido y preocupado, habló con los demás.

—No os acerquéis a ella —dijo con voz asustada—. Haced rápido lo que os pida y salid de inmediato de su vista.

—¿Se ha calmado un poco? —preguntó el rey Rhodar.

—Ha terminado de destruir los muebles —respondió Barak—, así que creo que ya está lista para empezar con la gente.

Desde entonces, cada vez que Polgara salía de sus habitaciones privadas, enseguida se corría la voz y los pasillos de la ciudadela de Puño de Hierro quedaban desiertos. Sus órdenes, transmitidas por lo general por su doncella, eran simples variaciones de las primeras instrucciones que le había dado al rey Anheg. Tenían que encontrar al trío de prófugos y traerlo ante ella.

Durante los días siguientes, la furia de la princesa Ce'Nedra se transformó en un mal genio que hacía que todos la eludieran tanto como a Polgara... Todos menos la dulce Adara, que soportaba las rabietas de la menuda jovencita con serenidad y paciencia. Las dos jóvenes pasaban casi todo el tiempo sentadas en el jardín de las habitaciones reales, donde Ce'Nedra podía dar rienda suelta a sus emociones sin temor a que la escucharan.

Sólo cinco días después de la partida de Garion y los demás, Ce'Nedra comprendió las verdaderas consecuencias de su partida.

El día era cálido, la primavera había llegado por fin a un lugar tan sombrío como Riva, y la pequeña extensión de césped en el centro del patio tenía un tono verde exuberante. Flores de color rosa, azul y rojo intenso se inclinaban en sus macizos mientras las brillantes abejas amarillas iban afanosas de un capullo a otro, repartiendo sus besos. Vestida con su túnica dríada favorita, de color verde claro, la princesa mordisqueaba con furia un inocente rizo de pelo mientras le hablaba sin parar a Adara sobre la inconstancia de los hombres. A media tarde, la reina Layla de Sendaria las encontró allí.

—Ah, estáis aquí —dijo la reina con efusión. Como siempre, llevaba la corona un poco torcida—. Os hemos buscado por todas partes.

—¿Por qué? —fue la poco amable respuesta de Ce'Nedra.

La reina Layla se detuvo a observar a la princesa con ojo crítico.

—¡Oh! —dijo—, ¿sigues enfadada? ¿Qué es lo que te pasa, Ce'Nedra? Hace días que no te comportas de forma civilizada.

Ce'Nedra captó la mirada de advertencia que Adara dirigió a la reina y eso la irritó aún más. Su respuesta fue fría.

—La experiencia de ser abandonada resulta bastante desagradable, Alteza —dijo.

La expresión risueña de la reina Layla se endureció.

—¿Nos disculpas, Adara? —preguntó.

—Por supuesto, Alteza —respondió Adara y se puso de pie de inmediato—. Estaré dentro, Ce'Nedra —dijo y salió del jardín con paso elegante.

La reina Layla aguardó a que la joven se alejara lo suficiente como para que no pudiese escucharlas y se sentó en un banco de mármol.

—Ven aquí, Ce'Nedra —dijo con firmeza.

La princesa miró a aquella mujer maternal un poco asombrada por la dureza de su tono; fue hacia el banco y se sentó obedientemente.

—Deberías dejar de interpretar todo lo que sucede como un insulto personal —dijo Layla—. Es un hábito muy indigno. Lo que hicieron Garion, Belgarath y Kheldar no tiene nada que ver contigo. —Miró a la joven con seriedad—. ¿Sabes algo acerca de la profecía?

—He oído hablar de ella —respondió Ce'Nedra de mal humor—, pero los tolnedranos no creemos en esas cosas.

—Tal vez ése sea el problema —dijo Layla—. Quiero que me escuches con atención, Ce'Nedra. Quizá no lo creas, pero lo comprenderás. —La reina reflexionó un momento—. La profecía dice con claridad, que cuando el rey de Riva regrese, Torak despertará.

—¿Torak? Tonterías. Torak está muerto.

—No me interrumpas, querida —le pidió Layla—. ¿Has viajado con ellos durante tanto tiempo y todavía no lo comprendes? Pareces una jovencita muy inteligente, pero en realidad eres muy lenta. —Ce'Nedra se ruborizó—. Torak es un dios, Ce'Nedra —continuó Layla—, y está dormido, no muerto. No murió en Vo Mimbres, como mucha gente quiere creer. En el mismo instante en que Garion tocó el Orbe, Torak comenzó a moverse. ¿Nunca te has preguntado por qué Polgara insistió en que Misión llevara el Orbe todo el camino de regreso desde Rak Cthol? Garion podría haberlo llevado con la misma facilidad. —Ce'Nedra no había pensado en ello—. Pero si Garion lo hubiera tocado, todavía en suelo angarak y sin la espada, Torak podría haberse despertado y haberlo perseguido de inmediato. Y tal vez lo habría matado.

—¿Matarlo? —exclamó Ce'Nedra.

—Por supuesto, cariño, de eso se trata. La profecía dice que al final Torak y el rey de Riva se encontrarán y que en aquel encuentro se decidirá el destino de la humanidad.

—¿Garion? —preguntó Ce'Nedra, atónita e incrédula—. No hablas en serio.

—Nunca he hablado tan en serio en mi vida, jovencita. Garion tiene que pelear con Torak a muerte para decidir el destino de la humanidad. ¿Ahora lo comprendes? Por eso Belgarath y Seda salieron de Riva de una forma tan súbita. Van camino a Mallorean para que Garion pueda enfrentarse a Torak. Podrían haber llevado un ejército consigo, pero sabían que eso sólo causaría muertes innecesarias. Esa es la razón por la cual se fueron solos. Ahora, ¿no crees que deberías comportarte con mayor madurez?

Ce'Nedra quedó muy deprimida después de la conversación con la reina Layla. Acaso por primera vez en su vida, comenzó a pensar en otra persona más que en sí misma. Su preocupación por Garion era constante y por las noches tenía horribles pesadillas sobre las cosas espantosas que podrían ocurrirle.

Para colmo, sentía un continuo zumbido en los oídos que a veces resultaba exasperante. Era como el murmullo de voces muy lejanas, palabras que parecían casi comprensibles, pero que nunca alcanzaba a entender del todo. Aquel zumbido, unido a su ansiedad por Garion, la volvía melancólica y a menudo malhumorada, hasta tal punto que incluso Adara comenzó a eludirla.

El irritante sonido de sus oídos continuó así varios días, hasta que descubrió su significado de un modo accidental. El clima en la isla de los Vientos no era nunca demasiado bueno y la primavera era una época del año llena de imprevistos. Una tormenta detrás de otra, en deprimente progresión, azotaba la costa rocosa e intermitentes chubascos caían sobre la ciudad y sobre la isla entera. Una mañana sombría y lluviosa la princesa estaba sentada en su habitación. Contemplaba con tristeza el húmedo jardín por la ventana. El fuego que crepitaba en la chimenea no parecía ayudar a templar su ánimo. Después de un rato, la princesa suspiró, y como no tenía nada mejor que hacer, se sentó ante su tocador y comenzó a cepillarse el pelo.

De repente el espejo proyectó un resplandor plateado en su garganta. Era el medallón que Garion le había regalado poco después de su cumpleaños. Ya se había acostumbrado a llevarlo, aunque el hecho de no poder quitárselo todavía le causaba periódicas rabietas. Sin detenerse a pensarlo, la princesa dejó de cepillarse el pelo y tocó el amuleto con la punta de los dedos.

—... pero no podemos hacer nada hasta que los arendianos y los tolnedranos se movilicen —dijo la voz del rey Rhodar de Drasnia.

Ce'Nedra se sobresaltó y se dio la vuelta con rapidez, preguntándose por qué el solemne monarca había entrado en su habitación; pero en cuanto dejó de tocar el amuleto, la voz se extinguió. Ce'Nedra miró a su alrededor, perpleja. Frunció la frente y volvió a tocar el amuleto.

—No, no —dijo otra voz—, las especias no se agregan hasta que comienza a hervir.

Ce'Nedra volvió a retirar los dedos del talismán y aquella otra voz se calló de golpe. Fascinada, lo tocó por tercera vez.

—Tú haces la cama y yo ordeno la habitación. Tenemos que darnos prisa, la reina de Cherek puede volver en cualquier momento.

Intrigada, la princesa tocó el amuleto una y otra vez y sus oídos oyeron conversaciones de todos los puntos de la ciudadela.

—El fuego está demasiado fuerte. Quemará cualquier cosa que toque.

Luego oyó una conversación en murmullos.

—¿Qué pasará si viene alguien? —era la voz de una chica.

—No vendrá nadie —respondió la voz de un joven con tono persuasivo—. Aquí estamos seguros y cómodos. Y yo te amo de verdad.

Ce'Nedra soltó el amuleto y se ruborizó con furia.

Al principio no tenía ningún control sobre el amuleto, pero poco a poco la princesa fue experimentando y aprendió a concentrarse en una situación en particular. Después de un par de horas de intensa concentración, descubrió que podía saltar con rapidez de una conversación a otra en la ciudadela, hasta encontrar alguna que le interesara. Durante el proceso de aprendizaje, se enteró de muchas cosas, algunas interesantes y otras no muy agradables. Sabía que debía sentirse culpable por escuchar conversaciones ajenas, pero por alguna razón no era así.

—Vuestra idea es razonable, Majestad —dijo la voz de Mandorallen—. El rey Korodullin comparte nuestra causa, pero le llevará semanas reunir todas las fuerzas de Arendia. Nuestra mayor preocupación es la posición que el emperador de Tolnedra tomará en este asunto. Sin las legiones, la situación es arriesgada.

—Ran Borune no tiene opción —afirmó el rey Anheg—. Está comprometido por los Acuerdos de Vo Mímbre.

Brand, el Guardián de Riva, se aclaró la garganta.

—No creo que sea tan simple, Majestad —dijo suavemente con su voz grave—. Los Acuerdos estipulan que los Reinos del Oeste deben responder a la llamada del rey de Riva y Belgarion no está aquí para convocarlos.

—Nosotros actuamos en su nombre —dijo el rey Cho-Hag.

—El problema será convencer de eso a Ran Borune —señaló Rhodar—. Conozco a los tolnedranos. Tienen batallones enteros de expertos legales investigando los Acuerdos. A no ser que el propio Belgarion se encuentre cara a cara con Ran Borune y dé sus órdenes en persona, el emperador considerará que no tiene obligación de unirse a nosotros. El rey rivano es el único que puede convocarlos para la guerra.

Ce'Nedra soltó el amuleto. Una idea comenzaba a tomar forma en su mente. Era una gran idea, aunque no estaba segura de poder llevarla a cabo. Sabía que los alorn eran tercos y reacios a aceptar innovaciones. Dejó el cepillo y se dirigió con rapidez a un pequeño baúl situado contra la pared, junto a la ventana. Lo abrió y comenzó a revolver en él. Un momento después encontró un apretado rollo de pergamino; lo desenrolló y buscó un pasaje en particular. Estaba claro que decía lo que ella esperaba.

Durante el resto del día estuvo pensando en su idea. La posibilidad de que alguien alcanzara a Garion y lo detuviera era remota, por no decir imposible. Belgarath y el príncipe Kheldar tenían demasiada experiencia en fugas como para permitir que los cazaran con facilidad. Perseguirlos era una absoluta pérdida de tiempo. Como Polgara todavía no estaba en condiciones de ver las cosas de ese modo, Ce'Nedra consideró que era su obligación reducir al mínimo los riesgos que pudiera sufrir Garion al entrar en territorio angarak. Todo lo que debía hacer era convencer a los reyes alorn de que ella era la más indicada para ocuparse de aquello.

A la mañana siguiente la lluvia continuaba. Ce'Nedra se levantó temprano para prepararse. Por supuesto, debía tener un aspecto absolutamente majestuoso, así que eligió con astucia una túnica de terciopelo esmeralda y una capa a juego. Sabía que vestida de verde estaba fascinante y su corona de doradas hojas de roble bastaba para darle el toque adecuado. Se alegraba de haber esperado hasta la mañana, pues había descubierto que a esa hora era más fácil tratar con los hombres. Sin duda, al principio se opondrían, y ella quería que la idea quedara bien clara en sus cabezas antes de que se despertaran del todo. Se miró por última vez en el espejo de su vestidor, se armó de valor y puso en orden sus argumentos. Debía responder al instante la más mínima objeción. Intentó con cuidado adoptar la actitud propia de una princesa imperial, cogió el pergamino y se dirigió a la puerta.

La sala del Consejo donde solían reunirse los reyes alorn era una habitación grande situada a gran altura en una de las enormes torres de la ciudadela. Había pesadas vigas en el techo, una alfombra de intenso color rojo en el suelo, y en un rincón, una chimenea tan grande que dentro cabía una persona. Cortinas rojas flanqueaban las ventanas, desde donde se veía la lluvia que azotaba las sólidas piedras de la torre. Las paredes de la sala estaban cubiertas de mapas y la gran mesa llena de pergaminos y jarras de cerveza. El rey Anheg, con su túnica azul y su corona dentada, estaba repantigado en el sillón más cercano, con el aspecto desaliñado y tosco de siempre. El rey Rhodar se veía enorme enfundado en su manta carmesí, pero los demás reyes y generales vestían ropas bastante corrientes.

Ce'Nedra entró en la sala sin llamar y contempló con expresión imponente a los confusos hombres que se ponían de pie para saludarla.

—Alteza —comenzó el rey Rhodar con una reverencia solemne—. Nos sentimos honrados con vuestra presencia. ¿Hay algo...?

—Majestad —respondió ella con una pequeña reverencia— y caballeros, creo que necesito vuestro consejo en un asunto de Estado.

—Estamos a vuestra inmediata disposición, Alteza —respondió el rey Rhodar con un brillo sarcástico en los ojos.

—En ausencia del rey Belgarion, parece que yo debo actuar en su lugar —anunció Ce'Nedra—, y necesito vuestros consejos sobre cómo debo proceder. Espero que la transmisión del poder a mis manos se realice sin problemas.

Todos la miraron con incredulidad y el rey Rhodar fue el primero en recuperarse.

—Es una proposición muy interesante, Alteza —murmuró con amabilidad—. Sin embargo, ya hemos tomado otras medidas. Hay un antiguo precedente sobre estos casos. De todos modos, agradecemos el amable ofrecimiento de Su Alteza.

—No era precisamente un ofrecimiento, Majestad —respondió Ce'Nedra—, cualquier precedente queda anulado.

El rey Anheg ya estaba farfullando, pero Rhodar procedía con tacto. Ce'Nedra reparó en que el corpulento rey drasniano podría ser su adversario más importante... o su aliado más útil.

—Todos estaremos encantados de examinar las instrucciones que invisten a Su Alteza de autoridad real —dijo—. Supongo que ese pergamino es importante.

—En efecto, lo es, Majestad —afirmó Ce'Nedra.

—¿Puedo verlo? —preguntó Rhodar y extendió el brazo.

Ce'Nedra le entregó el pergamino y el rey Rhodar lo abrió.

—Eh..., Alteza, éste es el acuerdo de compromiso, tal vez sea una equivocación.

—La información pertinente está en el párrafo cuarto, Majestad.

Rhodar se apresuró a leer aquel párrafo con el rostro fruncido.

—¿Qué dice? —preguntó impaciente el rey Anheg.

—Es interesante —murmuró Rhodar mientras se rascaba una oreja.

—Rhodar —protestó Anheg—, ¿qué dice?

El rey Rhodar se aclaró la garganta y comenzó a leer en voz alta.

—«Se establece que el rey Belgarion y su reina gobernarán de forma conjunta y que en la ausencia de él, ella asumirá todas las obligaciones y gozará de la autoridad del trono de Riva.»

—Déjame ver eso —dijo Anheg al tiempo que arrancaba el pergamino de las manos a Rhodar.

—No tiene ningún valor —declaró Brand—. Ella todavía no es la reina; no lo será hasta después de la boda.

—Eso es una simple formalidad, señor Guardián —dijo Ce'Nedra.

—Una formalidad bastante importante —respondió él.

—Hay un precedente muy bien asentado —dijo ella con aplomo—. Cuando un rey muere, su heredero directo asume sus funciones antes de la coronación formal.

—Es distinto —gruñó Brand.

—Yo no alcanzo a ver la diferencia, señor. He sido elegida para gobernar junto a Garion y estoy obligada a tomar su lugar en su ausencia o en una emergencia. Es mi derecho y mi responsabilidad. Las formalidades tendrán que esperar, pero yo soy la reina de Riva. Es la voluntad y el propósito del rey Belgarion. ¿Os atreveréis a desafiar a vuestro rey?

—Lo que dice tiene cierta lógica, señor Guardián —musitó el conde de Seline—. El documento es muy claro.

—Pero mirad esto —dijo Anheg con tono triunfal—. En el párrafo segundo dice que si la boda no tuviera lugar, deberán devolverse todos los regalos. La boda aún no ha tenido lugar.

—No estoy seguro de que el poder sea un regalo, Anheg —dijo el rey Fulrach—. No es algo que pueda darse y luego retirarse.

—Ella no puede gobernar de ningún modo —afirmó el rey Anheg con obstinación—. No sabe nada de los alorn.

—Tampoco lo sabía Garion —murmuró el rey Cho-Hag con su característica voz suave—. Ella podrá aprender igual que él.

Ce'Nedra había estado evaluando sus reacciones con cuidado. La mayoría parecía dispuesta al menos a considerar la idea. Sólo se resistían los dos más conservadores, Brand y Anheg. Parecía el momento oportuno para una retirada digna unida a una oferta apaciguadora.

—Ahora, caballeros, os dejaré para que discutáis este asunto —declaró con cierto aire de superioridad—, pero antes me gustaría que supierais que soy consciente de la gravedad de la situación que atraviesa el Oeste. —Adoptó una simpática y deliberada expresión infantil—. Soy muy joven —confesó—, y no estoy acostumbrada a las complicaciones de estrategias y tácticas. Nunca podría tomar una decisión en este terreno sin vuestra total colaboración, caballeros. —Entonces hizo una reverencia, dirigida deliberadamente a Rhodar—. Majestad —dijo—, aguardaré vuestra decisión.

—Majestad —respondió él y le devolvió la reverencia de una forma un tanto solemne y con un guiño cómplice.

Ce'Nedra se retiró y corrió literalmente por los pasillos hasta llegar a sus habitaciones. Casi sin aliento, cerró la puerta tras ella y tocó el talismán que llevaba al cuello con sus dedos temblorosos. Pasó con rapidez de una conversación a otra hasta que encontró la que buscaba.

—... niego a tomar parte en esta ridiculez —decía Anheg.

—Anheg, amigo —le respondió el rey Fulrach de Sendaria con sorprendente firmeza—, eres mi querido rey hermano, pero tienes algunos puntos débiles. ¿No sería más apropiado para un hombre de Estado considerar las ventajas y desventajas de la situación de forma desapasionada?

—Los alorn nunca la seguirán —afirmó Anheg—. Ahí tienes una desventaja fundamental.

—Pero los alorn nos seguirán a nosotros —dijo el rey Cho-Hag en voz baja—. Después de todo, ella sólo será como un títere, un símbolo de unidad.

—Creo que Cho-Hag puso el dedo en la llaga y que deberíamos analizar ese punto con atención —urgió el rey Rhodar—. Con el permiso del barón Mandorallen, debo decir que los arendianos están muy desunidos. Astur y Mimbres están al borde de reanudar las hostilidades y es posible que en el norte de Arendia nadie responda a la llamada del rey Korodullin, en cuyo caso los caballeros mimbranos se sentirán obligados a quedarse en casa para defenderse de posibles levantamientos asturios. Necesitamos a alguien que les haga olvidar sus disputas para que se unan a nosotros. Necesitamos a los arqueros asturios y a los caballeros mímbranos.

—Por desgracia coincido con vos, Majestad —asintió Mandorallen—. Mi pobre Arendia necesita aliarse por una causa ajena. No somos lo suficientemente sabios como para unirnos solos.

—Ce'Nedra puede sernos tan útil como Garion —explicó Barak—; nadie esperaba que el chico actuara como un general. Todo lo que íbamos a hacer era darle una corona y ponerlo al frente del ejército. Además los arendianos se vuelven sentimentales y románticos cuando ven una joven bonita. El documento de compromiso hace que su solicitud sea casi legal. Todo lo que debemos hacer es simular que nosotros la hemos

aceptado y hablar muy rápido. Si a eso le sumamos la perspectiva de una bonita guerra, creo que los arendianos se unirán a nosotros.

—Sin embargo, el punto fundamental a tener en cuenta —dijo el rey Rhodar con énfasis— es el impacto que ella tendrá en Tolnedra. Ran Borune la idolatraba y es posible que consienta darle el mando de algunas legiones, cosa que nosotros solos no conseguiríamos nunca. Él verá la ventaja política de que ella esté al mando de inmediato. Necesitamos esas legiones. A mí personalmente, no me gustan los tolnedranos, pero las legiones son la mejor fuerza armada del mundo. Si fuera necesario, me arrodillaría ante Ce'Nedra para conseguir las. Dejémosla jugar a la reina si así lo desea.

Ce'Nedra sonrió. Las cosas iban mejor de lo que esperaba. En líneas generales, se sentía bastante satisfecha de sí misma. La princesa se sentó ante su tocador y comenzó a cepillarse el pelo mientras tarareaba suavemente una canción.

Delban el armero era un hombre rudo y calvo, de hombros anchos, enormes manos callosas y barba cana. Era un artesano, un artista, y no le tenía el más mínimo respeto a nadie. Ce'Nedra lo encontró insoportable.

—Yo no hago armaduras para mujeres —fue la respuesta inicial al pedido de la princesa que, acompañada por el herrero Durnik, acudió a su taller.

Luego se había vuelto de espaldas y había comenzado a golpear con gran estruendo una brillante hoja de acero. Tardaron casi una hora en convencerlo de que aceptara considerar la idea. La fragua ardiente irradiaba calor y las paredes de ladrillo lo reflejaban e intensificaban, y al poco tiempo la princesa estuvo empapada en sudor. Había hecho unos bocetos de la armadura que le parecía más apropiada para ella y estaba convencida de que le habían salido bastante bien; pero al verlos, Delban dejó escapar una ronca carcajada.

—¿Dónde está la gracia? —preguntó ella.

—Metida en una cosa así, parecerías una tortuga —respondió él—. No podrías moverte.

—Los dibujos sólo pretenden darte una idea general —dijo intentando no perder la calma.

—¿Por qué no te comportas como una niña buena y le llevas esto a una modista? —sugirió él—. Yo trabajo con acero, no con brocado o raso. Una armadura como ésta sería inútil y tan incómoda que no podrías usarla.

—Entonces modificala —le dijo con los dientes apretados. El armero volvió a mirar el dibujo y luego lo estrujó y lo arrojó a un rincón.

—Tonterías —gruñó.

Ce'Nedra resistió sus deseos de gritar y recogió los dibujos.

—¿Qué tienen de malo? —insistió.

—Aquí hay demasiado —apoyó uno de sus gruesos dedos sobre los hombros del dibujo—. No podrías levantar el brazo. Y aquí —señaló la sisa del peto que había dibujado ella—; si lo hiciera así de apretado, los brazos quedarían rígidos y ni siquiera podrías rascarte la nariz. A propósito, ¿de dónde has sacado la idea? ¿Quieres una cota de malla o un peto? No puedes tener ambos.

—¿Por qué no?

—Por el peso. No podrías soportarlo.

—Entonces hazla más liviana. ¿No puedes?

—Puedo hacer una armadura tan liviana como una tela de araña. ¿Pero de qué serviría? Cualquiera podría atravesarla con un cuchillo de cocina.

—Maestro armero —dijo Ce'Nedra con voz contenida tras hacer una profunda inspiración—, mírame. ¿Crees que hay en todo el mundo un guerrero lo suficientemente pequeño como para que pueda enfrentarme a él?

El armero miró a la princesa con los labios fruncidos y estudió la figura menuda de la princesa mientras se rascaba la calva.

—Eres muy pequeña —admitió—. ¿Para qué quieres una armadura si no vas a luchar?

—No es exactamente una armadura —le explicó con cierta impaciencia—, pero debe parecerlo.

Enseguida se dio cuenta de que había elegido mal las palabras. La expresión de Delban se ensombreció y volvió a arrojar los dibujos. Tardaron diez minutos más en ablandarlo. Después de muchas lisonjas y excesiva adulación, la princesa lo persuadió para que considerara la idea como un desafío artístico.

—De acuerdo —se rindió por fin con una expresión de disgusto—, quítate la ropa.

—¿Qué?

—Que te desvistas —repitió él—. Necesito las medidas exactas.

—¿Te das cuenta de lo que me pides?

—Jovencita —dijo, enfadado, Delban—, soy un hombre casado y tengo hijas mayores que tú. Usas ropa interior, ¿verdad?

—Sí, pero...

—Eso será suficiente para respetar el pudor. Quítate el vestido.

Con la cara encarnada, Ce'Nedra se desvistió. Durnik, el herrero, que había estado contemplando la escena desde la puerta con una amplia sonrisa en los labios, se volvió en actitud respetuosa.

—Deberías comer más —le dijo Delban—, estás seca como un pollo.

—Puedes ahorrarte los comentarios —respondió ella con acritud—. Y date prisa. No voy a pasarme el día aquí en camisa.

Delban cogió un trozo de cuerda gruesa con nudos atados a intervalos regulares y tomó un montón de medidas con ella, apuntándolas con meticulosidad en una tablilla de madera.

—Muy bien —dijo por fin—. Con esto basta. Ya puedes vestirme.

—¿Cuánto tiempo tardarás? —preguntó Ce'Nedra mientras se ponía el vestido.

—Dos o tres semanas.

—Imposible. Lo necesito para la semana que viene.

—Dos semanas —repitió él con terquedad.

—Diez días —regateó ella.

El rudo armero sonrió por primera vez desde que habían entrado en su taller.

—Está acostumbrada a salirse con la suya, ¿verdad? —le dijo a Durnik.

—Es una princesa —le informó Durnik—, y al final siempre consigue lo que quiere.

—Muy bien, mi flacucha princesita —rió Delban—. Diez días.

—Sabía que lo comprenderías —dijo Ce'Nedra rebotante de alegría.

Exactamente diez días después, la princesa regresó al taller de Delban, otra vez acompañada por Durnik. La cota de malla que había confeccionado el artesano era tan liviana que casi podía describirse como delicada. El casco, forjado en fino acero, tenía una pluma blanca y una coronilla de oro. Las grebas, destinadas a protegerle las piernas, se amoldaban a la perfección. También le había hecho un escudo grabado con rebordes de bronce y una espada ligera con una empuñadura tallada y una vaina.

Ce'Nedra, sin embargo, contemplaba con expresión de disgusto el peto que había fabricado Delban. Era obvio que le sentaría bien... demasiado bien.

—¿No has olvidado algo? —preguntó ella.

El armero levantó el peto con sus enormes manos y lo examinó.

—Está todo —le dijo—. La parte delantera, la trasera, las correas para ajustarlo. ¿Qué otra cosa querías?

—¿No es un poco... mezquino? —sugirió Ce'Nedra con delicadeza.

—Está hecho según tus medidas —respondió él—. La mezquindad no es culpa mía.

—Lo quiero un poco más... —hizo un gesto curvo con las manos.

—¿Para qué?

—No importa para qué. Límitate a hacerlo.

—¿Con qué piensas llenarlo?

—Eso es asunto mío. Tú haz lo que te digo.

Él arrojó un pesado martillo sobre el yunque.

—Hazlo tú —le dijo con brusquedad.

—Durnik —la princesa recurrió al herrero.

—Oh, no, princesa —se negó Durnik—. Nunca toco las herramientas de otro hombre. Eso no se hace.

—Por favor, Delban —suplicó la joven.

—Es una estupidez —respondió él con seriedad.

—Es importante —insistió ella—. Si la uso así, pareceré un hombre, y cuando la gente me vea no se dará cuenta de que soy una mujer. Es muy, muy importante. ¿No podrías...? Bueno, sólo un poco —agregó y ahuecó las manos en forma de taza.

—Tenías que traerla a mi taller, ¿verdad? —le dijo Delban a Durnik con una mirada de disgusto.

—Todo el mundo dice que eres el mejor —respondió Durnik con suavidad.

—Sólo un poquito, Delban —porfió Ce'Nedra.

Delban se dio por vencido.

—Oh, de acuerdo —gruñó mientras recogía el martillo—. Haré cualquier cosa con tal de que salgas de mi taller... pero no pienso hacerlo hasta aquí —dijo con un gesto exagerado.

—Confío en tu buen gusto, Delban —sonrió ella y le dio una palmadita cariñosa en la mejilla—. ¿Mañana por la mañana?

A la mañana siguiente, Ce'Nedra se miró en el espejo con la armadura puesta y decidió que era perfecta.

—Y bien, ¿qué opinas, Adara? —le preguntó a su amiga.

—Es muy bonita —respondió la alta joven, aunque no muy convencida.

—Es lo más apropiado —dijo dichosa Ce'Nedra mientras se giraba de modo que la capa azul sujeta a las hombreras del peto se abriera y ondeara de forma espectacular. La brillante cota de malla que llevaba debajo del peto le llegaba a las rodillas y a las muñecas. Las grebas le cubrían las pantorrillas, y los guardabrazos forjados en bronce, le llegaban a los codos. Delban se había negado de forma terminante a usar oro. Ce'Nedra tuvo que admitir que la herradura le molestaba un poco a pesar de la gruesa camiseta que llevaba, pero estaba dispuesta a aceptarlo. La princesa blandió su espada y estudió su imagen en el espejo.

—La llevas mal —sugirió Adara con amabilidad.

—Enséñame —le pidió Ce'Nedra y le pasó la espada.

Adara cogió el arma y la sujetó con firmeza, apuntando hacia abajo. Parecía tener una enorme destreza.

—¿Dónde aprendiste a hacer eso? —le preguntó Ce'Nedra.

—Nos dan clases —respondió Adara y le devolvió la espada—. Forma parte de nuestra tradición.

—Ayúdame con el escudo. —Con la colaboración de Adara, la princesa logró enfundarse en su equipo de guerra—. ¿Cómo haces para no tropezar con ella? —preguntó Ce'Nedra mientras se esforzaba por acomodar la larga vaina de la espada en la cintura.

—Sujeta la empuñadura —le dijo Adara—. ¿Quieres que vaya contigo?

Ce'Nedra reflexionó sobre aquella posibilidad mientras se alisaba el cabello y arreglaba la pluma del casco.

—Será mejor que no —dijo con cierta reticencia—. Creo que debo enfrentarme a ellos sola. ¿De verdad estoy bien?

—Estás muy bien —le aseguró Adara.

De repente la asaltó un pensamiento súbito.

—¿Y si se ríen? —preguntó horrorizada.

—Supongo que tendrás que atacarlos con la espada —respondió Adara con gravedad.

—¿Te burlas de mí, Adara?

—Por supuesto que no, princesa —respondió Adara con total seriedad.

Cuando Ce'Nedra llegó a la puerta de la sala del Consejo, hizo una profunda inspiración y entró, otra vez sin llamar. Hacerlo habría sido absurdo, como sugerir que dudaba de su derecho a estar allí.

—¿Y bien, caballeros? —preguntó a la asamblea de reyes y generales mientras se colocaba en el centro de la habitación para que todos pudieran verla.

El rey Rhodar se levantó con actitud respetuosa.

—Majestad —la saludó con una reverencia—. Sentíamos curiosidad por vuestra ausencia. Pero ahora las razones están muy claras.

—¿Os parece bien? —preguntó sin poder evitarlo y se volvió para que todos admiraran su armadura.

—Es impresionante, ¿verdad? —le dijo el rey Rhodar a los demás mientras la observaba con curiosidad—. Tiene los toques necesarios en los lugares adecuados. Los arendianos se unirán en torno a ella y los tolnedranos... Bueno, ya veremos qué ocurre con los tolnedranos.

El rey Anheg tenía el aspecto de un hombre que sufre una seria lucha consigo mismo.

—¿Por qué tendré la sensación de que me están obligando a hacer algo? —protestó—. Esta idea hace que se me hiele la sangre, pero no tengo ningún argumento sensato en contra. —Examinó a Ce'Nedra con ojo crítico—. No está tan mal, ¿verdad? —aceptó de mala gana—. Es absolutamente antinatural, por supuesto, pero la armadura le ayuda un poco. Hasta es probable que esto funcione.

—Estoy tan contenta de merecer la aprobación de su Majestad... —dijo Ce'Nedra de forma efusiva.

Luego intentó hacer una reverencia, pero la armadura se lo impidió. Entonces dejó escapar una pequeña risita e hizo una caída de ojos al rudo de Cherek.

—No hagas eso, Ce'Nedra —dijo él enfadado—. Todo esto me está resultando bastante difícil. —La contempló con una mirada iracunda—. De acuerdo —dijo por fin—, siempre que quede claro para todos que ella no tomará ninguna decisión, aceptaré la idea. No me gusta nada, pero supongo que no tiene importancia. —Se puso de pie y le hizo una reverencia—. Majestad —dijo como si la palabra casi lo ahogara.

Ce'Nedra, rebotante de alegría, intentó devolverle la reverencia de forma instintiva.

—No te inclines, Ce'Nedra —le aconsejó él con expresión afligida—. El Señor Supremo del Oeste no se inclina ante nadie. —Se dirigió al rey de Drasnia con exasperación—: Esto no funcionará, Rhodar. ¿Cómo vamos a llamarla? ¿La Señora Suprema del Oeste? Si lo hacemos, se reirán de nosotros en los doce reinos.

—La llamaremos reina de Riva, mi querido Anheg —respondió el rey Rhodar con cortesía— Y romperemos la cabeza de cualquier hombre que se niegue a inclinarse ante ella.

—De eso puedes estar seguro —respondió Anheg con el entrecejo fruncido—. Si yo me inclino ante ella, todo el mundo tendrá que hacerlo.

—Me alegro de que todo quede aclarado —dijo una voz familiar desde un rincón oscuro de la sala.

—¡Polgara! —exclamó Ce'Nedra confusa—. No sabía que estabas allí.

—Eso es evidente —respondió Polgara—. Has estado muy ocupada, ¿verdad, querida?

—Yo... —balbució Ce'Nedra.

Polgara dejó con cuidado su taza de té sobre la mesa y se acercó a la luz. Su cara estaba muy seria, pero al examinar a la princesa, sus ojos tenían una expresión divertida.

—Muy interesante —se limitó a decir. Ce'Nedra estaba abrumada—. Caballeros —dijo Polgara al Consejo—, sin duda aún tendréis muchas cosas que discutir. Mientras tanto, la princesa y yo tendremos una pequeña charla en privado. Estoy segura de que sabréis disculparnos. —Se dirigió a la puerta—. Ven, Ce'Nedra —dijo sin mirar atrás.

La princesa la siguió, temblorosa.

Polgara no dijo nada hasta que la puerta de su habitación se cerró tras ellas. Entonces se volvió y miró con seriedad a la princesa vestida con su armadura.

—Me han contado lo que has estado tramando, Ce'Nedra. ¿Te importaría explicármelo?

—Todos discutían tanto... —comenzó Ce'Nedra sin demasiada convicción—, necesitaban a alguien que los uniera.

—¿Y tú has decidido que eras la persona más indicada?

—Bueno...

—¿Cómo te has enterado de sus discusiones?

Ce'Nedra se ruborizó con expresión culpable.

—Ya veo —murmuró Polgara—. Has descubierto cómo usar el amuleto de mi hermana. ¡Qué lista eres!

—Déjame hacerlo, Polgara —suplicó Ce'Nedra de repente—. Deja que los dirija; sé que puedo hacerlo. Permíteme demostrar que merezco reinar junto a Garion.

Polgara la miró con aire pensativo.

—Estás creciendo muy deprisa —dijo por fin.

—¿Me dejarás hacerlo?

—Lo charlaremos. Quítate el casco y el escudo, cariño, y deja la espada en un rincón. Tomaremos una buena taza de té y me contarás tus planes con todo detalle. Preferiría no encontrarme con sorpresas una vez hayamos comenzado con esto.

—¿Vendrás con nosotros? —preguntó, asombrada, Ce'Nedra.

—Por supuesto que sí —respondió Polgara y luego le sonrió—. Tal vez pueda evitar que te metas en líos ya que no he tenido mucho éxito con Garion. —Se interrumpió y dirigió una mirada significativa al peto de la joven—. ¿No es un poco exagerado, cariño?

Ce'Nedra se ruborizó.

—Pensé que quedaría más... Bueno —empezó con actitud defensiva pero perdió el hilo.

—Ce'Nedra —dijo Polgara— no tienes por qué acomplejarte. Después de todo, todavía eres joven. Dale tiempo; las cosas mejorarán.

—Soy tan plana... —gimió la princesa, casi con desesperación. De repente tuvo una idea—. ¿Crees que podrías... bueno...? —preguntó con un gesto.

—No, cariño —dijo Polgara con firmeza—. No sería buena idea. Ocurrirían cosas extrañas y se rompería el equilibrio de tus funciones. Con eso no se juega. Ten paciencia; si no mejora, tal vez unos cuantos niños puedan ayudar.

—Oh, Polgara —dijo Ce'Nedra con una risita involuntaria—, por lo visto lo sabes todo. Eres como la madre que nunca he tenido —agregó y se echó en sus brazos con gesto impulsivo.

Polgara arrugó la nariz.

—Ce'Nedra —sugirió—, ¿por qué no te quitas la armadura? Hueles como una cacerola de hierro.

Ce'Nedra se echó a reír.

Durante los días siguientes, mucha gente partió de Riva para cumplir importantes misiones. Barak embarcó al norte, hacia Val Alorn, para inspeccionar el equipamiento de la flota cherek. Mandorallen se marchó a Vo Mimbres para informar al rey Korodullin. El vehemente Lelldorin, que había sido perdonado por solicitud de Garion, navegó hacia Astur para encargarse de ciertos preparativos, mientras Hettar, Relg y el coronel Brendig regresaban a sus respectivos países para supervisar las últimas etapas de la movilización. El Oeste se aprestaba para la guerra de forma inexorable y los acontecimientos, que siempre avanzaban a su propio ritmo, comenzaron a animarse.

La princesa Ce'Nedra pronto tuvo oportunidad de descubrir que los alorn eran un pueblo sorprendentemente sentimental. Desde el principio se vio forzada a abandonar el prejuicio tolnedrano de que los miembros de aquella raza nórdica eran rudos salvajes que estaban más allá de los límites de la civilización. Por el contrario, aquella gente parecía muy compleja y a menudo capaz de experimentar gran cantidad de emociones sutiles.

Sin embargo, la actitud del rey Anheg al irrumpir en la sala del Consejo unos días más tarde, con los ojos saliéndose de sus órbitas y la cara ardiente, no tenía nada de sutil.

—¿Tienes idea de lo que has hecho? —le gritó a la princesa Ce' Nedra.

—¿Hecho a quién, Majestad?

—A Cherek —gritó él con su corona dentada inclinada sobre una oreja—. Este juegucito tuyo le sugirió a mi mujer la brillante idea de que podrá gobernar el país cuando me vaya.

—Es vuestra esposa, Anheg —respondió Ce'Nedra con frialdad—. Y es lógico que gobierne el país en vuestra ausencia.

—¿Gobernar? —exclamó casi chillando—. Islena no tiene cerebro para hacerlo. Entre sus orejas no hay nada más que aire.

—Entonces ¿por qué os casasteis con ella?

—Desde luego no fue por su inteligencia.

—Tal vez te sorprenda, Anheg —sugirió el rey Rhodar con expresión divertida.

—Lo único que me sorprendería sería encontrar algo en pie a mi regreso —respondió Anheg y se dejó caer en una silla—. No puedo hacer nada para detenerla. Diga lo que diga, se sentará en el trono en cuanto me vaya. Va a ser un desastre. Las mujeres no sirven para la política, pues son demasiado débiles.

—Creo que esa sugerencia no te hará muy popular en esta concurrencia, Anheg —rió el rey Rhodar mientras miraba a Polgara que había levantado una ceja tras el último comentario de Anheg.

—Oh, lo siento, Polgara —murmuró Anheg, avergonzado—. No me refería a ti, por supuesto. En realidad nunca pienso en ti como en una mujer.

—Yo no seguiría, Anheg —le aconsejó el rey Rhodar—, ya has liado bastante las cosas por hoy.

—Déjalo, Rhodar —dijo Polgara con frialdad—. Los comentarios del rey de Cherek parecen muy interesantes.

Anheg se sobresaltó.

— En realidad no te entiendo, amigo mío —le dijo el rey Rhodar a Anheg—. Has recibido la mejor educación en el norte. Has estudiado arte, poesía, historia y filosofía, pero en este tema eres tan terco e ignorante como un campesino. ¿Por qué te preocupa tanto la idea de que una mujer tenga poder?

—Porque es... anormal —dijo Anheg de forma abrupta—. Las mujeres no fueron creadas para gobernar. La sola idea altera el orden natural de las cosas.

—Creo que esta discusión no lleva a ninguna parte —observó Polgara—. Si nos disculpáis, caballeros, Su Majestad y yo aún tenemos que preparar algunas cosas.

Se puso de pie y salió de la sala con Ce'Nedra.

—Es muy nervioso, ¿verdad? —comentó Ce'Nedra mientras las dos caminaban por los pasillos de la ciudadela de Puño de Hierro, en dirección a las habitaciones de Polgara.

—A veces es demasiado dramático —respondió Polgara—, pero sus rabietas no siempre son auténticas. Suele comportarse de esta forma porque piensa que es lo que la gente espera de él. —Frunció ligeramente el rostro—. Sin embargo, tiene razón en una cosa: Islena no está capacitada para gobernar. Creo que tendremos que tener una charla con ella y con las demás mujeres.

Abrió la puerta de su habitación y ambas entraron.

Casi todos los daños causados por el tremendo ataque de furia de Polgara habían sido reparados y sólo unas pocas señales de quemaduras recordaban la violencia de su rabieta. La hechicera se sentó a la mesa y volvió a leer la carta de la reina Porenn de Drasnia que había recibido aquella mañana.

—Creo que es evidente que no vamos a poder alcanzar a mi padre y a los demás —dijo con cierta tristeza—, pero al menos hay algo de lo que no tendremos que volver a preocuparnos.

—¿A qué te refieres? —preguntó Ce'Nedra mientras se sentaba frente a Polgara.

—Teníamos dudas acerca de la recuperación de mi padre, después de la crisis que sufrió el invierno pasado, pero por lo que dice Porenn, está completamente normal. Aunque eso no es una absoluta bendición. —Dejó la carta de Porenn a un lado—. Creo que ha llegado el momento de tener una pequeña charla, Ce'Nedra. Durante las últimas semanas has participado en una serie de maniobras y manipulaciones y ahora quiero saber qué hay detrás de todo eso. ¿Qué te ha impulsado a refregar tu nueva posición por las narices de la gente?

Ce'Nedra se ruborizó.

—Después de todo, yo soy la reina de Riva, Polgara —respondió con solemnidad.

—No seas ridícula. Llevas una falsa corona porque Rhodar decidió permitirte lo y porque ha convencido a Anheg y a Cho-Hag de que no vas a ocasionar ningún problema. Ahora dime qué hay detrás de todo esto —le ordenó Polgara con una mirada directa y Ce'Nedra se movió incómoda.

—Tenemos que conseguir que los arendianos y las legiones de mi padre se unan a nosotros —dijo como si eso lo explicara todo.

—Eso es bastante obvio.

—Pero los alorn no podrían hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque un comité no puede ganar el corazón de la gente. —Ya había revelado su secreto y ahora se apresuraba a hablar—. Garion podría haberlo hecho. El Oeste entero se hubiera levantado ante la llamada del rey de Riva, pero Garion no está aquí, así que tiene que hacerlo otra persona. Yo he estudiado historia, Polgara, y sé que ningún ejército dirigido por un Consejo ha triunfado nunca. El éxito de un ejército depende del espíritu de los soldados y los soldados necesitan un líder..., alguien que estimule su imaginación.

—¿Y tú te elegiste a ti misma?

—En realidad no es necesario que sea alguien brillante. Sólo tiene que ser una figura notoria... e insólita.

—¿Y tú crees que la figura de una mujer será lo suficientemente insólita y notoria como para atraer toda la atención de Taur Urgas y de Zakath, el emperador de Malloreia?

—Bueno, no se ha hecho nunca antes —dijo Ce'Nedra, con tono defensivo.

—Hay muchas cosas que no se han hecho nunca antes, Ce'Nedra. Ésa no es precisamente la mejor recomendación. ¿Y por qué creíste que yo no estaba capacitada para hacerlo?

Ce'Nedra tragó saliva.

—Estabas tan enfadada... —titubeó—, y yo no sabía cuánto iba a durarte. Alguien tenía que hacerse cargo de inmediato. Además... —dudó.

—Continúa.

—A mi padre no le caes bien —dijo de forma abrupta—, y nunca ordenaría a las legiones que te siguieran. Yo soy la única que puede convencerlo de que se una a nosotros. Lo siento, Polgara. No he querido ofenderte.

Polgara, sin embargo, no le dio ninguna importancia, aunque reflexionó un momento sobre los argumentos de Ce'Nedra,

—Es evidente que lo has pensado bastante —afirmó—. Muy bien, Ce'Nedra, lo haremos a tu manera... por ahora; pero no hagas nada demasiado extraño. Ahora creo que será mejor que tengamos una charla con las señoras.

La reunión tuvo lugar en las habitaciones privadas de Polgara y versó sobre asuntos de Estado. Polgara esperó en silencio a que llegaran todas y luego les habló con seriedad.

—Señoras —comenzó—, dentro de poco tiempo los alorn y otros pueblos comenzarán una importante campaña.

—¿Te refieres a que habrá guerra? —preguntó la reina Layla con aflicción.

—Intentaremos evitarla en la medida de lo posible —respondió Polgara—. De cualquier modo, tras la partida de tu esposo y de los reyes alorn, los asuntos de Estado quedarán en tus manos, y lo mismo ocurrirá con todas las demás. Me gustaría discutir unas cuantas cosas con vosotras antes de partir. —Se volvió hacia la reina Islena, que estaba espléndidamente vestida de terciopelo rojo—. Tu esposo no está muy entusiasmado con la idea de dejarte a cargo de Cherek, Islena.

—Anheg puede ser muy pesado —respondió Islena con un gesto altivo.

—Intenta no ponerlo nervioso. Dale a entender que te dejarás guiar por sus consejeros de confianza. Eso hará que se tranquilice un poco. —Polgara miró a las mujeres que la rodeaban—. La campaña nos llevará tan lejos como para que no podáis seguir en contacto con nosotros, al menos al comienzo. Si ocurriera algo grave, mandad avisar a vuestros maridos de inmediato, pero encargaos solas de los asuntos cotidianos. También creo que cuando vuestros maridos se vayan, debéis permanecer en contacto unas con otras, además de con Porenn en Boktor y Mayaserana en Vo Mimbren. Todas tendréis momentos de fortaleza y de debilidad, pero si os aconsejáis las unas a las otras, las cosas saldrán bien.

—Tal vez deberíamos pensar en establecer una red de comunicaciones —musitó la reina Layla con aire pensativo—. Postas de caballos, mensajeros, barcos rápidos y cosas por el estilo. Los tolnedranos lo han hecho durante siglos.

—Estoy segura de que podrás organizarlo, Layla —sonrió Polgara—. No olvidéis prestar mucha atención a lo que diga Porenn. Ya sé que es muy joven y un poco tímida para tomar iniciativas, pero la inteligencia drasniana la mantendrá informada y se

enterará de las cosas mucho antes que vosotras. Además, quiero que vigiléis a los tolnedranos, pues les gusta sacar provecho de las situaciones conflictivas. No firméis absolutamente ningún documento que os presenten, por atractivo que parezca. No te ofendas, Ce'Nedra, pero tengo tanta confianza en Ran Borune como en un zorro en un gallinero.

—Conozco a mi padre, Polgara —respondió la princesa Ce'Nedra con una sonrisa.

—Por favor, señoras —dijo Polgara con firmeza—, no os metáis en ninguna aventura. Intentad que las cosas funcionen sin altibajos y no temáis consultaros entre vosotras. También tendréis que estar en contacto con Xantha, pues las dríadas tienen acceso a mucha información sobre lo que sucede en el sur. Si se presenta cualquier emergencia, hacédmelo saber de inmediato.

—¿Quieres que me haga cargo del niño? —preguntó Merel—. Me quedaré en Val Alorn con Islena, así que conmigo estará seguro. Mis hijas le han cogido mucho cariño y él parece feliz con nosotros.

Polgara reflexionó un momento.

—No —decidió por fin—. Misión tendrá que venir conmigo. Es la única persona en el mundo que puede tocar el Orbe además de Garion. Los angaraks lo saben y pueden intentar secuestrarlo.

—Yo lo cuidaré —ofreció Taiba con su voz modulada—. Él me conoce y los dos nos llevamos bien. Me dará algo con qué entretenerme.

—No estarás pensando en participar en la campaña, Taiba —objetó la reina Layla.

—¿Por qué no? —respondió—. No tengo una casa que cuidar ni un reino que dirigir. Además, tengo otras razones.

Todas comprendieron. El vínculo entre Taiba y Relg era tan profundo que parecía ir más allá del ámbito de las relaciones humanas, y la ausencia del ulgo habría causado a aquella extraña mujer un dolor casi físico. Era evidente que tenía intenciones de seguirlo, incluso al campo de batalla si era necesario.

Ariana, la rubia joven mimbrana que había acompañado a Lelldorin de Wildantor a Riva, se aclaró la garganta como para tocar un tema de cierta delicadeza.

—La vida de las mujeres está condicionada por sus propiedades —observó—. Aunque la batalla arda a su alrededor y la brutal guerra lo confunda todo, una dama no puede estar sola en un ejército sin que su reputación sufra. Lady Adara y yo hemos tenido una conversación y hemos llegado a la conclusión de que debemos acompañar a la princesa Ce'Nedra. Lo haríamos por obligación, aunque no estuviéramos motivadas por el amor.

—Lo has explicado muy bien, Ariana —murmuró Adara sin el menor atisbo de una sonrisa.

—¡Oh, cielos! —suspiró la reina Layla—. Ahora tendrá dos preocupaciones más.

—Creo que con esto hemos terminado —dijo Polgara—. Gobernar un país no es muy distinto de gobernar una casa, y todas tenéis alguna experiencia al respecto. No hagáis ningún cambio importante y no firméis ningún tratado. Al margen de estas precauciones, dejaos llevar por el sentido común. Creo que ahora podemos unirnos a los hombres. Se acerca la hora de la cena y los hombres suelen inquietarse cuando no se alimentan con regularidad.

Unos días más tarde, Barak regresó a Riva acompañado de un noble drasniano de cara delgada. Los dos hombres se dirigieron a la sala del Consejo a informar a los reyes. La princesa Ce'Nedra consideró la posibilidad de seguirlos, pero al final decidió no hacerlo. Su presencia podría inhibirlos y ella tenía otra forma de enterarse de las cosas. Se retiró deprisa a sus habitaciones y allí tocó el amuleto que llevaba al cuello.

—... va bastante bien —decía la voz de Hettar cuando por fin logró encontrar la conversación que le interesaba—. La flota está a punto de zarpar de Val Alorn y la reina Porenn ha reunido a los piqueros en el sur de Boktor. La movilización está casi terminada, pero tenemos algunos problemas. El conde Kharel, aquí presente, acaba de regresar de Thull Mardu, donde ha recibido todos los informes procedentes de Cthol Murgos, de modo que puede ofrecernos una descripción clara de lo que está sucediendo allí.

El rey Rhodar carraspeó.

—Kharel es un miembro relevante del servicio de inteligencia —dijo a modo de presentación— y sus informes siempre me han parecido muy precisos.

—Su Majestad es muy amable —respondió una voz nada familiar.

—¿Los murgos del sur han comenzado su marcha hacia el norte? —preguntó el rey Anheg.

—Más que eso, Majestad —respondió Kharel—. Todos los informes indican que la marcha casi ha terminado. Hay más de cuatro millones de murgos acampados en las proximidades de Rak Goska.

—¿Qué? —exclamó Anheg.

—Parece que Taur Urgas comenzó la marcha el otoño pasado —dijo el drasniano.

—¿Y viajaron durante el invierno?

—Así es, Majestad.

—Supongo que eso le habrá costado algunos hombres —observó el rey Cho-Hag.

—Unos cien mil, Majestad —respondió Kharel—, pero las vidas humanas no significan mucho para Taur Urgas.

—Eso lo cambia todo Rhodar —dijo Anheg brevemente—. La única ventaja que teníamos era el tiempo que duraría esa marcha. Ahora estamos perdidos.

—Por desgracia hay algo más, Majestad —continuó Kharel—. Los malloreanos del oeste han comenzado a llegar a Thull Zelik. Todavía no son muchos, pero desembarcan varios miles por día.

—Tenemos que detenerlos lo antes posible —gruñó Anheg—. Rhodar, ¿puedes llevar a tus ingenieros al acantilado del este en un mes? Tendré que transportar la flota hasta el nacimiento del río Mardu. Tenemos que llevar los barcos al mar del Este cuanto antes. Si no nos adelantamos a Zakath, sus malloreanos nos invadirán.

—Mandaré avisar a la reina Porenn de inmediato —asintió Rhodar.

—Me pregunto si el noble conde tiene alguna noticia buena —sugirió el conde de Seline con frialdad.

—Es probable que las tropas enemigas estén divididas —respondió Kharel—. Taur Urgas se comporta como si se considerara a sí mismo como el único general del ejército angarak, y por el momento aventaja en número a todos los demás. Esto podría cambiar si los malloreanos logran desembarcar muchos hombres. Corren rumores de que Zakath pretende disputar el liderazgo de Taur Urgas, pero no se atreve a hacerlo ante cuatro millones de murgos.

—Intentemos que las cosas sigan así —dijo Rhodar—. Taur Urgas está loco, y los locos cometen errores. He oído hablar de Zakath y preferiría no tener que enfrentarme nunca con él.

—Incluso sin contar a los malloreanos —dijo el rey Cho-Hag con recelo—, tendremos que enfrentarnos en una relación de dos a uno, desfavorable para nosotros, y eso siempre que podamos convencer a los tolnedranos de que se unan a nosotros.

—Es una muy mala forma de empezar una guerra, Rhodar —se quejó Anheg.

—Sólo tendremos que modificar nuestras tácticas —respondió Rhodar—. Tendremos que evitar una batalla campal durante el mayor tiempo posible para salvar a tantos hombres como podamos.

—Pensé que ni siquiera íbamos a considerar la posibilidad de una batalla —objetó Barak—. Belgarath sólo pidió una operación de diversión.

—La situación ha cambiado, Barak —declaró el rey Rhodar—. No habíamos contado con que los murgos del sur o los malloreanos llegaran tan pronto. Tendremos que abordar una acción más decisiva que una serie de ataques sorpresa. Los angaraks tienen suficientes hombres como para ignorar pequeños asaltos y escaramuzas. Si no realizamos una fuerte embestida, y muy pronto, extenderán sus fuerzas por toda la mitad este del continente.

—A Belgarath no le gusta que cambiemos sus planes —le recordó Anheg a Rhodar.

—Belgarath no está aquí y no sabe lo que ocurre. Si no actuamos de forma terminante, él, Belgarion y Kheldar no tendrán posibilidades de triunfar.

—Hablas de una guerra que no podemos ganar, Rhodar —dijo Anheg con brusquedad.

—Lo sé —admitió el rey Rhodar.

Se hizo un largo silencio.

—Entonces no hay otra salida —dijo Brand por fin.

—Me temo que no —respondió Rhodar con expresión sombría—. Tiene que haber una operación de diversión, de lo contrario Belgarion nunca llegará hasta Torak con su espada. Eso es lo único que importa, y si fuera necesario, tendremos que entregar nuestras vidas para lograrlo.

—Harás que nos maten a todos, Rhodar —dijo Anheg con brusquedad—, y que destruyan nuestros ejércitos.

—Si no queda otro remedio, sí, Anheg —respondió Rhodar con tristeza—. De todos modos, si Belgarion no puede enfrentarse con Torak, nuestras vidas no tienen sentido. Incluso si tenemos que morir para que él llegue allí, habrá valido la pena.

Ce'Nedra dejó resbalar sus dedos del amuleto y se echó hacia atrás en la silla. De repente comenzó a llorar.

—No puedo hacerlo —gimió—, no puedo.

Vio ante sí una multitud de viudas y de huérfanos que la contemplaban con expresión acusadora y rehuyó sus miradas. Si permitía que sucediera aquel horror, se despreciaría a sí misma durante el resto de su vida. Todavía llorando, se puso de pie con la intención de correr a la sala del Consejo y declarar que no quería tener nada que ver con aquella guerra inútil. Pero luego la imagen de Garion vino a su mente —aquella cara seria con el cabello revuelto que ella siempre sentía deseos de alisar— y se detuvo. El dependía de ella y si ella le fallaba, los angaraks quedarían en libertad de perseguirlo. La vida de Garion, y con ella el futuro del mundo, estaba en sus manos. No tenía otra opción más que continuar. ¡Si al menos no se hubiera enterado de que la campaña estaba condenada al fracaso! Era la certeza del desastre que los aguardaba lo que hacía todo tan terrible.

Aunque sabía que no serviría de nada, comenzó a tirar de la cadena del amuleto que llevaba al cuello. Si no hubiera sido por él, ella habría permanecido en la más bendita ignorancia hasta el final. Llorosa, tiró con rabia de la cadena, ignorando el dolor que le producía al cortar la piel suave de su cuello.

—¡Te odio! —exclamó irracional al amuleto de plata con el árbol y la corona.

Pero era inútil. El medallón pendería de su cuello durante el resto de su vida. Con la cara cenicienta, Ce'Nedra dejó caer sus manos. Aun en el caso de que pudiera quitarse

el amuleto, ¿cuál sería la diferencia? Ya lo sabía todo y debía guardar aquel secreto en su corazón. Si en su cara se reflejara el menor indicio de lo que había oído, fracasaría y Garion pagaría las consecuencias. Debía armarse de valor y enfrentarse al mundo como si estuviera segura de su victoria.

La reina de Riva se irguió y alzó la barbilla en un gesto de valentía, aunque su corazón le pesaba en el pecho como si fuera de plomo.

El barco nuevo de Barak era mucho más grande que las demás naves de guerra de la flota, pero se movía empujado por la brisa primaveral como una gaviota planeando sobre el agua. Blancas nubes algodonosas cubrían el cielo azul y la superficie del mar de los Vientos resplandecía bajo la luz del sol mientras la enorme embarcación se inclinaba y rompía las olas con un corte limpio. Frente a ellos, en el horizonte, se alzaba la costa verde de la bahía de Arendia. Estaban a dos días de distancia de Riva y la flota cherek se desplegaba tras ellos con una gran cantidad de velas transportando a los rivanos de capas grises que se unirían a las tropas del rey Fulrach de Sendaria.

Nerviosa, Ce'Nedra paseaba por la cubierta cerca de la proa, con la armadura reluciente y la capa azul agitándose al viento. A pesar del horrible secreto que guardaba en su corazón, no podía evitar cierto entusiasmo. Los movimientos de hombres, armas y barcos; el viaje, empujados por el viento; la sensación de compartir un mismo propósito; todo se sumaba para hacer bullir su sangre y llenarla con un alborozo que no había sentido nunca antes.

Frente a ellos, se extendía la amplia costa: una playa de arenas blancas con el intenso verde del bosque arendiano al fondo. Mientras se aproximaban a la costa, un caballero vestido con armadura surgió de entre los árboles y cabalgó por la playa en dirección al agua, donde las olas espumosas se deshacían sobre la arena húmeda. La princesa se protegió los ojos con una mano y observó con atención la reluciente figura del caballero. Luego, cuando él se volvió con un amplio gesto del brazo que los invitaba a seguir hacia la costa, Ce'Nedra distinguió el timbre de su escudo y su corazón dio un vuelco de alegría.

—¡Mandorallen! —exclamó con voz vibrante y se aferró a las sogas de la proa del barco de Barak, con su cabellera agitada por el viento.

El gran caballero los saludó con la mano, clavó las espuelas en los flancos de su caballo de guerra y cabalgó por encima de la espuma desbordante de la orilla, mientras el estandarte azul de la punta de su lanza se movía y ondeaba por encima de su cabeza. Barak hizo girar la caña del timón y el barco se inclinó, de modo que, separados por unos cien metros de olas espumosas, la nave y el jinete corrieron parejos.

Fue un momento que Ce'Nedra recordaría toda su vida, una imagen tan perfecta que quedaría grabada para siempre en su memoria. El enorme barco volaba empujado por el viento, abriendo una brecha en el agua azul y espumosa, con las velas blancas henchidas; mientras el imponente caballo de guerra, con las patas sumergidas en la brillante espuma de la orilla, chapoteaba en el agua con sus enormes cascos. Atrapados en aquel momento inolvidable, el barco y el jinete corrieron una carrera bajo el cálido sol primaveral en dirección a un promontorio de madera a más de un kilómetro de distancia mientras Ce'Nedra, rebosante de alegría, iba en la proa de la nave con su cabello rojizo flameando como una bandera.

Detrás del promontorio había una pequeña ensenada cubierta, y más arriba, sobre la playa, acampaba el ejército sendario en ordenadas hileras de tiendas pardogrisáceas.

Barak volvió a girar el timón y las velas aletearon mientras el barco costeara la ensenada seguido de la flota cherek.

—¡Salud, Mandorallen! —gritó Barak mientras las sogas zumbaban y las enormes anclas de hierro se hundían en el agua cristalina, rumbo al fondo de arena.

—Barak, mi señor —respondió Mandorallen a voz en cuello—, bienvenido a Arendia. Brendig ha ideado una forma de apresurar vuestro desembarco. —Señaló a cien soldados que colocaban en posición una hilera de balsas grandes para formar un muelle flotante que comunicaba la ensenada con el barco.

—Si necesitas algo práctico, pídeselo a un sendario —rió Barak.

—¿Podemos desembarcar? —preguntó sin rodeos el rey Rhodar en cuanto salió de la cabina.

El rey no era buen marinero y su cara ancha y redonda tenía un color verdoso. La cota de malla y el casco le daban un aspecto cómico y las señales de mareo que se reflejaban en su rostro no lo hacían parecer más digno. Sin embargo, a pesar de su escasa apariencia de guerrero, los demás reyes ya habían comenzado a reconocer su sabiduría. Debajo de su enorme gordura, el rey Rhodar ocultaba un gran talento para las tácticas y un concepto global de la estrategia que hacía que los demás aceptaran su implícito liderazgo de forma casi instintiva.

Antes de que las anclas llegaran al fondo, los sendarios pusieron en servicio un pequeño barco de pesca, mientras un transbordador navegaba a la par del barco de Barak. Los reyes, los generales y los consejeros fueron transportados a la orilla en menos de media hora.

—Tengo hambre —anunció el rey Rhodar en cuanto puso los pies en tierra firme.

—Creo que hemos nacido con hambre —rió Anheg.

El rey llevaba una cota de malla y un grueso cinturón para la espada. En cierto modo, ahora que estaba vestido para la guerra, sus rasgos rudos no desentonaban.

—No he podido comer nada en los últimos dos días, Anheg —gruñó Rhodar—, y mi pobre estómago ya empieza a murmurar que lo he abandonado.

—Os hemos preparado comida, Majestad —le aseguró Mandorallen—. Nuestros hermanos asturios han traído unos cuantos venados del rey. Supongo que los habrán obtenido de forma legal, aunque he preferido no investigar demasiado.

Alguien rió en el grupo que estaba detrás de Mandorallen y Ce'Nedra observó al apuesto joven de cabellos rojizos con una capa verde y un gran arco colgado del hombro. La princesa no había tenido oportunidad de conocer bien a Lelldorin de Wildantor durante su estancia en Riva. Sin embargo, sabía que era el mejor amigo de Garion y era consciente de la importancia de ganar su confianza, lo cual, a juzgar por su expresión abierta y casi inocente, no parecía muy difícil. El le devolvió la mirada sin reparos y la princesa advirtió que detrás de aquellos ojos había una enorme sinceridad y muy poca inteligencia.

—Hemos tenido noticias de Belgarath —informó Barak a Mandorallen y al joven asturio.

—¿Dónde están? —preguntó Lelldorin con impaciencia.

—Estuvieron en Bektor —respondió el rey Rhodar, con la cara todavía verdosa por su descompostura en el mar—. Por alguna razón, mi esposa los dejó pasar. Supongo que ahora estarán en Gar og Nadrak.

Los ojos de Lelldorin se encendieron.

—Tal vez pueda alcanzarlos si me doy prisa —dijo con ansiedad y miró a su alrededor en busca de su caballo.

—Son siete mil kilómetros —señaló Barak con cortesía.

—¡Oh! —exclamó Lelldonn decepcionado—. Supongo que tenéis razón. Sería bastante difícil alcanzarlos, ¿verdad?

Barak asintió con un gesto serio.

Luego Ariana, la joven y rubia mimbrana, dio un paso adelante con una mirada extasiada.

—Señor —le dijo a Lelldorin, y Ce'Nedra recordó que estaban casados, al menos desde el punto de vista técnico—. Vuestra ausencia me ha causado un gran dolor.

—Mi querida Ariana —dijo Lelldorin con voz ahogada y los ojos llenos de pena—. Te prometo que nunca volveré a dejarte —agregó y cogió las manos mientras la contemplaba con adoración.

Ella lo observó con una expresión igualmente llena de amor y vacía de razón. Ce'Nedra se sobresaltó ante el potencial de desastre que encerraba aquel intercambio de miradas.

—¿A nadie le importa que me esté muriendo de hambre? —preguntó el rey Rhodar.

El banquete tuvo lugar en la playa, cerca del bosque, debajo de un pabellón con rayas de vivos colores. La mesa se doblaba literalmente bajo el peso de la carne de caza, suficiente incluso para satisfacer el enorme apetito del rey Rhodar. Cuando acabaron de comer, se quedaron charlando alrededor de la mesa.

—Vuestro hijo, el señor Hettar, nos ha dicho que los clanes algarios se han reunido en el fuerte, Majestad —informó Mandorallen al rey Cho-Hag.

El rey asintió en silencio.

—Y hemos tenido noticias de Relg, desde Ulgo —agregó el coronel Brendig—. Ha reunido un pequeño grupo de soldados de las cavernas. Nos esperan en las montañas, del lado de Algaria. Dijo que vosotros sabrías dónde.

—Los ulgos pueden traer problemas —gruñó Barak—. Les dan miedo los espacios abiertos y la luz les hace daño a la vista; pero ven en la oscuridad como gatos y pueden resultarnos útiles en ciertas situaciones.

—¿Relg envió algún mensaje... personal? —preguntó Taiba con una voz extraña.

El sendario sacó un pergamino doblado del interior de su túnica y se lo entregó con gravedad. Ella lo cogió con expresión de impotencia, lo abrió, y lo giró para un lado y para el otro.

—¿Qué ocurre, Taiba? —preguntó Adara en voz baja.

—Él sabe que no sé leer —protestó Taiba con la nota apretada contra su pecho.

—Yo te la leeré —ofreció Adara.

—Pero tal vez sea..., bueno, personal —objetó Taiba.

—Te prometo que no escucharé —dijo Adara sin el más mínimo atisbo de una sonrisa.

Ce'Nedra ocultó su propia sonrisa con una mano. El penetrante y absolutamente inexpresivo ingenio de Adara era una de sus cualidades más encantadoras. Mientras sonreía, Ce'Nedra captó las miradas curiosas de los arendianos, tanto asturios como mimbranos, que se habían unido a ellos. Lelldorin, en particular, parecía incapaz de sacarle los ojos de encima. El atractivo joven estaba sentado junto a Ariana, la mimbrana rubia, y contemplaba a Ce'Nedra sin reparos mientras estrechaba la mano de la joven, tal vez de forma inconsciente. Ce'Nedra sobrellevó su escrutinio con cierto nerviosismo. Para su sorpresa, descubrió que la aprobación de aquel joven alocado le importaba mucho.

—Dime —lo abordó sin rodeos—, ¿qué impresión tienen los asturios de nuestra campaña?

—La mayoría de ellos no están nada entusiasmados, Majestad —respondió Lelldorin y su mirada se oscureció—. Me temo que sospechan que se trata de una conspiración mimbrana.

—Eso es absurdo —afirmó Ce'Nedra.

—Es la forma de pensar de mis compatriotas —respondió Lelldorin y se encogió de hombros—. Y aquellos que no opinan así, esperan que todos los caballeros mimbranos se unan en una cruzada contra el Este. Eso despierta ciertas esperanzas en determinados círculos.

—En algunas zonas de Vo Mimbres, la gente tiene las mismas ideas —suspiró Mandorallen—. Somos un reino tristemente dividido y cuesta desterrar los viejos odios y sospechas.

De repente, Ce'Nedra sintió una gran consternación. No había contado con aquello. El rey Rhodar había dejado claro que la participación de los arendianos era fundamental y ahora los estúpidos odios y recelos entre Mimbres y Astur parecían a punto de hacer fracasar todo su plan. La princesa se volvió hacia Polgara con expresión de impotencia.

La hechicera, sin embargo, permaneció impassible ante la noticia de que los arendianos no querían unirse a la campaña.

—Dime, Lelldorin —dijo con calma—, ¿podrías reunir a algunos de tus amigos menos sospechosos en un lugar seguro... donde no teman que les preparemos una emboscada?

—¿Qué estás tramando, Polgara? —preguntó el rey Rhodar con perplejidad.

—Alguien tendrá que hablar con ellos —respondió Polgara—, alguien muy especial. —Se volvió hacia Lelldorin—. No queremos una gran multitud, al menos por el momento. Bastaría con cuarenta o cincuenta personas y nadie demasiado opuesto a nuestra causa.

—Los reuniré de inmediato, lady Polgara —afirmó Lelldorin y se puso en pie de un salto.

—Es bastante tarde, Lelldorin —señaló ella con una mirada al sol que comenzaba a ocultarse en el horizonte.

—Cuanto antes empiece, antes podré reunirlos —dijo Lelldorin con vehemencia—. Si la amistad y los lazos de sangre tienen alguna importancia, lo lograré. —Saludó a Ce'Nedra con una gran reverencia—. Majestad —dijo a modo de despedida y corrió hacia donde estaba amarrado su caballo.

Ariana suspiró con la vista fija en el joven entusiasta que se marchaba.

—¿Siempre es así? —preguntó Ce'Nedra con curiosidad.

La joven mimbrana asintió con un gesto.

—Siempre —admitió—. Para él la palabra y la acción son simultáneas. Me temo que no conoce el significado del término reflexión. Forma parte de su encanto, aunque debo admitir que a veces resulta desconcertante.

Más tarde, cuando se quedaron solas en su tienda, Ce'Nedra miró a Polgara con expresión de perplejidad.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó.

—No hables en plural, Ce'Nedra. Tú tendrás que hablarles.

—No se me da muy bien hablar en público, Polgara —confesó Ce'Nedra con la boca seca—. Las multitudes me asustan y se me traba la lengua.

—Lo superarás, cariño —le aseguró Polgara y miró a la princesa con expresión divertida—. Tú querías dirigir el ejército, ¿recuerdas? ¿Acaso creíste que todo lo que tendrías que hacer era ponerte la armadura, montar un caballo y gritar «seguidme» para que todo el mundo lo hiciera?

—Bien...

—¿En todos los años que has estado estudiando historia no has descubierto la característica común de todos los grandes líderes? No debías de estar muy atenta, Ce'Nedra. —Ce'Nedra la miró con una creciente expresión de horror—. No resulta tan difícil arengar a un ejército, cariño. No es preciso ser brillante ni ser un guerrero; ni siquiera es necesario que tu causa sea justa o noble. Todo lo que tienes que hacer es ser elocuente.

—No puedo hacerlo, Polgara.

—Deberías haberlo pensado antes, Ce'Nedra. Ahora es demasiado tarde. Rhodar dirigirá el ejército y se encargará de todos los detalles; pero tú debes encargarte de que nos sigan.

—No tengo la menor idea de qué debo decirles —protestó Ce' Nedra.

—Yo te ayudaré, cariño. Tienes fe en lo que hacemos, ¿verdad?

—Por supuesto, pero...

—Tú has decidido hacerlo, Ce'Nedra. Lo has decidido sola. Y ahora que has llegado tan lejos, debes seguir adelante.

—Por favor, Polgara —suplicó Ce'Nedra—. Hablar en público me revuelve el estómago. Voy a vomitar.

—Son cosas que ocurren de vez en cuando —observó Polgara con calma—. Pero intenta no hacerlo delante de todo el mundo.

Tres días más tarde, la princesa, Polgara y los reyes alorn cruzaron el silencioso bosque arendiano en dirección a la ciudad en ruinas de Vo Astur.

Ce'Nedra cabalgaba por el bosque soleado en un estado próximo al pánico. Las lágrimas no le habían servido de nada e incluso sus ataques de histeria habían fracasado. La princesa llegó a la triste conclusión de que aunque estuviera al borde de la muerte, Polgara la obligaría a presentarse ante la multitud y a pasar por la agonía de dirigirles la palabra. Con un terrible sentimiento de impotencia, la princesa cabalgó al encuentro de su destino.

Al igual que Vo Wacune, Vo Astur había sido devastada durante los años de la guerra civil arendiana. Las paredes desmoronadas estaban verdes de musgo y yacían a los pies de los enormes árboles que parecían llorar por el honor, el orgullo y la pena de Astur. Lelldorin los esperaba en compañía de unos cincuenta jóvenes nobles de lujosas vestimentas, con los ojos llenos de curiosidad y un atisbo de recelo.

—Son todos los que pude reunir en tan poco tiempo, lady Polgara — se disculpó después que los demás desmontaron—. Hay otros en la zona, pero están convencidos de que nuestra campaña es una traición de los mimbranos.

—Son suficientes —respondió Polgara—. Harán correr la voz de lo que ocurre aquí. —Observó las ruinas mohosas, moteadas por la luz del sol—. Creo que aquel lugar será adecuado. —Señaló una abertura entre los muros—. Ven conmigo, Ce'Nedra.

La princesa, vestida con su armadura, colgó el casco y el escudo en la silla del caballo blanco que el rey Cho-Hag le había traído de Algaria y tiró del tranquilo animal mientras seguía temblorosa a la hechicera.

—Es necesario que te vean, además de oírte —le indicó Polgara—, así que súbete sobre ese muro y hablales desde allí. Ahora el lugar está a la sombra, pero el sol se mueve de modo que antes de que acabes te dará de lleno. Creo que hará buen efecto.

Al ver la gran distancia que debía recorrer el sol para llegar a iluminarla, Ce'Nedra se acobardó.

—Creo que voy a vomitar —dijo con voz temblorosa.

—Tal vez más tarde, Ce'Nedra. Ahora no tienes tiempo. —Polgara se volvió hacia Lelldorin—. Creo que ya puedes presentar a Su Majestad —le dijo.

Lelldorin se subió al muro y alzó la mano para pedir silencio.

—Compatriotas —anunció en voz alta—, el día de la celebración del último Paso de las Eras sucedió algo que conmovió al mundo y a sus cimientos. Habíamos esperado ese momento durante más de mil años. Compatriotas, el rey de Riva ha regresado.

Tras aquel anuncio, un montón de cuchicheos corrieron entre la multitud y la gente comenzó a moverse con inquietud.

Lelldorin, tan extravagante como siempre, se entusiasmó con el tema. Les habló de la brillante espada que había demostrado la verdadera identidad de Garion y del voto de fidelidad que los reyes alorn habían hecho ante Belgarion, rey de Riva. Ce'Nedra, tan nerviosa que estuvo a punto de desmayarse, casi no lo oyó. Intentó ensayar mentalmente su discurso, pero se hizo un verdadero lío. Entonces, presa del pánico, oyó que Lelldorin decía:

—Compatriotas, os presento a Su Alteza Imperial, la princesa Ce'Nedra, la reina de Riva. —Y todos los ojos se volvieron expectantes hacia ella.

Ce'Nedra trepó al muro desmoronado, temblando de la cabeza a los pies, y observó las caras que tenía ante ella. Todos los preparativos y las frases ensayadas se esfumaron de su mente y se quedó allí de pie, pálida y temblorosa, sin saber por dónde empezar. El silencio era horrible.

Dio la casualidad de que aquella mañana uno de los jóvenes asturios de la primera fila había bebido más vino de lo conveniente.

—Creo que Su Majestad ha olvidado su discurso —se burló en voz alta, dirigiéndose a uno de sus compañeros.

La reacción de Ce'Nedra fue instantánea.

—Y yo creo que el caballero ha olvidado sus modales —dijo con tono fulminante y de forma impulsiva. La falta de educación la sacaba de sus casillas.

—Creo que no voy a quedarme a escuchar —afirmó el joven borracho con tono de enorme aburrimiento—. Es sólo una pérdida de tiempo. Ni yo ni ninguno de vosotros es rivano. ¿Qué puede decir una reina extranjera que interese a los patriotas asumes? —añadió, y acto seguido hizo ademán de marcharse.

—¿Acaso ese patriota asturio está tan borracho como para olvidar que en el mundo hay algo más que este bosque? —respondió Ce'Nedra con vehemencia—. ¿O tal vez es que tiene tan poca educación que no sabe lo que ocurre fuera de aquí? —Lo señaló con un dedo amenazador—. Escúchame, patriota —dijo con voz sonora—, quizá pienses que estoy aquí para dar un bonito discurso, pero lo que he venido a deciros es lo más importante que escucharéis en vuestras vidas. Podéis escucharme o darme la espalda y marcharos, pero dentro de un año, cuando Astur haya dejado de existir, cuando vuestras casas ardan en ruinas y los grolims arrastren vuestras familias al altar de Torak, con su fuego y sus cuchillos ensangrentados, recordaréis este día y os maldeciréis por no haberme escuchado.

Entonces, como si la furia contra el grosero joven hubiera abierto una represa, Ce'Nedra comenzó a hablar. Les habló de forma directa, no con las frases que había ensayado, sino con palabras que le brotaban del corazón; y cuanto más hablaba, más se entusiasmaba. Empleó súplicas, halagos y, por último, órdenes. Nunca recordaría con exactitud lo que había dicho, pero tampoco olvidaría cómo se había sentido al hacerlo. Puso en juego toda la pasión y el fuego que habían alimentado las rabietas y explosiones de cólera de su infancia y habló con fervor, sin pensar en sí misma, y con una enorme fe en todo lo que decía. Al final, logró conquistarlos.

Cuando la luz del sol cayó sobre ella, su armadura resplandeció y su cabello pareció encenderse en una llamarada.

—¡Belgarion, rey de Riva y Señor Supremo del Oeste, os convoca a la guerra! — anunció—. Yo soy Ce'Nedra, su reina, y me presento ante vosotros como un estandarte viviente. ¿Quién de vosotros responderá a la llamada de Belgarion y me seguirá?

La primera espada que se levantó fue la del joven que se había reído de ella.

—¡Yo te seguiré! —gritó.

Y como si su declaración fuera una señal, cincuenta espadas más se alzaron en señal de saludo y juramento y cincuenta voces repitieron su grito como un eco:

—¡Yo te seguiré!

Ce'Nedra alzó su propia espada con el brazo extendido.

—¡Seguidme entonces! —los arengó—. Cabalgamos hacia las crueles hordas de Angarak, ¡El mundo temblará ante nuestra llegada!

Dio tres rápidos pasos y se subió de un salto a su caballo. Hizo girar al inquieto animal y se alejó al galope de las ruinas, con la espada en alto y su refulgente cabello ondeando al viento. Los asturios, como un solo hombre, corrieron a montar para seguirla.

Mientras se internaba en el bosque, la princesa se volvió a mirar una sola vez a los valientes e insensatos jóvenes que galopaban tras ella, llenos de entusiasmo.

Había ganado. Pero ¿cuántos de aquellos impulsivos asturios volverían al final de la guerra? ¿Cuántos morirían en los desiertos del Este? De repente sus ojos se llenaron de lágrimas, pero la reina de Riva se las secó con una mano, siguió galopando y condujo a los asturios a unirse a su ejército.

Los reyes alorn felicitaban a Ce'Nedra de forma efusiva y los valerosos guerreros la contemplaban con admiración. Ella recibía las lisonjas con entusiasmo y ronroneaba como un gatito feliz. Lo único que no permitía que su triunfo fuera completo era el extraño silencio de Polgara. Ce'Nedra se sentía un poco herida. Tal vez el discurso no había sido perfecto, pero había conquistado por completo a los amigos de Lelldorin y eso la resarcía de cualquier pequeño fallo.

Luego, cuando aquella tarde Polgara la mandó llamar, Ce'Nedra pensó que lo comprendía: la hechicera quería felicitarla en privado. La princesa caminó por la playa rumbo a la tienda de Polgara, tarareando con alegría para sí, mientras el sonido de las olas al romper sobre la arena resonaba en sus oídos.

Polgara estaba sentada delante del tocador, con la sola compañía de Misión, que estaba medio dormido. La hechicera cepillaba su larga y oscura cabellera bajo la tenue luz de las velas que iluminaba su túnica azul oscura y la perfección de sus rasgos.

—Adelante, Ce'Nedra —dijo—. Siéntate. Tenemos mucho que discutir.

—¿Te he sorprendido, Polgara? —dijo la princesa sin poder contenerse más—. Estás asombrada, ¿verdad? Hasta me he sorprendido a mí misma.

—No deberías entusiasmartelo tanto, Ce'Nedra —dijo Polgara y la miró con seriedad—. Debes aprender a conservar tu energía y no malgastarla felicitándote a ti misma.

Ce'Nedra la miró fijamente.

—¿No crees que hoy he estado bien? —preguntó, herida en lo más profundo de su alma.

—Ha sido un discurso muy bueno, Ce'Nedra —dijo Polgara, aunque en un tono que le quitaba toda la gracia.

De repente, la princesa tuvo una idea extraña.

—Lo sabías, ¿verdad? —dijo de forma abrupta—. Lo has sabido todo el tiempo.

—Siempre olvidas que cuento con ciertas ventajas —respondió ella con una ligera sonrisa en los labios—, y una de ellas es que tengo una idea general de cómo van a salir las cosas.

—¿Cómo es posible que puedas...?

—Ciertas cosas no suceden porque sí. Hay hechos que han sido decididos en el momento mismo de la creación del mundo, y lo que ha ocurrido esta tarde ha sido uno de esos hechos. —Extendió el brazo y cogió de arriba de la mesa un pergamino amarilleado por los años—. ¿Te gustaría oír lo que dice de ti la profecía? —Ce'Nedra tuvo un súbito escalofrío. Polgara recorrió el agrietado pergamino con los ojos—. Aquí está —dijo y levantó el pergamino hacia la luz—. «Y la voz de la Novia de la Luz será oída en los reinos del mundo —leyó—, sus palabras serán como fuego en la hierba seca y las multitudes se levantarán y seguirán el esplendor de su estandarte.»

—Eso no significa nada, Polgara —objetó Ce'Nedra—; es pura palabrería.

—¿Te resulta más claro si te digo que Garion es el Niño de la Luz?

—¿Qué es eso? —preguntó Ce'Nedra con la vista fija en el pergamino—. ¿De dónde lo has sacado?

—Es el Códice Mrin, cariño. Mi padre lo copió para mí del original. Es algo confuso, porque el profeta de Mrin estaba tan absolutamente loco que no podía hablar con coherencia. En sus últimos años, el rey Dras Cuello de Toro tuvo que atarlo a un poste con cadenas como si fuera un perro.

—¿El rey Dras? ¡Polgara, eso fue hace más de tres mil años!

—Así es —asintió Polgara.

—¡Es imposible! —exclamó temblorosa Ce'Nedra.

—Ce'Nedra, en ocasiones te pareces mucho a Garion —dijo Polgara con una sonrisa—. Me pregunto por qué los jóvenes sois tan aficionados a esa palabra.

—Pero, Polgara, si no hubiera sido por ese joven tan mal educado, es probable que yo no habría dicho nada en absoluto —dijo y enseguida se mordió el labio, arrepentida de aquella confesión.

—Tal vez ésa fuera la razón de su mala educación. Es posible que sólo haya nacido para insultarte a ti en ese momento en particular. La profecía no deja nada al azar. ¿Crees que necesitarás a ese joven para hablar la próxima vez? Si es necesario, puedo conseguir que se emborrache otra vez.

—¿La próxima vez?

—Por supuesto. ¿Acaso has pensado que bastaría con un discurso ante una pequeña audiencia? Realmente, Ce'Nedra, debes aprender a prestar más atención. Durante los próximos meses, tendrás que hablar en público por lo menos una vez al día.

—¡No puedo! —gimió la princesa, con los ojos llenos de horror.

—Claro que puedes, Ce'Nedra. Tu voz se oírán en todo el mundo, tus palabras serán como fuego en la hierba seca y las multitudes del Oeste se levantarán para seguir tu estandarte. En todos estos siglos, no he visto que el Códice Mrin se equivocara ni una sola vez. Lo más importante por el momento es que descanses mucho y que comas con regularidad. Yo misma te prepararé la comida. —Observó a la menuda jovencita con ojo crítico—. Sería preferible que fueras un poco más robusta, pero supongo que tendremos que conformarnos con lo que tenemos. Ve a recoger tus cosas, Ce'Nedra. A partir de hoy, te alojarás conmigo. Creo que será mejor que te vigile.

Durante las semanas siguientes, avanzaron por los bosques húmedos y verdes de Arendia, y la noticia de su llegada corrió por todo Astur. Ce'Nedra tenía la vaga sospecha de que Polgara controlaba con cuidado el número y composición de sus audiencias. El pobre Lelldorin no se bajaba nunca de su caballo, pues junto a un grupo selecto de amigos, era el encargado de adelantarse a las tropas para preparar los encuentros.

Tras aceptar por fin su obligación, Ce'Nedra se dio cuenta de que con la práctica le costaría menos hablar en público. Pero por desgracia, se equivocaba. El pánico le embargaba antes de cada discurso y muy a menudo acababa por vomitar. A pesar de que Polgara le aseguraba que sus discursos eran cada vez mejores, Ce'Nedra se quejaba de que no resultaban más fáciles. Las consecuencias físicas y espirituales de aquella tensión comenzaron a hacerse evidentes. Como casi todas las jóvenes de su edad, Ce'Nedra podía hablar sin parar durante horas, y a menudo lo hacía; pero sus arengas no eran charlas fortuitas. Requerían un enorme control y un gran gasto de energía emocional, y nadie podía ayudarla.

Sin embargo, cuando sus audiencias crecieron en número, Polgara le prestó cierta ayuda técnica.

—Habla en un tono de voz normal, Ce'Nedra —le indicó—. No te agotes intentando gritar. Yo me encargaré de que todo el mundo te escuche.

Pero al margen de aquella cooperación, la princesa se encontraba sola y su agotamiento se hacía cada vez más visible. Cabalgaba con apatía a la cabeza de las tropas cada vez más numerosas y a veces parecía estar en trance.

Sus amigos la miraban con preocupación.

—No sé cuánto tiempo más podrá soportar este ritmo —le comentó el rey Fulrach al rey Rhodar mientras cabalgaba detrás de la deprimida reina rumbo a las ruinas de Vo Wacune—. Creo que a veces nos olvidamos de lo pequeña y delicada que es.

—Tal vez deberíamos consultar a Polgara —asintió el rey Rhodar—. Creo que necesita una semana de descanso.

Sin embargo, Ce'Nedra sabía que no podía detenerse y romper aquel ímpetu, aquella especie de ritmo acelerado que llevaban. Al principio, las noticias de su presencia se divulgaban con lentitud; pero ahora llegaban mucho antes que ellos y sabía que debía darse prisa para responder en un momento determinado o corría el riesgo de que todo se desmoronara y tuviera que comenzar otra vez.

Nunca se había dirigido a un público tan numeroso como el que habían reunido en Vo Wacune. Aquellas personas ya estaban casi convencidas de la importancia de su causa y sólo necesitaban una chispa que acabara de encender sus ánimos. La reina de Riva, presa otra vez de un pánico irracional, se armó de valor y se levantó para convocar a aquella multitud a la guerra.

Una vez acabado su discurso y cuando los jóvenes nobles ya se hubieron sumado a sus cada día más numerosas tropas, Ce'Nedra buscó unos minutos de soledad en las afueras del campamento para recuperarse. Aquello se había convertido en un ritual necesario. Después de un discurso, a veces vomitaba, otras veces lloraba y otras más caminaba sin rumbo y con apatía sin mirar siquiera los árboles que la rodeaban. Durnik siempre iba con ella, cumpliendo las órdenes de Polgara, y Ce'Nedra encontraba la compañía de aquel hombre fuerte y práctico extrañamente reconfortante.

Se habían alejado bastante de las ruinas. La tarde estaba radiante y soleada y los pájaros cantaban entre los árboles. Ce'Nedra caminaba, pensativa, permitiendo que la paz del bosque calmara la confusión que remaba en su interior.

—Está muy bien para los nobles, Detton —Oyó que decía alguien al otro lado de un matorral—, pero ¿qué tiene que ver todo esto con nosotros?

—Es probable que tengas razón, Lammer —asintió enseguida una segunda voz con un suspiro de pena—. Pero fue muy conmovedor, ¿verdad?

—Lo único que debería conmover a un siervo es la visión de comida —afirmó con amargura el primer hombre—. Diga lo que diga esa niña sobre obligaciones., mi única obligación la tengo con mi estómago. —De repente el siervo se interrumpió—. ¿Las hojas de esa planta son comestibles? —preguntó.

—Creo que son venenosas, Lammer —respondió Detton.

—¿Estás seguro? Si existe la más mínima posibilidad de que no me muera al comerlas dímelo, pues odiaría perder la oportunidad de comer algo.

Ce'Nedra escuchaba a los dos siervos con creciente inquietud. ¿Cómo podía haber gente que llegara a ese estado? Movida por un impulso, dio la vuelta al matorral y fue a encontrarse con ellos acompañada por Durnik, como siempre.

Los dos siervos estaban vestidos con harapos manchados de barro. Eran hombres de mediana edad y por la expresión de sus rostros se notaba que no habían vivido un día de felicidad en toda su vida. El más delgado de los dos examinaba con atención la tupida maleza, pero el otro vio venir a Ce'Nedra y se quedó mirándola con un temor evidente.

—Lammer —murmuró con asombro—, es ella..., la joven que habló hoy.

Lammer se irguió y su cara macilenta y cubierta de suciedad palideció.

—Señora —dijo con una reverencia grotesca—, íbamos camino de nuestra aldea y no sabíamos que esta parte del bosque fuera vuestra. No hemos cogido nada —añadió y extendió las dos manos abiertas como para corroborar sus palabras.

—¿Cuándo fue la última vez que comiste algo? —preguntó ella.

—Esta mañana he comido algo de hierba, señora —respondió Lammer—, y ayer comí un par de nabos. Estaban agusanados, pero no demasiado.

—¿Quién os ha hecho esto? —preguntó Ce'Nedra con los ojos llenos de lágrimas.

Lammer pareció un poco confundido por la pregunta.

—Supongo que el mundo, señora —dijo y se encogió de hombros—. Una parte de lo que juntamos va a nuestro señor y otra parte al señor de él. Luego hay que entregar algo al rey y al administrador real. Y todavía estamos pagando por algunas guerras que nuestro señor tuvo hace varios años. Después de pagar todo eso, no nos queda demasiado.

De repente, Ce'Nedra tuvo un terrible pensamiento.

—Estoy reuniendo tropas para una campaña en el Este —les dijo.

—Sí, señora —respondió Detton, el otro siervo—, escuchamos vuestro discurso.

—¿Y qué problemas os ocasionará esta guerra?

—Tendremos que pagar más impuestos, señora —dijo Detton y se encogió de hombros—, y si nuestros señores deciden participar, se llevarán a combatir a nuestros hijos. Los siervos no suelen ser buenos soldados, pero sirven para cargar bultos, y cuando llega el momento de asaltar un castillo, a los nobles les gusta rodearse de criados que los ayuden con los moribundos.

—Entonces ¿nunca vais a luchar por patriotismo?

—¿Qué puede significar el patriotismo para unos siervos, señora? —le preguntó Lammer—. Hasta hace más o menos un mes, ni siquiera conocía el nombre de mi país. No hay nada en él que me pertenezca, así que ¿por qué debería sentir patriotismo?

Ce'Nedra no podía responder a aquella pregunta. ¡Sus vidas eran tan sombrías, tan desesperadamente vacías! Y su llamada a la lucha sólo significaba más penuria y sufrimientos para ellos.

—¿Qué pasará con vuestras familias? —preguntó ella—. Si Torak vence, ¿los grolims se llevarán a vuestros familiares a los altares?

—No tengo familia, señora —respondió Lammer con voz mortecina—. Mi hijo murió hace varios años. Mi señor estaba luchando en una guerra, atacaron un castillo y la gente que había dentro arrojó alquitrán caliente a los siervos que intentaban levantar una escalera. Cuando mi mujer se enteró, se dejó morir de hambre. Ahora los grolims no pueden hacerles daño y si quieren matarme a mí, no me opondré.

—¿No hay nada en el mundo por lo cual lucharías?

—Por la comida, supongo —dijo Lammer después de reflexionar un momento—. Estoy muy cansado de pasar hambre.

—¿Y tú? —preguntó Ce'Nedra al otro criado.

—Caminaría sobre las brasas por alguien que me alimentara —respondió Detton con fervor.

—Venid conmigo —les ordenó Ce'Nedra y los condujo hacia los grandes y cargados carros del campamento donde habían transportado grandes cantidades de comida desde los almacenes de Sendaria.

—Dales de comer a estos dos hombres —le dijo al atónito cocinero—, que coman todo lo que quieran.

Durnik, mientras tanto, con su mirada franca llena de compasión, ya había cogido una gran hogaza de pan, la había partido en dos y la había repartido entre Lammer y Detton.

Lammer miraba el trozo de pan que tenía en la mano y temblaba con violencia.

—Os seguiré, señora —afirmó con voz trémula—. He comido mis propios zapatos, hierbas hervidas y raíces de árboles. —Apretó entre sus manos el trozo de pan como si temiera que alguien se lo quitara—. Os seguiré al fin del mundo por esto —añadió y comenzó a comer, desgarrando el pan con los dientes.

Ce'Nedra lo miró con fijeza y de repente huyó. Al llegar a su tienda rompió a llorar con violencia. Adara y Taiba intentaron calmarla sin éxito y por fin decidieron llamar a Polgara.

La hechicera llegó, echó una breve ojeada a la llorosa joven y pidió a Taiba y a Adara que la dejaran a solas con ella.

—Y bien, Ce'Nedra —dijo con calma; se sentó en la cama y estrechó a la princesa entre sus brazos—, ¿a qué viene esto?

—No puedo hacerlo, Polgara —gimió Ce'Nedra—, simplemente no puedo.

—La idea fue tuya —le recordó Polgara.

—Estaba equivocada —sollozó Ce'Nedra—, ¡muy equivocada! Debí quedarme en Riva.

—No —discrepó Polgara—. Has hecho algo que ninguno de nosotros podía hacer. Has logrado que los arendianos se unieran a nosotros. Creo que ni siquiera Garion lo hubiera conseguido.

—¡Pero van a morir todos! —gimió Ce'Nedra.

—¿De dónde has sacado esa idea?

— Los angaraks nos doblan en número y acabarán con mi ejército.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Yo... yo lo he oído —respondió Ce'Nedra mientras jugueteaba con el amuleto que llevaba colgado al cuello—. Escuché lo que decían Rhodar, Anheg y los demás sobre los murgos del sur.

—Ya veo —dijo Polgara con gravedad.

—Vamos a perder nuestras vidas; nada puede salvarnos. Y para colmo acabo de encontrar una forma de meter en esto a los siervos. Sus vidas son tan miserables que me seguirán sólo por la posibilidad de comer con regularidad. Y yo lo haré, Polgara. Si considero que los necesito, iré a arrancarlos de sus casas y los conduciré a la muerte. No puedo evitarlo.

Polgara cogió un vaso de una mesa cercana y vació una botellita de cristal dentro de él.

—La guerra todavía no ha acabado, Ce'Nedra. Ni siquiera ha comenzado. —Agitó el líquido de oscuro color ámbar en el vaso—. He visto ganar guerras en que el triunfo parecía imposible. Si te dejas llevar por la desesperación antes de comenzar, no tendrás ninguna probabilidad. Rhodar es un estratega muy inteligente y los hombres que forman tu ejército son muy valientes. No participaremos en ninguna batalla a no ser que sea absolutamente imprescindible. Además, si Garion logra alcanzar a tiempo a Torak y gana, los angaraks se dividirán y no tendremos que enfrentarnos a ellos. —Le ofreció el vaso—. Ahora bebe esto.

Ce'Nedra cogió el vaso de forma maquinal y bebió su contenido. El líquido ámbar era amargo y le dejó un gusto extraño y desagradable en la boca.

—Entonces todo depende de Garion —dijo.

—Siempre ha dependido de él, cariño —le dijo Polgara.

Ce'Nedra suspiró.

—Ojalá... —comenzó, pero luego titubeó y se interrumpió.

—¿Ojalá qué, cariño?

—Oh, Polgara. Nunca le dije a Garion que lo amaba. Daría cualquier cosa por decírselo... sólo una vez.

—El lo sabe, Ce'Nedra.

—Pero no es lo mismo —volvió a suspirar la joven.

La invadía una extraña languidez y había dejado de llorar. Ni siquiera podía recordar con claridad por qué había llorado. De repente sintió que alguien la miraba y se volvió. Misió estaba sentado en un rincón con la vista fija en ella. Sus profundos ojos azules estaban llenos de comprensión y, aunque pareciera extraño, también de esperanza. Entonces, Polgara estrechó a la princesa entre sus brazos y comenzó a acunarla mientras tarareaba una reconfortante melodía. Sin darse cuenta, Ce'Nedra se sumió en un sueño profundo y tranquilo.

El atentado contra su vida tuvo lugar a la mañana siguiente. El ejército marchaba hacia el sur desde Vo Wacune y cruzaba el bosque soleado por la Gran Ruta del Oeste. La princesa cabalgaba al frente de la columna, mientras hablaba con Barak y Mandorallen, cuando una flecha surgió de entre los árboles con un horrible zumbido. Fue aquel zumbido lo que alertó a Barak.

—¡Cuidado! —gritó y protegió a Ce'Nedra con su enorme escudo. La flecha se rompió y Barak sacó su espada mientras maldecía con furia.

Olban, el hijo menor de Brand, se perdió en el bosque a toda velocidad. Su cara tenía una palidez cadavérica y su espada parecía saltar en su mano mientras hacía girar a su caballo. El ruido de los cascos al galopar se fue apagando entre los árboles, y un momento después, se oyó un grito horrible.

Desde las tropas que los seguían se oyeron exclamaciones de alarma y un confuso cuchicheo de voces. Polgara se adelantó, con una palidez mortal en la cara.

—Estoy bien, Polgara —se apresuró a asegurarle Ce'Nedra—. Barak me ha salvado.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Polgara.

—Alguien le disparó una flecha —gruñó Barak—. Si no fuera porque oí el zumbido, habría sido fatal.

Lelldorin había recogido la flecha rota y la miraba con atención.

—Las plumas están sueltas —dijo y las frotó con el dedo—, ésa es la causa del zumbido.

Olban volvió del bosque con la espada ensangrentada todavía en la mano.

—¿Está bien la reina? —preguntó, y por alguna razón su voz tenía un tinte histérico.

—Está bien —dijo Barak y lo miró con curiosidad—. ¿Quién era?

—Creo que un murgo —respondió Olban—. Tenía cicatrices en la cara.

—¿Lo has matado?

Olban asintió con un gesto.

—¿De verdad estáis bien, mi reina? —le preguntó a Ce'Nedra.

Con su rubio cabello enmarañado, Olban parecía muy joven e impulsivo.

—Estoy bien, Olban —respondió ella—. Has sido muy valiente, pero debiste esperar a que te acompañara alguien en lugar de perseguirlo solo. Podría haber habido más de un hombre.

—En tal caso los habría matado a todos —declaró Olban con fervor—. Aniquilaré a cualquiera que levante un dedo contra vos —agregó, temblando de ira.

—Vuestra lealtad os honra, joven Olban —dijo Mandorallen.

—Creo que deberíamos hacer algunos reconocimientos —le sugirió Barak al rey Rhodar—, al menos hasta que salgamos del bosque. Korodullin iba a echar a todos los murgos de Arendia, pero parece que olvidó a alguno.

—Dejadme dirigir las patrullas de reconocimiento —suplicó Olban.

—Tu hijo demuestra mucho entusiasmo —le dijo Rhodar a Brand—. Es una cualidad que admiro en un joven. —Se volvió hacia Olban—. De acuerdo —dijo—, llévate todos los hombres que necesites. No quiero que haya un solo murgo a ocho kilómetros de la princesa.

—Tienes mi palabra —afirmó Olban mientras hacía girar su caballo y volvió a perderse en el bosque.

Después de aquel incidente tuvieron un poco más de cuidado y cuando Ce'Nedra hablaba situaban algunos arqueros en posiciones estratégicas entre la multitud. Olban les informó con tono tétrico que habían encontrado varios murgos más entre los árboles, pero no hubo más imprevistos.

Al amanecer del primer día, salieron del bosque y entraron en la llanura arendiana. Para entonces, Ce'Nedra ya había logrado que casi todos los arendianos fuertes y sanos se unieran a su ejército, y mientras avanzaba por la llanura, sus huestes se desplegaban tras ella como un mar humano. Dejaron atrás los árboles del bosque bajo un cielo azul intenso y la hierba que pisaban sus caballos tenía un brillante color verde.

—¿Hacia dónde vamos ahora, Majestad? —preguntó Mandorallen.

—A Vo Mimbre —respondió Ce'Nedra—. Hablaré con los caballeros mimbranos y luego iremos a Tolnedra.

—Espero que tu padre todavía te quiera —dijo el rey Rhodar—. Tendrá que amarte mucho para perdonarte que entres en Tolnedra seguida de un ejército.

—Me adora —le aseguró Ce'Nedra con confianza.

Pero el rey Rhodar tenía una expresión de duda.

Las tropas avanzaron por la llanura del centro de Arendia rumbo a Vo Mimbre, la capital, donde el rey Korodullin había reunido a los caballeros mimbranos y a sus adherentes. El tiempo continuó estable y marcharon bajo un sol radiante.

Una mañana soleada, poco después de la partida, Polgara adelantó su caballo y se aproximó a Ce'Nedra al frente de la columna.

—¿Has decidido qué táctica vas a emplear con tu padre?

—No estoy segura —confesó la princesa—. Es probable que se muestre muy difícil.

—Los Borune suelen serlo.

—Yo soy una Borune, Polgara.

—Lo sé —respondió con una mirada penetrante—. En los últimos meses has crecido mucho, cariño —observó.

—En realidad no he tenido otra opción, Polgara. Todo ha sucedido de forma súbita. —De repente, la asaltó una idea y dejó escapar una risita tonta—. ¡Pobre Garion! —rió.

—¿A qué te refieres?

—He sido muy mala con él, ¿verdad?

—Sí, bastante mala.

—¿Cómo habéis podido soportarme?

—Con frecuencia teníamos que apretar los dientes.

—¿Crees que cuando se entere de lo que estoy haciendo se sentirá orgulloso de mí?

—Sí —respondió Polgara—, creo que sí.

—Voy a resarcirlo por todo, ¿sabes? —prometió Ce'Nedra—. Seré la mejor esposa del mundo.

—Eso está muy bien, cariño.

—No lo reñiré ni le gritaré.

—No hagas promesas que no puedas cumplir, Ce'Nedra —le aconsejó Polgara con sabiduría.

—Bueno —se corrigió la princesita—, no lo haré... casi nunca.

—Ya veremos —sonrió Polgara.

Los caballeros mimbranos estaban acampados en la enorme llanura, frente a la ciudad de Vo Mimbres y, sumados a los soldados, formaban un ejército fabuloso con sus trajes resplandecientes bajo la luz del sol.

—¡Oh, cielos! —titubeó Ce'Nedra al contemplar la enorme multitud desde la cima de la colina adonde había subido con los reyes alorn para echar un primer vistazo a la ciudad.

—¿Qué ocurre? —preguntó Rhodar.

—¡Son tantos!

—Eso era lo que queríamos, ¿verdad?

Un alto caballero mimbrano con cabello y barba oscuros y un abrigo de terciopelo sobre la lustrosa armadura, subió la loma al galope y se detuvo unos metros antes de llegar a ellos. Miró a todos a la cara, de uno en uno, y luego inclinó la cabeza con un gesto amable. Luego se dirigió a Mandorallen:

—Saludos de Korodullin, rey de Arendia, para el bastardo de Vo Mandor.

—Todavía no has aclarado ese asunto, ¿verdad? —le preguntó Barak a Mandorallen en un murmullo.

—No he tenido tiempo, mi señor —respondió Mandorallen y se volvió hacia el caballero—. Salud y gracias, caballero Andorig. Os ruego que presentéis mis respetos a Su Majestad y que le digáis que venimos en son de paz, aunque sin duda él ya lo sabrá.

—Así lo haré, caballero Mandorallen.

—¿Cómo está tu manzano, Andorig? —preguntó Barak con una amplia sonrisa.

—Ya ha florecido, señor de Trellheim —respondió Andorig con orgullo—. Lo he cuidado con mucho afecto y espero una cosecha abundante. Confío en no decepcionar al sagrado Belgarath.

Luego se volvió y comenzó a descender la colina, haciendo sonar su cuerno cada cien metros.

—¿De qué hablabais? —preguntó el rey Anheg a su primo de barba roja, con expresión de perplejidad.

—Estuvimos aquí antes —respondió Barak—. Andorig no nos creyó cuando le dijimos quién era Belgarath, así que el hechicero hizo crecer un manzano entre las piedras del patio y lo convenció.

—Os ruego que me disculpéis —dijo Mandorallen con una súbita sombra de dolor en los ojos—. Se acercan unos amigos muy queridos. Regresaré pronto —añadió y se dirigió a medio galope hacia un caballero y una dama que venían de la ciudad.

—Es un buen hombre —murmuró Rhodar mientras contemplaba al caballero—, pero cuando me dirijo a él tengo la impresión de que hablo con una roca.

—Mandorallen es mi caballero —se apresuró Ce'Nedra en salir en su defensa—. No necesita pensar, pues yo pienso por él. —De repente se interrumpió—. ¡Oh, cielos! —exclamó—, eso suena horrible, ¿verdad?

—Eres un tesoro, Ce'Nedra —dijo Rhodar con una carcajada—, pero a menudo te dejas llevar por tus impulsos.

—¿Quién es esa gente? —preguntó Ce'Nedra mientras miraba con curiosidad a Mandorallen y a la pareja que salía de las puertas de Vo Mimbren.

—Es el barón de Vo Ebor —respondió Durnik en voz baja— y su esposa, la baronesa Nerina. Mandorallen está enamorado de ella.

—¿Qué?

—Se comportan con total corrección —le aseguró Durnik con rapidez—. Al principio yo tampoco lo entendía, pero supongo que este tipo de cosa es normal en Arendia. Es una tragedia, por supuesto, y los tres sufren mucho —suspiró el buen hombre.

—¡Oh, cielos! —exclamó Ce'Nedra y se mordió el labio—. Yo no lo sabía... ¡y a veces lo he tratado tan mal!

—Estoy seguro de que te perdonará —dijo Durnik—, pues tiene un gran corazón.

Poco después, el rey Korodullin salió de la ciudad acompañado por Mandorallen y una escolta de caballeros con armadura.

Ce'Nedra había conocido al rey varios años antes y lo recordaba como un joven pálido, delgado y con una hermosa voz. En esta ocasión estaba vestido con una armadura completa cubierta con un abrigo carmesí. Al acercarse a ellos, levantó el visor del casco.

—Majestad —saludó con solemnidad—, esperábamos vuestra llegada con gran impaciencia.

—Sois muy amable, Majestad —respondió Ce'Nedra.

—Estamos asombrados ante la noticia de la movilización de nuestros primos asturios —dijo el rey—. Vuestra oratoria debe de ser maravillosamente persuasiva para que olviden a su enemigo ancestral.

—Está atardeciendo Majestad —observó el rey Rhodar—. La reina de Riva quisiera dirigirse a vuestros caballeros; con vuestro permiso, por supuesto. Una vez que la hayáis oído, comprenderéis el valor que tiene para nuestra causa.

—De inmediato, Majestad —asintió Korodullin. Se volvió hacia uno de sus hombres—. Congregad a los caballeros y a los soldados de Mimbren, para que la reina de Riva pueda comunicarles sus ideas —ordenó.

El ejército multitudinario que había seguido a Ce'Nedra a través de la llanura de Arendia había comenzado a reunirse frente a las puertas de la ciudad, donde aguardaban los relucientes caballeros mimbranos. Cuando los dos grupos se enfrentaron, el aire se llenó de recelo.

—Será mejor que nos demos prisa —sugirió el rey Cho-Hag—. Allí abajo, cualquier comentario fortuito podría provocar un incidente desagradable que nos conviene evitar.

Ce'Nedra comenzaba a sentir náuseas, aunque aquella sensación ya le resultaba tan familiar que había dejado de preocuparla. Habían levantado una plataforma a mitad de camino entre el ejército de Ce'Nedra y los caballeros con armadura del rey Korodullin. La princesa, acompañada de sus amigos y la guardia de honor, cabalgó hacia la plataforma y allí desmontó con nerviosismo.

—Expláyate todo lo que quieras, Ce'Nedra —le aconsejó Polgara en voz baja—. A los mimbranos les encantan las ceremonias y son tan pacientes como piedras si les presentas un espectáculo formal. Faltan unas dos horas para que se ponga el sol. Intenta dosificar el tiempo del discurso para que el final coincida con el crepúsculo.

—¿Dos horas? —exclamó Ce'Nedra.

—Si necesitas más tiempo, podemos hacer hogueras —ofreció Durnik con tono servicial.

—Con dos horas debería ser suficiente —sugirió Polgara.

Ce'Nedra comenzó a ensayar mentalmente su discurso.

—¿Estás segura de que todos pueden oírnos? —le preguntó a Polgara.

—Yo me encargaré de eso, cariño.

—De acuerdo —dijo Ce'Nedra tras una profunda inspiración—, allá vamos. —Y la ayudaron a subir a la plataforma.

No fue agradable, nunca lo era; pero durante las semanas de práctica en el norte de Arendia había adquirido la habilidad de evaluar el estado de ánimo de la multitud y de regular el ritmo de su disertación del modo más convincente. Tal como había dicho Polgara, los mimbranos parecían contentos de escucharla durante horas. Además, el escenario del campo de Vo Mimbres daba a sus palabras cierto impacto dramático. El mismísimo Torak y el inmenso mar humano de las hordas angaraks habían estado allí antes de precipitarse contra las firmes murallas de la ciudad que resplandecían en el límite de la llanura.

Ce'Nedra habló y las palabras de su apasionado discurso surgieron de sus labios como un torrente. Todas las miradas estaban fijas en ella y todos los oídos escuchaban sus palabras. Fuera cual fuese el truco que la hechicera empleaba para hacer audible su voz hasta el último rincón era evidente que funcionaba. Ce'Nedra podía ver el impacto de lo que decía propagándose entre las huestes como una brisa acariciando un campo de cimbreante trigo.

Y luego, mientras el sol flotaba en nubes doradas al oeste del horizonte, la pequeña reina llevó su disertación a un crescendo culminante. Las palabras «orgullo», «honor», «coraje» y «deber» resonaban como una melodía en las mentes de sus extasiados oyentes.

Su pregunta final, «¿quién me seguirá?», fue pronunciada justo cuando el sol del crepúsculo inundaba el campo con una luz llameante y fue seguida de una ensordecedora exclamación, al tiempo que los caballeros mimbranos levantaban sus espadas a modo de saludo.

Empapada de sudor, enfundada en su armadura caliente por el sol, Ce'Nedra, tal como era su costumbre, desenvainó su propia espada en respuesta a aquel saludo, saltó a su caballo y condujo al ahora enorme ejército fuera del campo.

—¡Impresionante! —oyó exclamar al rey Korodullin mientras cabalgaba tras ella.

—Ahora ves por qué la seguimos, ¿verdad? —dijo el rey Anheg.

—¡Es magnífica! —afirmó el rey Korodullin—. De verdad, señores, esa elocuencia sólo puede ser un regalo de los dioses. Confieso que yo tenía ciertas dudas sobre nuestra misión, pero ahora desafiaría con alegría a todas las hordas angaraks. El mismísimo cielo está de parte de esta niña maravillosa y no podemos fallarle.

—Me sentiré mejor cuando vea la reacción de las legiones —observó el rey Rhodar—. Son muy duros de roer y creo que será necesario algo más que una charla sobre patriotismo para conmoverlos.

Ce'Nedra, sin embargo, ya había comenzado a ocuparse de aquello. Esa tarde, mientras se cepillaba el cabello a solas en su tienda, consideró el problema desde todos los ángulos posibles. Necesitaba algo capaz de conmover a sus compatriotas y sabía por instinto qué podría ser.

De repente, el amuleto de plata que llevaba al cuello se movió de forma extraña, algo que no había sucedido nunca. Ce'Nedra dejó el cepillo y tocó el talismán con la punta de sus dedos.

—Sé que puedes oírme, padre —oyó que decía Polgara.

En la mente de Ce'Nedra apareció una súbita imagen de Polgara envuelta en su capa azul, de pie en la cima de una colina, con la brisa de la noche agitando sus cabellos.

—¿Ya se te ha pasado el enfado? —dijo la voz de Belgarath con tono de cautela.

—Ya hablaremos de eso en otro momento. ¿Cómo estás?

—Hasta la coronilla de nadraks borrachos. Estamos en una taberna en Yar Nadrak.

—Debí haberlo imaginado. ¿Garion está bien?

—Por supuesto que sí. No permitiré que le ocurra nada, Pol. ¿Y tú dónde estás?

—En Vo Mimbre. Hemos levantado a los arendianos y mañana salimos hacia Tolnedra.

—A Ran Borune no le gustará mucho.

—Tenemos cierta ventaja. Ce'Nedra está al frente del ejército.

—¿Ce'Nedra? —dijo con tono de estupefacción.

—Por lo visto eso era lo que significaba aquel pasaje del Códice. Ha conseguido movilizar a los arendianos como si fuera su dueña.

—¡Qué increíble!

—¿Sabías que los murgos del sur ya están congregados en Rak Goska?

—He oído algunos rumores.

—Eso cambia las cosas, ¿sabes?

—Tal vez. ¿Quién está al mando del ejército?

—Rhodar.

—Bien. Dile que intente evitar cualquier enfrentamiento importante durante el mayor tiempo posible, Pol, pero mantened a los angaraks alejados de mí.

—Haremos lo que podamos. —Pareció dudar un momento—. ¿Estás bien, padre? —preguntó con cautela con un tono que confería a la pregunta una gran importancia.

—¿Te refieres a si estoy en pleno uso de mis facultades? —preguntó con tono divertido—. Garion me confesó que eso te tenía preocupada.

—Le dije que no te contara nada.

—Cuando lo hizo, la cuestión resultaba puramente teórica.

—¿Estás...?, quiero decir, ¿todavía puedes...?

—Todo parece funcionar igual que antes, Polgara —le aseguró él.

—Da recuerdos a Garion de mi parte.

—Por supuesto. No conviertas esto en un hábito, pero sigue en contacto conmigo.

—Muy bien, padre.

El amuleto volvió a temblar entre los dedos de Ce'Nedra. Luego la voz de Polgara habló con firmeza.

—Bueno, Ce'Nedra —dijo la hechicera—, ya puedes dejar de escuchar.

Ce'Nedra soltó el amuleto con un gesto de culpa.

A la mañana siguiente, incluso antes de que saliera el sol, envió a buscar a Barak y a Durnik.

—Voy a necesitar hasta el más pequeño fragmento de oro angarak que haya en todo el campamento —anunció—, hasta la última moneda. Cómpraselo a los hombres si es necesario, pero consigue la mayor cantidad posible de oro rojo.

—Supongo que no te molestarás en decirnos para qué lo quieres —dijo Barak con amargura, pues el hombretón no soportaba que lo sacaran de la cama antes del alba.

—Soy tolnedrana —explicó ella— y conozco a mis compatriotas. Creo que voy a necesitar un cebo.

Ran Borune XXIII, emperador de Tolnedra, estaba lívido de ira. Ce'Nedra notó con tristeza que su padre había envejecido bastante en el año de su ausencia y había deseado que aquel encuentro hubiera sido más cordial de lo que prometía ser.

El emperador había reunido a las legiones en las llanuras del norte de Tolnedra, y cuando las tropas de Ce'Nedra salieron del bosque de Vordue, los dos ejércitos se encontraron frente a frente. El sol estaba radiante y los estandartes carmesíes de las legiones, alzándose sobre lo que parecía un inmenso mar de brillante acero pulido, ondeaban con majestuosidad en la brisa estival. Las multitudinarias legiones habían tomado posiciones a lo largo de una hilera de colinas y aquel terreno les brindaba una ventaja táctica sobre el ejército de Ce'Nedra.

El rey Rhodar le comentó en un murmullo este hecho a la joven reina mientras desmontaban para recibir al emperador de Tolnedra.

—No nos conviene provocarlos de ningún modo —aconsejó él—. Al menos intenta ser amable.

—Sé lo que hago, Majestad —respondió con altivez mientras se quitaba el casco y se alisaba el cabello con cuidado.

—Ce'Nedra —dijo Rhodar con brusquedad y apretó con fuerza la mano de la joven—. Has estado jugando con nuestros nervios desde el día en que desembarcamos en la bahía de Arendia. Nunca sabemos lo que vas a hacer al minuto siguiente. No tengo la menor intención de subir a las colinas y atacar las legiones tolnedranas, así que compórtate como se debe con tu padre o te subiré a mis rodillas y te daré unos azotes. ¿Me entiendes?

—¡Rhodar! —exclamó Ce'Nedra—. ¿Cómo puedes decir algo tan terrible?

—Ratifico cada una de mis palabras —dijo él—, así que cuida tus modales, jovencita.

—Claro que lo haré —prometió ella y le dirigió una mirada tímida e infantil a través de sus movedizas pestañas—. ¿Todavía me quieres, Rhodar? —preguntó en un murmullo. El la miró indefenso y ella acarició una de sus mejillas regordetas—. Todo irá bien —le aseguró—, aquí viene mi padre.

—Ce'Nedra —dijo Ran Borune enfadado mientras se aproximaba a ellos a grandes zancadas—, ¿qué crees que estás haciendo?

El emperador estaba enfundado en una armadura bañada en oro y Ce'Nedra pensó que tenía un aspecto bastante ridículo.

—Sólo pasábamos, padre —respondió con el tono más inofensivo de que era capaz—. Espero que estés bien.

—Lo estaba hasta que violaste mis fronteras. ¿De dónde has sacado este ejército?

—De un sitio y otro, padre —dijo ella y se encogió de hombros—. Deberíamos hablar en algún lugar privado, ¿sabes?...

—Yo no tengo nada que hablar contigo —afirmó el hombrecillo calvo—. Me niego a dirigirte la palabra hasta que saques estas tropas de mi territorio tolnedrano.

—¡Oh, padre! —lo riñó ella—. ¡No seas tan infantil!

—¿Infantil? —estalló el emperador—. ¡Infantil!

—Tal vez Su Majestad haya elegido una palabra equivocada —intervino el rey Rhodar mientras dirigía una mirada fulminante a Ce'Nedra—. Como todos sabemos, suele ser poco diplomática.

—¿Qué estáis haciendo aquí, Rhodar? —preguntó Ran Borune—. ¿Por que habéis invadido Tolnedra?

—No lo hemos hecho, Ran Borune —respondió Anheg—. Si esto fuera una invasión, verías el humo de los pueblos y las ciudades detrás de nosotros. Ya sabes cómo hacemos la guerra.

—Entonces ¿qué hacéis aquí?

—Como te ha explicado Su Majestad —respondió el rey Cho-Hag con voz calma—, sólo vamos de camino al Este.

—¿Y qué pensáis hacer en el Este?

—Eso es asunto nuestro —respondió Anheg con brusquedad.

—Intenta comportarte —le dijo Polgara al rey cherek y se volvió hacia el emperador—. El verano pasado, mi padre y yo te explicamos lo que ocurría, Ran Borune. ¿No nos escuchaste?

—Eso fue antes de que robarais a mi hija —respondió él—. ¿Qué le habéis hecho? Antes ya era una niña difícil, pero ahora está absolutamente imposible.

—Los niños crecen, Majestad —respondió Polgara con tono filosófico—. Pero la reina tiene razón, necesitamos hablar y sería preferible hacerlo en privado.

—¿De qué reina hablas? —preguntó el emperador con sarcasmo—. Yo no veo ninguna reina.

—Padre —dijo Ce'Nedra con una mirada fulminante—, tú sabes lo que ha ocurrido. Ahora déjate de juegos y habla con seriedad. Esto es muy importante.

—Su Alteza me conoce lo suficientemente bien como para saber que no me gustan los juegos —dijo él con voz fría.

—Su Majestad —lo corrigió ella.

—Su Alteza —insistió él.

—Su Majestad —repitió ella y su voz subió una octava.

—Su Alteza —gruñó él con los dientes apretados.

—¿Hay necesidad de que discutamos como niños malhumorados en presencia de los ejércitos? —preguntó Polgara con calma.

—Ella tiene razón, ¿sabes? —le dijo Rhodar a Ran Borune—. Estamos haciendo el papel de tontos. Al menos deberíamos mantener las apariencias con dignidad.

El emperador volvió la cabeza por instinto y miró a las tropas resplandecientes de las legiones desplegadas sobre la cima de las colinas, cerca de allí.

—De acuerdo —aceptó de mala gana—, pero quiero dejar bien claro que de lo único que hablaremos será de vuestra retirada del territorio tolnedrano. Seguidme, iremos a mi pabellón.

—Que está justo en medio de tus legiones —dijo el rey Anheg—. Perdóname, Ran Borune, pero no somos tan estúpidos. ¿Por qué no vamos a mi pabellón?

—Yo no soy más estúpido que tú, Anheg —replicó el emperador.

—Si me disculpáis —dijo el rey Fulrach con aplomo—, para ser expeditivos, ¿no creéis que este punto donde estamos es más o menos neutral? —Se volvió hacia Brendig—. ¿Serías tan amable de levantar una gran tienda aquí, coronel?

—De inmediato, Majestad —dijo Brendig con expresión seria.

—Como podéis ver —sonrió el rey Rhodar—, el legendario sentido práctico de los sendarios no es un simple mito.

El emperador tenía una expresión avinagrada, pero por fin pareció recordar sus modales.

—Hace mucho tiempo que no te veía, Fulrach —dijo—. Espero que Layla se encuentre bien.

—Te envía recuerdos —respondió el rey de Sendaria con cortesía.

—Tú eres un hombre sensato, Fulrach —dijo el emperador—. ¿Por qué te prestas a esta loca aventura?

—Creo que ésa es una de las cosas que debemos discutir en privado, ¿verdad? —sugirió Polgara con suavidad.

—¿Cómo van las disputas por la sucesión? —preguntó Rhodar como para desviar la conversación hacia temas más triviales.

—Siguen en el aire —respondió Ran Borune—, aunque parece que los Honeth se están aliando.

—Eso es malo —murmuró Rhodar—. Los Honeth tienen mala reputación.

Cerca de allí, una patrulla sendaria armaba un gran pabellón de vivos colores, bajo la dirección del coronel Brendig, sobre la hierba verde.

—¿Te has ocupado del duque Rador, padre? —preguntó Ce'Nedra.

—Su Excelencia encontró su vida insoportable —respondió Ran Borune con una risita—. Por casualidad alguien olvidó un poco de veneno en su celda y él probó una importante cantidad. Le dimos un espléndido funeral.

—Lamento habérmelo perdido —sonrió Ce'Nedra.

—El pabellón está listo —les dijo el rey Fulrach—. ¿Podemos entrar?

Todos entraron y se sentaron alrededor de la mesa que los soldados habían colocado en el interior. Lord Morin, el chambelán del emperador, le ofreció una silla a Ce'Nedra.

—¿Cómo ha estado? —murmuró Ce'Nedra al oficial de capa marrón.

—No muy bien, princesa —respondió Morin—. Vuestra ausencia le afectó mucho más de lo que está dispuesto a admitir.

—¿Come y descansa bien?

—Intentamos que lo haga, Alteza —dijo Morin y se encogió de hombros—, pero vuestro padre no es la persona más fácil de tratar del mundo.

—¿Tienes su medicina?

—Por supuesto, Alteza. Nunca voy a ningún sitio sin ella.

—¿Por qué no vamos al grano? —decía Rhodar—. Taur Urgas ha bloqueado su frontera oeste y los murgos del sur se han congregado en Rak Goska. Zakath, el emperador malloreano, ha levantado una zona de estacionamiento de tropas en las afueras de Thull Zelik para recibir a sus hombres a medida que desembarcan. Nos queda poco tiempo, Ran Borune.

—Estoy negociando con Taur Urgas —respondió el emperador— y enviaré un ministro plenipotenciario a ver a Zakath de inmediato. Estoy seguro de que esto puede arreglarse sin necesidad de una guerra.

—Puedes hablar con Taur Urgas hasta quedarte sin saliva —gruñó Anheg— y Zakath ni siquiera debe saber quién eres ni creo que le interese. En cuanto reúnan sus tropas, nos invadirán. Es imposible evitar la guerra y yo me alegro. Exterminemos a los angaraks de una vez por todas.

—¿No te estás comportando de una forma muy poco civilizada, Anheg? —le preguntó Ran Borune.

—Majestad Imperial —dijo el rey Korodullin con formalidad—, tal vez el rey de Cherek se haya precipitado un poco, pero en sus palabras hay una gran sabiduría. ¿Debemos vivir para siempre bajo la amenaza de una invasión del Este? ¿No sería mejor eliminarlos?

—Todo esto es muy interesante —interrumpió Ce'Nedra con frialdad—, pero no tiene mayor importancia. Lo fundamental es que el rey de Riva ha regresado y Tolnedra debe cumplir con los Acuerdos de Vo Mimbres sometiéndose a él.

—Quizá —respondió su padre—, pero el joven Belgarion está ausente. ¿Lo habéis perdido en algún sitio? ¿O tuvo que quedarse a fregar los cacharros en la cocina de Riva?

—Eso no es digno de ti, padre —dijo Ce'Nedra con desprecio—. El Señor Supremo del Oeste requiere tus servicios. ¿Vas a deshonorar a los Borunes rompiendo los acuerdos?

—Oh, no, hija —respondió él y alzó una mano—. Tolnedra siempre ha respetado todas las cláusulas de los tratados que ha firmado. Los acuerdos establecen que tengo que someterme a Belgarion y eso es lo que haré... en cuanto venga aquí y me diga lo que quiere.

—Yo estoy actuando en su nombre —anunció Ce'Nedra.

—No creo recordar ninguna cláusula que dijera que su autoridad era transferible.

—Soy la reina de Riva —dijo Ce'Nedra con vehemencia—, y el propio Belgarion me designó para que gobernara de forma conjunta con él.

—La boda debe de haberse realizado en una ceremonia muy privada. Estoy un poco ofendido porque no he sido invitado.

—La boda tendrá lugar en el momento oportuno, padre. Mientras tanto, hablo en nombre de Belgarion y de Riva.

—Puedes hablar todo lo que quieras, niña —dijo él y se encogió de hombros—, pero yo no estoy obligado a escucharte. Por el momento, sólo eres la prometida del rey de Riva; no eres su esposa y por lo tanto tampoco eres reina. En términos legales, hasta que no os caséis, estás bajo mi autoridad. Es probable que si te disculpas, te quitas esa estúpida armadura y te pones ropa decente, te perdona. De lo contrario, me veré obligado a castigarte.

—¿Castigarme? ¡Castigarme!

—No me grites, Ce'Nedra —dijo con firmeza el emperador.

—Parece que las cosas se están deteriorando con rapidez —le comentó Barak a Anheg con sequedad.

—Ya lo he notado —asintió Anheg.

—¡Yo soy la reina de Riva! —le gritó Ce'Nedra a su padre.

—¡Tú eres una tonta! —replicó él.

—Ya es suficiente, padre —anunció ella y se puso en pie de un salto—. Ordenarás a tus legiones que se pongan bajo mis órdenes y luego regresarás a Tol Honeth para que tus criados te envuelvan en mantas y te den de comer papillas, ya que es evidente que estás demasiado senil como para servirme de algo.

—¿Senil?—gruñó el emperador levantándose a su vez de un salto—. ¡Fuera de mi vista! Saca a tu maldito ejército alorn de Tolnedra de inmediato u ordenaré a mis legiones que te echen de aquí.

Ce'Nedra, sin embargo, ya se dirigía a toda prisa a la puerta de la tienda.

—¡Vuelve aquí! —le gritó furioso él—. Todavía no he acabado contigo.

—Sí que has acabado, padre —le respondió ella a los gritos—. Ahora soy yo quien va a hablar. Barak, necesito ese saco que tienes atado a la silla de tu caballo.

Salió de la tienda y montó en su caballo, ardiendo de aparente furia.

—¿Estás segura de que sabes lo que haces? —le preguntó Barak mientras amarraba el saco con monedas angaraks a la silla del caballo de Ce'Nedra.

—Por supuesto —dijo ella con voz calma.

—Parece que has recuperado la compostura en un tiempo muy breve.

—Nunca la he perdido, Barak.

—¿Entonces allí dentro estabas actuando?

—Es evidente. Bueno, al menos en parte. Mi padre necesitará una hora para recuperarse y para entonces ya será demasiado tarde. Dile a Rhodar y a los demás que preparen las tropas para seguir. Las legiones se unirán a nosotros.

—¿Por qué crees que lo harán?

—Voy a buscarlos ahora mismo. —Se volvió hacia Mandorallen que acababa de salir de la tienda—. ¿Dónde has estado? —preguntó—. Ven conmigo, necesito una escolta.

—¿Adonde vamos? —preguntó el caballero.

—Ya lo verás —respondió ella.

Entonces hizo girar su caballo y comenzó a subir la colina al trote, en dirección a las multitudinarias legiones. Mandorallen miró a Barak con impotencia y luego montó en su caballo para seguirla.

Ce'Nedra, cabalgando adelante, tocó su amuleto con la punta de los dedos.

—Polgara —murmuró—, ¿puedes oírme? —No estaba segura de que el amuleto sirviera para comunicarse, pero tenía que intentarlo—. Polgara —murmuró otra vez con tono más apremiante.

—¿Qué haces Ce'Nedra? —resonó con claridad la voz de Polgara en sus oídos.

—Voy a hablar a las legiones —respondió Ce'Nedra—. ¿Puedes hacer algo para que me escuchen?

—Sí, pero las legiones no estarán muy interesadas en un discurso sobre patriotismo.

—Tengo uno distinto —le aseguró Ce'Nedra.

—Tu padre tiene un ataque. Sin exagerar, está echando espuma por la boca.

—Lo sé —dijo Ce'Nedra y dejó escapar un suspiro de pena—. Sucede bastante a menudo. Morin tiene su medicina. Por favor, intenta que no se muerda la lengua.

—Lo has provocado a propósito, ¿verdad?

—Necesitaba hablar con las legiones —respondió la princesa—. El ataque no le hará mucho daño, los ha tenido toda su vida. Cuando acabe, le sangrará la nariz y tendrá un fuerte dolor de cabeza. Por favor, ocúpate de él, Polgara. Ya sabes que lo quiero mucho.

—Veré lo que puedo hacer, pero debemos tener una larga charla sobre esto, jovencita. Ciertas cosas no deben hacerse nunca.

—No he tenido otra opción, Polgara. Lo he hecho por Garion. Por favor haz lo que tengas que hacer para que las legiones me escuchen. Es muy importante.

—De acuerdo, Ce'Nedra, pero no cometas ninguna tontería —dijo y enseguida la voz se desvaneció.

Ce'Nedra echó una rápida ojeada a los estandartes que tenía delante, eligió el emblema familiar de la legión ochenta y tres y se dirigió hacia allí. Era imprescindible que se pusiera frente a hombres que pudieran reconocerla y confirmaran su identidad ante el resto de los soldados de su padre. La legión ochenta y tres era más que otra cosa una unidad de ceremonia y, de acuerdo con la tradición, sus barracas estaban dentro de la residencia imperial de Tol Honeth. Se trataba de un grupo selecto, todavía limitado a

unos mil hombres, que se ocupaba en especial de la guardia del palacio. Ce'Nedra conocía de vista a todos los hombres que formaban aquella división y a muchos de ellos por el nombre; de modo que se acercó llena de confianza.

—Coronel Albor —saludó con corrección al comandante de la legión ochenta y tres, un hombre corpulento con la cara encarnada y sienes canas.

—Alteza —respondió el coronel con una respetuosa inclinación de cabeza—. Os hemos echado de menos en palacio.

Ce'Nedra sabía que era mentira. La tarea de vigilarla había sido algo que los legionarios se jugaban a los dados, y el honor correspondía siempre al que perdía.

—Necesito un pequeño favor, coronel —dijo con la mayor gracia posible.

—Si está en mis manos, Alteza... —respondió un poco a la defensiva.

—Pretendo dirigirme a las legiones de mi padre —explicó— y quiero que sepan quién soy. —Le dedicó una sonrisa afectuosa, poco sincera. Albor era un Horbite y Ce'Nedra lo detestaba en secreto—. Como la legión ochenta y tres me custodió desde mi infancia —continuó—, vosotros deberíais reconocerme.

—Es verdad, Alteza —admitió Albor.

—¿Crees que podrías enviar mensajeros a las demás legiones para informarles quién soy?

—De inmediato, Alteza —asintió Albor.

Era obvio que no veía ningún peligro en su pedido, y por un instante, Ce'Nedra casi sintió pena por él.

Los mensajeros corrieron —o más bien trotaron, puesto que los hombres de la división ochenta y tres no eran muy buenos deportistas— de una legión a otra. Mientras tanto Ce'Nedra estuvo charlando con el coronel Albor y sus oficiales, aunque pendiente de lo que sucedía en la tienda donde su padre se recuperaba del ataque y también del pabellón donde estaba reunida la plana mayor de Tolnedra. No tenía ningún interés en que viniera algún curioso a ver lo que sucedía.

Por fin, cuando consideró que cualquier demora podría resultar peligrosa, se disculpó con cortesía, hizo girar a su caballo y, escoltada por Mandorallen, se dirigió a un punto donde estaba segura de que la verían.

—Haz sonar tu cuerno, Mandorallen —le ordenó al caballero.

—Estamos a bastante distancia de nuestras tropas, Majestad —le recordó—, así que os ruego que habléis con moderación. Hasta yo podría tener dificultades para enfrentarme a las enormes legiones de Tolnedra.

—Sabes que puedes confiar en mí, Mandorallen —dijo ella con una sonrisa.

—Con mi propia vida, Majestad —respondió él y se llevó el cuerno a los labios.

Cuando se apagaron las últimas notas del cuerno, el estómago de Ce'Nedra ya estaba revuelto con aquella familiar sensación de náusea, pero la princesa se irguió sobre los estribos para hablar.

—Legionarios —dijo—, soy la princesa Ce'Nedra, hija de vuestro emperador.

Tal vez no fuera el mejor comienzo del mundo, pero tenía que comenzar de algún modo, y como aquello iba a ser un espectáculo más que un discurso, un poco de torpeza no ocasionaría ningún daño.

—He venido para tranquilizaros —continuó—. El ejército congregado ante vosotros viene en son de paz. Este hermoso campo verde, este sagrado suelo tolnedrano, no será un campo de batalla porque, al menos hoy, ningún legionario deberá derramar su sangre en defensa de su patria.

Entre los soldados se oyeron murmullos de alivio. Por más profesional que sea un ejército, la posibilidad de evitar una batalla es siempre una buena noticia. Ce'Nedra hizo

una profunda y temblorosa inspiración. Ahora necesitaba dar un pequeño giro a las cosas y decir algo que la condujera de una forma lógica a lo que en realidad quería decir.

—Hoy no tendréis que entregar vuestras vidas por media corona de bronce —prosiguió. Media corona de bronce era la paga diaria de un legionario—. Sin embargo, no puedo aseguraros lo mismo del día de mañana. Nadie puede saber cuándo los asuntos del Imperio pueden necesitar vuestras vidas. Es probable que mañana los intereses de algún mercader poderoso necesiten la sangre de los legionarios para protegerse. —Alzó los brazos en un breve gesto de pena—. Pero así ha sido siempre, ¿verdad? Las legiones mueren por monedas de bronce para que otros se queden con el oro.

Aquel comentario mereció una risa cínica de aprobación. Ce'Nedra había oído suficientes charlas de los soldados de su padre como para saber que aquella idea formaba parte de la concepción del mundo de todos los legionarios. «Sangre y oro, nuestra sangre por el oro de ellos» era casi una consigna de la legión. Ya casi los tenía ganados. La sensación de náuseas se calmó un poco y su voz se volvió más sonora.

Entonces les contó un relato del cual había oído media docena de versiones desde su infancia. Era la historia de un buen legionario que cumplía con su obligación y ahorraba el dinero que ganaba. Su esposa había sufrido las penurias y separaciones lógicas por estar casada con un legionario. Cuando por fin dejó la legión, el legionario y su esposa volvieron a su pueblo y compraron una pequeña tienda, de modo que todos los años de sacrificio parecían haber valido la pena.

—Pero entonces, un día, su mujer cayó enferma de gravedad —continuó Ce'Nedra— y la cuenta del médico fue muy alta. —Mientras hablaba, sacó con cuidado el saco de monedas que llevaba atado a la silla de su caballo—. El médico le pedía esto —dijo, sacó tres monedas rojas de oro murgos del saco y las levantó para que todos las vieran— y el legionario fue a ver a un poderoso mercader y le pidió el dinero que necesitaba. Pero el médico, como casi todos, era un fraude y fue como si el legionario tirara el dinero a la basura. —Como por descuido, Ce' Nedra arrojó las tres monedas de oro sobre la hierba, a su espalda—. La buena y fiel esposa del soldado murió, y cuando el legionario estaba deshecho de dolor, el mercader fue a verlo y le dijo: «¿Dónde está el dinero que te presté?». —Ce'Nedra cogió otras tres monedas y las enseñó—. «¿Dónde está el oro rojo que te di para pagar al médico?». Pero el legionario no tenía oro; sus manos estaban vacías. —Ce'Nedra abrió la mano, dejando caer al suelo las monedas de oro—. Entonces el mercader se apropió de la tienda del legionario para cobrarse la deuda, de modo que un hombre rico se hizo más rico. ¿Y qué ocurrió con el legionario? Bueno, aún tenía su espada, y como había sido un buen soldado, la mantenía pulida y afilada. Así, después del funeral de su mujer, cogió su espada, se fue a un campo cercano y se suicidó echándose sobre ella. Así termina la historia.

Ya los había conquistado; lo veía con claridad en sus ojos. La historia que les había contado era muy antigua y conocida, pero las monedas de oro que había dejado caer como por descuido le daba un nuevo cariz. Sacó unas cuantas monedas angaraks y las miró con curiosidad, como si las viera por primera vez.

—¿Por qué creéis que todo el oro que vemos en los últimos tiempos es rojo? —les preguntó—. Yo siempre pensé que el oro era amarillo. ¿De dónde viene este oro rojo?

—De Cthol Murgos —respondieron varios hombres a la vez.

—¿De veras? —Miró las monedas con aparente disgusto—. ¿Y qué hace el oro murgos en Tolnedra? —añadió y arrojó el dinero.

La disciplina de hierro de los legionarios se tambaleó y todos dieron un involuntario paso al frente.

—Por supuesto, no creo que un soldado corriente tenga oportunidad de ver mucho oro rojo. ¿Qué motivo podría tener un murgos para sobornar a un soldado raso cuando puede hacerlo con los oficiales, o con los hombres poderosos que deciden cuándo y dónde deben herir o matar a los legionarios? —Cogió otra moneda y la miró—. ¿Sabéis una cosa?, creo que todas estas monedas vienen de Cthol Murgos —dijo y la arrojó sin darle importancia—. ¿Creéis que los murgos intentan comprar Tolnedra? —Se oyó un murmullo de disgusto—. Si eso es lo que pretenden, debe de haber mucho oro rojo en los reinos angaraks, ¿verdad? He oído historias al respecto. Dicen que las minas de Cthol Murgos no tienen fondo y que en Gar og Nadrak hay ríos cuyas aguas parecen sangre porque su lecho está lleno de oro puro. En tal caso, en las tierras del Este el oro debe de ser tan barato como el polvo —añadió mientras cogía otra moneda, la miraba con atención y la arrojaba al suelo.

Las legiones dieron otro instintivo paso al frente. Los oficiales ordenaron a los soldados que se quedaran quietos, pero también ellos miraron con ambición hacia las altas hierbas donde la princesa había estado arrojando las monedas con indiferencia.

—Es probable que el ejército que dirijo tenga oportunidad de descubrir cuánto oro hay en las tierras angaraks —les confesó Ce'Nedra—. Los murgos y los grolims han estado practicando este mismo tipo de engaño en Arendia, Sendaria y los reinos alorn. Vamos hacia allí para castigarlos. —De repente se interrumpió como si acabara de ocurrírsele una idea—. En cualquier ejército siempre hay un lugar para algún soldado más —musitó con aire pensativo—. Sé que la mayoría de los legionarios cumplen con su deber por lealtad a las legiones y amor a Tolnedra, pero es probable que algunos de vosotros no estéis satisfechos con media corona de bronce al día. Estoy segura de que cualquiera de esos hombres será bienvenido a mi ejército. —Cogió otra moneda de oro de su saco cada vez más vacío—. ¿Podéis creer que hay otra moneda de oro murgos? —exclamó, y la dejó caer de su mano. Entre las multitudinarias legiones se oyó un murmullo que fue casi un gruñido y la princesa suspiró—. Olvidaba algo —dijo con tristeza—, mi ejército se irá de inmediato y los legionarios necesitan semanas de preparación para conseguir una licencia ¿no es cierto?

—¿Quién necesita una licencia? —preguntó alguien.

—No desertarías de las legiones, ¿verdad? —preguntó ella con incredulidad.

—¡La princesa ofrece oro! —exclamó otro hombre—. Dejad que Ran Borune se quede con el bronce.

Una vez más, Ce'Nedra metió la mano en el saco y extrajo las últimas monedas.

—¿Seríais capaces de seguirme? —preguntó—, ¿sólo por esto? —Y dejó que las monedas resbalaran de sus dedos.

En ese momento, la plana mayor del emperador cometió un error fatal. Envío un pelotón de caballería para arrestar a la princesa. Los legionarios, al ver que los jinetes se dirigían al lugar donde la princesa había arrojado las monedas, malinterpretaron sus intenciones y rompieron filas. Los oficiales fueron atropellados y pisoteados por los soldados de Ran Borune que se arrojaban al suelo a buscar las monedas.

—Os lo ruego, Majestad —apremió Mandorallen mientras desenvainaba su espada—, retirémonos a un sitio más seguro.

—Dentro de un instante, Mandorallen —respondió Ce'Nedra con calma y miró a los legionarios codiciosos que corrían hacia ella—. Mi ejército partirá de inmediato —anunció—. Si las legiones imperiales quieren unirse a nosotros serán bienvenidas.

Y tras aquellas palabras, hizo girar su caballo y galopó rumbo a sus propias tropas con Mandorallen a su lado.

A su espalda se oyeron las pisadas de miles de pies y algún miembro de las multitudinarias legiones comenzó un coro que pronto se extendió a los demás.

—¡Ce'Nedra! ¡Ce'Nedra! —gritaban mientras sus pasos marcaban el ritmo de sus palabras.

La princesa Ce'Nedra, con su cabello dorado ondeando al viento, encabezaba la masiva insurrección de las legiones. Mientras cabalgaba, era consciente de que sus palabras habían sido un engaño; pues no habría riqueza para aquellos legionarios como tampoco gloria o victoria fácil para los arendianos que había reunido en los bosques de Astur y en las llanuras de Mimbre. Había levantado un ejército para conducirlo a una guerra sin esperanza.

Sin embargo, lo había hecho por amor a Garion y quizá por algo más. Si la profecía que controlaba sus destinos le exigía esto, no tenía forma de negarse. A pesar de la angustia que la aguardaba, ella hubiera hecho aquello y mucho más. Por primera vez, Ce'Nedra aceptó que no podía controlar su propio destino. Algo infinitamente más poderoso que ella la gobernaba y ella debía obedecer.

Tal vez Polgara y Belgarath, con una vida de eones a sus espaldas, podrían entregarse a una idea o un concepto; pero Ce'Nedra, que sólo tenía dieciséis años, necesitaba algo más humano como objeto de su devoción. En aquel preciso momento, en algún lugar de los bosques de Gar og Nadrak, había un joven con el cabello color arena y la cara seria cuya seguridad, cuya vida misma, dependía de todos los esfuerzos que ella pudiera hacer. Por fin la princesa se rindió al amor y se juró a sí misma que no defraudaría a Garion. Si aquel ejército no resultaba suficiente, reuniría otro, cualquiera que fuese el costo que eso implicara.

Ce'Nedra suspiró, luego sacó pecho y condujo a las legiones tolnedranas a través de los campos soleados a engrosar las filas de sus tropas.

# Indice

## EL CASTILLO DE LA MAGIA

|                                     |     |
|-------------------------------------|-----|
| Prólogo .....                       | 4   |
| Primera parte. Algaria .....        | 9   |
| Segunda parte. Riva.....            | 78  |
| Tercera parte. Drasnia .....        | 155 |
| Cuarta parte. La reina de Riva..... | 192 |

Título de la edición original:  
*Castle of Wizardry*  
Traducción del inglés: M<sup>a</sup> Eugenia Ciocchini,  
cedidas por Grupo Editorial Ceac, S.A.  
Diseño: Bährle/Mutter  
Ilustración: Xavier Martínez  
Foto de solapa: © Richard Heinzen

Círculo de Lectores, S.A. (Sociedad Unipersonal)  
Valencia, 344, 08009 Barcelona  
1357969128642

Licencia editorial para Círculo de Lectores  
por cortesía de Grupo Editorial Ceac, S.A.  
Está prohibida la venta de este libro a personas que no  
pertenezcan a Círculo de Lectores.

*El castillo de la Magia*  
© 1984 by David Eddings  
© Editorial Timun Mas, S.A., 1990

Depósito legal: B. 31348-1996  
Fotocomposición: gama, s.l., Barcelona  
Impresión y encuadernación: Printer industria gráfica, s.a.  
N. II, Cuatro caminos s/n, 08620 Sant Vicenc. dels Horts  
Barcelona, 1996. Impreso en España  
ISBN 84-226-5922-0 (Tomo II)  
ISBN 84-226-5924-7 (Obra completa)  
N.º 35402